

**Revista Uruguaya
de Psicoanálisis**

**Número 88
1998**

Asociación Psicoanalítica del Uruguay
APU

Editorial

El concepto de muerte en el niño

Hermione von Hug-Helmut, MD

Breve comentario al artículo de Hermine v. Hug-Helmuth

Sonia Ihlenfeld de Arim

Duelos en la infancia

María Lucila Pelento

Duelos en la infancia

Sonta Ihlenfeld de Arim

Clara Uriarte

Del dolor de la pérdida al eclipse del deseo

Laura Veríssimo de Posadas

Duelos depresivos y duelos reparatorios

Saúl Paciuk

Fragmentos sobre tiempo, duelo y angustia (en el fin del milenio)

Javier García

Psicoanálisis y comunidad

La violencia social en la escuela

Efectos traumáticos en la mente de los niños en un contexto de pobreza crónica

Maren Ulriksen de Viñar

Entrevistas

Encuentro con el Dr. Luis E. Prego Silva

Entrevista con Roy Schafer

Sección pluritemática

La noción de narrativa en el psicoanálisis actual

Adela S. Leibovich de Duarte

La interdisciplina

Sélika Acevedo de Mendilaharsu

La noción de narrativa en psicoanálisis

Beatriz de León de Bernardi

Comentarios de jornadas

Terceras Jornadas Clínicas sobre Adolescencia

18 al 19 de setiembre de 1998

“La depresión y sus máscaras”

Reseñas

¿Semejante o enemigo?

Daniel Gil, Edmundo Gómez Mango, Jacques Hassoun, Carmen Felicitas Lent, Claudio Scazzocchio, Marcelo N. Viñar, Radmila Zygouris. Marcelo N. Viñar, Compilador

Ediciones TRILCE. Colección Impertinencias Impertenencias.

Entre la tolerancia y la exclusión

Jugando con la realidad I y II

P. Fonagy y M. Target

Duelo: revisión y reconsideración

George Hagman. International Journal of Psycho-Analysis, Oct. 1995 Volume 76 Part 5

Avances en psicoterapia psicoanalítica: hacia una técnica de intervenciones específicas

Hugo Bleichmar

**Normas de Publicación de la
Revista Uruguaya de Psicoanálisis**

Editorial

Una nueva Comisión de Publicaciones que inaugura un período de trabajo –tanto como cualquier otro espacio de recambio institucional– está en la posición del corredor de postas que recibe la posta del compañero en un recodo del camino, para entregarla un tramo más adelante: solidario con quienes le precedieron y habilitado por ellos, deberá buscar y encontrar su propio tranco, su manera de administrar el oxígeno, de calibrar los repechos, al mismo tiempo que avanza y se piensa andando.

Entre lo que se hereda y el matiz (¡siempre la pequeña diferencia!) este espacio editorial bien puede ser el vínculo de propuesta e intercambio.

Este número aparece en momentos en que en el medio académico y periodístico hay una preocupación grande por el tema de la depresión, al punto de llegar a considerarla como una “epidemia oculta” en el Uruguay y en el mundo.

La depresión es una constante en nuestra vida y en nuestra práctica. Desde la psiquiatría se la considera una “enfermedad”, para la cual la predisposición se encuentra en el nivel genético o bioquímico. Desde nuestro campo es difícil pensarla conceptualmente.

Muy tempranamente (1897) Freud demostró su interés por la melancolía en una carta a Fliess, pero fue recién en 1910-1911 que se publicaron los primeros estudios psicoanalíticos sobre depresión. Es en esa fecha que apareció el importante estudio de la depresión de Abraham, después de haber tratado algunos casos de depresión psicótica. Recién en 1917 (1915) Freud publicó su amplia contribución sobre el problema de la depresión.

Desde esos primeros trabajos mucho se ha escrito. En 1955 Rosenfeld publicó un extenso trabajo –traducido y publicado en esta Revista en 1963– en el que trataba de encontrar las similitudes y diferencias entre las distintas teorías sobre la depresión.

No obstante aun hoy seguimos preguntándonos ¿es ella una estructura en sí, o es un componente de otras estructuras? ¿es la depresión propiamente hablando un trastorno afectivo? ¿cuál es el nexo entre la depresión y el narcisismo? En este número existen aquéllos que ponen el acento en el eje narcisista y otros privilegian el eje objetal de las mismas. El psicoanálisis ha vinculado las depresiones con el duelo. En este número nos

propusimos reflexionar también alrededor del duelo. Este remite al sufrimiento por la pérdida del objeto, se trate de una persona amada o de una renuncia narcisista (aspectos del ideal del yo o partes idealizadas del yo). El duelo encierra una paradoja. Por una parte, la realidad externa ataca, priva al sujeto de una parte de sí misma: “Si nuestro afecto a los muertos se va debilitando, no es porque ellos se hayan muerto, sino porque morimos nosotros mismos” (Proust, M. La fugitiva)

Por otra, el duelo contribuye a realimentar el conjunto de mecanismos que .; constituyen al sujeto”.

El duelo va a permitir elaborar el traumatismo de la pérdida en el curso de un largo trabajo –trabajo de duelo– que está hecho de desinversiones y reinversiones que se desarrollan en el tiempo y es a la vez éste el tiempo del olvido y del recuerdo.

De este trabajo el yo sale enriquecido la mayoría de las veces, con capacidades nuevas. De ahí que consideremos la capacidad de hacer el duelo como el prototipo de todo cambio.

En este número son tratados algunos de los aspectos del duelo. Nos pareció de interés comenzar con la presentación de la traducción al español del artículo de H. v. Hug-Hellmuth “Das Kind und seine Vorstellung vom Tode” (El concepto de muerte en el niño), quien a nuestro conocimiento fue la primera en abordar este tema.

La Revista cuenta con otras secciones y con otros temas. Ellas son una invitación a quien se sienta estimulado a escribir. Sólo queremos destacar aquí la incorporación de una nueva sección, que hemos bautizado PSICOANÁLISIS Y SOCIEDAD, que imaginamos trabajando el nudo de la propuesta desde perspectivas amplias y variadas. Su viabilidad y continuidad dependerá de la medida en que nos sintamos concernidos y estimulados por ella.

El concepto de muerte en el niño*

Hermine von Hug-Helmut, MD

Ningún acontecimiento dentro de los abundantes fenómenos de la vida humana resulta insignificante para el niño. En particular el comienzo y el fin de la vida, la entrada y salida de los individuos, son fuentes inagotables de sus “porqués” y de sus “dónde”. Una vez que se da cuenta del eterno misterio de la vida, lo persigue como objetivo de toda investigación, tanto en el juego como en serio. Porque en la *vida y en la muerte ve el amor y el odio, la crueldad y la compasión* enlazadas. El niño pequeño que risueñamente aplasta un gusano con el pie y lo recoge cuidadosamente con sus dedos para reunir las partes que se mueven, se siente realmente triste cuando sus intentos resultan infructuosos. El niño percibe con fuerza la superioridad mental de los seres humanos respecto a cualquier otra criatura que se adscribe a sí mismo, sin pensarlo más, el poder sobre la vida y la muerte. A veces, estar muerto puede significar un dormir del que se puede despertar fácilmente, otras veces, puede significar estar lejos pero poder regresar a voluntad. Esta visión amistosa de la muerte proviene en gran parte de los cuentos de hadas, que generalmente reemplazan los horrores y la crueldad con un final feliz. Tan pronto como el héroe o la heroína se despierta de la muerte con el beso de un hada buena o un caballero valiente, la tristeza y el duelo se convierten en fiesta de boda y felicidad. Y cuando la figura de un hada no surge de su muerte sangrienta, la fantasía del niño ve en esto el merecido castigo de graves crímenes. Por esta razón algunos niños con tendencia a ser nerviosos temen a la muerte cuando se sienten culpables de alguna travesura. Estas fantasías recurrentes de la muerte propia, que no parecen ocurrir con frecuencia en los primeros años de la niñez, indican los gérmenes de las psiconeurosis. Pero la vida del niño no ve postergado el momento cuando tiene la intuición que no está excluido de la regla universal de la vida y de la muerte. Sin embargo, junto a esta conciencia, durante mucho tiempo la muerte no significa un final trágico sino simplemente una separación temporaria. Por lo tanto, no le parece al niño extraño o

* Traducido por Raquel Morató del artículo en inglés aparecido en *Psychoanalytic Quarterly* 34, p. 499-566, 1965, el mismo traducido del alemán por A. Kris (*Imago* 3/1, p. 286-298, 1912).

inusual desearle la muerte a alguien cuya presencia significa restricciones en su libertad que lo amenaza con una pérdida de amor. Cuando mi sobrino de cinco años, Max, supo de la muerte del hombre que era el cuidador y jardinero de unos amigos nuestros, vino a casa gritando alegremente: “¡Viva, el viejo oso gruñón está muerto. Ahora puedo andar en mi carro por todo el jardín, todo lo que quiera!” Freud en su “Interpretación de los sueños” ha mostrado en varios ejemplos cómo los celos de un nuevo hermano y el temor de no tener más el amor de los padres se expresa en el rechazo al bebe y los deseos de muerte hacia él.

Un niño de esta edad no tiene todavía sentimientos altruistas; se conoce y sólo se quiere a sí mismo; y este enfoque *egocéntrico* de la vida no puede herir nuestros sentimientos, en tanto carece de la intención conciente de la egocentricidad adulta. Nos duele mucho más cuando uno de catorce años al escuchar de la muerte de su profesor y de la asistencia de los estudiantes al funeral comenta: “¡Bravo, qué bueno; yo iré también!” Tenemos la tendencia a esperar que las raíces de la buena educación tengan mayor firmeza. Sin embargo, tales expresiones deben ser tomadas como inconciencia juvenil que erudición moral, pero por lo menos son muestras de ingratitud. Una inesperada tarde sin liceo es siempre una alegría, aún si la ocasión es triste. Los adultos muy fácilmente miden los deseos y acciones de la juventud con la misma medida que la que utilizan para los adultos maduros. Este juicio parcial perturba la comprensión de la vida infantil espiritual y emocional y hacen imposible recordar nuestra propia niñez.

Es así que, tanto los sanos como los enfermos excluyen de la mente los *deseos infantiles de muerte de los padres o de otras personas cercanas al niño*, con una defensa más dura que cualquier otro problema considerado en la teoría freudiana, salvo los pensamientos infantiles incestuosos. A pesar del hecho de que Freud ya había mostrado cuan diferente era la apreciación de *estar muerto* en el niño de su verdadero significado, ni el lego ni el especialista quiere reconocerlo. El pensar que un niño imprudente tenga deseos de muerte hacia una persona querida es tan doloroso para la mayoría de las personas que su resistencia a esta cadena de pensamientos le impide el insight.

Es, por lo tanto, más gratificante obtener de un autor, cuyo libro no se basa en la teoría freudiana, una hermosa confirmación de lo que la mayoría evita. E. y G. Scupin informan sobre valiosas anotaciones respecto *a la relación del niño con la muerte* en un diario donde escriben sobre el desarrollo psicológico de su pequeño hijo. Ni ocultan ni

suprimen nada., sino que muestran al niño con toda su encantadora idiosincrasia y todas las ideas peculiares que se producen con tanta abundancia durante los primeros años de vida. El pequeño Ernest Wolfgang se encontró por primera vez con la idea de la muerte cuando tenía tres años y medio y sus padres lo llevaron de visita a un cementerio. En el diario anotan:

Nov. 2, 1907. En el cementerio, Ernie señaló las tumbas: “¿Qué clase de montones son éstos?” Se le dijo brevemente que las personas enfermas a veces se mueren, es decir, que no se despiertan más y que se los acuesta aquí bajo el pasto y las colinas floridas para que puedan dormir tranquilamente. El niño quedó interesado. Se detuvo delante de cada tumba, preguntando: “¿Quién duerme allí y quién duerme allá?” Además no se quedó satisfecho con lo que le dijimos. Ernie no cree fácilmente, quiere ver. De manera que pidió con urgencia, señalando una tumba: “Mamita, puedes desenterrar una, ¿sí?”

Un mes más tarde, el cinco de diciembre, el niño, a quien se le retaba por morder una rebanada de pan como un “ratoncito”, no quiso saber nada de esta denominación porque “el ratón está atrapado en la trampa y muerto”.

Marzo 22, 1908. Repentinamente el niño piensa acerca de la muerte y de morir. Dice: “¿Y cuando estamos muertos, podemos hablar bajito?” Aquí susurró él muy bajito. Luego siguió la pregunta más extraña: “¿Cuando uno se muere se le arranca el pelo?” Esta pregunta se explica por el hecho de que el niño iba a menudo a la cocina y observaba como les arrancaban las plumas a las aves, de manera que aplicó el mismo tratamiento con los animales muertos que con las personas muertas.

No estoy de acuerdo con los Supin de que el niño *repentinamente* pensara en la muerte y en morir. Aparentemente esa primera visita al cementerio hizo una impresión duradera en su mente receptiva y se entrelazó con todas las experiencias tempranas en la cocina y la visión cotidiana de las aves embalsamadas en el estudio de su padre hasta que, finalmente, el niño puso en palabras sus pensamientos. (Supin trabaja en el Zoologisches Institut en Breslau).

Abril 4. El niño siempre siente mucha simpatía por los animales que sufren, aún por aquellos que se comen. Por ejemplo, vio un plato de arenques ahumados de Kiel en la cena. Como respuesta a sus preguntas se le dijo, en forma esquemática, cómo se pescaban. Se tomó tan a pecho el destino del pescado que con mucha excitación peleó a

los malvados que pescaban a estos peces Les pegaré y los serrucharé y les cortaré la cabeza, el pecho, los brazos y les clavaré agujas en los ojos y tiraré los pedazos al agua y van a venir los cisnes y se los van a comer ... Finalmente nos pidió casi sin voz que no comiéramos más arenques, para que los pececitos revivieran. Creía que al ponerlos en el agua nadarían otra vez, porque el concepto de muerte le es todavía incomprensible. Esto apareció también en el acontecimiento siguiente. Corrió alrededor de la casa con su escopeta y le tiró a todo y a todos un poco –entonces sólo se puede correr despacio. Estar muerto para Ernie significa una disminución de las funciones vitales, por ejemplo, no correr ni comer y poder hablar sólo muy bajito.

Por el comentario de que entonces Mamita “sólo puede correr despacio”, el niño expresa el deseo de tener más libertad para hacer travesuras a través de una disminución de los obstáculos que le imponía la madre en cuanto “se le disparara un tiro y quedara un poco muerta” (Cf., marzo 22, 1908)

Mayo 4. Ernie aplastó una mosca en la ventana lo que lo divirtió mucho. La madre le cuenta de la pobre mamá-mosca que encontrará a su hijo muerto y llorará por él. Ernie entonces dijo con voz ahogada: “Si viene otro niño-mosca, lo dejaré” ... Cuando más tarde sintió un dolor punzante en el dedo, el pequeño matador de moscas con su conciencia culpable creyó que la mamá-mosca había venido secretamente y quería lastimarlo porque encontró a su hijo muerto.

Dejando de lado la secuencia cronológica, traigo acá una experiencia análoga del sexto año de vida de Ernie.

Junio 28, 1909. Ernie vio una mosca muerta en el pretil de la ventana y nos la señaló. En oposición a su comportamiento habitual, el verla lo incitó a agarrar una mosca que estaba zumbando alrededor nuestro y apretarla con sus dedos hasta que quedó tan quieta como la otra. Quedando molesto y sonrojándose por su conciencia culpable, no contó que había hecho. Se le retó y se le recordó que nunca más matara un animal que no lo había lastimado.

Después de un rato tiró de la manga del vestido de su madre en secreto, señaló la mosca muerta, sobre la cual, por casualidad una mosca pequeña se arrastraba y preguntó casi sin voz por la excitación: “¿Es tal vez ésta la mosca-bebé y está llorando porque cree que murió su madre?” Su madre asintió seriamente, abrazó a Ernie con fuerza, presionó su cara contra la de ella en un gesto repentino de ternura y trató de

controlar las lágrimas de Ernie. El destino del niño-mosca huérfano lo mantuvo ocupado durante mucho tiempo. Cuando la pequeña mosca se posó en la moldura cercana, preguntó si iba a buscar a la mosca-papá o si él también ya había muerto. Respecto a esto le dimos información que lo reconfortó.

Estas dos experiencias muestran como los deseos de muerte ocasionales contra la madre se convierten en una fuente de compasión y de preocupación.

Julio 26, 1908. La continuada ignorancia del niño acerca de las manifestaciones de la muerte puede también verse en lo siguiente. Una vez más, Ernie les estaba disparando a todos con su revolver de madera, dejándolos muertos. A la palabra “muerto”, se le ocurrió la palabra “murió”, porque dijo: “Cuando vayamos al cementerio otra vez, voy a matar a todas las personas que están en las tumbas y han muerto. Lo escucharán cuando les dispare y los deje muertos y eso hace tanto ruido”. En esa ocasión también se mencionó que los muertos estaban tan dormidos en su cama, el ataúd, que nunca se despertarían más. Ernie preguntó si los niños que estaban muertos también están en esa “caja” y están bien dormidos y como estuvimos de acuerdo: ¿Pueden armar lío ahí también?” Cuando Ernie no quiere seguir durmiendo en la mañana, acostumbra armar lío en la cama, de manera que pensó que cuando los niños muertos no estaban dormidos en algún momento, ellos también podían hacer travesuras en la cama. Muy seriamente le dijimos que eso estaba muy mal. Cuando un niño muere, nunca se despierta y su madre llora mucho porque ya no tiene al niño. Ernie escuchó, suspirando; esta conclusión no le agradó. Finalmente encontró una solución feliz y gritó: “Así que los hombres pueden sacar la arena y arrancar las flores de la tumba y pueden vender al niño a su madre otra vez para tener al niño otra vez”. De la idea global de la muerte, visiblemente la más insoportable para él era pensar que el niño se separaba de la madre y que ella lloraría.

Por primera vez aquí, hay una clara identificación del muerto con el sí mismo cuando el niño habló espontáneamente del “niñito” que yacía en la tumba. Mientras que la cadena de pensamientos acerca de la muerte del niño-mosca es realmente la misma, no llega a expresarse en palabras.

En los comentarios del 4 de abril y del 18 de setiembre se ve como las fantasías de muerte del niño se conectan con fuertes tendencias sádicas.

Setiembre 18. Así como Ernie teme la sangre de su propio cuerpo, le encanta inventar dramas sangrientos. La mayoría de las batallas que pelea, a veces con animales peligrosos, otras veces con hombres, terminan en que hiere al enemigo del que sale mucha sangre. Hoy, se enfureció con el cartero quien, alguna vez le dijo bromeando, que una noche iba a recoger todos los juguetes que estaban tirados y se los llevaría a su hijo a quien le gustaba tener las cosas cuidadosamente guardadas. En lugar de arreglar las cosas, Ernie dio vuelta sus ojos, apuñaló salvajemente el aire con sus brazos y amenazó: “Pero les dispararé y los mataré con mi pistola y entonces quedarán completamente aplastados y les saldrá cantidad de sangre.

Setiembre 27. Al ver una procesión funeraria el niño se molestó por el que cavaba la tumba porque después iba a tirar la tierra sobre el cajón. Aparentemente culpaba a este hombre por la muerte y sólo con el tema de enterrar en la tierra conectó la idea de estar muerto, porque ahora ya puede imaginar que en lo profundo de la tierra una persona ya no puede respirar ni vivir. En forma muy agitada gritó: “Los viejos sepultureros no deberían siempre cavar esa tumba y poner gente allí. Pero yo quitaré la arena y las flores y dejaré que la gente salga otra vez. Y agarraré al viejo sepulturero y lo tiraré al agua. Y entonces treparé al cielo por una escalera y pondré mucho hielo en mi balde hay mucho hielo allá, ¿sabes? La otra vez vino mucho hielo del cielo (recuerdo de una granizada reciente) y echaré el hielo en la cabeza del hombre malo y luego se resfriará y la nariz le quedará con sangre, toda llena de sangre, y entonces el sepulturero estará completamente muerto y le echaré más y más hielo y estará cada vez más muerto”.

Para este niño, estar muerto continúa siendo un concepto gradual que puede interrumpirse en cualquier momento, al igual que el sueño. Al mismo tiempo, matar le parece ser un medio de castigo, un acto de venganza.

Noviembre, 25. El interés del niño en el misterio de la muerte aumenta día a día. La idea de que una persona no puede sentir y pensar después de la muerte es algo completamente incomprensible. El problema vuelve una y otra vez: “¿Pero qué dice un hombre (o un animal) mientras está muerto?”. Porque Ernie aún no comprende la parte dolorosa y a menudo cruel de la muerte, utilizando las palabras “morir” y “estar muerto” bastante despreocupadamente. Lo mismo se observó con Lottie, suprima, quien es unos meses mayor. Por ejemplo, ella estaba furiosa cuando su padre la castigó por ponerse obstinada cuando el padre no la quiso llevar a pasear. Al verlo ir dijo enojada: “Ahora papito debería morirse” sin tener ninguna idea, naturalmente, del

significado de estas palabras. Ernie cometió una falta similar de insensibilidad hoy cuando estaba de mal humor porque íbamos al teatro. Su madre le preguntó bromeando: “¿Qué pasaría si no vuelvo más?” Tratando de no llorar replicó: “Entonces le diré a papito que se case con una buena mamá para que no se escape más”. Su madre le preguntó con tristeza si esto significaba que era una mala madre. Aquí Ernie ya lamentó sus palabras y para consolar a su madre y para arreglar todo se corrigió: “No, mamita, tú sabes que, sólo cuando estés muerta y yo no esté muerto ni papá tampoco, entonces papá debería casarse con otra mamá para mí”. Ernie también había hablado de “otros papitos” como algo que se daba por sentado. Esto no debe verse como una falta de afecto por parte del niño. Por el contrario, está muy tiernamente apegado a sus padres y, por ejemplo, cuando su padre se fue por tres días lloró. Cuando su madre sale por unas horas, las caricias no tienen fin. El niño la abraza y la presiona fuertemente contra él muchas veces sin decir palabra.

En lo que sigue los Scupins sugieren que los padres son responsables de una aparente crudeza, ya que ocasionalmente cuando su hijo se porta mal comentaron de mandarlo a otro lado y conseguir a otro Ernie. Aunque esto puede jugar un papel, el factor decisivo para los deseos de muerte infantiles contra los padres es el pensamiento de escaparse de las reglas rutinarias o la esperanza de mostrarle a los padres: “Si me dejan tan a menudo, entonces no los voy a querer mucho” Es llamativo que el pequeño Ernst Wolfgang, contrariamente a los otros niños, mantiene los deseos de muerte contra su padre mucho menos frecuentemente que contra su madre. Cuando se considera que de hecho es ella quien tiene más ocasiones de interferir cuando el niño está entretenido en juegos inapropiados, no es extraño que el deseo de mantenerse sin problemas está dirigido en contra de ella.

Otra vez, el ocho de diciembre, el niño está muy preocupado con la muerte al mirar una fotografía en que la familia no está completa (basado en la información de su propia familia). Todas las personas ausentes están muertas. En forma repetida nombra los miembros de su propia familia, la abuela, la tía Olga, etc. Finalmente las personas en la fotografía y aquellos de la realidad están tan fundidos en él que repentinamente declara que su abuela está muerta. Unos días más tarde (el dieciocho de diciembre) transfiere sus fantasías de muerte a los objetos inanimados. De esta forma, le dice al árbol de Navidad: “Ah sí, árbol de Navidad, estás serruchado, así que estás muerto”.

Diciembre 23. El niño estaba hoy muy emocionado al mirar una lámina ¿e una escena de guerra en la que un soldado acababa de matar a otro. Inmediatamente fue a buscar su revolver, colocó la apertura del caño directamente en la cabeza del soldado malo y apretó el gatillo. Respirando más aliviado, dio cabida a su sentimiento de justicia: “Por lo tanto ahora, yo lo maté también, porque mató al otro soldado”. Preguntó: “Cuando uno se muere ¿se cae uno en ese lugar?” Cuando se le contó algunas cosas de la guerra y de las costumbres de guerra, comprendió que nosotros los alemanes tenemos que defender nuestra patria. Fue a buscar sus cubos, algunos de los cuales están pintados de rojo, otros de azul y se puso a jugar a la guerra. No estuvo de acuerdo con la sugerencia que primero los rojos tenían que matar a los azules, y luego los azules conquistar a los rojos: “Si los rojos ya mataron a los azules, entonces los azules no pueden matar más a los rojos”, dijo con bastante lógica.

De esta manera, la fantasía y la realidad están fundidas en la mente del niño, donde primero una y después la otra predominan. A pesar de esto, el concepto de muerte del niño todavía no está claro.

Enero, 15, 1909. El loro de goma que dejó de lado durante mucho tiempo le interesa mucho otra vez al niño. Pregunta si es realmente un animal muerto. Pensaba que el ave de goma había estado muerta una vez y luego embalsamado como los pájaros de su padre. Ernie había visto a menudo el cráneo sobre el escritorio de su padre, pero hoy por primera vez preguntó más cosas. “¿Es esto una cabeza?” (Sí) “¿De qué está hecha una cabeza?” (Una persona) “¿Está la persona muerta?” (Sí) “¿Son estos los ojos? ¿Son tan grandes!” (Son los agujeros donde van los ojos) “¿Cuál era el nombre de la cabeza?” (No lo sabemos. La persona ha estado muerta durante mucho tiempo) “¿Por qué murió el hombre?” (Quizás porque ya era viejo) “¿Se muere uno cuando es viejo?” (Sí, todas las personas tienen que morir algún día) “¿Entonces uno está en la tumba?” “¿Pero quien sacó al hombre de la tumba?” (Se puede haber encontrado la cabeza mientras cavaban la tierra para construir una casa) “¿Por qué el pobre hombre no se convirtió en ángel? Porque aquí está su cabeza”. Ernie señaló un problema perfectamente natural. ¿Cómo una persona puede estar en el cielo y al mismo tiempo parte de su cuerpo en la tierra? Sin embargo, le dimos la siguiente explicación (en lugar de una que generalmente se sostiene que es la correcta) porque de otra forma podría caer en conflicto con la opinión que se le iba a dar en la escuela. Así que le dijimos que el hombre cuya cabeza estaba aquí naturalmente se había ido al cielo donde Nuestro Señor

le había hecho todo nuevo, la ropa, un cuerpo sano y las alas. “¿Y una cabeza nueva?” preguntó ansiosamente. Se lo confirmamos. “¿Pero es la cabeza completamente igual?” Quería decir con esto si la cara de la persona era exactamente igual a como había sido en la tierra, de manera de poder encontrar inmediatamente a sus amigos y parientes. Por razones de simplicidad, estuvimos de acuerdo con esto también.

Los pensamientos de muerte y de morir a menudo llevan a los niños a las primeras dudas sobre la verdad de las afirmaciones que dicen los adultos y que luego los llevan a meditar sobre los conceptos religiosos en la medida que aparecen incidentalmente en el entorno.

La descripción del diecinueve de febrero muestra como se utilizan los pensamientos de la muerte en el juego.

Febrero, 19. Desde que a Ernie lo llevaron al cementerio ha dejado que sus animales de juguete mueran todo el tiempo, para poder envolverlos en papeles de diario y enterrarlos debajo de los cubos. Luego construye una casa oblonga en forma de tumba y pone un monumento en forma de cruz sobre ella.

La compasión por los animales muertos, real o en láminas aumenta en forma continua. En el cine (junio, 3), Ernie lloró cuando moría un caballo. Sus sentimientos se activan especialmente cuando puede hacer una transferencia consigo mismo, como en la escena previamente descrita del “niño-mosca” (junio, 28, 1909).

El problema de la muerte se vuelve particularmente interesante cuando el niño comienza a manejarse acerca de si él tiene que morir.

Junio, 19. Ernie quiere ser arquitecto. Muchas veces cuando se le da una tarea, pregunta si los arquitectos adultos también la hacen. Si uno asiente, obedece con ganas, porque nos utiliza como modelos respecto a todo lo que hacen los arquitectos. El niño escuchó decir a alguien que todas las personas tenemos que morir algún día. Replicó que él no quería morir. Después de un rato preguntó si los arquitectos también se morían. Al decir que sí, dijo: “Bueno, entonces y o también quiero”.

Agosto 21. “Cuando todas las personas estén muertas, ¿se quitará la tierra y los arquitectos demolerán las casas hasta que haya pasto otra vez y entonces también morirán los arquitectos?”

Por otro lado “enterrar” es sólo una fuente del placer más puro. Aquí hay un comentario sobre eso.

Agosto, 19. Encontramos cinco conejos recién nacidos en el bosque. El niño preguntó con tristeza: “El buen dios de los animales ¿se lleva a los conejitos al cielo de los animales y siguen viviendo allí?” Eventualmente se le permitió enterrar a los animales en la caja de cigarros. Les puso tierra encima y esparció unas flores sobre ella, por su propia iniciativa y quedó tan contento bailando alrededor de la tumba, saltando de alegría.

Setiembre, 5. Un escarabajo se estaba arrastrando con dificultad por el piso. Ernie estaba encantado y quería regalarle el “querido escarabajo” a su prima Lottie. Pero no pasó mucho tiempo antes que colocara el escarabajo en su camino y lo aplastó suavemente. Luego lo recogió y lo volvió a aplastar “Pero Ernie, ¡pobre escarabajo!” “Bueno, estaba arrastrándose mucho por mi mano y me la mojó. Así que lo aplasté suavemente para que se muriera un poco, así se quedaba quieto. Cuando Lottie regrese se despertará otra vez”. Ernie se tropezó con unas piedras y las raíces de unos árboles, pero cuidadosamente, con amor, se llevó al escarabajo. Le sorprendió que Lottie no compartió su placer por el escarabajo. Para él todavía era el “querido escarabajo”, aunque estuviera “un poco muerto”, es decir, sólo una forma de estar dormido. Ernie estaba firmemente convencido que pronto el escarabajo iba a arrastrarse vigorosamente.

De manera que el niño ha estado pensando sobre el problema de la muerte durante dos años todavía le falta una comprensión completa. Para él “estar muerto” significa todavía estar quieto por un tiempo, dormir, estar en otro lado, pero siempre está el poder del hombre para cambiarlo. En este concepto, el inconciente del niño encuentra permiso para ejercer su sadismo. La crueldad con los animales y los deseos de muerte contra las personas cercanas a él parecen ser una sobrecompensación, como la exagerada compasión con las criaturas muertas y la creencia del poder del hombre sobre la vida y la muerte.

Citas innumerables acerca de lo que dicen los niños muestran el hecho de que la mayoría de ellos están satisfechos con la misma solución del problema de la muerte como el hijo de los Scupin. Comentaré algunas de estas citas. Por ejemplo, una “abuelita” informa: “Rudi está caminando con su gobernanta y su hermano, Fritz. Llegan a una fuente y Rudi quiere jugar con el agua mucho tiempo. Pero eso está

prohibido. “Bueno”, dice, “Señorita, cuando Ud., papá y mamá y Fritz, *tan pronto como estén muertos, realmente me mojaré*”.. Tal vez podamos ver los precursores de estos deseos cuando el padre y la madre están fuera de la habitación del niño, cuando éste mantiene la puerta cerrada con fuerza. Porque el niño preverbal sólo tiene la imitación y los gestos a su disposición.

El Weltanschauung egocéntrico del niño corresponde a su sentimiento de importancia de su pequeña persona. Disfraza lo trágico cuando la muerte, aún la de sus padres, sucede en su ambiente. A pesar de la opresión que no puede hacer desaparecer completamente, descubre una causa bienvenida para obtener la atención general y la simpatía; en resumen, una muestra de amor abundante e inusual.. De esta forma las nuevas ropas de luto son de la mayor importancia en los niños. Aún el funeral pierde algo de su carácter lúgubre y se graba en la mente como un acontecimiento triste y agradable a su vez. Lo que dicen los niños documenta este pensamiento, como en el ejemplo siguiente: En el Schwarzwald, en la región de B, los niños pequeños usan un traje con chaleco rojo. Poco después que Casper recibió su primer chaleco rojo, su abuela murió. Su padre le explicó a Casper que no podía ir al funeral con su chaleco rojo. “Ah”, dijo Casper, “*Si no puedo usar mi chaleco rojo, entonces no disfrutaré para nada el funeral*”. En la medida que el niño tiene mayor experiencia y se le enseñan algunas formas convencionales, cree que debe forzarse para expresar las emociones en ocasiones específicas, aunque son todavía extrañas a sus simples pensamientos. Aquí hay otro interesante ejemplo de la colección de la “abuelita”: “Sabes, abuelita”, Toni le dijo un día, “cuando te mueras, lloraré” “¿Por qué?” “Ah, eso es lo que se hace”.

A veces los niños esperan que el dolor debe unirse a ciertas formalidades. Marie von Ebner-Eschenbach, en “Mi niñez”, relata como la muerte de su profundamente amada madre y *especialmente el dolor adormecido por su abuela en su lecho de muerte la había conmovido* esa mañana. Continúa: “De tarde estábamos jugando alegremente en la habitación de los niños. De pronto comprendí lo sucedido y le dije a mi hermana: “Ahora a lo mejor mamá está muerta. Nunca más la volveremos a ver. ¿Por qué no estamos tristes?” “Espera un poco”, respondió, “*tan pronto como vengan los vestidos negros, estaremos tristes*”.

A partir de determinado nivel de edad en adelante, los pequeños dan por sentado que la gente vieja muere. No vacilan en alguna ocasión en preguntarles a sus abuelos cuando se van a morir y lo preguntan de manera tan natural que uno no se puede enojar. En una

conversación reciente, mi sobrino, Max, de casi seis años, alardeaba con su tía abuela que como ingeniero mecánico iba a ganar tanto dinero que viviríamos en nuestra propia casa con un jardín enorme y que pasearíamos en un auto construido por él. Cuando su tía abuela le contestó: “Bubi, yo no, porque en ese entonces hará tiempo que habré muerto”. El contestó pacientemente: “Bueno, entonces mamita y la tía Hermine, porque naturalmente en ese tiempo estarás muerta”. Y otra vez cuando Max se acercó a mí mientras leía recostada en un diván, llamé a su madre: “Mira, una linda imagen, la madre y el niño”. “Bueno, ¿porqué no? *Tú eres dos años menor que mamita, así que morirás dos años después, y yo te tendré dos años más*”, dijo él.

También “Anita”, cuyos tempranos conflictos mentales están informados por Jung, terminó la explicación de la abuela que se estaba volviendo cada vez más vieja y que entonces se iba a morir, con un suave, “Y ¿entonces?” Para esa niña la respuesta de la abuela; “y entonces me convertiré en un ángel”, desarrolló una línea hacia el desconcertante tema del origen de los bebés. La niña contestó: “¿Y entonces te conviertes en un bebé otra vez?” Con la fina lógica de la niñez temía, después que se le dijo del nacimiento del hermano, que la llegada del recién nacido podría causar la muerte de su madre. Puso los brazos alrededor del cuello de la madre y le susurró rápidamente: “Bueno, no te mueras ahora”. Aquí el pensamiento reconfortante de que la muerte de *una* persona se cancela con una nueva vida nos muestra su reverso desagradable. La fantasía de que la gente vieja regresa como niños pequeños por medio de una etapa intermedia de ser un ángel por breve tiempo da una respuesta satisfactoria a la pregunta: ¿de dónde provienen los bebés? Por esa razón el niño a menudo concibe a los muertos como encogidos al tamaño de los bebés. Este pensamiento proviene de las observaciones del niño del mundo a su alrededor. Infinidad de veces ve plantas, especialmente brotes que se marchitan. Tampoco raramente su fina facultad de observación echa de menos el hecho que los cuerpos de moscas y gusanos muertos, etc., se secan, es decir, se vuelven más pequeños.

Más allá de esto, comentarios ocasionales de los adultos sobre temas religiosos sostienen la opinión del niño. El tamaño y el peso del cuerpo muerto deben encajar con la fuerza de los ángeles para que los puedan llevar al cielo.

I. Influencias externas y el procesamiento interno de estas experiencias llevan a un momento en la vida de todo niño cuando transfiere de la muerte y el morir de los otros a su propio yo. Que esta conciencia sea continuada por un vivaz rechazo es casi la regla. Se explica por el placer de estar vivo y por la fuerza vital del niño. De manera que, de acuerdo con Sully, una niña de tres años y medio le pide a la madre que le ponga una gran piedra en la cabeza para no morir. Al preguntarle como la piedra lo puede impedir, contestó: “Porque no creceré si colocas una piedra grande sobre mi cabeza. Y la gente que crece se vuelve vieja y muere”. Las personas ansiosas ya ven en la preocupación del niño con la muerte y el morir como una seria señal de su salud mental y física. Olvidan que es justamente el niño sano que puede encontrar en todos los acontecimientos de su ambiente una fuente de alegría. En tanto la salud y la alegría de vida regulan su entorno inmediato, la muerte es un enigma cuya solución es detenida sin volverse muy horrible.

Por regla general, sólo los niños mayores consideran la muerte de la persona amada como un terrible misterio: aquellos que han sido recordados constantemente una muerte inminente a través de una larga enfermedad de la madre o del padre, la mayoría de las veces cuando los mayores repetidamente expresaron sus propios temores; los que están asustados de las muertes inesperadas y también aquellos que han observado especialmente la devastación psíquica de sus propios padres después de la muerte de una persona querida. Pero aún entonces es sólo un vago temor de algo desconocido que perturba el humor de la casa y prohíbe el juego vivaz y la ruidosa alegría. Que este miedo –como cualquier otro– no carezca de las raíces libidinales aparece por medio de la adherencia inflexible de estos niños al complejo de la muerte, que a veces se mantiene en la adultez como una especial predilección por los cementerios. Bogumil Goltz relata cuando tenía diez años:

Respecto a recordar a los muertos y mi sentimiento hacia los cementerios, he cambiado poco o tal vez nada desde los días de mi niñez. En la época de la infortunada guerra con Francia, los cementerios de Haberg y Rosengarten se asemejaban mucho a cementerios de las iglesias en las aldeas. Excepto por unos pocos árboles viejos y algunas tumbas macizas o simples montones de tierra cercados y cruces, no había señales de pompa y por lo tanto tampoco un caminar profano por esos lugares. Aquí y allá una persona mayor vagaba sin rumbo o de pie, perdido en los recuerdos. Cuando vi eso, temblé con sentimientos, como si me fuera a disolver en los átomos de mi

existencia. Era el dolor humano de la tierra y de la muerte (Erden und Todessschmerz) que ya tocaba mi alma, aunque todavía era un niño. En esas tumbas desarrollé con dolores placenteros (Wollust-Schmerzen) para toda la vida ese sentimiento, la concepción de la muerte y la transitoriedad de todo lo terrenal, la destrucción y la anulación mundial, la disipación de la vida y de la muerte que es en toda la vida, la no existencia de toda la existencia y del ser. Y lo hice parte integral de mí mismo.

Similares “dolores placenteros” nos cuenta J.C. Heer en su novela autobiográfica, “Joggeli”, donde el pequeño héroe los sufre de la siguiente manera.

En la naturaleza siempre tenía un santuario. Durante un tiempo fue la tumba de un francés, encontrada por el primo Diethelm y otros campesinos en el camino del bosque. En tanto empujaron el esqueleto otra vez adentro, Joggeli puso un pulido pedazo de madera en la tumba. Contento consigo mismo miró el “Descansa en paz” que había escrito con lápiz rojo. Convencido que había beneficiado al olvidado soldado extranjero, no le temía, a pesar de sus supersticiones, sino que por el contrario lo consideraba como su amigo silencioso. En su lugar de descanso en el verde bosque hilaba cuentos y vio tejidos allí, en parte de su imaginación y en parte del crepúsculo, centinelas de guerras distantes que atravesaban los bosques de sus tierras nativas.

De ahí en adelante, algo irrumpió en su alma que fue tan hermoso como las ondas de cabellos verdes en el agua y se resolvió en un juego que sólo le ocurriría a una persona extraña. Compuso epitafios para los muertos y para los vivos donde le dio expresión vigorosa a sus afectos o antipatía para con las personas de su conocimiento y que, luego de nuevas impresiones, pudo mejorar o colocar otro matiz más adecuado. Cuando tenía que ver con alguien a quien quería, él mismo se asombraba de la calidez de las palabras que encontraba para ellos. Se sorprendió con el deseo de que realmente hubieran muerto, de manera que su epitafio fuera válido para ellos. Luego se asustó de sí mismo, con remordimientos de conciencia por algo abismal dentro de sí. Pero no siempre podía sobreponerse a los deseos que emergían como ideas compulsivas.

La fuente abismal de los remordimientos de conciencia eran a pesar de la ensoñación pensativa del pequeño Joggeli, no muy diferentes de las furias de odio del “Wlass boy” de Ossip Dymow quien dice: “Cuando bajaba mi cabeza hacia mi cuaderno de notas, se encendía, de tanto en tanto, el odio por mi maestro –y como era mi costumbre a esa edad– deseaba secretamente su muerte”.

Sólo al dejar la niñez, en los años de maduración y de fermentación, la mente siente lo horrible de la muerte sin inclinarse ante su majestuosidad. La rebelión de la pubertad contra ese horror permanece especialmente fuerte en el sexo femenino donde, alimentado por su origen en los deseos de muerte infantiles contra los allegados y los amados, construye un reservorio inconquistable de supersticiones. Por otro lado, la muerte a menudo despertará en el joven pensamientos tales como tenía el “Wlass boy” a los quince años: Siempre me pareció que en el tema de la muerte había algo que me avergonzaba, algo mezquino y esterilizante, *que había que mantener en secreto de la mujeres y en especial de las jóvenes. La muerte parecía un secreto de la vida, como la desnudez o algunas enfermedades*”.

Cuando una persona hace tiempo que encontró la correcta solución del enigma de la vida, el morir permanece amortajado en velos que no se pueden desgarrar el secreto inexplorable del nirvana.

Faltan resúmenes y descriptores

Bibliografía

1. DYMOW, OSSIP DER Knabe Wlass. The wlass boy. p. 61.
2. EBNER-ESCHENBACH M, VON Meine Kinderjahre. My Childhood. pp. 82-85.
3. ERNST O. Aus Appelschnuts Leben und Talen. The Life and Deeds of Appelschnuts
4. FREUD S. The interpretation of dreams. Standard edition IV pp. 248-9.
5. GOLTZ, BOGUMIE. Buch der Kingheit. Book of Childhood. pp. 334-5.
6. HEER JC. Joggeli, Die Geschichte einer Jugend (Joggeli, the Story of a Boyhood),pp. 129-30.
7. JUNG CG. Uber Konflikte der kindlichen seele (On Psychic Conflict in Childhood) Jahrbuch f. Psychoan und Psychopath. Forschgn. II 1910 pp. 33-58.
8. SCUPIN E, SCUPIN G. Bubi im vierten bis sechsten lebensjahre (Bubi from the Fourth to the Sixth Year, 1910. This is the second of two volumes by Ernst and

Gertrud Scupin. The first, published in 1907 (second edition, 1933) is Bubi's erste Kindheit, Tagebuch über die Entwicklung eines Knaben, die ersten drei Lebensjahre (Bubi's Infancy, Diary of the Development of a Boy, the First Three Years) A third volume by Gertrud Scupin, published on 1931, ten years after her husband's death, is Lebensbild eines deutschen Schuljungen, Tagebuch einer Mutter (Picture of the Life of a German Schoolboy, Diary of a Mother) It may be of interest to note that Ernst Scupin was born in 1879, Gertrud Scupin in 1880, and Ernst Wolfgang Scupin in 1904).

9. STORM TH. Von Kindern und Katzen, und Wie sie den Nine begruben. (Of Children and Cats, and How They Bured Nine), Collected Works. Vol. III.
10. SULLY J. Untersuchungen über die Kindheit (Studies of Childhood). p. 104 (The original is in english, 1896). Was Kinder sagen und fragen, mit 26 Zeichnungen von ihnen selbst, gesammelt von einer Grossmama (What children say and ask, with 26 drawings of their own, collected by a grandmama) Munich: R. Piper.

Breve comentario al artículo de Hermine von Hug-Helmut

Sonia Ihlenfeld de Arim¹

Hermine von Hug-Helmut escribe este trabajo en 1912 cuando el análisis de niños aun no se había desarrollado careciendo por lo tanto de la fundamentación que tenía el psicoanálisis de adultos.

El historial de Juanito publicado en 1909 había suscitado cierta desconfianza en el ambiente científico de la época y el propio Freud lo utilizó como confirmación de lo que observaba en la clínica de adultos sin hacer apreciaciones sobre la conveniencia de la aplicación del método psicoanalítico a la clínica de niños.

Helmut, egresada de la universidad de Viena con un doctorado en Filosofía tenía gran interés tanto en la pedagogía como en los descubrimientos de la teoría psicoanalítica.

Dirigió durante varios años el Servicio Psicoanalítico de ayuda a la Educación que funcionaba en dicha ciudad cuya labor era hacer conocer esta teoría a padres, maestros y educadores. En ese marco publicó una serie de artículos en la revista “Imago” referidos a la naturaleza del alma infantil, uno de los cuales es la presente contribución dedicada a la comprensión por parte del niño de la naturaleza de la muerte.

Su obra es casi desconocida y por otra parte la mayoría de los artículos no fueron traducidos del alemán.

Sus aportes parecen tener un objetivo más pedagógico que terapéutico basados en observaciones del pensamiento y comportamiento de los niños no llegando a verdaderas conceptualizaciones psicoanalíticas.

Sin embargo la autora hace sutiles observaciones clínicas las que constituyen la esencia y riqueza de su ponencia.

Así, vemos en este trabajo a Hermine Hug Helmut mostrando la comprensión paulatina del hecho de la finitud vital por parte de los pequeños que ella toma como

1. Av. Libertador 1641 ap. 1103. arim@adinet.com.uy

referencia. Podemos allí apreciar múltiples comentarios a través de los cuales los niños expresan tanto su conocer paulatino sobre la realidad de la muerte como sus despliegues de mecanismos de desconocimiento de la misma.

En ese entonces faltaban cuatro años para que Freud publicara su artículo sobre el duelo y muchos más para el desarrollo de su teoría de la angustia y para la descripción del concepto de desmentida (Verleugnung).

Por otra parte Klein se había trasladado en 1911 a Budapest donde tomo contacto con la obra de Freud comenzando poco después su primer análisis con Ferenczi.

Hubieron de pasar varios años para que ella hablara de la posición depresiva y su función organizadora en el psiquismo infantil.

Estos aportes y los de autores posteriores han permitido la profundización en el conocimiento de los dinamismos psíquicos puestos en juego en situaciones de pérdida.

Así en la actualidad la reflexión psicoanalítica sobre el niño y sus duelos gira no solo en torno a la conceptualización de la muerte como lo hizo Helmuth, sino también sobre el trabajo del aparato psíquico frente a las pérdidas, sobre la angustia y la cualidad del dolor, sobre el montaje defensivo utilizado para aplazar un saber que los enfrenta a los límites del existir, sobre los espacios simbólicos a través de los cuales se abren vías de elaboración de la ausencia.

Duelos en la infancia

María Lucila Pelento*

Un fenómeno transferencial particular relacionado con una pérdida temprana

Quiero comenzar este encuentro –que verdaderamente agradezco porque siempre es enriquecedor compartir este espacio con ustedes– contándoles una experiencia de trabajo que tuve en mis primeros años de práctica. Aún cuando en esa época se podía ver como un agente facilitador que el analista recogiera todas las transferencias y que el analizando se refiriera explícitamente a las vivencias transferenciales surgidas en el encuentro con su analista, sin embargo, me llamó la atención el fuerte vínculo transferencial de una paciente adulta joven conmigo. Se refería explícitamente a lo tremendamente importante que era para ella ese vínculo. Esta importancia parecía acordar con la falta de registro tanto a nivel psíquico como corporal del largo e incómodo viaje de varias horas que debía hacer para llegar a mi consultorio. A esto comenzó a agregarse un fenómeno corporal no fácil de comprender: *cuando yo comenzaba a intervenir una sensación de tibieza* recorría su espalda como atravesándola irradiándose luego por su cuerpo.

La paciente, en una sesión, al relatar una conversación que había tenido con una amiga agregó que al hablar de la relación conmigo se dio cuenta que me sentía como si fuera su mamá. Este “como si” era el que yo no percibía. Una serie de indicios me hacían pensar que este “como si” no existía. Asustada por la transferencia primaria confirmada por una serie de indicios, utilicé en una sesión una forma interpretativa que por supuesto la supervisora –y con razón– puso en cuestión: comencé una interpretación diciéndole “yo que no soy su mamá, etc., etc.”. Palabras que me sonaron a mí misma como raras y desubicadas. Como si de este modo hubiera querido tomar distancia de la paciente y de la fuerte transferencia... ¿erótica? ¿homosexual? La formulación produjo efectos. Nos equivoquemos o no las palabras producen efectos. Recuerdo que me sentí mal por no haber podido tolerar la intensidad de los sentimientos de esta paciente o por no haber podido encontrar otras palabras para entender con ella el tipo de transferencia

* Miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina.
Billinghurst 1599, piso 11. (CP 1425), Capital Federal, Buenos Aires, Argentina.

primaria establecida. Por este motivo esperé la sesión posterior con preocupación. Sin embargo y para mi sorpresa la paciente llegó a sesión inquieta por no haberme informado, que en realidad la persona, a quien llamaba mamá, era la segunda esposa de su padre ya que su madre había fallecido teniendo ella pocos meses. Prácticamente tenía muy pocas informaciones de su madre. Su padre nunca le había hablado de ella y la familia de ésta había cortado toda relación con éste al volverse a casar al poco tiempo de quedar viudo. Una visita que se encargó de organizar, a la casa de una tía a la que prácticamente no había tratado, le deparó una sorpresa. Esta tía tenía una foto de su madre con ella en brazos en una actitud muy cálida, contándole que su madre había fallecido de una embolia prácticamente teniéndola a ella en brazos.

La pregunta acerca de si esa tibieza que sentía en su cuerpo al oírme respondía al recuerdo corporal de la zona en que era sostenida por el brazo de ésta quedó flotando entre nosotras, sin embargo la sensación corporal cedió, cedió justo en el momento en el que se puso en palabras y diría en dos tiempos que yo “la segunda esposa de su padre” no era su madre biológica aunque hubiera cumplido con una función materna. Y que “yo su analista” tampoco era la persona a quien ella llamaba mamá. Y en aquel análisis ocupó un lugar importante un proceso que le permitió ubicar los elementos de su historia de otra manera. Hoy podría decir que en aquel momento algo de la vincularidad se me hizo presente, más allá de mi forma torpe de formular la interpretación. También que le debo a esta paciente gratitud, por haberme ayudado a formularme preguntas acerca de estas pérdidas vividas en épocas tempranas de la vida. De este recuerdo recogido de mi práctica como analista deseo pasar a comentar con ustedes una obra literaria.

Una obra literaria como metáfora: El primer hombre de Camus

Tal vez muchos de ustedes habrán leído el libro. Se trata de una obra póstuma de Camus denominada “El Primer Hombre”. Se dice que es una novela autobiográfica que no llegó a leer y que se encontró entre los restos de su auto en un accidente que lo llevó a la muerte el 4 de enero de 1960. El tema central gira en torno a saber quién había sido su padre fallecido cuando tenía menos de un año. (Abro un paréntesis para aclarar que este género literario que se inició con las “Confesiones” de San Agustín, recibió desde Dilthey una consideración importante. Este autor atribuyó su importancia al hecho de

que permitía comprender los principios organizadores de una experiencia de vida, pudiendo simultáneamente tener una visión del modo de configuración de la realidad histórica. Esta íntima relación entre texto e historia va a ser desplazada para ubicar en la relación entre texto y sujeto, la experiencia central facilitada por la autobiografía. Pero se trata de un sujeto con capacidad cognoscitiva, capaz de describir los hechos del pasado tal cual ocurrieron. Esta forma de entender este particular género literario seguramente recibió la influencia de L. Von Ranke, el historiador que señaló que lo propio de la historia consistía en describir “lo que realmente sucedió”. Por último otros estudiosos de este género consideran que la autobiografía constituye *un discurso de restauración y de sobrevivencia y un lugar de duelo en la medida en que el nombre propio es expropiado conduciendo a una cadena metonímica. En este sentido inscribe la muerte en la medida en que revela lo imposible de la totalización.* (Alberto Moreiras: 1991) (Cierro el paréntesis para volver a la novela autobiográfica de Camus.)

En el primer capítulo el autor describe el nacimiento de un bebé al que llamará Jacques Cormery y las circunstancias y contexto en el que éste se dio. Comienza describiendo el viaje en carreta que siguió al viaje en tren desde Argel a Arabia –de una noche y un día de duración– realizado por una pareja. Ella, una mujer dulce y sufrida a punto de dar a luz. El, un hombre delgado, de rasgos definidos, de nacionalidad francesa, de unos treinta años de edad. Ambos se dirigían en carreta acompañados por un árabe hasta una finca: la finca de Saint-Apotre en la que él iba a trabajar como gerente.

Camus describe –como él sólo podía hacerlo– el viaje en carreta, la preocupación del hombre por su mujer, los dolores de parto que esta comenzó a sentir y que ensombrecían su mirada dulce. La llegada a la casa inhóspita y fría, la predicción del árabe “tendrás un varón y será guapo”, el nacimiento ayudado por la nuera del árabe y la intervención del médico con otra buena premonición en medio de la desolación de todo el contexto: “éste empieza bien, con una mudanza”.

El segundo capítulo comienza con otro viaje: el de un hombre de 40 años en el pasillo de un tren que conduce a la ciudad francesa de Saint Brieu. Un hombre que daba la impresión de soltura y energía sonriendo a una joven al pasar por una estación cercana a la de Saint Brieu. Ese hombre era aquel niño nacido hacía 40 años. Dos propósitos lo habían animado a hacer ese viaje. En primer lugar visitar a un profesor que lo había estimulado *abriéndole las puertas de todo aquello que le iba a servir de*

consuelo en la vida: los libros y la escritura. Mientras esa visita le complacía la otra visita que debía hacer la consideraba simplemente un trámite poco placentero: ir al cementerio a llevarle unas flores a su padre, cumpliendo un deseo de su madre, la que residía en Argel. Este había muerto en la batalla de Marne durante la guerra del 14. Él aún no había cumplido un año de edad. Cuando llegó le preguntó al guardián por el sector de los muertos en la guerra del 14. El sector del “souvenir Francés” lo denominó el guardián mientras le preguntaba el nombre del muerto y su grado de parentesco con él. Un corto diálogo tiene entonces lugar entre los dos hombres: “¿es un pariente?” “Era mi padre” “Lo siento” dice el guardián pero el hombre responde “No, no, yo aún no tenía un año cuando murió, así que usted comprenderá...”. “Sí”, dijo el guardián, “pero da igual. Fueron demasiados los muertos”. El hombre sentía “Que no podía inventarse una compasión que no sentía, que esa visita no tenía sentido, que además le horrorizaban los trámites convencionales. Que no tenía sentido ante todo para él que no había conocido a su padre, que ignoraba casi todo acerca de él y para su madre que nunca hablaba del desaparecido y no podría imaginar nada de lo que él vería”. Encontró una superficie limitada por piedras y una cadena negra que las unía y varias filas de lápidas con los nombres. En la primera fila en una lápida estaba grabado el nombre de su padre. La miró distraídamente y se hundió en una especie de ensoñación sensorial: vio las nubes blancas cruzando el cielo, una luz leve que por momentos se apagaba; escuchó a lo lejos el rumor sordo de la ciudad, oliendo en las flores mojadas el aroma salado que venía del mar. El choque de un balde contra el mármol lo sacó de la ensoñación. Leyó la fecha del nacimiento de su padre advirtiéndole que nunca la había sabido, después leyó la fecha de su muerte y calculó maquinalmente la edad que tenía cuando murió: 29 años. Dice Camus refiriéndose al personaje: “lo sacudió aún físicamente un pensamiento que lo llenó de ternura y de compasión. Pero no la compasión que lleva al hijo a recordar al padre desaparecido, sino la del hombre maduro ante el niño injustamente asesinado. Había sido locura y caos ese movimiento que había hecho posible que existieran hijos más viejos que sus padres. Sintió angustia y piedad al mirar ese suelo sembrado de niños que habían sido los padres de hombres encanecidos que creían estar vivos en ese momento... Un extraño vértigo se apoderó de él. Sintió que se agrietaba hasta desmoronarse esa especie de estatua que cada hombre erige de sí mismo. Entendió su rebeldía contra el orden mortal del mundo y su ávido deseo de saber, saber antes de morir, saber para ser. Nunca se le había ocurrido imaginarse quien había sido ese hombre que le dio la vida. Y por primera vez lo

imaginó como un hombre viviente, un hombre del que sólo sabía –hasta ese momento– que había muerto en el campo de honor y a quien él se parecía. Y advirtió que ese secreto que buscó siempre en los hombres y en los libros tenía que ver con ese muerto y con el hecho de que nunca le hablaran de él.

“Había buscado lejos lo que estaba en su sangre. No había tenido ayuda. Una familia en la que se hablaba poco, donde no se leía ni se escribía, una madre desdichada y distraída que lo había conocido pero parecía haberlo olvidado”. Pensó que a él le correspondía informarse de “quién había sido ese hombre que ahora le parecía el más cercano del mundo”. Al irse sintió “que lo iba a desamparar de nuevo, a dejarlo en la soledad adonde lo había arrojado siempre”. El ruido de un avión que parecía atravesar la barrera del sonido resonó fuertemente y de espaldas a la lápida salió a buscarlo.

En cuanto llegó a la casa de su profesor le contó su descubrimiento y su anhelo. Este lo estimuló y le pidió que una vez que hubiera hecho su recorrido regresara a contarle lo que había descubierto. Pero en medio de la cena le relató que una vez conoció a un hombre que amaba mucho a su esposa y que creyó durante treinta años que a ella como a él no le gustaban los pastelitos de crema pero un día pasando por la pastelería se enteró que su mujer pasaba seguido para comer pastelitos de crema.... Su alumno entendió la nueva lección del maestro *respondiéndole “en una palabra no conocemos a nadie”*. El viejo profesor sólo le contestó: *“usted se hizo sólo y ya no necesita un padre. Pero ahora puede amarlo como usted sabe amar”*. De todos modos lo estimula a realizar ese recorrido en búsqueda de informaciones acerca de su padre.

Al primer lugar al que llega es a Argel, lugar en donde vive su madre. Las respuestas que le da son ambiguas y confusas. Su memoria oscila: por momentos le dice que efectivamente vivieron en Argel. Y al rato dice que no. Sin embargo ese “no” es desmentido por el recuerdo de un episodio ocurrido ahí y del que su padre fue testigo. A lo sumo algún tío le dice que su padre era inteligente y cabeza dura como él; que hacía lo que quería. No se acuerdan de su padre pero tampoco de otros parientes muertos, sin embargo a borbotones lo conectan con recuerdos de su infancia. Después de Argel sigue la ruta que su padre siguió buscando indicios, señales. Es poco lo que pudo saber, sin embargo ese recorrido le permitió darle lugar a un padre que nunca conoció.

Otra viñeta clínica: una adolescente quiere saber cómo habían sido sus padres

Quiero dejar ahora esta maravilla de obra literaria, para traer una pequeña viñeta clínica: una jovencita de 14 años se escapa un día de la escuela junto con un compañero, el único que sabía que sus padres habían desaparecido cuando ella tenía cinco meses. Sabe la dirección de la casa que habían habitado sus padres y junto con su compañero les preguntan a los vecinos si los habían conocido. Enfrente de la casa hay un taller de reparación de coches. Averigua en el barrio que hace mucho tiempo que ese taller funciona allí con los mismos dueños. Se anima entonces a preguntarles si conocían a las personas que vivían unos 14 años antes en esa casa. Con un gesto el hombre le dice que no. Da un paso más y dice el nombre de pila de sus padres. Vuelve el hombre a decir con un gesto que no. De pronto desde el fondo del taller se escucha una voz preguntando quien pregunta por esas personas. La chica se apresura a contestar “yo, la hija”. Este otro hombre, bastante mayor, le dice que sí que él los conoció. “Tu papá era el electricista del barrio”, “se sabía que con él se podía contar aunque uno no tuviera”. Le pregunta en ese momento para qué fueron, que es lo que quiere saber. María responde “saber como era”. El hombre mirándola le dice “yo también te conocía a vos, él venía a la novecita a tomar mate y te traía en el cochecito mientras tu mamá trabajaba. En el barrio se dijo que tu mamá tenía allí una pequeña empresa, bah, en realidad como una imprenta para imprimir volantes. Yo no sé... porque acá no traían ninguno. Yo más cosas no sé. Una vez me contó que se habían venido del norte, no sé si de Salta o Tucumán porque las cosas se habían puesto feas. Creo que de Salta porque cuando naciste vino tu abuela de allá. Yo más cosas no sé...”

María y su compañero de escuela vuelven apurados a su casa para que sus familiares no descubran la rabona que se hicieron... En sesión me dice que me va a contar algo pero que no se lo cuente a sus abuelos. Relata las averiguaciones –así las llamó– pero después agrega sonrojándose, “sabes, para mí, cuando me hablaban de ellos, para mí eran como afiches, no sé como explicarlo como papeles...” Toma un papel y lo palpa. Yo le pregunto ¿Como sin volumen? “Eso, eso, sin volumen, como una hoja finita... Ahora es distinto, sé que vivieron en esa casa, de qué trabajaban, qué vecinos tenían, porque en casa y en “Abuelas” me habían contado pero para mí eran como inventados... Yo no dudaba de que lo que me dijeron era verdad por esa conversación entre Mónica y el hermano policía en la que hablaban de que había conseguido papeles falsos para anotarme en la escuela y cuando les pregunté a los gritos me echaron de la pieza por

haber escuchado... estaban los dos muy nerviosos... A partir de allí me pareció que me ocultaban algo, mucho más cuando nos empezamos a mudar a cada rato. Era todo un ambiente de nervios... Y un día me pegó porque yo dije en chiste si nos perseguían y eso no le gustó. Por eso cuando el juez me dijo yo le creí pero *igual mis verdaderos padres eran para mí una fotografía una lámina no alguien real. Pero ayer después de haber hablado con esos vecinos empecé a sentir algo distinto. Es raro... sentí que estaban vivos, no vivos no, pero que se habían conocido, querido, querido tenerme, que me pusieron un nombre, es raro*".

¿Significación?, ¿resignificación? En este caso punto de arranque de un proceso de duelo con más preguntas que respuestas: ¿Por qué él no la pudo convencer a ella de dejar esa imprenta clandestina? "Como me dijo esa amiga de mamá –ya es mamá y no ella– mamá era más cabeza dura, no quería dejar esa imprenta en la que hacía volantes, en cambio papá sí y a veces se peleaban por eso pero mamá no aflojaba... Es que a veces cuando se mete una idea en la cabeza... el otro día una chica que no tiene mamá porque se murió en un accidente cuando ella era chica, creo que tenía dos años, se le ocurrió una idea loca: fumar algún cigarrillo de marihuana para ver si así medio drogada podía acordarse de la cara de la mamá porque alguien le había dicho que se puede. Pero yo le dije que eso es medio loco: que mirara alguna foto y sino que pensara que eso ya fue. Pero en cuanto le dije eso pensé... yo, de qué estoy hablando si también quise ir a hablar con los vecinos... claro que era para saber y no para poder acordarme porque era muy chica yo para recordar".

En los dos fragmentos clínicos que incluí hasta aquí palpé el trabajo psíquico extra que una muerte vivida en la primerísima infancia exige. Trabajo que implica remover disociaciones funcionales que a veces se transforman en disociaciones estructurales del yo. Fantasías de destino de que todo podría haber sido tan diferente... en cuyos intersticios se infiltra la idea de una especie de paraíso perdido... Identificaciones patológicas dejando su marca en las cuestiones de género; trauma bajo cuya invocación un sistema de causalidad excluyente se va a imponer refiriendo toda cuestión a la pérdida sufrida; marcas en la formación del carácter tal como señala E. Nicolini. Marcas que les hacen sentir a algunas personas que son especiales. Efectos en el contexto familiar que llevan en ciertas circunstancias a la constitución de un objeto único sede de una creencia ilusoria: la de poder atenuar los efectos de una determinada pérdida. Trabajo en determinadas ocasiones no realizado que puede llevar a una transmisión de

disociaciones o criptas en los descendientes como señaló M. Torok. Trabajo de significación o resignificación que el adolescente o el adulto debe realizar. Y a veces exacerbación de la pulsión epistemofílica, la que empuja a un examen de realidad con el deseo, en parte ilusorio, de llenar un vacío de imagen y de saber.

Pero ¿qué les puede haber pasado a esos bebés o niños en el mismo momento de la pérdida?, ¿qué marcas dejan las pérdidas tempranas? ¿Puede realizar un niño un trabajo de duelo? ¿Cuáles son sus condiciones? ¿Deberíamos modificar la pregunta y formularla –como lo señala Arfouilloux– de distinto modo? Es decir, preguntándonos no cómo un niño elabora un duelo sino cómo es trabajado por el duelo que le tocó vivir, es decir por la falla que introduce la ausencia definitiva del objeto de amor. (Arfouilloux, J. C.: 1986)

Todas estas preguntas me condujeron a coordinar un grupo de investigación sobre esta problemática junto con el Dr. E. Casanova, las Licenciadas A. Merca, S. Morid y T. Popiloff y el Dr. Alberto Wainer. Con este grupo de colegas, leímos la bibliografía que estaba a nuestro alcance así como revisamos diferentes historiales clínicos llegando a algunas conclusiones.

Después de revisar las ideas de Freud –a las que luego me referiré– revisamos trabajos de analistas ingleses y americanos. Comparándolos nos pareció que sus teorías se basaban en dos supuestos diferentes con respecto a la función de la pérdida en el aparato psíquico: para los autores americanos la pérdida de objeto es accidental; para otros autores –ingleses y franceses– la pérdida es estructural.

Pensamos que quizás haya sido esa una de las razones que impulsaron a varios autores americanos a preguntarse a qué edad un niño puede tolerar una pérdida: ¿recién en la adolescencia, en el momento edípico?

Considerar en cambio que la pérdida es estructural posibilita admitir que la posibilidad de elaborar el duelo –aún en una forma rudimentaria, como sostuvieron Evelson y R. Grinberg– puede darse en una época más temprana cuando se hayan elaborado las categorías de presencia y ausencia.

Pensamos que la pregunta de da qué edad? era necesario modificarla *por otra que tuviera en cuenta el momento de estructuración al que había llegado el niño en el momento de la pérdida.*

Y ya que es la prueba de realidad la que desata el proceso de duelo nos preguntamos cuándo nace la prueba de realidad. Y qué función tiene el aporte familiar en la constitución y mantenimiento de la misma. Esta no es solamente una fuerza motriz que sirve para asegurar la distinción entre lo externo y lo interno sino también la fuerza que ayuda a modificar el mundo interno, los deseos y las expectativas. Pero la prueba de realidad *exige el cumplimiento de dos condiciones: la satisfacción real de ciertas necesidades del bebé y su libidinización y la pérdida transitoria posterior del objeto*. Si el objeto está presente la prueba de realidad no es necesaria.

Es la ausencia del objeto la que hace nacer la prueba de realidad. Y la que instala – como señala Hanus– *una especie de frontera entre la realidad interna y la realidad externa*. Pero en el momento de la muerte de un objeto significativo –como la madre o el padre o un hermano de un niño– ¿cómo opera la prueba de realidad?; ¿quién la introduce? Sabemos que cuando fallece un adulto una serie de organizaciones sociales certifican a sus familiares esa muerte: los médicos, el certificado de defunción presentado por éstos, los rituales que cada grupo social seleccione, etc. En cambio cuando la muerte toca a un adulto del cual depende el niño y al cual iban dirigidos sus deseos son otros adultos los que con palabras le deben informar de aquello que sucedió. Información nada fácil de compartir. Nada fácil porque es el mismo adulto el que frente a este hecho y como parte de su negación no solo expresa “no puede ser” sino que además tiende a sentirla siempre como un accidente, y no como una de las cosas más verdaderamente previsibles. Decir en palabras simples, sin atiborrar al niño de explicaciones, lo que sucedió, va a devenir prueba de realidad. Y si la prueba de realidad conduce habitualmente al adulto al desinvertimiento de la realidad externa acompañado al principio con el hiperinvertimiento del objeto en el mundo interno, ¿al niño le es posible deactetizar, desinvertir, tanto al objeto externo como a ese objeto interno especialmente investido? Algunos autores piensan que no, como Penot considerando que por esta razón el duelo en el niño sigue derroteros parecidos al duelo patológico del adulto. Otros en cambio no dudan que un proceso de duelo que haya llegado a elaborar una pérdida implica necesariamente esa deactetización.

Pensamos que la respuesta a esta cuestión está ligada a una serie de factores, entre los que tiene un peso importante el lugar que se le dé al proceso de *renegación*. El mecanismo de renegación –como señaló Freud– tiene indudablemente fuerza en los niños cuando se enfrentan con la muerte. Sin embargo creo que este mecanismo está

facilitado cuando se le niega al niño información. En los distintos materiales que tuvimos a nuestra disposición pudimos observar la presencia del mecanismo de renegación, pero lo importante fue en cada caso ponderar adecuadamente cuándo este mecanismo le permitía al niño una moratoria benéfica dándole tiempo para metabolizar ese hecho y cuándo, por el contrario, por su intensidad, persistencia y exclusividad se constituía en factor de patología. Ese emocionante film de Jacques Doillon titulado Ponette muestra con una claridad conmovedora la fuerza del mecanismo de renegación, el desamparo de la nena cuando éste fracasa, la depresión profunda que experimenta y la necesidad de acudir a una serie de rituales mágicos para volver a ver a su mamá. Pero también revela la oscilación de los adultos: éstos por momentos le aseguran que su mamá va a resucitar como Jesús; en otros momentos asustados del estado en el que ven a la niña anulan lo dicho tratando de que acepte que su mamá no vendrá más. También la película pone en escena las actitudes diferentes de los chicos. Un primito, que parece enamorado de la nena es el que sostiene con más fuerza la verdad, tratando de que Ponette acepte que su madre no vendrá más. También es el que la protege cuando otra nena le dice que su mamá se murió porque ella es mala.

Esta oscilación tanto del niño, como de los familiares se observa también en la clínica: una nena de cinco años que había perdido a su padre le pregunta a su hermana mayor, de diez años, *“cómo sabían los médicos que su papá estaba muerto y no dormido”*. La hermana angustiada se enoja y haciéndole burla le dice: *sí, vos querés que pase lo que se te da la gana pero no va a pasar. No se va a despertar nunca nunca*. Ema llora desconsoladamente pero del llanto pasa al enojo contando que *seguro que está dormido y no se dieron cuenta pero que se va a despertar*. Mientras abre la puerta del consultorio aduciendo que está muy encerrado pregunta si los cajones del cementerio tienen agujeritos porque si no los tienen cómo va a respirar. Con creciente angustia dice y *si no tiene agujeritos se va a ahogar y se va a morir de nuevo*. Posteriormente el analista se entera por la misma niña que su abuela y su empleada le aseguraron que lo va a ver. La empleada le cuenta que en el campo de noche hay como unos fantasmas, pero son fantasmas buenos, de muertos que vienen a visitar a la familia; en cambio su abuela –persona muy católica– le asegura que todos nos vamos a morir pero que todos los buenos van a resucitar pudiendo ella reunirse con su papá. Esto al principio parece tranquilizarla pero tiempo después y a raíz de haber sido retada por la maestra por conversar demasiado en clase dice: *me parece que no me voy a encontrar*

con mi papá porque resucitan sólo los buenos; también asusta jugando ella a ser un fantasma. Tiempo después y mientras jugaba a la Oca pregunta *¿podría ser que viniera alguien muy muy malo y te dijera porqué no se murió tu mamá en vez que tu papá?* Cuando se le dice que a ella a veces le viene ese pensamiento pero que pensar eso la hace sentirse muy muy mala con mami, se enoja mucho y dice que nunca más va a preguntar nada. Enojo que dura poco, ya que casi inmediatamente cuenta que le cuesta dormir.

Voy a dejar acá esta viñeta para considerar dos situaciones diferentes: una de ellas referida a ciertas consultas que recibimos cuando un bebé pierde a alguno de sus padres y otra cuando recibimos niños que han perdido a sus padres tiempo después, cuando están en un momento edípico o post-edípico.

Posibles desequilibrios narcisísticos y capacidad para otorgar sentidos

Entendemos que en los duelos más tempranos el adecuado posicionamiento simbólico de los adultos a cargo del niño puede actuar impidiendo que esa conmoción desmorone categorías ya adquiridas o altere su construcción. Este posicionamiento no tiene un carácter abstracto sino que supone sostener ciertas manifestaciones de inquietud o desborde emocional y pulsional visible a veces en alteraciones pasajeras de conducta, por ejemplo en el incremento de demandas o en ciertos trastornos de sus funciones corporales (trastornos de sueño, de alimentación o indisposiciones físicas transitorias). Es cierto que el duelo por el que transita el adulto en sus diferentes variedades puede inducir, exacerbar u obstruir –más aún en un niño que carece de capacidades simbólicas– determinados procesos. Puede dificultar la necesaria libidinización del niño, debido a la depresión de los que lo rodean o debido a la distancia que la enfermedad de su madre o de su padre produjo entre el niño y sus familiares. Otras veces los mismos mecanismos maníacos puestos en acto por sus familiares visibles en la hiperactividad o en la necesidad de “ruido” para tapar el silencio producen desasosiego en el niño o una depresión larvada o lo empuja a la manía. Otras veces el adulto lo coloca en el lugar de víctima favoreciendo la constitución de tendencias masoquistas y/o la plasmación de beneficios secundarios. En otras situaciones “el muerto” en la mente de su padre o de su madre se transforma en un rival invencible. Esto con regular frecuencia origina conductas temerarias o demandas muy intensas reclamando una

mirada que el niño siente que su familiar le niega. La sobreprotección impide en otras ocasiones el despliegue de impulsos hostiles.

En la actualidad sabemos que nos resulta necesario cuando recibimos consultas de familiares de un niño muy pequeño analizar la demanda del familiar para comprender en qué medida la preocupación está entretejida con el duelo del adulto. Con aquella pregunta que en la película que hoy les nombré es expresada por el padre de Ponnette al preguntarle a ésta: ¿Te podré criar solo? También muchos de nosotros tenemos la experiencia de ser consultados por madres que frente a la muerte de su esposo buscan inmediatamente análisis para el niño con un varón, preocupadas de que a este le falte “una figura masculina con quién identificarse”. Estas palabras contienen aquello que la mamá no puede tolerar: lo definitivo de la muerte queriendo rápidamente brindar un sustituto.

Otro punto importante para orientarse y poder analizar como el niño fue atravesado por la pérdida que tuvo que vivir lo constituye para mí el análisis de categorías básicas como las de cuerpo libidinal, espacio posible-imposible así como la categoría de presencia y ausencia. Esta última es fundamental porque revela que el niño pudo transitar por una experiencia de dolor psíquico.

El proceso de simbolización que esta categoría inaugura entretejido con el despliegue de fantasías adquiere cada vez una complejidad mayor cuando el niño llega a esa otra encrucijada estructural que llamamos edípica.

Los múltiples fenómenos que tienen lugar en dicho momento dejan como saldo que el niño descubra su alteridad y su propia capacidad interpretativa para otorgar sentidos. Esta capacidad está presente en las teorías sexuales infantiles que construye el niño. Estas teorías no sólo responden a la pregunta de cómo nacen los bebés sino también a la pregunta sobre el fin de la vida.

Sophie de Mijolla escribió un interesante texto en el que señala que una escena primaria en donde está presente un crimen es la que intenta aportar una representación fantasmática a la cuestión del fin de la vida en el niño. Es decir, sostiene la hipótesis que así como las teorías sexuales intentan responder a la cuestión de cómo nacen los bebés, la teoría sexual que responde a la cuestión de qué es la muerte está representada por una escena de naturaleza sadomasoquista. Esto significa que el niño sustituye el no sentido de la finitud de la vida a un deseo imputable a un otro y por lo tanto a una espera de

placer por parte de ese otro. Esos enigmas agujonean la curiosidad y las teorías de algún modo detienen el flujo constante de preguntas.

Si el ser humano en general rechaza y niega la idea de que la muerte existe –y eso lo sabemos bien los analistas ya que nos creamos también una escena donde si alguien está bien analizado no se va a morir– el niño considera la muerte no como un fin seguro y previsible sino como un hecho provocado por un agente exterior, de ahí que la escena que arma en su mente incluye la idea de un asesinato. La cualidad que adquiera la escena primaria atestigua del intento que hace el niño de responder al impensable del fin de su vida. De este modo atribuye un sentido a algo que no tiene sentido. (Sophie de Mijolla-Mellor: 1996).

Así como la construcción de estas teorías ayudan a limitar lo irrepresentable de la muerte la ligazón hace que el niño entre morir y matar también contribuye a este fin. Recordemos que en la “Interpretación de los sueños” Freud diferencia las representaciones de muerte en el niño y en el adulto. Allí dice: *El niño no imagina el horror de la destrucción, el frío de la tumba, la conmoción que produce una nada sinfín... hechos que el adulto soporta tan mal. El miedo a la muerte le es extraño, es por eso que juega a la muerte amenazando a otros niños.* Pone en escena asesinatos, describe al muerto con precisión, lo ubica en determinados lugares y lo imagina como inmóvil, dormido, ciego, etc. Algunas de estas representaciones aparecen en los cuentos y en los mitos: los monstruos, el ángel exterminador, el vampiro, el dragón, el ogro, etc.

Marc Bonnet nos recuerda en su hermoso trabajo sobre “Las representaciones infantiles de la muerte” que la representación de la muerte pone en escena un crimen, pero también una pérdida. Y que Freud señaló en 1926 que “la separación cotidiana del contenido intestinal y la pérdida del pecho” permiten “hacerse alguna idea de la castración pero que jamás se ha vivido cosa alguna parecida a la muerte”. A partir de estas ideas Freud considera que la muerte es totalmente irrepresentable en el inconsciente. Jean Guillaumm en un texto de 1989 retorna la analogía entre la analidad y la muerte situándolas como constitutivas de lo irrepresentable de la pérdida. Sin embargo, acordamos con M. Bonnet que las representaciones encontradas en los niños indicarían que es posible limitar su carácter de irrepresentable. (Marc Bonnet: 1991)

Cuando efectivamente el niño se ve enfrentado con la muerte de un familiar también –y una vez vencida la renegación– va a volver a preguntarse qué es la muerte y qué

sucede con el muerto, preguntas que suele formular en términos de prohibición, de localización y de relación, mostrando el impacto de ciertos cambios que percibe. Pregunta ¿por qué no puedo prender la tele; por qué no puedo jugar con la ropa de mi hermanita; por qué ahora papá nunca está en casa; dónde está papá; está solito?; ¿por qué papá no se mueve; por qué mami no quiere jugar?

Pienso que detrás de estas preguntas se deslizan otras que tienen que ver con su propia historia libidinal y con la historia con ese objeto que desapareció pero también quiere saber qué lugar ocupa ese objeto y él mismo en las personas que constituyen su entorno actual. Y no es casual que ese doble movimiento de interrogación y de reapropiación de un lugar incluya frecuentemente el símbolo de la negación y demandas dirigidas al adulto. Si el primero patentiza junto con los efectos de la represión la caída de la renegación, las demandas que simultáneamente hace el niño –con el pedido de amor y de sentido que conllevan– constituye la base para nuevos juicios de existencia. Con el grupo de investigación llegamos a la conclusión después de haber revisado varios materiales que esos interrogantes en el curso de un análisis constituyen un verdadero indicio: permiten entrever que la significación de esa muerte empieza a ser para el niño algo personal ligado a su proceso de historización.

Varios niños en análisis nos mostraron el largo tiempo que necesitaron para hacer estas preguntas. Tiempo en el que se ponían en acto renegaciones, tiempo de identificación con el objeto perdido, tiempo para palpar los bordes de lo posible y lo imposible; tiempo para que la alternancia de presencias y ausencias les permitiera juntar y diferenciar –como señaló Winnicott– ausencia, muerte y amnesia.

Ese tiempo activo en el que flota la verdad de un hecho que el analista no debe desconocer pero tampoco debe imponer organiza condiciones que le permiten al niño sostener sus preguntas y transitar por ese camino en el que muerte y deseo de muerte se confunden.

Pensamos que la diferenciación entre intención y hecho permite que disminuya la culpa pero que emerja el dolor aunque todavía necesite anclarlo en un objeto de su entorno. Este nuevo trabajo de desplazamiento de la fuente del dolor y de reubicación del mismo, ayuda al niño a que el olvido posterior no se convierta en imposibilidad de sentir, imaginar o pensar pero también a que la sombra del recuerdo no lo incline a ese

dolor que produce el hecho de obstinarse en la historia que podría haber sido o lo lleve inexorablemente a tener que vivir la historia de otro.

Resumen

La idea que la autora desarrolla es acerca de las pérdidas acontecidas en la primerísima infancia. Estas, por ocurrir en los primeros años de vida no pueden recuperarse a través del recuerdo lo que exige un trabajo psíquico extra.

A través de viñetas clínicas y el comentario de una obra literaria ejemplifica el trabajo que se despliega para elaborar la pérdida. Trabajo de búsqueda en indicios, señales y comentarios hechos por otros, para saber acerca de lo acontecido en relación al objeto de amor perdido. Trabajo de simbolización que dependerá a la vez del efecto generado en el contexto familiar.

Plantea como el niño es trabajado por el duelo que le tocó vivir. Se pregunta si lo que se produce es una significación o resignificación.

Otro punto importante a tener presente para orientarse en el análisis de este tipo de pérdidas es el análisis de las categorías básicas como el cuerpo libidinal, la categoría presencia y ausencia ya que revela la forma de tránsito del niño por una experiencia de dolor psíquico. Proceso de simbolización que esta categoría inaugura y que se irá entretejiendo con fantasías cada vez de mayor complejidad.

**Descriptores: TRANSFERENCIA / DUELO / NIÑO / ADOLESCENTE /
MUERTE / RESIGNIFICACIÓN / MATERIAL CLÍNICO**

Duelos en la infancia

*Sonia Ihlenfeld de Arim**

*“Si pudiera mirar por tus ojos
me vería perdida en mi espera”*

Esther.

I

La pérdida de seres queridos es una experiencia que forma parte de lo cotidiano pues la irreversibilidad del pasaje del tiempo hace que el existir de todo ser humano transcurra en medio de la presencia inevitable de la muerte. Sin embargo constituye una de las situaciones más dolorosas por las que se transita en la vida siendo a la vez un acontecimiento que siempre golpea y de algún modo altera la esencia del funcionamiento psíquico.

El duelo de por sí es un fenómeno complejo y es un elemento central en la vida de toda persona. El transitarlo se vincula por un lado a sus posibilidades de elaboración y cambio y, por otro remite siempre a la cadena de duelos precedentes que lo han marcado como ser individual.

La infancia se caracteriza por las múltiples separaciones que un niño debe atravesar las que implican pérdidas objétales a la vez que empuje al desarrollo individual. Estas pérdidas son naturales, necesarias, indispensables para la apertura hacia la vida personal a partir de la estrechez de los vínculos primarios.

Es un proceso en el tiempo, marcado incluso por edades de separación que quedan ligadas a la iniciación de nuevas organizaciones vitales. Sin embargo, son separaciones que implican modificaciones en la característica del vínculo pero no, la desaparición definitiva del objeto en la realidad.

* Av. Libertador 1641 ap. 1103. arim@adinet.com.uy

Son separaciones que van constituyendo al ser humano como individuo teniendo su origen en la que se engendra con la madre en el momento del nacimiento. El proceso continúa el resto de la vida produciéndose distanciamientos no sólo de seres queridos sino también de aspectos de sí mismo, alejamientos que provocan muchas veces dolor y también crisis. Pero siempre marcan el camino hacia lo particular y personal (Arfouilloux, 1986).

Por otro lado, la niñez tampoco queda indemne al infortunio de pérdidas por muertes de seres queridos cercanos.

Sin embargo, no es habitual que un chico se vea enfrentado a la muerte de alguno de sus padres. Cuando esto sucede la conmoción suele ser particularmente intensa pues con su psiquismo en formación los necesita como soporte narcisista, como sostén identificadorio, como figuras receptoras a sus movimientos pulsionales.

Tanto unas como otras pérdidas implican procesos de duelo, sin embargo, la movilización que provocan en la organización psíquica de un niño es diferente.

En la literatura psicoanalítica que estudia estos puntos existen opiniones dispares. Hay autores que sostienen que el niño sólo está en condiciones de registrarla vivencia de separación con la angustia concomitante y equiparan separación y duelo (Klein, 1934, 1940; Bowlby, 1980).

Otros, en cambio, enfatizan aquellos aspectos que puedan diferenciar el trabajo psíquico puesto en juego frente a la pérdida de un ser querido del que surge frente a otras en las que el objeto permanece con vida. (Hanus, 1976; Arfouilloux, 1986)

En la obra de Freud no surgen alusiones específicas en relación al duelo en los niños y, por otro lado sus referencias a la separación con el objeto son escasas.

Sin embargo, podemos encontrar algunas reflexiones sobre lo que él entendió que sucedía en la vida psíquica de algunos niños, en un sentido, frente a situaciones de separación transitoria y, en otro de pérdida por muerte de alguna de las figuras parentales.

Es por nosotros conocido el juego del “Fort und Da” experimentado por su pequeño nieto Ernest de 18 meses de edad en ausencia de su madre a través del cual lograba expresar simbólicamente su vivenciar (Freud, 1920).

También se refiere Freud a un sueño significativo de este mismo niño. Escribe: “Si no me equivoco, el primer sueño que me contó mi nieto de 20 meses de edad, muestra claramente que el trabajo de sueño logra transformar su materia en una relación de deseo, mientras que el afecto que forma parte de él permanece sin cambios, incluso en el estado de sueño. El niño grita la noche anterior al día en que su padre debe partir al frente, con violentos sollozos: Papá! Papá! Bebi! Esto sólo puede significar, papá y bebi permanecen juntos mientras que con los llantos reconoce la inminencia de la partida. El niño estaba entonces bien capacitado para expresar el concepto de la separación” (Freud, 1900).

Ernest tenía 5 años 9 meses cuando murió su mamá en una epidemia de neumonía gripal. Freud expresa que el pequeño no mostró duelo alguno por ella.

Nos encontramos así con que teniendo menor edad pudo hacer manifestaciones que daban cuenta de sus posibilidades de elaboración del alejamiento de sus padres, mientras que frente a la pérdida definitiva de su mamá parece no transmitir manifestaciones específicas de dolor ni expresiones simbólicas que dieran cuenta de lo que estaba viviendo.

Años después Freud (1927) se refiere a dos pacientes que siendo niños habían perdido a sus respectivos padres, uno a los 2 y otro a los 10 años. Expresa entonces que en sus vidas anímicas una corriente no había reconocido la muerte, ésta había sido “escotomizada”, pero existía otra que había dado cabal razón de ese hecho. Coexistían una junto a la otra la actitud acorde al deseo y la acorde a la realidad.

En cuanto a la separación como concepto, Freud, por un lado lo refiere a la angustia por la que atraviesa todo ser humano frente a la pérdida del objeto amado y, por otro lo vincula con la problemática de la castración y de la situación edípica.

La angustia primaria se produce según él cuando el niño está solo, cuando está en la oscuridad, cuando halla a una persona ajena en lugar de la que le es familiar y se reduce a una única condición, la de que “se echa de menos a una persona amada (añorada)”. Agrega: “Esta angustia sería una expresión de desconcierto, como si este ser, muy poco desarrollado todavía no supiese qué hacer con su investidura añorante”. (Freud, 1926)

Expresa también que frente a la ausencia de la madre el pequeño se siente sometido a una situación de peligro y la angustia demuestra ser producto del desvalimiento.

Así, el yo inmaduro registra dos peligros: el de la pérdida del objeto con la añoranza que esto le despierta y el del desvalimiento.

Posteriormente, en la fase fálica Freud plantea que esta angustia se muda en angustia de castración que es angustia de separación, pero en este caso de los genitales.

Se produce una elaboración retroactiva de la experiencia de separación que cobra un nuevo sentido frente a la evolución de la sexualidad (Nachträglichkeit).

Vincula entonces la separación con la problemática de la castración y de la situación edípica.

En este contexto el objeto perdido es el objeto deseado pero prohibido.

La prohibición y la angustia de castración movilizan el trabajo de separación que es gestado tanto por el sujeto como por el objeto.

El trabajo de separación surge, en el niño, fundamentalmente por la angustia a la pérdida-separación de sus propios genitales y por la frustración de su deseo lo que hace que en la situación edípica sea trabajo de resignación.

Resignar implica el avenirse a la entrega del objeto a un tercero.

Por lo tanto, constituye un paso de mayor compromiso en la comprensión de un aspecto de su realidad tanto interna como externa, el de la existencia de la triangularidad.

Indudablemente ello constituye un avance fundamental en su organización psíquica.

Estas pérdidas, tolerables para el yo del niño movilizan las fuerzas integradoras de su psiquismo.

En cambio, cuando se ve enfrentado a la muerte de alguno de sus padres la situación se complejiza. El dolor provocado por la añoranza del objeto perdido queda unido a vivencias de desvalimiento, de fragilidad yoica, de inermidad, lo que da lugar a una cualidad de angustia diferente a la que surge frente a la resignación del objeto en la situación edípica. Estaría vinculado a lo que Freud describe como angustia primaria.

Por otra parte la angustia ante la pérdida de un ser amado sostenedor se hace intolerable para el yo inmaduro, no autónomo, llevándolo entonces a la utilización de severos y persistentes recursos defensivos.

Estos mecanismos son los que Freud describe (1927, 1940) en sus dos pacientes a los que se refiere en su trabajo sobre fetichismo y, que observó anteriormente en su nieto pero sin conceptualizarlos en ese entonces. Lo hizo en el ámbito de sus estudios sobre la psicosis y el fetichismo donde plantea que frente a una realidad intolerable para el yo surge, a veces, la coexistencia de dos actitudes psíquicas frente a la misma. Una de ellas la tiene en cuenta, la otra la niega y la sustituye por una producción de deseo manteniéndose las dos actitudes sin influirse recíprocamente. Esta función implica a su vez, la desmentida (*Verleugnung*), concepto que Freud comienza a utilizar en relación al reconocimiento de la castración pero que constituye, a su vez, un prototipo de otros desconocimientos de la realidad.

El observar la fuerza de estos mecanismos en niños enfrentados a pérdidas de sus padres y que él analizó siendo ellos adultos, lo llevó a pensar que los mismos no son raros en la vida infantil teniendo muchas veces que ver con tiempos necesarios para el reconocimiento de aspectos provenientes del mundo externo que se hacen insoportables para el yo.

Nos encontramos así, con que la renegación y la escisión pueden ser moratorias necesarias para la elaboración de lo sucedido. (Pelento, 1995) En todo duelo se ponen en juego.

Sin embargo, cuando la pérdida ha sido muy temprana o no ha habido condiciones adecuadas para su encauzamiento pueden estos mecanismos actualizarse reiteradamente en distintos contextos del existir del niño constituyendo una brecha yoica que se transforme en obstáculo para su integración psíquica.

II. Agustina-Esther

Algo de esto sucedió en la vida de Agustina.

Cuando murió su papá luego de una larga enfermedad ella tenía 4 años. Es hija única de padres muy jóvenes. Su papá enfermó cuando ella tenía 3 años lo que produjo gran incertidumbre en el medio familiar de la niña llevando a que se estrechara marcadamente el vínculo entre los padres pasando gran parte del tiempo en su casa, solos, rechazando el estar con familiares y amigos. Agustina quedaba con ellos, sola a su vez, desarrollándose como una niña pseudomadura. Ella participaba de las angustias

que a sus padres les provocaba el deterioro que le producía la enfermedad al papá. Sin embargo, nunca le hablaron de lo que estaba sucediendo.

Cuando el padre murió, los abuelos maternos le dieron explicaciones muy ambiguas, la madre no le habló. Ésta expresa que no observó ninguna reacción llamativa en Agustina en ese entonces.

Ella, que tenía un vínculo tan estrecho con su marido expresa que no pudo permitirse el dolor para que su hijita no lo sintiera dedicándose con fervor a su profesión. Para ello debía dejar a Agustina con sus propios padres, abuelos muy absorbentes que entendían que con la pequeña había que funcionar como si nada hubiera pasado.

La mamá de Agustina a la vez, no toleró la soledad que le provocó la muerte de su marido e inmediatamente fueron ambas a vivir con estos abuelos cerrando la casa que había sido su hogar hasta ese entonces. Poco tiempo después ella forma una nueva pareja con un hombre bastante mayor quien pasó a ser una figura muy presente en la vida de la niña.

Es de destacar, que poco a poco se fueron separando de la familia paterna pasando Agustina a llamar también abuelos y tíos a los familiares de su padrastro. Poco después de transcurrir un año desde la pérdida, pasaron los tres a convivir juntos de nuevo en la casa que había sido también del padre.

Actualmente, seis años después en su casa Agustina llama a su padrastro por su nombre, en la escuela se refiere a él como su papá, sin hablar en ningún momento de su padre muerto.

Cuando tiene 10 años su aprendizaje está tan bloqueado que en el colegio le plantean la necesidad de consulta.

Me encuentro con una niña muy contenida en toda su expresión mientras es habitual que haya lágrimas en sus ojos, en especial cuando se refiere a sus dificultades escolares.

Despliega una modalidad de juego en la que todo lo que inicia se interrumpe, cuando intenta dibujar siempre busca algo que copiar pero que nunca encuentra por lo que su intento queda sin desarrollarse.

Su actitud en sesiones transcurre a través de un “sí pero no”. Por ejemplo es habitual que me diga: “Abrí la caja”. Cuando me dispongo a hacerlo me dice, “Noo! Te dije que

no la abras!” Yo detengo mi movimiento y ella expresa: “Abrila! Te dije que la abrieras!”

Esta actitud está también presente en su vida cotidiana marcando sus vínculos interpersonales ya que provoca desconcierto en los otros que quedan sin saber a que atenerse frente a sus mensajes. Inocula de este modo su discordia interna entre un no saber de algo que sí sabe, entre un abrir-conocer una realidad que por otro lado necesita mantener clausurada.

Presenta este funcionar en distintas esferas vitales.

Tiene gran dificultad para las matemáticas, un día aprende leyes aritméticas que al otro día las olvida y pasa lo mismo con las normas ortográficas. Su rendimiento es muy oscilante desconcertando a sus maestras pues, así como aprende con facilidad también borra lo adquirido.

La escisión en sus modos de comportamiento y el desconocimiento de una realidad una vez que la aprehende constituyen el drama de su existir.

Esta niña comenzó su análisis hace poco tiempo, con casi 11 años, integrada a una familia que necesita sostener su estructura defensiva y, que consultan cuando ya sus síntomas obstaculizan marcadamente su vivir.

Pienso que es una situación en la cual, la muerte del padre reforzó mecanismos de desconocimiento de lo sabido en la propia madre llevando esto al congelamiento en la niña de un funcionamiento psíquico marcado por el ignorar aquello que puede conocer lo que, como ya dije, se constituye en un obstáculo a sus posibilidades de integración.

Es diferente la situación de Esther.

A los 6 años consultaron sus padres con ella a consecuencia de sus dificultades de separación con su mamá. En el proceso analítico se logró ir trabajando sobre su vínculo cerrado con su madre del cual se fue abriendo. Poco a poco fue surgiendo en ella un claro entramado edípico con avalares ambivalentes hacia ambos padres y con ricas posibilidades de expresión simbólica.

A los dos años de haber iniciado su análisis murió su mamá en un accidente, manejando un auto en el que iban también Esther y sus tres hermanitos. En ese entonces era una niña vital, los padres habían destacado en una entrevista que habíamos tenido

poco antes que la veían disfrutar de sus actividades y en sesiones desplegaba un rico mundo de fantasías expresado a nivel lúdico, gráfico e incluso verbal.

La sesión que tuvimos inmediatamente a la muerte de su mamá lloró mucho, sin decir nada, asistida y compartida en su dolor por su papá que entró esta vez al consultorio.

A la sesión siguiente llegó vestida con un buzo que había sido de su madre, negro y blanco, a rayas, que le llegaba casi a las rodillas y que no dejó de usar durante mucho tiempo.

De este modo, estando ella sentada, quieta, sin hablar, con expresión lívida pero sin llorar transcurrían las sesiones.

El impacto de lo que estaba viviendo quedaba puesto en su cuerpo, en su gestualidad estupefacta, en el tinte pálido de su piel y en el color de la ropa elegida.

Era el modo en que Esther podía decir de sí. Se aproximaba a la realidad de la muerte a la vez que tapaba la ausencia materna con su propia presencia viva pero sin vida dentro del buzo de la madre muerta.

Dramatizaba así su saber de la realidad intolerable que a la vez necesitaba desconocer. Ponía en escena una particular identificación con su madre, identificación que por un lado testimoniaba la ausencia y por otro alimentaba su presencia viva en su interior.

De este modo su yo, a la vez que evitaba la muerte del objeto quedaba invadido por la propia situación de muerte dando cuenta ello de una identificación fusional con el objeto perdido.

Se trataba de un mecanismo mental en el que condensaba su saber y su necesidad de desconocer.

De este modo, en ese período la recomposición de lo vivido quedaba paralizada.

Esta situación se prolongaba en el tiempo y eran muy tenues sus manifestaciones que permitieran acceder a un trabajo analítico en el que se diera cauce a lo sucedido. Sin embargo, ella no faltaba a ninguna sesión y muchas veces llamaba por teléfono a horas que sabía que sería yo personalmente quien hablaría y no mi voz en el contestador telefónico. En esas circunstancias me preguntaba ¿"estás ahí"?, o ¿"hasta que hora trabajas"?, o, por ejemplo me decía "ayer, cuando salí me estaba esperando mi abuelo"

Poco a poco pudo ir expresando en sesiones más de sí utilizando distintos recursos simbólicos.

Comenzó un período en que inventaba historias que escribía en un cuaderno en sesiones. Eran historias policiales en las que siempre había un muerto y alguien que investigaba la forma en que se había producido el hecho. Este personaje, el que tenía la misión de indagar era siempre una mujer, a veces una niña, y su investigación solía transcurrir en medio de playas de estacionamientos de autos, en noches lluviosas y heladas.

A la vez que su trabajo de elaboración se tornaba muy fértil fue dejando el ropaje materno y pasó a usar vestidos que la mamá le había comprado.

La identificación fusional inicial en la que su propio cuerpo era testimonio de la presencia en ella del objeto “muerto-vivo” (Baranger, 1961) comenzó a ser mentalizada a través de una doble pero discriminada identificación, por un lado con un objeto vital con fuerzas para explorar la realidad de lo acontecido y, por otro con el muerto y las circunstancias de la muerte.

De este modo, la desmentida de la realidad va cediendo, la escisión se mantiene pero ya no tanto como hendidura yoica sino más bien como palanca a la integración.

También fue desplegando su anterior alegría de vivir.

Quiero destacar que el padre de Esther, se mantuvo todo lo cerca que pudo de sus hijos buscando entender lo que cada uno pudiera estar sintiendo, siendo a la vez, ayudado en esta búsqueda por el resto de la familia, por sus padres, por sus hermanos, incluso por amigos.

III

Al producirse la muerte de uno de sus padres, un chico pierde al menos momentáneamente la posibilidad del encuentro vital con ellos, uno ya no está y el otro está inmerso en los avalares con que opera su propio duelo. Es natural que esto le quite disponibilidad en el vínculo con su hijo pues es sabido que la retracción narcisista propia de determinados períodos del trabajo interno frente a la pérdida incide en el reconocimiento que pueda hacerse de las necesidades de los otros.

Para el padre o la madre en duelo su hijo, ahora huérfano es, de algún modo presencia del muerto y de la muerte en sí.

Se produce en él un doble retraimiento, el que la pérdida le genera y el que se gesta por el testimonio de la ausencia que el hijo encarna y con el cual a su vez el padre se identifica.

Implica complejas dinámicas edípicas (Luz Porras de Rodríguez, com. per.).

Un paciente adolescente que perdió a su padre a los doce años expresaba esto así: “Yo, lo que se es que realmente me hace falta. Como que es difícil crecer sin alguien que te acompañe, que vea los logros que vas teniendo. Es difícil crecer sin un padre y, sin una madre también. Muchas veces esperé que mi vieja reaccionara y no podía hacer nada estaba metida en los problemas, al final estas huérfano.

Te quedas esperando, me quedé a la deriva, te quedas a la deriva sin que nadie te entienda o te acompañe. En sí, cuando falleció mi padre falleció mi madre, también fue un golpe demasiado fuerte para todos, quedé desencajado de todo lugar. Me puse una máscara, me quedé sin diálogo, con mi madre no podía hablar y mi padre ya no estaba.”

En general la muerte de una figura parental en la niñez constituye un quebranto en la organización vital del niño que atraviese esta experiencia.

Muchas veces queda desinvertido por un padre sumido en un mundo de recuerdos dolorosos. Otras veces puede quedar aferrado a una figura parental que lo necesita para obturar el vacío de la muerte, el dolor de la ausencia. Puede suceder también que quede trezado a la estructura defensiva rígida de una madre o un padre frágil congelándose así en el mismo niño la utilización de mecanismos desestimatorios de diferentes aspectos de la realidad.

Cuando a un niño se le muere uno de sus padres queda de algún modo sumergido en un clima de inestabilidad, con vivencias de riesgo en lo que atañe a sí mismo, a los otros y a sus vínculos de afecto.

A la pérdida del objeto se agrega la pérdida de la ilusión narcisística de la omnipotencia infantil tanto en lo que se refiere a sus posesiones afectivas como en el saber de los límites, de la irreversibilidad de las ausencias, de la finitud vital, incluso de su propia posibilidad de muerte.

Diferentes autores han señalado que el modo en que un niño trabaja su experiencia de pérdida está ligado a la subjetivación que de la misma puedan hacer los adultos con quienes convive.

Y ello a su vez, se relaciona con la posibilidad de que éstos tengan de recurrir a las palabras que den cuenta tanto de lo sucedido como de los afectos desencadenados por la situación (Abraham y Torok, 1972; Aberastury, 1973; Hanus, 1976; Bowlby, 1980; Arfouilloux, 1986; Lebovici, 1994; Pelento, 1995)

IV

En un niño la posibilidad de recurrir a las palabras que den cuenta de las representaciones vinculadas a la pérdida depende mucho del tipo de transmisión verbal que pueda hacer el padre que vive y el resto de la familia.

Esto está marcado a su vez por la característica del vínculo padres-hijos y de ellos con su entorno en general.

Podemos pensar que en las situaciones de duelo por muerte de alguno de los padres el vínculo con el padre sobreviviente marcará, de algún modo, las características del trabajo interno que pueda realizar el niño frente a la pérdida.

Retornando a las dos pacientes a las que me he referido encontramos dinamismos que en sus características esenciales son similares. Sin embargo la fijeza y el compromiso de los mismos en la organización psíquica son distintos y, parecen muy relacionados al modo en que el padre que vive transcurrió su duelo por el padre que muere.

El funcionamiento psíquico de Agustina se ha congelado en una organización defensiva que implica una fisura en su funcionamiento y lo que está muy atravesado por la forma en que la madre ha manejado la realidad de la pérdida.

Esther, fue sostenida por un padre que pudo sentir su dolor transitando por recuerdos referidos a la madre que transmitía a sus hijos y también pudo tolerar el dolor de éstos, lo que ayudó a que la realidad de la muerte fuera siendo mentalizada por la niña.

Sin embargo, siempre que un niño debe vivir la experiencia de muerte de uno de sus padres encara una separación irruptiva que de algún modo fractura el eje de su continuidad vital.

Se aproxima al saber de una verdad descarnada que golpea su narcisismo en momentos formadores del yo. Se enfrenta al dolor de la pérdida provocada por una ausencia irreversible que a su vez le anuncia el desvanecimiento de un vínculo proveedor de sostén.

Es una incursión imprevista, fuera de tiempo y de lugar sobre los límites de la vida, sobre el transcurrir inexorable del paso de las generaciones. Es un aproximarse a un saber que lo remite a sus vivencias de inermidad, de desamparo, a sus sentimientos de soledad.

Por ende para un niño constituye siempre una particular exigencia de trabajo psíquico para el que necesitará de la disponibilidad personal y mental de los adultos con quienes convive.

El niño está inmerso en una familia atravesada por la “recepción de la mortalidad” (Alizade, 1995) lo que le da una cualidad particular a esta experiencia. El padre que vive dreña sobre su hijo su manera de recepción de la finitud vital del padre que murió así como también su propia representación sobre este acontecimiento.

El progenitor que sobrevive carga con un doble trabajo de duelo, el de la pérdida de su pareja, pero también el de reubicarse en el ser un padre sin cónyuge frente a hijos huérfanos lo cual a él también lo remite a angustias primarias de añoranza por el objeto protector y de desvalimiento frente a la ausencia.

Los mensajes familiares que obedecen a convicciones ajenas a la realidad sobre la muerte dificultan la subjetivación de la pérdida por parte del niño.

Por ejemplo, los abuelos paternos de Agustina no dejan de destacarle su parecido con el papá y a menudo les escucha decir: “Dios se llevó a Carlos pero nos mandó a Agustina”.

Son mensajes paralizantes para esta niña ya que tienden a borrarle las diferencias generacionales obturándole a la vez la gestación de representaciones vinculadas a la ausencia irreversible. En la fantasía familiar a la que se adhieren sus propias representaciones de sí misma queda ubicada en el lugar del papá muerto sin espacio para simbolizar sus experiencias, sometida a la fuerza de la repetición que plasma en sus conductas.

Queda atrapada en un saber anecdótico de una realidad desmentida por quienes le rodean.

Ella dice: “Yo ya sé que mi papá está muerto, yo lo vi muerto” (?) “Cuando estaba en la cama que se murió y hace poco lo vi en el cementerio”(?) “Sí, vi el cajón y mi abuela me dijo que ahí estaba mi papá”.

V. Duelo e identificaciones

Retomando la situación de Esther, como ya vimos, se daba en un inicio un proceso donde la fantasía quedaba expresada a nivel corporal, sin palabras que vehiculizaran representaciones, borrada la discriminación yo-objeto y, de algún modo habitado el yo por el objeto perdido.

En este caso el encuentro de la niña con el medio familiar, con el padre, e incluso en el trabajo de su propio análisis le fueron dando un andamiaje de palabras que daban cuenta de lo sucedido, por un lado como hecho traumatizante en sí que era, por otro, de la continuidad vital que marcaba su propia historia y la de la familia.

Llegó un momento en que comenzó a querer saber de su árbol genealógico y el escenario del mismo fue desplegado en muchas sesiones.

Desde la realidad sus abuelos se lo iban brindando.

Esther quería saber las formas y tiempos de vida de sus antepasados, los entornos de nacimientos, casamientos y muertes.

De este modo fue introyectando representaciones de vida y de muerte que le permitieron ir haciendo identificaciones múltiples con aspectos de su madre y de otras figuras de su entorno.

Se produjo una movilización de su proceso incorporativo del objeto perdido y, a la vez que se iban desarrollando sus posibilidades de mentalización de la experiencia iban surgiendo identificaciones parciales con funciones vitales del objeto.

La elaboración de la pérdida estaba así directamente vinculada al destino del objeto incorporado.

En cuanto a la expresión de su dolor, pudo comenzar a llorar cuando poco a poco logró recurrir a la palabra. Primero lo hacía cuando el papá le hablaba de su mamá,

luego frente a la emergencia de distintos recuerdos de sus experiencias de vida con la madre que titubeante empezó a traer a sesiones. También expresaba su temor de sufrir al hablar y recordar.

Poco a poco lo fue haciendo, y fue sufriendo pero también tolerando su dolor.

Al mismo tiempo se la veía desplegar emociones variadas referidas a distintos hechos de su vida.

Podemos pensar que en un inicio se dio un proceso identificatorio con características masivas implicando una situación de indiscriminación *con el estado fantaseado del objeto* (muerto-vivo). Baranger (1961, 1980).

Por lo fusional, por el objeto mismo de la identificación (moribundo) V por lo cercenado que quedó su yo se trata de una identificación tanática.

Al ir discriminándose su yo del objeto incorporado y al ir diferenciando los estados de vida y muerte el proceso identificatorio se dirigió *hacia las funciones vitales del objeto* (gestante, protector, edípico) tomando a la vez éste un carácter dinámico.

La movilización de estas identificaciones se vincula al entramado representacional que pudieron brindarle los adultos que la sostienen.

En Agustina, en cambio, su proceso identificatorio vinculado a la pérdida está en parte paralizado. Podemos pensar que se condensan en ella identificaciones con el padre muerto lo que se expresa en sus dificultades en asimilar y conservar sus conocimientos, en el enfermarse ya que ha tenido varias internaciones, en el no expandirse a la vida y por otro lado rasgos identificatorios con la organización defensiva materna-familiar la que cabalga en la desmentida de la realidad de la pérdida.

No se trata de una identificación fusional como la que vivía Esther pero sí, de un proceso identificatorio rigidizado que la encierra en mecanismos repetitivos que le dificultan el despliegue de la simbolización necesaria para la elaboración paulatina de la pérdida. Parece estar atada al objeto que no está vivo ni muerto quedando de este modo su propio yo con mutilaciones en su funcionar.

De algún modo termina repitiendo situaciones en las que queda marginada de la realidad cotidiana en que vive, encerrada en palabras-mensajes no propios, sin espacio para el despliegue tanto del trabajo de duelo como del trabajo analítico.

Lo no dicho por su madre ha llevado a que en ella se instaure lo indecible.

Esto dificulta su desprendimiento de la figura paterna cuya ausencia ha sido obturada por la presencia del padrastro llamado “papá”.

VI. Algunas conclusiones

El proceso de duelo va unido al tiempo de elaboración y al espacio de la simbolización.

En un niño puede quedar trabado si los adultos que lo sostienen no le ofrecen representaciones que le permitan trabajar mentalmente con la pérdida.

Dichas representaciones son vehiculizadas con las palabras referidas a la experiencia vivida, lo que permite la modificación paulatina de las identificaciones con el objeto perdido. Las mismas en los niños pueden cobrar particular fuerza cuando la figura faltante es a la vez objeto pulsional y objeto de identificación como sucede con los padres. El destino de las identificaciones marca el trabajo del duelo. Inmediatamente a la muerte éstas pueden referirse al estado fantaseado del objeto perdido que en un inicio no puede ser concebido ni vivo ni muerto.

Se caracterizan por ser masivas y fijas teniendo como consecuencia la indiscriminación yo-objeto.

Con la subjetivización de la pérdida las identificaciones pueden movilizarse y se van desplazando desde el estado fantaseado del objeto a sus funciones vitales.

Esto puede ser entonces expresado en contenidos simbólicos que continúan abriendo nuevas vías de elaboración.

Cuando por diversos motivos el trabajo de duelo se paraliza aquellas tienden a rigidizarse defensivamente, son actuadas y no pueden ser usadas como bagaje interno movilizante del mundo representacional.

Resumen

A partir del análisis de dos niñas que han vivido la muerte de uno de sus padres se reflexiona sobre los respectivos procesos de duelo.

La elaboración y simbolización de la experiencia vivida puede quedar trabada si los adultos no le brindan al niño representaciones que le permitan trabajar mentalmente con la pérdida.

Esto incide en la movilización del proceso identificatorio con el objeto perdido lo que a su vez muestra las características del trabajo de duelo.

Summary

From the analysis of two girls who had lived the death of one of her parents, it reflects the respective duel processes.

The symbolization and elaboration of the lived experience can remain fostened if the adults do not offer to the child representation that allow him mindly work with the loose of his parents.

This incides in the movilization process with the lost object, which at the same time shows the characteristics of the duel work.

**Descriptores: MUERTE / DUELO / IDENTIFICACIÓN /
PSICOANÁLISIS DE NIÑOS / PERDIDA / AÑORANZA / SIMBOLIZACIÓN /
MATERIAL CLÍNICO**

Bibliografía

1. ABERASTURY A. 1973. La percepción de la muerte en los niños. Bs. As. **Rev. Psicoanál** 1973; XXX (3-4): 689-702.
2. ABRAHAM N, TOROK M. Introjecter, Incorporer, Deuil ou melancolie. **Nouv Rev de Psycha** Gallimard 1972; N° 6:111-22.
3. ALIZADE A. 1995. **Clínica con la Muerte**. Bs. As., A. E.
4. ARFOUILLOUX J. 1986. *Los Niños Tristes*. México, Fondo de cultura económica.
5. BARANGER W. 1961. **El muerto-vivo: estructura de los objetos en el duelo con los estados depresivos. Problemas del Campo Psicoanalítico**. Bs. As. Kargieman, pp. 217229.
6. ——— 1980. Conclusiones y problemas acerca del objeto. En: **Aportaciones al Concepto del Objeto en Psicoanálisis**. Bs. As. A. E. pp 306 321.

7. BOWLBY J. 1980. **La Pérdida Afectiva**. Barcelona, PAIDÓS, 1993.
8. FREUD S. 1886-1899. **Publicaciones prepsicoanalíticas**. Bs. As., A. E. Tomo I, 1976.
9. –_____ 1900. **La Interpretación de los sueños**. Bs. As., A. E. Tomo V, 1976. pp. 458.
10. –_____ 1917. **Duelo y Melancolía**. Bs. As., A. E. Tomo XIV 1976, pp. 235 255.
11. –_____ 1920. **Más allá del principio del placer**. Bs. As., A. E. Tomo XVIII 1976, pp. 1-72.
12. –_____ 1926. **Inhibición, Sin toma y Angustia**. Bs. As., A. E. Tomo XX 1976. PP 71-164.
13. –_____ 1927. **Fetichismo**. Bs. As. A. E. Tomo XXI, 1976 pp. 141-147.
14. –_____ 1938-1940a. *Esquema del Psicoanálisis*. Bs. As., A. E. Tomo XXIII, 1976 PP.203-206.
15. –_____ 1938-1940b. **La Escisión del Yo en el proceso defensivo**. Bs. As., A. E. Tomo XXIII, 1976 pp. 273-278.
16. HANUS M. 1976. **Le deuil chez l'enfant**. "La Pathologie du deuil". Rapport de Psychiatrie. Paris. Masson éditeur. pp. 21-48.
17. KLEIN M.1934. **Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos**. Bs. As., PAIDÓS, O. C. Tomo 2. 1983. pp. 253-278.
18. –_____ 1940. **El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos**. Bs. As., PAIDOS, O. C. Tomo 2.1983. pp. 279-301.
19. LEOVICI S. 1994. Le travail de deuil chez l'enfant. Le Deuil. Monographies de la **Revue Francaise de Psychanalyse**. Paris. PUF. pp. 77-93.
20. PELENTO ML. 1995. Algunas consideraciones sobre duelos en la infancia. Diarios Clínicos, 6. **Duelo y Trauma**. Bs. As. Lugar Edit.

Depresiones narcisistas en la neurosis

Clara Uriarte*

Depresión-Melancolía.

La problemática de la pérdida

Freud ubica tempranamente (Manuscrito G) la vivencia depresiva como de origen interno sostenido por una explicación relevante donde surge la noción de sufrimiento.

El afecto que corresponde a la melancolía es aquel del duelo, es decir, la añoranza por el objeto perdido. Se trata en la melancolía de una pérdida la melancolía es un duelo provocado por una pérdida de libido ⁽⁷⁾.

El vacío que resulta provoca dolor por el empobrecimiento y hemorragia libidinal.

Por lo tanto para la melancolía asociada a otras formas indeterminadas o diversas de depresión es en el psiquismo donde se sitúa el agujero.

La elaboración sobre el narcisismo (1914) y la “agencia crítica” en un caso de paranoia (1914) preparan el terreno para Duelo y Melancolía (1917) obra fundamental acerca de la depresión.

En un plano si se quiere superficial, se trata de las semejanzas y las diferencias que se pueden establecer entre el proceso “normal” del duelo y el proceso “patológico” de la melancolía. En un plano más profundo aquello que trabaja Freud en realidad se centra en una serie de enigmas donde hace girar la *problemática de la pérdida*.

Ellos son el enigma de la autoagresión, del desprecio a sí mismo, de la repetición y finalmente del dolor.

Estos enigmas “clínicos” nacidos en los años 1895 en torno a las preguntas por el dolor depresivo poseen una función metodológica y heurística fundamental para Freud.

* Miembro titular de la APU
Lord Ponsomby 2460 Montevideo Uruguay
E-mail: curiarte@uyweb.com.uy

La palabra depresión es poco usada por Freud. En el Manuscrito B⁽⁷⁾ hace referencia a una “depresión periódica”, considerándola como una tercera forma de Neurosis de Angustia y que distingue de la melancolía por su relación con el trauma psíquico.

En los escritos siguientes y hasta el final de su obra la depresión, en un sentido amplio, posee un lugar que no queda totalmente clarificado desde el punto diferencial de la melancolía.

Por otra parte es conocido el continuo que establece Freud entre estados de normalidad y estructuras psicopatológicas.

En nuestros días se distinguen depresiones de estructura psicótica donde se ubica la melancolía y las depresiones en la esquizofrenia de aquellas depresiones de estructura neurótica. Otros autores describen depresiones en estructuras límites (Kernberg) y depresiones narcisistas (Garbarino). Este último autor plantea un duelo narcisista que denomina duelo por el yo donde lo que estaría en juego no es la pérdida de los ideales del yo sino del yo ideal.⁽¹⁵⁾

C. Mendilaharsu y Sélka A. de Mendilaharsu plantean una configuración narcisista en una parte del yo que daría cuenta de la depresión y atribuyen a la parte del yo situada fuera de esta organización la diferencia entre las depresiones psicóticas y las que no lo son.⁽²⁵⁾

Actualmente en el psicoanálisis las depresiones se ubican dentro del narcisismo, es decir, se admite un eje narcisista en todas ellas ya sean de estructura psicótica o no.

En las formas no psicóticas al término depresión se le asigna vacío, pesimismo, desesperanza, junto con los síntomas predominantes de la astenia, inhibición y sentimientos de inferioridad.

Notamos, entonces, que aquello que se encuentra en primer plano es el *displacer* bajo una forma indefinida y difícil de abordar.

Este existir doloroso está muchas veces encubierto bajo actuaciones sexuales, trastorno del carácter, síntomas psicósomáticos e hipocondríacos.

En cuanto a la *culpa* funciona como un elemento importante para trazar un distingo clínico entre las depresiones psicóticas y las que no lo son.

Ante la culpa persecutoria insistente y feroz, la indignidad y vergüenza del melancólico es posible constatar en las estructuras no psicóticas, aún cuando exista angustia y miedos persecutorios, la ausencia de una idea conciente de culpa.

La tesis de que la melancolía se diferencia de las otras formas de depresión basándose de que en estas la elección de objeto no ha sido de tipo narcisista puede resultar cuestionable.

En general se toma como factores determinantes para una diferenciación, la profundidad de la regresión y la extensión del proceso de disociación del yo.

A los fenómenos que absorben casi completamente al yo melancólico y destruyen su función de realidad es posible encontrar en las depresiones no psicóticas que el objeto y la relación con la realidad se mantiene aunque en forma debilitada.

Radó⁽²⁶⁾ hace referencia a una melancolía parcial del yo en las formas no psicóticas. Cuanto más se expande el proceso depresivo en el yo a expensas de las relaciones de objeto y la realidad más se acerca al estado de la neurosis narcisistas melancólicas.

Destacamos que la teoría freudiana sin dejar de reconocer la diferencia entre melancolía y depresión descubre para ambas un duelo imposible por el objeto materno.

Si la tristeza pasajera o el duelo, por un lado, y el estupor melancólico, por otro, difieren clínica y nosológicamente, se apoyan ambas en una intolerancia a la pérdida del objeto y aseguran una salida compensatoria en los variados grados de inercia y retracción en los cuales el sujeto se refugia en la inacción hasta parecer muertos o hasta la muerte misma.

Es posible hablar de depresión y de melancolía designando un conjunto melancólico-depresivo teniendo en cuenta en la construcción del modelo depresivo la experiencia común a la intolerancia a la pérdida de objeto.

Freud señala la elección de objeto narcisista en la melancolía (1914) y describe la identificación regresiva al objeto perdido de modo que el objeto ocupa un lugar en yo: la sombra del objeto cayó sobre el yo.⁽¹⁰⁾

Según la teoría psicoanalítica clásica (Freud, Abraham, Klein) la depresión esconde agresividad contra el objeto perdido y revela la ambivalencia del deprimido enfrentado al objeto de su duelo. Yo lo amo –parece decir el deprimido melancólico ante un ser

querido perdido— pero más lo odio; lo quiero, pero para no perderlo lo instalo dentro de mí; como lo odio este otro en mí es un yo dañino, yo soy dañino, no soy nada, me mato.

La queja contra sí mismo será una queja contra otro y la muerte un disfraz trágico de la muerte de otro. Esta lógica supone un superyó severo y toda una compleja dialéctica de idealización y desvalorización de sí y del otro, reposando todo este movimiento sobre el mecanismo de la identificación.

Por identificarme con el otro amado-odiado instalo en mí esa parte que deviene juez tiránico a la vez que necesario, así como esa parte objeto que deseo liquidar.

El canibalismo melancólico que fuera señalado por Freud y Abraham aparece en numerosos sueños de deprimidos que traducen una pasión por tener dentro de la boca al otro no tolerado que quiero destruir.

A diferencia del acento puesto por Freud, Abraham, y M. Klein sobre la agresividad inconsciente dirigida por el sujeto contra el objeto desaparecido N. Abraham y M. Torok muestran como en la melancolía el objeto perdido es un objeto de amor privilegiado incorporado en una cripta.⁽³⁰⁾

Abraham K. fue el primero en introducir el concepto de una depresión primera que se desarrolla en la temprana niñez, en reacción a una lesión severa del narcisismo infantil a través de una combinación de desengaños de amor.⁽¹⁾

El desengaño primario se pensaba que ocurría en el último estadio oral-canibólico del desarrollo infantil y era concebido como una frustración oral. Las depresiones subsiguientes siguen el patrón establecido por el primero.

M. Klein apoyada en su teoría de las posiciones toma en cuenta una perturbación en la posición depresiva manteniéndose mecanismos esquizoparanoides. Destaca el clivaje y los mecanismos de identificación proyectiva con el predominio del sadismo oral, la envidia y las concomitantes dificultades en la reparación.⁽¹⁸⁾

E. Jacobson señala en la depresión los desengaños tempranos en el desarrollo del yo y del superyó del futuro depresivo: el yo infantil se ve abrumado y puede iniciarla formación del superyó en una época precoz. Así el superyó es dotado con la omnipotencia arcaica de las tempranas imágenes parentales, lo que explica la tensión entre un superyó muy severo y un yo sometido.⁽¹⁷⁾

Depresiones narcisistas en la neurosis

Fue sin duda la profundización en el estudio del narcisismo lo que permitió a los analistas de hoy una mejor aproximación a otras formas de depresión.

Fallas en la propia estima, incompletud narcisista e ideales tiránicos se presentan en la economía depresiva como rigurosamente complementarios.

Los sentimientos de tristeza, nostalgia, no esconden allí culpa por una venganza urdida en secreto contra un objeto ambivalente sino que resultan la expresión de una herida arcaica no simbolizada e innombrable que ha dejado como vestigio un yo herido y vacío.

En aquellas depresiones donde predomina, aún con fallas, una estructura neurótica, la persona no se considera lesionada o denigrada sino portadora de un defecto básico, de una carencia radical, efecto de una falla a nivel del narcisismo.

Nos enfrentamos a fallas estructurales en las identificaciones primarias, con un déficit a nivel de la investidura libidinal narcisista y una no clara diferenciación yo-otro.

En relación a los avatares del narcisismo en las identificaciones primarias J. García⁽¹⁶⁾ establece una distinción entre “posición narcisista” que implica el deseo de la madre y la identificación del hijo al falo de “estructura narcisista” (falla en la identificación primaria).

Quisiera detenerme brevemente para destacar el largo periplo identificatorio que debemos tener en cuenta para reflexionar en torno a la construcción de la depresión: identificaciones primordiales, preedípicas y edípicas en un proceso que estructura al sujeto en sus vínculos reales y fantasmáticos.

Cabría distinguir una identificación primaria arcaica donde se es con la madre y ello es común para los dos sexos y una identificación primaria preedípica, *ser como* el padre tal como la plantea Freud en “Psicología de las Masas y Análisis del yo”. Allí describe como el varón se relaciona de manera distinta con ambos padres pero habla de investidura y no de elección. Se trata de estructura edípica pero no del complejo de Edipo donde lo central es el conflicto a partir de la amenaza de castración.

F. Schkolnik⁽²⁸⁾ al estudiar lo arcaico en las neurosis distingue dos tipos de vínculos, el dual preedípico pensando en el Edipo y desde el Edipo y lo dual arcaico marcado por un insuficiente discriminación con el otro.

Opino que ambas formas se hallan presentes en las depresiones narcisistas en las neurosis.

Cuando los movimientos de estructuración primaria del narcisismo, como espacio de enlaces hacia identificaciones más simbólicas (secundarias) se muestran insuficientes, la elaboración intrapsíquica de la pérdida se ve impedida sentándose las bases para una depresión futura.

Una pérdida incognoscible

Sabemos en todo ser humano del carácter ineluctable de la pérdida original lo cual hace que los reclamos de un paciente inscriptos en la vivencia de pérdida no se reduzcan a las consecuencias de una desaparición accidental, actual ni tampoco a experiencias del pasado infantil que pudieron haber dado lugar a una particular fragilidad narcisista.

El paciente deprimido narcisísticamente da la impresión de haber sido desheredado de un bien innombrable, imposible de figurar que nos interroga acerca de la *naturaleza de este objeto y sobre la experiencia de pérdida misma.*

Freud tuvo la intuición en el Proyecto⁽⁷⁾ y más específicamente en lo que denomina el complejo del prójimo de ese remanente permanente e irreductible, de este “más allá” del reclamo del objeto ausente.¹

El niño no logra en los “estadios precoces” producir sobre el mundo exterior las modificaciones que lo puedan satisfacer reduciendo las tensiones de excitación. Una persona segura, objeto real, a la vez necesario y contingente deberá entonces intervenir. Freud utiliza lo que llamamos el otro, el prójimo en el sentido de una idea de proximidad, contacto sensoriomotor y un apoyo empalico en un doble (que devendrá en el lenguaje del 1914 narcisismo primario).

1. La concepción que fundamenta esta denominación resulta fundamental para la lectura de textos ulteriores sobre el narcisismo, idealización y la depresión en todos sus registros.

Cuando señala que este complejo se divide en dos partes indica de un lado una fracción no asimilable al objeto (das Ding: la cosa), y no das Objekt, elección de palabra por parte de Freud que subraya la materialidad resistente del real externo.

La otra parte o elemento del complejo resulta no aislable de la primera, cuando el objeto grita, el sujeto recuerda sus propios gritos y revive sus propias experiencias dolorosas. Aquí interviene un trabajo de diferenciación, una forma primaria del juicio.

Lacan destaca de los textos freudianos este objeto fundamental, das Ding, la Cosa, como opuesto a los objetos sustitutos y perdido de entrada para siempre... Das Ding como Fremde, como extranjero, y hostil a veces, en todo caso como el primer exterior es este objeto, das Ding en tanto Otro absoluto del sujeto que es lo que se trata de volver a encontrar... como mucho se lo vuelve a encontrar como nostalgia.⁽²¹⁾

Seguramente esto es lo que hace decir a J. Kristeva⁽²⁰⁾ que el deprimido se encuentra en duelo no por el objeto sino por la Cosa.

La palabra pérdida resulta cargada de connotaciones que admiten cierta imprecisión sobre la naturaleza y el lugar (interno o externo) de aquello perdido. El sentimiento que acompaña a la pérdida es de incertidumbre en relación al lugar y momento de desaparición del objeto.

Y justamente la expresión que emplea Freud en 1915 para referirse a la causa de las quejas melancólicas es de una *pérdida incognoscible* (unberkannt verlust): “El enfermo sabe a *quién* perdió pero no *lo que* perdió en él”.⁽¹⁰⁾

Es esta misma incertidumbre, muchas veces bajo forma masiva y espectacular, el motivo mismo de la demanda o de la queja del paciente cualquiera sea ésta.

Podemos entender este reclamo como una revuelta a todo aquello que represente la diferenciación, la individuación primera, pérdida originaria que implica un encaminarse a existir sin el otro.

Un afecto depresivo. La nostalgia

Nos habíamos referido a dos características de los afectos² depresivos, *su cualidad displacentera* y *su intensidad que determinan sufrimiento y dolor psíquico*.

2. Dentro de la comprensión metapsicológica de los afectos depresivos corresponde otorgar un primer lugar a las fallas estructurales en el yo y el superyó las peculiaridades del vivenciar depresivo, sin dejar de reconocer por ello los factores económicos en la regulación de los mismos.

En cuanto al sufrimiento corresponde señalar un tipo de sufrimiento traumático, no elaborativo propio de las depresiones graves (psicosis). Este deja en el psiquismo un agujero, un borramiento de toda huella de objeto. Todo acto de desinversión logrado no deja ninguna huella y conduce a la abolición, disolución, el borramiento definitivo de la representación de objeto.

En cuanto al otro tipo de sufrimiento es aquel ligado al investimento de objeto y se sufre por su pérdida. Es en ese sentido que escribía, “la pérdida condiciona el surgimiento de un estado donde el deseo se presenta como irrealizable en una búsqueda nostálgica de paz y sosiego”.⁽³¹⁾

Se trata del registro del sufrimiento neurótico y tiende a repetirse en la situación transferencial.

La nostalgia aparece, a mi modo de ver, como un afecto específico ligado a la herida narcisista provocada por la pérdida: nost-algia significa un dolor (algos) que regresa (nostos), y duele nuevamente.

En la nostalgia como anhelo de reencuentro con el pasado se inviste un objeto idealizado perdido pero a diferencia de lo que ocurre en la melancolía, la sombra del objeto no cae sobre el yo.

Ciertamente la nostalgia como el resto de la memoria y la fantasía puede padecer de una transformación sintomática portando la marca de la herida narcisista, de aquello irrepresentable que se repite.

Son varios los autores que han descrito una “enfermedad de la nostalgia” (Starowinski. Neyreaut) como expresión de vacío fetichizado, de afecto irrepresentable.

Gómez Mango investiga el trabajo psíquico de la inmigración en sus vertientes de pérdida y de problemática de la identidad introduciendo el concepto de objeto nostálgico, un objeto muerto vivo: no puede realmente vivir, pero no puede morir irreversiblemente.⁽¹⁵⁾

Creemos posible destacar otra dimensión de la nostalgia signada por un retorno al pasado sin angustia y desesperanza y esto ocurre cuando el análisis ha logrado desarmar los lazos idealizados y persecutorios con los objetos infantiles haciendo posible el duelo.

Se trataría de un tiempo animado por una fuerza creativa con su registro nostálgico que surge como apertura, como evolución en los avatares de un análisis, de modo que tener pensamientos acerca de un ser entrañable ya perdido no será más el retorno incesante de un rostro o un gesto sino y, sobre todo, establecer en un discurso interior un diálogo con un interlocutor ausente.^(32, 33)

Un maestro del arte cinematográfico y de la nostalgia como F. Fellini describía la nostalgia como una dimensión interior, una atmósfera en la que el presente se hace más transparente y permite vivir el pasado en el presente, enriqueciéndolo. De ese modo la nostalgia se abre sobre el futuro.⁽²⁴⁾

Traumatismos tempranos. Las heridas al narcisismo

Sin duda el nacimiento marca un traumatismo de abandono que tiñe de vulnerabilidad narcisista el psiquismo infantil, un sentimiento de estar desprovisto que posee implicaciones depresivas evidentes.

Esta precariedad humana que dura toda la vida, fuente de inseguridad e inacabamiento afectivo, crea un asentamiento afectivo a los primeros objetos de amor en tanto es origen de un deseo de unión nunca saciado. M. Klein lo expresa de esta forma, “Por gratificador que sea, en el curso de la vida futura comunicar los propios pensamientos y sentimientos a alguien con quien se congenia, subsiste el anhelo insatisfecho de una comprensión sin palabras, en última instancia de algo similar a la primitiva relación que se tenía con la madre. Dicho anhelo contribuye al sentimiento de soledad y deriva de la experiencia depresiva de haber sufrido una pérdida irreparable”.⁽¹⁹⁾

El traumatismo vinculado al nacimiento posee la particularidad de que por su intensidad y precocidad no posibilita ninguna “experiencia” y su representación consecutiva.

Winnicott refiere a un estado inicial marcado por momentos aún más intensos que la angustia, momentos de *agonía primitiva*. Un estado de abandono ha tenido lugar pero no ha podido ser integrado, debido a las fallas del medio circundante y de la madre.

No se trata de un agente exterior evocador de una acción traumática el que ha generado tal estado. Para comprender esto es necesario pensar no en el trauma sino en que nada sucedió cuando habría conveniente que algo sucediera.⁽³⁴⁾

En esta agonía primitiva, en este vacío giramos alrededor de una falta que debe ser experimentada para que el yo la pueda integrar a su propia experiencia presente.

Cabe preguntarse si las formulaciones en términos de traumas precoces no arriesgan mantener y reforzar la fantasmagoría del paciente depresivo.

Es frecuente la tentativa de estos pacientes en poner de manifiesto el carácter temprano de sus padecimientos que esconde seguramente la necesidad de reprochar a los padres y muy especialmente a la madre, personaje central en el mundo depresivo.

La “realidad” traumática por más intensa que sea en su presentación siempre queda en el análisis sujeta a las necesarias transformaciones simbólicas que el mismo hace posible.

El paciente deprimido realiza férreas construcciones a punto de partida de evidencias más que probadas sumergiéndose de este modo en el vacío y la quietud de un pasado hipertrofiado que ocupa todas las dimensiones del psiquismo. Y es esta atadura a una memoria sin mañana un medio de capitalizar el objeto narcisista, guardarlo en una cripta personal sin salida.

Entre los factores desencadenantes de la depresión, sean estos cercanos o lejanos en el tiempo, podemos citar fracasos sentimentales o profesionales, duelos, separaciones, abandonos que hundan al sujeto en un estado de tristeza y vacío.

Es preciso hacer notar que los determinantes actuales por crueles que ellos sean resultan insuficientes para dar cuenta del desencadenamiento de la depresión ya que ellos mismos quedan sujetos a traumatismos precoces.

No es poco frecuente descubrir en la primera infancia una grave enfermedad, malformaciones congénitas o un traumatismo a nivel corporal (accidente) que han dejado sus huellas.

Asimismo la depresión materna manifiesta o encubierta, ya se trate del abandono real del niño o aquella otra que puede tomar la forma del “complejo de la madre muerta” descrito por Green.⁽¹⁶⁾

Las marcas dejadas por la edad, una enfermedad crónica o grave que altera seriamente la imagen narcisista de un cuerpo exento de debilidades pueden generar depresión.⁽²⁾

A menudo es posible notar que la fuerza del acontecimiento provocador de la depresión resulta desproporcionada en relación al derrumbe en el que queda bruscamente sumergido el sujeto. Hay que subrayar que ya se trate de situaciones triviales u otras de mayor complejidad en todos los casos la depresión está acompañada de un sentimiento de estar perdidos, condenados, en estado de impotencia y desamparo.

En un análisis más profundo se encuentra invariablemente la condición de que ciertas metas y objetos significativos para el sujeto logren sostenerse con fuerza: el deseo de ser digno de valoración, de aprecio, de amor. Y es exactamente la tensión entre estas aspiraciones narcisísticamente cargadas, por un lado, y la incapacidad y desamparo (real o imaginario) del yo de alcanzar estas metas, por otro, que provoca el sufrimiento específico de la depresión.

Aquello que está siempre en juego es el vínculo con un objeto idealizado que imposible de mantenerse, deja al descubierto con toda crudeza la fuerza de los ideales y las satisfacciones que su cumplimiento trae aparejado.

La construcción de la depresión

A) Narcisismo y autoestima

El narcisismo plantea variados y complejos problemas. Nos detendremos en aquellos aspectos del narcisismo que poseen un papel relevante en la génesis de la depresión.

Cuando Freud establece las diferencias entre un duelo normal y la melancolía plantea que en esta última el objeto perdido había sido elegido de acuerdo con el tipo de elección narcisista de objeto. Esta se caracteriza porque en ella el objeto tiene una semejanza con el yo que lo elige, o sea que la elección se hace a imagen y semejanza del yo. Pero también Freud afirma en la misma página que las mujeres aman y hacen elección de objeto según el tipo narcisista, es decir, qué eligen como objeto sexual a los que las convierten en su ideal.

Entonces podemos decir que la elección narcisista de objeto comprende tanto aquella elección que se realizó a imagen y semejanza del yo como la plasmada de modo de elevar la autoestima y la completud.

Según Freud el sentimiento de autoestima proviene de diversas fuentes; una es primaria: el residuo del narcisismo infantil, otra procede de la omnipotencia corroborada por la experiencia (cumplimiento del ideal del yo) y satisfacción de la libido de objeto.⁽⁹⁾

Los aspectos más primarios de la autoestima parecen depender de un quantum de realización actual del narcisismo infantil, de una organización de la forma de vida que en algún sentido continúa siendo, aún adulto, His Majesty the Baby.

Estos residuos del narcisismo infantil primario infantil señalan un déficit en la represión³ y por lo tanto en la construcción del ideal El ideal exige la sublimación pero no puede imponerla. Su existencia depende de la represión.

En el cumplimiento del Ideal del Yo se remarca la importancia de la confirmación a través de la experiencia. Una experiencia determinada sirve como testigo de que se ha cumplido con la satisfacción narcisista en el Ideal del Yo,

En las fuentes señaladas parece existir una contradicción que Freud no logra resolver acabadamente, entre la idea de que la carga de un objeto empobrece al yo y, por lo tanto, disminuye su autoestima, y la idea opuesta, o sea que, a través de la relación con un objeto externo (enamoramiento) o interno (ideal del yo) esa carga perdida retorna al yo. Una hipótesis es puramente económica: la libido que carga a un objeto abandona necesariamente al yo y, como la carga de libido yoica es la que mantiene la autoestima ésta debe necesariamente disminuir.

La otra hipótesis más de tipo dinámico estructural sostiene que la autoestima no depende de una carga, sino de *un sentimiento*, ya sea de ser amado o de cumplir con una condición impuesta primero por los padres y luego por una instancia que los representa

3. Las relaciones entre las formaciones ideales, los mecanismos de defensa y las diferentes vicisitudes pulsionales merecen un estudio aparte y detallado. Brevemente diremos la importancia de considerar la cuestión de quién y en función de qué motivos se pone en marcha la represión. En el 1914 Freud adscribe a las tendencias morales y estéticas del yo el impulso de la represión, “podemos decir que aquel que reprime, rechazante, ha establecido en él un ideal con respecto al cual mide su yo actual. La formación del ideal será para el yo la condición de la represión”. Es decir, se reprime para mantener aseguradas las condiciones narcisistas del yo.

intrapésicamente cuya aprobación es el factor determinante del aumento del sentimiento de autoestima.⁴

Para la construcción de la depresión nos interesa subrayar como la “estima que merecía imagen que uno tiene de sí es construida en la intersubjetividad.

El niño en tanto depende de sus objetos de amor se identifica con la imagen valorada que le viene de otro y pasa a valorarse. En “Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci” Freud escribe al respecto: “un hombre que ha sido el favorito indiscutido de su madre conserva durante toda su vida el sentimiento de un conquistador, esa confianza en el éxito que a menudo lleva al éxito real”.⁽⁸⁾

Aquel niño que no se siente estimado y reconocido por su madre resultará dañado a nivel de su propia estima.

La ausencia del padre no sólo en la estructura psíquica de la madre sino en la realidad incide en los movimientos identificatorios y agravan la vulnerabilidad narcisista del niño.

Dado que la autoestima se eleva a través de un aporte narcisista que le viene del exterior estos pacientes se ven completamente ligados a otras personas para lograr conservar su amor propio y solo obtienen sensación de seguridad cuando se sienten sostenidos y alentados en sus propósitos cualquiera sean estos.

La percepción que tengan de si mismos va a depender enteramente de la aprobación o desaprobación que encuentren. Tienen mucho de niños que luego de la conmoción de su narcisismo primario solo encuentran afirmación en una dependencia a sus objetos de amor.

Dada la fuerte adherencia narcisista a sus objetos sus vínculos son de tipo pasivo narcisista y resulta asombroso verlos como no se cansan de procurar el favor y las demostraciones del amor al objeto con una sutileza enorme.

El “El yo y el Ello” Freud le asignará a la formación ideal del yo Superyó la represión el complejo de Edipo. En “Inhibición, Síntoma y Angustia plantea que el yo reprime, inhibe la exigencia pulsional del Ello por mandato del superyó, bajo amenaza de castración.

4. Los aspectos estructurales fueron tomando mayor importancia en el pensamiento freudiano y así podemos ver en “El yo y el Ello” a la autoestima depender de la aprobación o desaprobación del Superyó.

Este modo de conducirse no solo vale para sus aspiraciones sexuales sino que proceden conducen exactamente en la misma forma en sus relaciones de fin inhibido, sublimado.

Hay que tomar en cuenta que merced a aspiraciones ideales elevadas ocultan una ambición tenaz, debilidad yoica e inmoderadas exigencias narcisistas.

Buscan amparo y cariño pero los deseos libidinales están mezclados con tendencias agresivas consecuencia de sus reacciones a los desengaños. De este modo se configura un círculo repetido una y otra vez: ansias desmedidas que no pueden complacerse, desengaño, rabia y agresión.

En general se dan poco cuenta de su actitud seductora como posteriormente de la transformación o de la viscosidad con la que se adhieren sádicamente a sus objetos. Entonces, no es sorprendente verlos reaccionar con amarga violencia a la amenaza de una retirada del amor, o vivir como una tremenda injusticia un abandono.

B) El predominio del yo ideal narcisista

Freud habla alternada y simultáneamente de yo ideal, ideal del yo y superyó y los psicoanalistas se preguntan si se trata de términos diferentes o de ideas diferentes.

Las denominaciones freudianas han pasado por tres etapas. En “Introducción al Narcisismo” (1914) solamente emplea las expresiones de Idealich (yo ideal) y das (el ideal del yo) donde parece tener en vista un solo concepto del que se destaca su valor estructural.

En “El yo y el Ello” (1923) introduce un término nuevo, das Ueberich (el superyó) sin renunciar ni al yo ideal ni al ideal del yo.

En las “Nuevas conferencias” (1933) Freud habla del ideal del yo como de una función del superyó situándolo de este modo sobre el mismo plano que la censura y la introspección, sin hacer una estructura diferente del superyó.

Como conclusión tenemos que Freud no hizo distinción explícita en el empleo de los tres términos, mientras que en sus sucesores poco a poco se establecían distinciones.

El yo ideal es colocado más bien del lado de una idealización de la omnipotencia del yo: un yo idealizado, un yo llevado al máximo de su omnipotencia.⁽³⁾

El yo ideal sería *cierto avalar del yo*, transformado, metabolizado en ideal. Se trata del señuelo de esta omnipotencia infantil perpetuada en esta forma idealizada que es el yo ideal.⁽²³⁾

Por el contrario, el ideal del yo aparece como algo que se ubicaría frente al yo como su ideal, más ligado a los problemas de la ley y la ética.

En cuanto al superyó (1923) es para Freud heredero del complejo de Edipo lo cual se encuentra explicitado en numerosos textos (1921, 1923, 1924, 1932).

El niño al renunciar a sus deseos edípicos marcados por la prohibición transforma las cargas *sobre* sus padres en identificaciones *a los* padres interiorizando la prohibición.

Fue la consideración de los delirios de observación de la melancolía y del duelo patológico lo que llevó a Freud a diferenciar dentro de la personalidad, como una parte del yo erigida contra otra, un superyó que adquiere para el sujeto valor de modelo y función de juez.

Esta instancia la distingue primeramente en el 1914 como un sistema que comprende dos estructuras parciales: el ideal del yo propiamente dicho y la instancia crítica.

Tomado en sentido amplio el concepto de superyó tal como aparece mencionado por primera vez en “El yo y el ello” comprende funciones de prohibición e ideal.

Si mantenemos una subestructura particular, el ideal del yo, entonces el superyó aparece principalmente como una instancia que encarna una ley y prohíbe su trasgresión.

La posición en cuanto al sexo depende de la misma instancia a la cual se enlaza la norma y como lo remarca Laplanche, el superyó edípico tiene ante todo una función en la elección de la posición sexual del sujeto.⁽²³⁾

El niño no tiene otra posibilidad, en un principio, que ser-en-el-otro, es decir, ser a través de otro que no es él. Gran parte del yo se modifica gracias a este proceso de adoptar miméticamente los atributos idealizados del objeto.

El reconocimiento del objeto encuentra su origen en el desvalimiento primario del niño y, por lo tanto, en su dependencia del otro. Es en este lugar esencial donde se sitúa la formación del Ideal, proyección sobre el objeto que permite al yo impotente sobrevivir.

El niño perpetúa la relación con su madre pero de un modo desdoblado a través de una proyección masiva idealizante. Este yo ideal posee un papel compensador ya que se opone en lo imaginario a la pérdida del objeto y será según Rosolato no más que una sombra tomada del objeto.⁽²⁷⁾

Se trata de una identificación con una madre infinitamente más grande, más vigorosa, que posee la fuerza de hacer todo aquello que no está en la medida del niño. Imagen narcisista que conserva el recuerdo no solo de lo que ha sido sino de lo que habría querido ser en un pasado magnificado.

Así permanece para el adulto una imagen narcisista que tendería a compensar en la generación futura las insatisfacciones de los padres.

Cabría una pregunta en relación a si es posible dar al yo ideal el carácter de una formación inconciente diferente y relativamente autónoma del superyó.

Freud sin plantear explícitamente el problema le dio una respuesta negativa. El sentimiento del valor del yo depende a la vez de los aportes que recibe del narcisismo primario, del ideal del yo y de las relaciones objétales. De ese modo para Freud el yo ideal quedaría incluido dentro del orden superyó-ideal del yo.

Pero autores como Nunberg⁽²²⁾ el yo ideal es una formación cuya autonomía relativa está establecida por sus orígenes (narcisismo primario, unión del yo con el ello), por una persistencia latente, por sus repeticiones patológicas.

Desde esta perspectiva el yo ideal es la expresión estructural del narcisismo de la omnipotencia.

Una integración completa del yo ideal en el ideal del yo se encuentra raramente realizada de una manera absoluta y permanente, constituye un modelo ideal al cual ciertos casos se aproximan.

El yo ideal pone en juego el narcisismo o la tensión entre el yo y una imagen narcisísticamente hipotrofiada de sí mismo.

Los sentimientos de inferioridad deberían ser situados más del lado del yo ideal y los sentimientos de culpa o insuficiencia moral, del lado del ideal del yo.

En la inferioridad habría una suerte de tensión interna (la misma que Lacan designa como yo-ideal-yo).

En la culpabilidad el sujeto sufre por no ser conforme al ideal del yo en la medida que la expectativa de los otros ha devenido su propia expectativa. Se trata, entonces, de una expectativa interiorizada.

Si el narcisismo y la idealización del yo extraen su existencia de la relación con el otro, las aspiraciones del yo ideal son también el resultado de una identificación, en este caso no tanto con la autoridad sino con la omnipotencia materna.

A lo largo de la travesía identificatoria entre las identificaciones primarias que conforman el yo ideal y las identificaciones secundarias que confluyen en el ideal del yo existe un proceso de elaboración progresiva.

Lo aguardado es que el yo ideal primitivo progrese a lo largo de la infancia a través de una serie de transformaciones sucesivas posibilitando el reemplazo de antiguos reclamos narcisistas por ideales más acabados.

Las tendencias edípicas reconocidas como peligrosas desde el Complejo de Castración serán sofocadas por represión. Una parte de estos investimentos edípicos estará sepultada en el inconciente mientras que otra parte sufre una transformación pasando a formar parte del superyó por el camino de las identificaciones secundarias. Y será por esta vía que toman lugar en el ideal del yo no tanto los caracteres del padre real sino la función paterna, la que representa la legalidad cultural, presente en el conocido doble mandato: Así (como el padre) debe ser y Así (como el padre) no te es lícito ser, esto es, no puedes hacer todo lo que el hace, muchas cosas le están reservadas (1923). Doble aspecto de la instancia ideal, sin que una de las caras sea designada como ideal del yo y la otra como superyó.

Se trata dice Laplanche de dos series igualmente imperativas, la serie de los mandatos y la serie de las prohibiciones; la de los mandatos estaría indudablemente más cerca de la idealización (modelo).

¿Por qué el depresivo mantiene un proceder de afirmación narcisista y cómo dar cuenta del mismo?

Es importante que la realidad ofrezca suficiente amor, es decir, que las exigencias de los padres en el orden de la valoración escolar, deportiva, social no sean desmedidos, de modo de lograr sentir aliento al ser queridos independientemente de sus logros.

Cuanto más narcisistas sean estos padres más inclinados estarán a tomar en sus hijos el reemplazo del ideal que viene a llenar el vacío dejado por el perdido narcisismo infantil.

Los ideales pragmáticos no deberán ser los únicos propuestos al niño, en una sociedad como la nuestra donde los principios éticos resultan menos imperiosos enfrentados al dogma del éxito.

¿Cómo entender que sujetos ante la misma imposibilidad de cumplir con las aspiraciones propuestas algunos de ellos logren aceptar la situación mientras que el depresivo se “hunde” en una sensación de vacío y desesperanza?.

Si un sujeto que se siente carente de capacidad, inteligencia o ciertos atractivos que lo convirtieran en alguien pasible de ser querido, llega a deprimirse ello es posible en tanto dichas condiciones de amor fueron construidas como *ideales de perfección*.

Ahora, es posible pensar que junto a la perfección y omnipotencia conviven otros aspectos donde la valoración es mínima. A un yo megalomaniaco corresponde momentos o posiciones micromaniacas que permiten dar cuenta del todo o nada del deprimido narcisísticamente.

En función de ello autores como Stanley y Whitman⁽²⁹⁾ denominan como negativo del yo ideal a “aquella estructura intrapsíquica producto de la introyección de los aspectos negativos de los padres...

...una intensa vergüenza y humillación sucede cuando el sujeto se aproxima al negativo del yo ideal.”

Esto implica que todo alejamiento del ideal de perfección narcisista produce sensaciones de intensa desvalorización ya que se es el yo ideal o, por el contrario, se es el negativo del yo ideal. Todo esto producto del funcionamiento con una lógica binaria como bien señala Bleichmar.⁽⁴⁾

Es bastante común comprobar como toda situación que los expone a mostrarse en lo que hacen, en cómo se desempeñan, etc., puede lograr sumergir a estos pacientes en verdaderas parálisis fruto de la comparación entre el ideal que aspiran y la imperfección inherente a toda realización.

Aquello que más los desespera es tener que renunciar a la plenitud de su omnipotencia infantil. Esto sería distinto al proceso descrito por Freud acerca de los que

fracasan ante el éxito por culpas pues allí se trataría de indignidad moral que difiere de lo aquí planteado.

El niño adquiere una identidad que en gran medida le es ajena ya que se estructura en torno a pautas, deseos y normas que proviene de sus padres. Y ese niño intentará satisfacer deseos que considera propios sin darse cuenta que estos no son más que un simple reflejo de los deseos de los padres.

El yo ideal operaría con categorías absolutas: presente-ausente; todo o nada; bueno-malo alejadas de la situación edificada, lo que si sucede con la instancia del ideal del yo.

Es conocido el lugar privilegiado que se le otorga en muchos trabajos *a la severidad y el sadismo del superyó en los pacientes depresivos*.

Freud de modo de dar cuenta de este sadismo apelaba a la hipótesis de una desmezcla pulsional por la que se liberaban grandes cantidades de pulsión de muerte que inundaba el psiquismo. Hoy en día las fuentes en las que se alimenta el sadismo del superyó generan discrepancias entre los analistas.

Freud remitía su origen a la pulsión de muerte (1937) pero también destacaba como su surgimiento podía entenderse como respuesta a la agresión y severidad paterna (1933).

Freud destacó el hecho de que los padres habitualmente forman a sus hijos siguiendo pautas marcadas por sus ideales: Así el superyó no se edifica sobre el modelo de sus progenitores sino sobre el superyó de ellos, se llena con el mismo contenido, deviene portador de la tradición, de todas las valoraciones perdurables que se ha reproducido por este camino a lo largo de las generaciones.⁽¹¹⁾

Existen indicios en algunos pasajes de textos freudianos de que el “sepultamiento del edipo” le resultaba insuficiente para dar cuenta de forma acabada de los orígenes del superyó.

Citemos algunos: “Esto nos reconduce a la génesis del ideal del yo, pues tras este se esconde la identificación primera, y de mayor valencia, del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal. A la primera vista, no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto”.⁽¹²⁾

Desde esta perspectiva el superyó del niño se ligaría a identificaciones primarias narcisistas, “anteriores a cualquier carga de objeto”.

Es estas épocas tempranas el niño tiene como único camino para salir su desvalimiento tomar las pautas que provienen de los padres desde el lugar de ideal narcisista, como encarnación de completud, perfección y omnipotencia.

Aquellos padres fuertemente narcisistas les será muy difícil no ofrecerse ellos mismos como ideal absoluto manteniendo de ese modo al hijo dependiente de un objeto idealizado al que jamás se logra alcanzar, con su inevitable correlato de persecución y condena.

Muchas veces asistimos en el curso de un análisis a actuaciones destructivas y autodestructivas las que vislumbramos como encubriendo una depresión contenida.

Pensar teóricamente estos actos como la expresión de una identificación primaria narcisista con aspectos crueles de los padres tendrá inevitables consecuencias sobre nuestra práctica que se abre así a un lento y doloroso trabajo sobre aquellos restos embrionarios que, fallidamente procesados claman, de este modo, por subjetivarse.

No quisiéramos concluir sin subrayar la llamativa frecuencia de las depresiones desde hace ya largos años.

La existencia de un imperativo desde el cual no es posible fallar sin ser desacreditado no tolera las imágenes que obstaculicen sus ideales de perfección, de fuerza y juventud.

El sufrimiento, la vejez y la muerte se transforman en insoportables.

El progreso constante de las ideologías pragmáticas, las diversas formas que toma el rechazo al conocimiento amenazan con sumergir al humanismo de la civilización judeo-cristiana. Todo ello tiende a favorecer la multiplicidad de las formas depresivas que nos enfrentan a la difícil disyuntiva de ser dioses omnipotentes o poseer un escaso valor.

Resumen

Continuando con una línea de trabajo de tiempo se plantean las relaciones entre narcisismo y depresión. Cuando los movimientos de estructuración primaria del narcisismo como espacio de enlaces hacia identificaciones secundarias adolecen de fallas, la elaboración intrapsíquica de la pérdida se ve impedida, sentándose las bases para una depresión futura.

En la construcción de la depresión se subraya como un aspecto a ser tenido en cuenta el hecho de que la estima que merece la imagen que uno tiene de si se construye en la intersubjetividad. Aquel niño que no se siente estimado y reconocido por su madre resultará dañado a nivel de su propia estima.

La ausencia del padre no sólo en la estructura psíquica de la madre sino en la realidad incide en los movimientos identificatnos y agrava la vulnerabilidad narcisista del niño.

Se estudia el predominio del yo ideal narcisista en los pacientes depresivos.

La nostalgia se describe como un afecto específico ligado a la herida narcisista provocada por la pérdida. En la nostalgia como anhelo de reencuentro con el pasado se inviste un objeto idealizado perdido pero a diferencia de lo que ocurre en la melancolía la sombra del objeto no cae sobre el yo.

Summary

The author establishes the links between narcissism and depression. When the movements of the primary structuration of the narcissism as a space of links towards secondary identifications fails, the psyche elaboration of the lost is not possible. The bases for a future depression is established.

In the depression construction it is highlighted as an aspect to be taken into account the fact that the esteem which deserves oneself image is made between the baby and his mother relationship. That child who does not feel he is estimated by his mother will be hurt at his self-esteem level.

The father absence nor only in the structure of the mother but in the reality affects the identificative movements and worses the narcissistic vulnerability of the child.

The nostalgia it is described as an specific affection linked to the narcissistic trauma provoked by the lost.

Descriptores: DEPRESIÓN / MELANCOLÍA / NARCISISMO / PERDIDA DEL OBJETO / YO IDEAL / TRAUMA PSÍQUICO TEMPRANO

Bibliografía

1. ABRAHAM, K. (1911). Notas sobre la investigación y tratamiento psicoanalíticos de la locura maníaco-depresiva y condiciones asociadas. En: *Psicoanálisis clínico*. B.A.: Hormé, 1959.
2. ACEVEDO DE MENDILAHARSU, S. (1985). Las depresiones de la edad media de la vida. **Rev. Urug. Psiq.** 50: p. 175.
3. ASSOUN, P. L. (1983). Freud aux prises avec l'idéal. **Nouv. Rev. Psychan.** 27: p. 85-123.
4. BLEICHMAR, H. (1976). **La depresión: un estudio psicoanalítico**. Buenos Aires: Nueva Visión.
5. DE GREGORIO, J. (1977). Ich/ideal ich-ideal. **Rev. Psicoan.** 34(3), p 569-600.
6. FREUD, S. (1892-94). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. **A.E.** 1.
7. _____ (1895). Proyecto de Psicología. **A.E.** 1.
- g. _____ (1910). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. **A.E.** 11. Pág.68.
9. _____ (1914). Introducción al narcisismo. **A.E.** 14.
10. _____ (1915). Duelo y melancolía. **A.E.** 14. Pág. 243.
11. _____ (1917). Conferencias de introducción al Psicoanálisis. **A.E.** 16.
12. _____ (1923). El Yo y el Ello. **A.E.** 19. Pág. 33.
13. GARBARINO, H. (1986). Estudios sobre el narcisismo. Montevideo: APU.
14. GARCA, J. (1993). El narcisismo en la neurosis. En: *Neurosis hoy*. VIII Jornadas científicas abiertas, 24-26 set. 1993. Montevideo: APU.
15. GÓMEZ MANGO, E. (1985). El migrante y sus signos. **Rev. Psicoter. Psicoan.** 1(4): p. 81-91.
16. GREEN, A. (1980). La madre muerta. En: **Narcisismo de vida, narcisismo de muerte**. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
17. JACOBSON, E. (1948). Efectos del desengaño temprano en la formación del yo y el superyó en el desarrollo normal y depresivo. En **“La Depresión”**. Amorrortu

18. KLEIN, M. (1934). **Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos**. Buenos Aires: Hormé.
19. _____ (1959). **Sobre el sentimiento de soledad**. Buenos Aires: Hormé. pág. 158.
20. KRISTEVA, J. (1987). *Soleil noir: depression et melancolie*. París: Gallimard.
21. LACAN, J. (1959-1960). Introducción de la cosa. En: **El Seminario de Jacques Lacan: libro 7: la ética del psicoanálisis**. Buenos Aires: Paidós, 1988.
22. LAGACHE, D. (1961). El psicoanálisis y la estructura de la personalidad. **Rev. Urug. Psicoan.** 10(1/2); 1968: p. 99-150.
23. LAPLANCHE J. (1980). **Problemática 1: la angustia**. B.A.: Amorrortu. 1972-1975.
24. MASCIANGELO, P. (1989). Sur la “nostalgie sans objet”. **Rev Franç. Psychan.** 53(1): p. 211-213.
25. MENDILAHARSU, C.; ACEVEDO DE MENDILAHARSU, S. (1987). Melancolía y depresión. **Rev. Urug. Psicoan.** 66: p. 39-56.
26. RADO, S. (1948). El problema de la melancolía. En: **Psicoanálisis de la Melancolía**. APA 1948.
27. ROSOLATO, G. (1977). El eje narcisista de las depresiones. En: **Psicopatología de la perversión**. Buenos Aires: Imago.
28. SCHKOLNIK, F. (1995). Lo arcaico en la neurosis. En: *Lo arcaico, temporalidad e historización*. IX Jornadas psicoanalíticas, 01-03 set. 1995. Montevideo: APU.
29. STANLEY, M.K.; WHITMAN, R.M. (1965). The negative ego-ideal. **Int. J. Psych. Anal.** 46: p. 183-187.
30. TOROK, M. (1978). *Maladie du deuil et fantasme du cadavre exquis*. En: **L'écorce et le noyau** / N. Abraham. Paris: Aubier.
31. URIARTE, C. (1994). El objeto y su pérdida: acerca de la depresión en las neurosis. En: *Neurosis hoy*. VIII Jornadas científicas abiertas, 24-26 set. 1993. Montevideo: APU.
32. _____ (1995). Las impresiones de infancia y su historización. En: *Lo arcaico temporalidad e historización*. IX Jornadas psicoanalíticas, 01-03 set 1995. Montevideo: APU.

- 33 _____ (1996). Recuerdo, imagen, alucinación. Presentado a: Interpretación-
hecho, imagen y relato. 2o. Coloquio de Colonia, 18-20 oct 1996 Pág. 4 Inedia 34.
- WINNICOTT, D. (1974). Temor al derrumbe. **Psicoan.** 4 (2): 1982, P. 269-280.

Del dolor de la pérdida al eclipse del deseo

Laura Veríssimo de Posadas¹

*“...y sólo nos intrigue la
razón por la cual uno
tendría que enfermarse
para alcanzar una verdad así”
Freud (“Duelo y Melancolía”)*

Introducción

Este trabajo es una respuesta a lo que el acápite ha incitado en mí. Allí ^(11, p. 244) Freud nos lanza al rostro algo sobre una verdad del ser humano, verdad que se nos sustrae, se nos escapa y sólo en ciertas condiciones algunos pueden alcanzar. La “melanos”, ese pozo oscuro de dolor relacionado a la propia insignificancia, queda allí íntimamente vinculada a dicha verdad. Es, por un lado, camino de acceso a ella (“enfermarse para alcanzar una verdad así”) pero también resultado del enfrentamiento al abismo de esa verdad. Ella sería la materia prima de la que estamos hechos y, entonces, el pivote de la estructuración psíquica. No hay desarrollo, evolución que nos libere de ese núcleo de la condición humana: la verdad de algo desde siempre perdido, desde siempre irrescatable. Sobre todo desde siempre imposible.

A lo sumo, en el mejor de los casos, puede constituirse en campo magnético de la creatividad artística, camino privilegiado (el otro camino) para acercarnos a esa verdad de que nos habla Freud.

¹ Miembro Titular de A.P.U.

Martí 3235 C.P. 11300, Montevideo. Tel. 709 1375.

Las traducciones de las citas de los siguientes autores: Begoin, Jean;⁽⁴⁾ Hanus, Michael;⁽²³⁾ Kristeva, Julia⁽²⁶⁾ y Plath, Silvia,⁽²⁹⁾ son responsabilidad de la autora.

I. La experiencia melancoliforme

En el contacto con el paciente cursando una depresión severa es frecuente experimentar un intenso sentimiento de exclusión que nos hace vivir al paciente o al amigo— como tras un muro infranqueable. Nos surge la imagen, mientras escuchamos el relato de sus penas, de que un par de gafas oscuras se hubieran adherido a su visión. Todo aquello, tanto del pasado como del futuro, antes sentido y valorado como amable adquiere, a veces bruscamente —con o sin circunstancias desencadenantes— un nuevo carácter: nada tiene valor, nada justifica la vida, los propios logros son desestimados porque el sentimiento de ruina prevalece.

El paciente impresiona como vacío de representaciones e inundado de afecto, inmovilizado. No puede, o le es muy difícil, dar cuenta de lo que está viviendo. Si en algún momento logra producir, encontrar una imagen esta es de devastación: “no sé si empezar de nuevo con mi Bosnia chiquitita y destruida” decía un paciente con persistentes ideas suicidas.

Otro paciente encontraba en un libro las palabras para aquello que no podía decir: “Quizás cuando un hombre llega a desear sinceramente la muerte como el único alivio posible para sus sufrimientos, es como si atravesara un límite prohibido, de modo que si después los sufrimientos que fueron causantes de su deseo de morir desaparecen, aquel hombre demorará mucho tiempo en sentirse nuevamente vivo y permanecerá largo tiempo un poco muerto”.

La inhibición psicomotriz resultante pone al paciente en una situación que lo hace muy difícil de abordar. Es que el contacto humano mismo, el contacto afectivo, es el que parece imposible.

Esta dificultad de abordaje, de esos momentos agudos, con la consecuente dificultad de representarnos lo más hondo de la experiencia subjetiva del paciente, hace pertinente y fecundo el recurso a la literatura como vía de enriquecimiento del registro descriptivo.

Me ha sorprendido encontrarme en libros elegidos al azar, es decir, no seleccionados con ningún propósito —todos de publicaciones recientes— una y otra vez con el tema que me rondaba. (¿Uno encuentra lo que está buscando o es un reflejo de nuestros tiempos?).²

2. Por citar algunos: “La campana de cristal” Silvia Plath, “La cura” G. Peveroni, “El tren de la noche” M. Amis.

“La campana de cristal” de Sylvia Plath⁽²⁹⁾ constituye un texto privilegiado para investigar sobre las vivencias de la depresión y la pendiente hacia la melancolía.

No se tratará aquí de la aplicación de las claves del psicoanálisis a la obra⁽¹⁹⁾ sino que buscaré lo que el texto nos puede enseñar gracias a “la exposición en profundidad de los procesos anímicos” (Freud, citado por Daniel Gil) como es capaz de hacerlo una poeta como Sylvia Plath. Ella encuentra palabras para decir lo que en otros queda mudo o apenas balbuceado. Ya la imagen con que titula la obra –cuyo título original es “The bell jar”– es un ejemplo de la posibilidad de dar cuenta de la experiencia de la depresión con una metáfora cuyos sentidos se irán desplegando en el curso de la novela.

Antes nos referíamos a la vivencia de no poder acercarnos al paciente que vivimos como amurallado. Silvia Plath nos dice lo que se vive del otro lado de esa muralla de vidrio: “No podía sentir nada... en cualquier lugar que estuviera en la cubierta de un barco, en un café de una calle de París o en Bangkok estaría sentada bajo la misma campana de vidrio, cociéndome en mi propio aire ácido” ... “el aire de la campana de cristal me rodeaba y no podía moverme”.⁽²⁹⁾

Seguimos a Kristeva^(26, p 19) en cuanto nuestro foco de interés será lo que ella llama el “conjunto melancólico-depresivo” (uno de cuyos extremos sería el estupor melancólico y el otro la reacción de tristeza ante cualquier pérdida). Nos resulta operativo ya que esa denominación da cuenta tanto de los límites imprecisos de los cuadros neuróticos y psicóticos, como el hecho clínico de que toda depresión arriesga por momentos bascular hacia su agravamiento, así como todo duelo hacia su patologización. Desde Freud es el duelo por el objeto materno lo que pivotea el conjunto.

Intentando una aproximación metapsicológica tomaremos, en primer lugar, el eje del afecto.

En “La Represión”⁽⁹⁾ Freud despliega los destinos posibles de la representación y el afecto merced al proceso represivo y se ocupa del mecanismo en juego en las psiconeurosis. En ellas cierta ligazón entre representación y afecto se mantiene, gracias a la creación de formaciones sustitutivas. Luego, en “Lo Inconciente”⁽¹⁰⁾ al referirse, otra vez, al papel de estas formaciones sustitutivas plantea la posibilidad de que “el desprendimiento de afecto para directamente del sistema Icc en cuyo caso tiene siempre el carácter de la angustia por la cual son trocados todos los afectos reprimidos” (subrayado mío).^(10, p 175)

No voy a considerar el problema del “afecto reprimido” que Freud por su parte se encargó de rectificar; lo que me interesa es ese “directamente” en tanto allí leo ausencia de ligazón y por lo tanto de elaboración psíquica. El afecto queda, así, con poca posibilidad de anudarse a representaciones, de allí la impresión de empobrecimiento representacional –que en su expresión máxima puede llegar a la asimbolia⁽²⁶⁾ y como de intoxicación afectiva.

Esta inundación de afecto nos enfrenta al enigma respecto al componente somático específico de esta enfermedad. Al decir “componente somático” consideramos varios aspectos en juego: la descarga fisiológica inherente al afecto, los procesos vinculados a la actividad de los neurotransmisores, así como otros procesos aún desconocidos pero indudablemente en juego⁽²⁴⁾ y lo constitucional. En lo relativo a la depresión hoy es unánimemente aceptado el peso de estos factores en los casos graves. Para Jacobson⁽²⁴⁾ constituye el elemento diferencial entre depresiones neuróticas y psicóticas. Quedamos en este punto enfrentados al entrecruzamiento entre disciplinas. Desde la nuestra, el afecto en juego, en la situación antes descrita, ¿se trata de la angustia que, al no poder ligarse, adquiere ese carácter de cosa física, asfixiante? ¿O se trata de una experiencia subjetiva de otro orden como sería la del dolor? Cuando Freud intenta distinguirlas⁽¹⁵⁾ reconoce la dificultad de hacerlo y toma como modelo la situación del lactante con su madre, cuando aún no discrimina entre ausencia pasajera y desaparición definitiva. En esa “desesperación del infans”, como aquí, angustia y dolor se conjugan. La pérdida del objeto parece, en ocasiones, precipitar a un más allá, a quedar expuesto a una herida “irrestanceable”.^(15, p 158-160)

Con las nuevas formulaciones freudianas sobre la angustia, los afectos, como señala Valestein,⁽³¹⁾ empiezan a ser entendidos como comunicación. Y en una doble dirección, como comunicación intrapsíquica, gracias a la señal de angustia y como comunicación intersubjetiva.

En la situación que venimos ilustrando esto deja de ser así: se produce una falla, el afecto no funciona ya como señal, (en pequeñas dosis) sino que invade y como un “aire ácido” rodea e inmoviliza al paciente.

Me pregunto por las condiciones de esa falla de la función de señal. Ya Fenichel⁽¹⁷⁾ decía que la depresión es el lugar adecuado para investigarla. Intentaré, a lo largo del trabajo aportar algo respecto a las condicionantes posibles de dicha falla.

Desde una perspectiva teórica la estasis libidinal la pensamos como resultado de un movimiento regresivo. Al perderse las vías disponibles para la derivación pulsional, porque el investimento objetal no ha resistido, la libido que no puede aplicarse, se aparta del mundo y retorna sobre el sujeto. Pero si bien hay cierta satisfacción autoerótica lo que domina el cuadro es el sufrimiento por exceso, como por asfixia. Se produce, como Freud lo describe para el sueño, un cierre de la llave de la motilidad. Pero, a la inversa del sueño no habilita al despliegue fantasmático. Sólo sirve para, por lo menos por un tiempo, proteger al sujeto respecto a sus impulsos autodestructivos.

2. La experiencia humana: entre el sentido y el sinsentido

Cuando en la Conferencia 25 Freud busca acercarse a la “esencia del afecto” dice: “En el caso de algunos afectos creemos ver más hondo y advertir que el núcleo que mantiene unido al ensamble es la repetición de una determinada vivencia significativa. Esta sólo podría ser una impresión muy temprana de naturaleza muy general, que ha de situarse en la prehistoria, no del individuo sino de la especie”.^(13, p 360) Como en nuestro medio lo han indicado M. Casas y D. Gil, leemos la alusión a la filogénesis como una propuesta estructural para la que Freud aún no tenía los recursos conceptuales.

Si seguimos esta sugerencia la “vivencia significativa” sería un pivote de la estructuración psíquica. Experiencia arcaica en la que se empalman el sujeto pulsional y el objeto externo que ha de venir en su auxilio y cuya respuesta es clave en cuanto contención y transformación de los afectos en tanto son expresión subjetiva de los impulsos ante los que el propio sujeto, en su desvalimiento, es impotente. La experiencia cuya repetición habría que evitar sería la de quedar inundado de angustia, como al borde de un abismo insondable, sin representaciones a las que ligar por lo menos algo del afecto, que podría encontrar en ellas, en las propias representaciones, un continente.

¿No podríamos pensar que el derrumbe melancólico deja a la luz lo que serían los cimientos de la condición humana? Sería sobre esa herida, brecha, desgarrón fundante respecto al objeto de la fusión absoluta que se apoyan los andamios que nos estructuran. Herida, marca, para siempre doliente y respecto a lo cual nuestro sistema defensivo, y las señales de angustia en pequeñas dosis, nos resguardan de quedar expuestos. Porque encontrarle sentido al vivir, creer en el valor de nuestros proyectos, se apoyan, en gran

parte, en defensas exitosas: la desmentida de la finitud, el olvido de la verdad de nuestra insignificancia y del dolor de la herida que nos constituye.

Pero el derrumbe melancólico deja a luz, también, lo que nuestra cultura occidental ubica en el principio, el pecado original, la marca que señala la culpa de la que cada uno es portador en tanto somos de la raza de Caín. No se trata, en estos casos, de la culpa por la transgresión en un escenario edípico, sino de otra, más sorda y difícil de poner en palabras y vinculada a ese escenario de los primeros odios y los primeros amores, aún no mediatizados por la palabra.

Marcas prehistóricas relativas a tempranísimas experiencias cuya escritura desconocida irá siendo decodificada y resignificada en los après-coup de la vida.³

3. Experiencia pasional y melancolía

Me ha llamado la atención el hecho de que, en algunos casos, previamente al derrumbe melancólico, el paciente se presente absorbido por un lazo pasional que trastorna su vida y sus vínculos anteriores. Es por esta situación que llega a la consulta. En otros casos es la transferencia la que adquiere un carácter erótico delirante.⁴

El paciente que encontraba en Bosnia destruida una imagen para transmitir su vivencia interna, presentaba una larga historia de conquistas amorosas, en las que ciertos rasgos del objeto alcanzaban una condición fetichista. Al indagar sobre ellos el analista se sorprende de que estos coinciden con los rasgos físicos del propio sujeto. Esa situación sugiere un bloqueo de las posibilidades de sustitución de las investiduras objétales. Como si el objeto tuviera que ser siempre uno y el mismo. Pero, paradójicamente, es

-
3. Aquí también el discurso literario nos ofrece una mediación para poder representarnos lo impensable: “Lo normal es andar por la calle, digo, a veces, hacer una tarea simple, preguntar por la salud de un amigo, tal vez hacer compras, pan, leche, a veces carne, si, lechugas también porque están frescas y preguntar cordialmente de cuando en cuando ¿cómo está? ¿bien? Me alegro. Y cuando me lo preguntan a mí también contestar cordialmente, muy bien, sí, muy bien gracias. Y todo eso sin preocuparme demasiado por eso, por lo general no tengo miedo pero a veces sin saber por qué o sí, lo sé acaso, creo acordarme, es como si algo me distrajera de aquella distracción y entonces siento que estoy por acordarme. Pero confusamente porque al pronto no sé bien de qué se trata y trato solamente de acordarme para entender. Primero digo ¿acordarme de qué?, y busco y es entonces que aparece la inquietud, porque busco como quien mira a los lados para saber si va acompañado porque sé que estoy preguntando por alguien, por alguien que no sé, hasta que de pronto comprendo y entonces sé que tengo que seguir preguntando, pero temo porque siento que ahí estoy cerca, ¿pero quién? Y mientras ando, mal que mal, pero ando, hay una brecha cerca del lugar donde doy cada paso. Allí en el fondo está, estoy ¿pero quién? Y no puedo saberlo, solo siento el miedo de andar por allí, junto a esa brecha abierta, siempre a mi lado que no se cierra, como si el que está allí, el que espera fuera una herida”. José Pedro Díaz.
 4. Ha sido en conversaciones con el Dr. Carlos Mendilaharsu que esta conexión ha salido a luz.

sucesivamente descartado: uno nuevo viene a ocupar su lugar. A menudo con los mismos rasgos que hacen pensar en un doble femenino del propio sujeto.

El objeto de la pasión reúne la triada que para Bégoin^(4, p 40) es propia del “modo normal y precoz del investimento narcisista: totalidad, exclusividad y reciprocidad”. Lo que en la estructuración psíquica sería matriz de crecimiento es ahora manifestación de la inminencia del derrumbe y reaseguro contra él. El lazo pasional parece ser un intento desesperado de apropiación de la imagen propia a punto de perderse. Con razón dice Kristeva^(26, p 15) que “la depresión es el rostro oculto de Narciso”.

¿Cuáles serían las condiciones para que la relación originaria sea matriz de subjetivación y no lastre que, impidiendo el trabajo de la ausencia, predisponga a la melancolía?

Creo que las respuestas posibles pasarían por la posibilidad de pensar que sería imprescindible, desde el comienzo, el interjuego dialéctico entre función narcisizante y función separadora,⁽²¹⁾ semiotizadoras ambas, que hacen que ese encuentro fundante sea, a la vez, desencuentro –y eso ya constituye un rudimento de separación–, nunca a satisfacción plena, nunca ajuste perfecto. Creo que es *après-coup*, y tal vez como condición necesaria al despliegue fantasmático, que lo imaginarizamos como encuentro idílico, total, sin fallas. Habría que pensar también, en el marco de la relación especular, en un doble movimiento de apropiación y de destrucción, en el sentido positivo que le da Winnicott, como mecanismo de una separación fundante que crea la realidad.⁽³²⁾

Se establece, así, un objeto separado, no soldado al yo, lo que habilita el desenvolvimiento de la tolerancia a la ausencia y la capacidad representacional que llevan a permanentes reorganizaciones de investiduras, es decir, a permanente circulación libidinal. Intrincada con Eros la pulsión de muerte cumple así una función separadora de un yo que, merced al “nuevo acto psíquico” es cohesionado por la investidura narcisística.

Solo un yo suficientemente investido⁽⁷⁾ podrá cumplir las funciones que, en el caso de la Melancolía desfallecen y no logran impedir que, tras el desinvestimento objetal, el yo quede en posición de objeto del solazamiento de la pulsión autodestructiva ahora desexualizada.⁽¹⁴⁾ Posición masoquista que lleva a la erotización del sufrimiento que, como analistas, descubrimos pero que también como analistas sabemos cuan difícil es que sea reconocida y abandonada por el paciente.

4. Muerte del yo. Muerte del sentido

Freud había considerado insolubles los problemas relacionados al duelo y a la melancolía en el debate sobre el suicidio en 1910. A través de la “Introducción del Narcisismo” reabrirá el tema lo que culmina, al año siguiente con “Duelo y Melancolía”.

Pero, como lo señala Allouch,⁽²⁾ buscando conquistar la Melancolía Freud nos entrega, en realidad, en dicho trabajo, una versión del duelo que los analistas hemos aceptado dándole, además un carácter de prescripción. Esa versión hace del duelo un trabajo al cabo del cual un objeto sustitutivo deparará al sujeto los mismos goces que el objeto perdido. Allouch, deconstruye esta versión a la que, siguiendo a Aries, considera romántica. Advierte respecto a la tendencia a la generalización del duelo, considerando más enriquecedor reconocer la pluralidad de duelos y los procesos posibles de subjetivación de la pérdida.

En cuanto a nuestro tema encontramos que una transposición rápidamente generalizadora la hace Freud mismo cuando presume que, como en el duelo, “un trabajo análogo podemos suponer que ocupa al yo durante la melancolía”.⁽¹¹⁾ Si para Allouch toda la metapsicología del duelo tendría que ser revisada, algo similar podría decirse con respecto a algunos aspectos de la metapsicología de la melancolía. Porque ¿cómo hablar de “trabajo”, en sentido psicoanalítico, en una situación en la que el propio agente del trabajo –el yo– está siendo devorado, según expresión de Freud? Si algo parece claro, en la situación que venimos ilustrando, es esa pendiente en la que se puede llegar a que se interrumpa toda posibilidad de trabajo (si lo entendemos como reorganizaciones de investiduras, desligazón y religazón, por lo tanto movimiento). Si lo llamamos “trabajo” sería en un sentido muy otro al de “trabajo de duelo”, sería un trabajo de zapa, de desligazón, cuyo último bastión es el yo, que queda, entonces, desmantelado en cuanto a sus mecanismos de dominio, de señal de alarma, e inundado de dolor.

Situación del yo que, a través de S. Plath,⁽²⁹⁾ podemos imaginarizar: “Para la persona adentro de la campana de vidrio, inexpresiva e inmóvil como un bebe muerto, el mundo en sí mismo es un mal sueño”. El mundo queda vaciado de sentido porque, como lo

señala Kristeva, la capacidad representacional se interrumpe y el sujeto queda “enfrentado a la nada, en un tete a tete con la cosa innombrable”.^(26, p 23)⁵

Creo que si no una revisión, al menos un fecundo enriquecimiento, aportan los autores post freudianos que, más allá del eje del objeto y su pérdida han aportado desarrollos para profundizar el eje narcisista en las depresiones. (Gil, Rosolato, Hanus, Bégoin, Kristeva, entre otros)

Eje narcisista que es inseparable del eje de la relación con el objeto ya que la constitución subjetiva es, en psicoanálisis, impensable sin la intervención del objeto, que es sexual y que, como dice Green, participa en la “textura del yo”.⁽²²⁾

Pero focalizar los enclaves narcisistas, la regresión a modos de satisfacción narcisista así como los sufrimientos y las heridas vinculadas a las batallas edípicas y más allá de ellas a traumas narcisistas arcaicos abren caminos a desarrollar la elaboración teórica del polo del yo, tarea que tanto Green⁽²²⁾ como Laplanche⁽²⁷⁾ señalan como una de las prioritarias de la elaboración teórica en psicoanálisis. Pero, además, abre vías para seguir desentrañando el enigma del dolor humano.

Hanus,^(23, p 14) quien sostiene que “el desarrollo y el destino del trabajo de duelo es gobernado por el eje narcisista”, considera que el dolor se debe a la herida narcisista y al deseo desesperado de restaurarla. Pero en el intento de anestesiar el dolor el yo recurre a medios radicales que sobrepasan el fin buscado y trastornan el funcionamiento psíquico.

Kristeva^(26, p 29) por su parte, interpreta el afecto depresivo como una defensa contra la desintegración, “la tristeza reconstituye una cohesión afectiva del yo que reintegra su unidad en la envoltura del afecto. El humor depresivo se constituye como un soporte narcisista, ciertamente negativo, pero aún así ofreciendo al yo una integridad así sea no

5. S. Plath⁽²⁹⁾ nos trasmite con sencilla elocuencia, la experiencia del sinsentido: “La razón por la que no había lavado mis ropas o mi pelo era porque me parecía tan tonto. Yo veía los días del año estirarse frente a mí como una serie de brillantes, blancas cajas y separando una caja de la otra estaba el sueño, como una negra sombra. Solo para mí, la larga perspectiva de sombras que separaban una caja de la siguiente había súbitamente saltado y yo podía ver día tras día resplandeciendo ante mí como una blanca, ancha, infinita y desolada avenida. Me parecía tonto lavarme un día cuando yo tendría que lavarme otra vez al siguiente. Me hacía sentir cansada sólo pensarlo. Yo quería hacer todo de una vez para siempre y liquidar con la cosa”. (La pérdida de la secuencialidad aparece como otra manifestación de la desintegración de los lazos).

El entorno le aparece como desvitalizado, cosificado: “Vi a mi madre hacerse más chica y más chica hasta que desapareció en la puerta de la oficina del Dr. Cordón. Luego la vi hacerse más grande y más grande mientras volvía hacia el coche”. Ella misma, incapaz de hablar, solo puede mostrarse, en su estar en pedazos: “Metí la mano en mi bolsillo y busqué los trozos de mi carta a Doreen. Las saqué y las dejé revolotear sobre el inmaculado secante verde del Dr. Cordón. Yacían allí como mudos pétalos de margaritas en una planicie de verano”.

verbal. Así el afecto depresivo suple a la invalidación y a la interrupción simbólica”.⁶ Para ella la tristeza “lejos de ser un ataque escondido contra otro imaginado hostil porque frustrante sería la señal de un yo primitivo, herido, incompleto y vacío. Tal individuo se considera portador de un defecto fundamental. Su tristeza no oculta la culpabilidad de una venganza urdida en secreto contra el objeto ambivalente sino que sería la expresión más arcaica de una herida narcisista no simbolizable, innombrable...” (26, p 22)

Ese “defecto fundamental” lleva a que ser tomado, aceptado, por lo que se es parezca una radical imposibilidad.

Entonces, envuelto en su tristeza, el paciente cava, a su alrededor un foso que hemos de poder traspasar para contactar con su experiencia. Y, para, tal vez, hacer posible que algo no nacido pueda nacer. “De golpe pensé en el día que vimos al bebe nacer”.⁽²⁹⁾

5. Epílogo

Ha sido en el afán de acercarnos a nombrar algo de esa verdad de la que nos habla Freud que hemos convocado a otras voces. Voces que logran decir algo de esa dolorosa verdad del “peregrino ciego que no conoce la comarca por donde anda”⁽¹⁶⁾ y, para darse coraje, canta. Porque esa dolorosa verdad a veces hace síntoma hasta el desangramiento y otras creación, canción.

Es porque los humanos caminamos en un “bosque de símbolos”⁽⁵⁾ que cada pérdida, cada dolor, puede entrar en resonancia, en “correspondencia”⁽³⁾ con otros abismales, aún innombrados o para siempre innombrables.

Si Beaudelaire nos dice de lo irreparable del “Remordimiento” ... “que vive, se mueve y se agita se nutre de nosotros como el verme del muerto...”, creo que es Kafka⁽²⁵⁾ quien nos da la dimensión de nuestra insignificancia y, a la vez, de nuestra empecinada condición de deseantes:

“El Emperador así dicente ha enviado a ti, el solitario, el más mísero de sus súbditos, la sombra que ha huido a la más lejana lejanía, microscópica ante el sol imperial; justamente a ti, el Emperador te ha enviado un mensaje desde su lecho de muerte”. Es

6. Coincide con Laplanche quien también considera al afecto como un primer nivel de ligazón.

un mensaje imposible, nunca podrá llegar, pero ... “Tú te sientas junto a tu ventana y te lo imaginas, mientras cae la noche”.

También, como lo destaca Circe Maia,⁽²⁸⁾ Kafka nos dice de la desolación humana enfrentada “al sombrío sistema del castigo y la culpa, siempre desproporcionados, siempre incomprensibles”.

En el centro de la condición humana, entonces, la insignificancia y la culpa, como verdades que muerden la carne. Fuentes del dolor que, como analistas, hemos de poder descubrir –y ponerle el cuerpo para que el deseo haga cuerpo– ya se esconda tras la soberbia prescindente de un adolescente, o tras la hiperactividad exitosa del hombre de acción o cuando avanza, en la depresión, en su implacable devoración.

Resumen

La autora intenta ahondar en la comprensión de la crisis melancoliforme con un doble propósito: por un lado, y recurriendo a la literatura, enriquecer el registro descriptivo como modo de afinar la captación de la experiencia subjetiva del paciente y por otro especular en torno a los cimientos de la estructuración psíquica y la textura de la condición humana. Subtiende al trabajo una concepción de lo humano como tejiéndose entre el sentido y el sinsentido, entre el deseo y su eclipse, entre vida y muerte, donde los sentimientos de insignificancia y culpa son considerados medulares.

Summary

The purpose of this paper is to enlighten the understanding of the melancholic breakdown with a twofold scope. On the one hand it tries to enrich the description of the patient experience with the aid of different literary texts. On the other hand it tends to speculate on the foundations of the psychological structure and the stuff the human condition is made of. Underlying this trend of thought lays the idea that the human condition is the result of the intertwining between sense and lack of sense, between desire and its eclipse, between life and death, and where the feelings of guilt and insignificance are central.

**Descriptores: DUELO / MELANCOLÍA / AFECTO / YO / REPRESENTACIÓN /
ANGUSTIA / MATERIAL CLÍNICO**

Bibliografía

1. ACEVEDO DE MENDILAHARSU S, MENDILAHARSU C. Melancolía y depresión. **R.U.P.** (66); 1987: p. 39-56.
2. ALLOUCH J. **La erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca.** Buenos Aires: Edelp, 1996.
3. BEAUDELAIRE CH. **Las flores del mal.** Montevideo: EBO, 1997.
4. BÉGOIN J. La problematique du deuil et le métabolisme de la souffrance psychique. En: Le deuil/ Nadine Amar dir.; Catherine Couvreur dir.; Michel Hanus dir. París: PUF, 1994. p. 33-50.
5. BLEICHMAR HB. **La depresión: un estudio psicoanalítico.** Buenos Aires: Nueva Visión, 1994.
6. DAZ JP. Te Ipsum.
7. FREUD S. (1950 [1895]). **Proyecto de Psicología.** A.E. 1.
8. _____ (1910). Contribuciones para un debate sobre el suicidio. A.E. 11.
9. _____ (1915). **La represión.** A.E. 14.
10. _____ (1915). **Lo Inconciente.** A.E. 14.
11. _____ (1915). **Duelo y melancolía.** A.E. 14.
12. _____ (1917). **La transitoriedad.** A.E. 14
13. _____ (1916-17). **Conferencias de introducción al psicoanálisis.** A.E. 16.
14. _____ (1924c). **El problema económico del masoquismo.** A.E. 19.
15. _____ (1926d [1925]). **Inhibición, síntoma y angustia.** A.E. 20.
16. _____ (1937c). **Análisis terminable e interminable.** A.E. 23.
17. FENICHEL O. **Teoría psicoanalítica de las neurosis.** Buenos Aires: Paidós, 1973.
18. GIL D. **La vida, la muerte y la pulsión.** Montevideo: EPPAL, 1989.

19. GIL D. Poesía y verdad en Psicoanálisis. **R.U.P** (82); 1995: p. 25-34.
20. GIL D. **El yo herido: escritos en torno al yo y al narcisismo**. Montevideo: Trilce, 1995.
21. GIL D. **La anatomía: ¿es el destino?** 1998. (Inédito)
22. GREEN A. **La metapsicología revisitada**. Buenos Aires: Eudeba, 1996.
23. HANUS M. Le travail du deuil. En: **Le deuil/** Nadine Amar dir.; Catherine Couvreur dir.; Michel Hanus dir. París: PUF, 1994. p. 13-32.
24. JACOBSON E. **Depresión**. Buenos Aires: Amorrortu, 1990.
25. KAFKA F. Un mensaje imperial. En: **Obras completas**. Barcelona: Seix Barral, 1985.
26. KRISTEVA J. **Soleil Noir: dépression et mélancolie**. Paris: Gallimard, 1987.
27. LAPLANCHE J. Discusión. Presentado a: Coloquio Internacional, 4º: “O recalcamiento como condigao da indicagao en na condugao da cura”. Gramado, 01-03 ago. 1998.
28. MAIA C. Destrucciones. Montevideo: **Siete poetas hispanoamericanos**, 1986.
29. PLATH S. **The bell jar**. New York: Bantam Books, 1971.
30. ROSOLATO G. El eje narcisista de las depresiones. En: **La relación de desconocido**. Barcelona: Petrel, 1978.
31. VALENSTEIN A. The psychoanalytic situation: affects, emotional reliving, and insight in the psycho-analytic process. **Int. J. Psychoanal.**(43); 1962: p. 315-324.
32. WINNICOTT DW. El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones. En: **Realidad y juego**. Barcelona: Gedisa, s.f.

Duelos depresivos y duelos reparatorios

*Saúl Paciuk**

Se suele sostener que el hombre es el animal que sabe de la muerte. También que es el que puede negarla o bien hacer su experiencia, es decir, que enfrentado a la muerte de otro, un complejo proceso llamado duelo y cuya manifestación mas notoria es la afectiva, se enseñorea de su vida por un cierto período, aunque deja marcas que persistirán. Se sostiene también que esta experiencia sería un atributo del humano que lo caracteriza entre las especies y que lo alejaría de los mamíferos que muestran signos de depresión circunstancial.

Aun más, se considera que esta peculiar relación con la muerte sería el signo del inicio de una cultura. Así para la antropología, son decisivos los testimonios de los ritos de funebria (evidencias sea de modificaciones del cuerpo, sea de hábitos de disposición del cadáver) para considerar que se está ante una forma cultural.

Énfasis y desvanecimiento

En el duelo se trata de los afectos y ellos –o al menos sus formas de expresión– tienen un valor comunicativo, por lo que están marcados por cada cultura y cada cultura condiciona la forma de darles contenido y de diferenciarlos, de reconocerles un lugar en el sistema de los nombres, de relacionarlos.

Esos afectos se vigorizan con el relacionamiento entre sujetos y se afirman con la urbanización. Por ella los sujetos se involucran fuertemente (hasta la identificación) unos en otros y con ello se fortifican los sentimientos en juego y a la vez los conflictos, sea en el ámbito restringido de la familia o en el ámbito social amplio. Dado el involucramiento mayor, son de esperar sentimientos de dolor junto al interrogarse por el “qué hice” frente a la muerte de otro, el cual arrastra la pregunta por el “qué hice” frente a su vida.

* Miembro titular APU
Luis A. de Herrera 1042 ap. 708 CP 11300.

A pesar de todo ello, a lo largo de este siglo el duelo ha recorrido cursos contradictorios: por un lado es de apreciar el debilitamiento del duelo como experiencia; por otro, el aumento de los diagnósticos de depresión y del interés en el duelo como tema de investigación.

En el seno de la vida social y de la cultura actuales, la importancia del duelo y los signos que lo harían visible, lucen desvaídos y en disolución al compararlos con los que eran hábito hasta hace unas décadas y ello ha sido puesto en evidencia en especial por la obra de Aries.⁽³⁾ En conexión con ello, del momento actual se dice que presenta pérdida o desdibujamiento de la significación de la alteridad y que está en auge un cierto individualismo que se apoya en un narcisismo afianzado.

Al mismo tiempo se constata que el lugar de las depresiones y las derivaciones del duelo cobran creciente relevancia desde el ángulo de la patología y de la clínica. En particular en el psicoanálisis, la importancia del duelo fue reafirmada y creció notablemente desde las formulaciones tempranas de Freud⁽⁹⁾ y en particular lo hizo a impulsos de las tesis expuestas por Melanie Klein.⁽¹¹⁾ Esta autora coloca al duelo en el centro de su comprensión y a la vez encuentra analogías entre el duelo y otras situaciones no tan excepcionales como suele serlo la muerte de una persona. Por esa vía Klein renueva los lazos entre duelo y cotidianidad. Además, recientemente el duelo ha sido objeto de un amplio estudio por parte de Jean Allouch.⁽²⁾

Lo “normal” del duelo

El nombre “duelo” se aplica tanto a un estado anímico peculiar, como a un proceso psíquico normal o patológico, como a una de las ceremonias de la vida en la que se cursa un determinado ritual social. El duelo social consiste en conductas típicas vigentes en un grupo (es lo que “se” hace) a las que los sujetos se suelen plegar.

El duelo nunca deja de ser una experiencia inédita capaz de poner al sujeto en una situación de compromiso afectivo, pero por otro lado el aporte social aquí se vuelve particularmente importante. La sociedad provee de un repertorio de ritos fúnebres y el sujeto se pliega a ellos o entrega a quienes los conocen, para de ese modo ordenar sus sentimientos y su conducta; la vive o intenta vivir la situación al modo del “se”, o bien se vale de la ocasión para rebelarse contra las prácticas sociales o familiares y desafía al rito, continuando un conflicto con el muerto (con lo que el representaba o supuestamente debía querer) o con quienes continúan vivos y comunicados con el

muerto. Cabe diferenciar los duelos sociales de los psicológicos, puesto que puede existir uno sin que tenga lugar el otro o pueden no corresponderse los contenidos y las intensidades de ambos (fuerte afectación en uno e indiferencia en el otro).

En tanto estado anímico, el duelo se corresponde con la distimia o la depresión. En tanto proceso psicológico, el duelo es definido por el “Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales”⁽⁷⁾ (en adelante: DSM) como “una reacción normal a una pérdida afectiva” (p. 262), pérdida a la que en otro lugar llama “muerte de un ser querido” (p. 434). El DSM y muchos otros textos técnicos hablan de “duelo no complicado” y “normal”, quizá porque parece ir de suyo que el sufrimiento que implica es “natural” y que remitirá naturalmente, esto es, espontáneamente, por lo que no cabe intervenir. En este sentido, la sabiduría popular sostiene que el tiempo es aquí la mejor medicina. Esta falta de interés llega al punto que ni el “Vocabulaire” de Laplanche y Pontalis⁽¹⁹⁾ ni otros lo registran como entrada.

Por cierto que no produce extrañeza que el término “duelo” no integre el lenguaje técnico y quede confinado al lenguaje común y tampoco sorprende que el cambio en las costumbres vaya en la dirección del desvanecimiento del duelo. En consecuencia tampoco sorprende que se acepte sin más que se lo considere un fenómeno normal, a pesar de ser una experiencia fuertemente conmovedora. Tanto lo es que habría que decir que lo de “normal” aplicado al duelo vale en tanto no se refiera a su dinámica o a su contenido, sino a un valor estadístico, en cuyo caso se estaría diciendo que es una experiencia *normal por habitual*, por la que la mayoría suele pasar.

Si bien todo conduce al “olvido del duelo”, ello no basta para clausurar las interrogantes. Decir que el duelo es normal por natural, supone a su vez que la muerte que está en su origen también es natural. Sin embargo se suele luchar contra ella o se la provoca, y su ocurrencia pocas veces es aceptada sin protesta, como si en los hechos ella no fuera tenida por tan natural. Es que más allá de lo declarativo, en lo vivido, la muerte ajena (y quizá también la propia) para nada es tomada como natural y el duelo es la prueba más evidente. Es que ni la muerte ni el duelo son naturales porque entre humanos, la vida tampoco lo es, sino que ella se despliega en un marco de conflictos.

Si estamos ante un aumento de las involucraciones entre sujetos y ante un simultáneo debilitamiento de las expresiones del duelo y un aumento de las depresiones, corresponde que nos preguntemos por este curso que bien puede responder a

dificultades cuya raíz podemos buscar en la naturaleza propia del duelo y que estarían enmascaradas por el recurso a su carácter de “normal” o al cambio producido en las costumbres.

Semántica y clasificaciones

Con la expresión “duelo” se nombra la experiencia del doliente o deudo y su definición varía en algo según los textos y los contextos. Se lo considera como una expresión reactiva, en el sentido de que aparece motivado por el acontecimiento de una muerte. La muerte de una persona, dicen, sobriamente, los diccionarios ingleses; la muerte o la pérdida de un ser querido, dicen los castellanos. En el ámbito psicoanalítico se entiende que tal expresión dolorosa puede ser originada además por una pérdida de cosas, por desengaños, por desilusiones y por pérdida de valores o caída de ideales, e incluso (sobre todo con Melanie Klein) por separaciones.

Esta ampliación de las experiencias que caben bajo el término duelo tiene su base en que no es el hecho de la muerte lo que habrá de motivar el duelo, sino su sentido, el cómo ese hecho tiñe la vida del sujeto. Se trata de las fantasías personales que son función de cómo se inscribe en una vida determinada. (Obsérvese que las fantasías están presentes ya en las palabras: son frecuentes las referencias a la muerte como “pérdida”, del muerto se dice que “se fue”, etc.). Será pues a las fantasías, al cómo es vivido el suceso, a lo que haremos referencia en buena parte de lo que sigue.

La generalización del duelo tiene dos aspectos. Por un lado la analogía enriquece su comprensión y coloca al duelo en una perspectiva que afianza su vínculo con lo cotidiano. Pero por otro lado arriesga hacer perder a la muerte de otro su carácter de situación impar y es así que mientras una separación es intrínsecamente reversible (el análisis del juego del foro-da es un ejemplo), lo radicalmente propio de la muerte es que no lo es.

Para el DSM⁽⁷⁾ (p. 434) “Ante una pérdida así (la de un ser querido), la reacción normal es, con frecuencia, un síndrome depresivo típico, con sentimientos depresivos y síntomas asociados” señalando que es menos frecuente la mórbida preocupación de que nada vale la pena y la inhibición conductual, señales de una depresión mayor. Agrega que “los sentimientos o ideas de culpa, cuando están presentes, suelen centrarse en lo que el superviviente podría haber hecho o en lo que no hizo en el momento de ocurrir la

muerte; las ideas de muerte se limitan por lo general a pensamientos en torno al deseo de haber muerto en lugar de la persona perdida o desaparecer junto con ella.”

Las señales del duelo ocurren en los planos de afecto y de la conducta, sin embargo se privilegia al primero y se lo ubica en el campo de las distimias. El ánimo es definido por el DSM⁽⁷⁾ como “Emoción profunda y sostenida que, en su grado extremo, condiciona la percepción que el sujeto tiene del mundo” En cuanto al estado de ánimo distímico, es el “estado de ánimo displacentero (como sería el caso de la depresión, la ansiedad o la irritabilidad)” (p. 475).

De acuerdo con la etimología, el dolor sería lo mas propio del duelo, nombre que nace en latín como *dolus*, derivado a su vez de *dolere*, sufrir; nombra también las ropas que se usan así como al período en que se marca esa aflicción con señales y conductas. Luto en español se usa como sinónimo de duelo, se origina en el latín *luctus*, derivado de *lugere*, llorar, lamentarse, que da lugar a luctuoso y lúgubre.⁽⁵⁾

En el duelo se describen los afectos de culpa, pena, tristeza, en fin, los propios de la depresión. En algunos casos el dolor moral se acompaña por acusaciones por faltas imaginarias, autoacusaciones y culpabilidad que pueden lindar con lo delirante.⁽⁸⁾ Pero también el duelo supone aislamiento y desinterés por el mundo, el pesimismo, la apatía por la muerte, el abatimiento, la tendencia a la quietud y el rechazo de los estímulos, es decir, una **amortiguación** de la vida del doliente y una cierta **mortificación** que hacen que parezca mimetizarse con el muerto. Esto fue advertido por Freud⁽⁹⁾ y se valió de ello para señalar que el deudo se ve ante una alternativa: seguir los pasos del muerto o reencauzarse en la vida.

El deudo es quien vive el duelo, deudo es un nombre vecino del que se da a quien tiene una obligación pendiente, una deuda, y se ubica en el plano de la moral. Pero ¿de quién es la deuda?, ¿quién debe a quién? Hay aquí una ambigüedad, el deudo tendría una deuda con el muerto que ha perdido la vida, sin embargo se le da el pésame al deudo porque sufrió una pérdida, en cuyo caso la deuda sería del muerto que con su muerte le ocasionó la pérdida que aqueja al vivo.

Lo querido y lo perdido

Dejemos de lado por un momento lo relativo a la “pérdida” que está en el origen del duelo y notemos que la referencia al “ser querido” ofrece diversas imprecisiones y que no hay respuestas unívocas a la pregunta acerca de qué es “querer” o qué es un “ser”.

Supongamos que querer equivale a amar. La relación con un ser querido perdido muy bien pudo haber sido una relación compleja que tuvo el aire del conflicto, por mas firme que haya sido el afecto amoroso que unió al muerto y al deudo. No es éste un problema que plantea el querer, sino que los afectos son ambiguos y además, en algunos casos, ambivalentes, cualidad que Freud destaca como especialmente marcada en el caso de la melancolía. De modo que el ser perdido querido, ha sido también odiado.

En cuanto al “ser” que es querido, el término no pertenece al lenguaje psicoanalítico y en psicoanálisis, aquello a lo que se dirigen los sentimientos, apetencias o pulsiones en busca de realizar o satisfacer sus fines, es llamado “objeto”.

En este punto se plantea una bifurcación que es origen de frecuentes confusiones. “Ser querido” apunta a lo que corrientemente se llama una persona (que nombra una especie de totalidad mítica, inabarcable, recortada por la palabra) pero que más bien debe verse como nombrando lo que corresponde llamar *alteridad*. Pero en las relaciones concretas, esa alteridad es llamada a intervenir con solo una parte de si; la parte que interesa a la moción en juego, al impulso de otra persona –un sujeto decimos– que *mueve, motiva* (ya solo por investirla, por ejemplo) a la primera a satisfacer un fin del sujeto. El objeto pasa a ser identificado por el sujeto en función de esa *parte* y sus demás rasgos son activamente “ignorados” por el último y mantenidos *a-parte*, quedando o bien como en reserva o bien siendo adjudicados (proyectados) en otro sujeto. Por ello decimos que el sujeto configura al objeto y lo hace por escisión, proyección y también por identificación proyectiva.⁽¹⁹⁾ Esto escindido y mantenido a-parte instaura una tensión peculiar en la relación de la que hablaremos luego.

Algo similar ocurre con el sujeto, quien tal como el objeto, es también parcial en la relación respecto del conjunto de su persona e interviene en la relación manifestando solo una parte de si, la pertinente a la modalidad de la relación en curso. El amo solo se interesa por una parte del ser del esclavo, la que le sirve, pero a la vez en la relación con el esclavo solo puede poner en juego la parte de si que corresponde a ser amo.

Esa escisión solo se hace evidente desde la perspectiva del momento de su superación; aparece la parcialidad del tenido como objeto solo ante la evidencia de que se trata de alguien mas amplio, cuando se hace forzoso incorporar al objeto lo tenido a-parte. El objeto aparece entonces como total; pero debe tenerse en cuenta que no es total por alcanzar una marca establecida por alguna legalidad, sino que es total por aparecer

al término de una escisión previa por la subsecuente integración. Es decir, se trata de una síntesis y ella no deja de ser provisoria, realizada a cuenta de futuras integraciones posibles por escisiones que no son evidentes en un momento de la relación.

Articulaciones: diferencia y continuidad

La distimia presenta varios cuadros (se habla de depresión, duelo, melancolía y otros, como de cuadros diferentes) que han sido relacionados entre sí ya desde Freud, quien, según el. “Vocabulaire”,⁽¹⁹⁾ mostró “la graduación existente entre el duelo normal, los duelos patológicos y la melancolía”. La diferenciación lleva a hablar de normal y patológico sobre la base de la forma cómo se procesa el duelo o la depresión, si tiende a una cristalización o si evoluciona hacia una salida del cuadro.

Ahora bien, ¿cómo articular esas diferencias? Veamos algunos de los criterios usados.

Estructura y crisis

Las diferencias podrían ser articuladas desde el lado de la duración o estabilidad de los trastornos. En un trabajo reciente, Sélíka Acevedo⁽¹⁾ habla de estructura y crisis depresivas. La estructura refiere a una “organización básica, preexistente, el fondo permanente de los estados de ánimo depresivos.”, lo cual quizá pueda ser analogado al temperamento. En tanto las crisis “siguen a la pérdida del objeto.”

El ánimo depresivo puede predominar en una porción de vida y ser su organizador y podría diferenciarse de la depresión que forma parte del duelo “normal” por las fluctuaciones que presenta este último y porque es dable esperar que tenga un determinado curso que, como una historia, conoce un origen y se encamina a un cierto desenlace.

Pero a su vez la distimia establecida como estado puede ser entendida como si se tratara de un duelo cristalizado, con un objeto perdido momificado y una modalidad de relación también momificada.

Es decir, en las formas que toman las distimias puede verse o una diferencia de naturaleza que está más allá de las semejanzas clínicas, o bien una continuidad basada en la hipótesis de que ellas pueden seguir –o no– un determinado curso.

Un curso: fases

En este sentido, por ejemplo, Bowlby⁽⁴⁾ llama duelo a los “procesos psicológicos que son puestos en marcha por la pérdida de un objeto amado que comúnmente conducen al abandono del objeto”.

A partir de concebir que un acontecimiento sigue un curso, es común que se definir en él etapas que pauten ese curso. Así por ejemplo, Rycroft encuentra en el duelo en tres etapas. La primera es de negación de la muerte o protesta, el doliente se siente incrédulo ante lo que ha pasado, rechaza la idea de que pudo haber ocurrido la muerte o la pérdida; experimenta enojo y se censura a si mismo y a veces al muerto. Le sigue un estadio de resignación, aceptación o desesperanza en la que se admite la realidad de la pérdida, en un marco de tristeza. Por ultimo se produce el desligamiento, el desinvertimiento: el sujeto renuncia al objeto, se despega y se adapta a la vida sin él, pudiendo ligarse con otro objeto.⁽¹⁹⁾

Un trabajo

Freud⁽⁹⁾ marcó hitos en este curso y señaló⁽⁹⁾ que su contenido era la realización de lo que llamó *trabajo de duelo*. Tradicionalmente se pensó que el duelo sufría una progresiva atenuación y que ella iba de suyo, por lo que la introducción del concepto de trabajo representa un aporte renovador. Para Laplanche y Pontalis,⁽¹⁹⁾ la noción de trabajo se relaciona con la de *elaboración psíquica* que aparece ya en los primeros aportes de Freud.

Decir que se trata de un trabajo supone que requiere al sujeto como actor y que los posibles fracasos llevarían a duelos patológicos. Este trabajo interior al sujeto se corresponde con una disminución de interés por el mundo, como si toda su energía psíquica fuera concentrada por la pérdida y por el dolor que la acompaña. El problema para el sujeto es entonces que el objeto sobrevive su muerte, contra lo que dice la realidad. La sobrevivencia tiene lugar tanto en el mundo interno como en el externo (el doliente espera en cada rincón hallar al muerto, o señales de que no ha muerto, como si no aceptara su muerte, en tanto internamente el objeto sigue estando vivo y presente para el sujeto).

Se trata para el sujeto de soportar el dolor por reconocer la muerte, de abandonar los lazos con el objeto tomando nota de una especie de mandato de la realidad. Es peculiar lo que dice Freud acerca de cómo se encamina el trabajo: el yo se ve obligado a decidir entre seguir los pasos del muerto o tomando en cuenta las satisfacciones narcisísticas que le quedan por vivir y optando por la vida, romper su unión con el objeto desaparecido. A partir de lo cual estaría en disposición de buscar un objeto que sea capaz de sustituir al muerto en cuanto objeto de sus investimentos libidinales. Recordemos el *fort-da*, que es quizá el primer ejemplo de esta reversibilidad.

Para Freud se constituye un par en el sistema de objetos, entre el objeto perdido y el objeto sustituto. Quedaría por ver la diferencia entre esta sustitución y una trivial negación de la muerte del objeto, pero debe observarse que no se trata de un reencuentro con la persona perdida ni con un calco de ella, sino con un objeto que a su modo y con sus peculiaridades, habrá de satisfacer la pulsión que antes satisfacía el objeto perdido.

Unidad y diversidad

Al tiempo que tiene lugar este movimiento teórico diferenciador, se advierte otro unificador. Así melancolía es un término cuyo empleo tiende a restringirse y su uso es sustituido por el de “depresión melancólica” cuando no se la llama simplemente “depresión”, sobre todo cuando se considera la variante endógena de esta última, por oposición a la exógena o reactiva.

Algo semejante ocurre con las denominaciones. “Depresión” se utiliza tanto para nombrar un afecto o un estado de ánimo genérico, como para un cuadro específico. En el primer caso, depresión es el nombre del afecto característico del duelo y también de numerosas situaciones de la vida corriente. En relación a la propuesta kleiniana, por una analogación impropia y apresurada, durante mucho tiempo se ha llamó depresión a lo que correspondería llamar posición depresiva. Además lo que la propia Klein llamó posición depresiva varió en el curso de una década, desde sus trabajos de 1934 a 1945; en la primera descripción⁽¹⁰⁾ predominan los aspectos agresivos como el sadismo y la persecución, en la segunda⁽¹¹⁾ nombra como posición depresiva una organización relacional caracterizada por la pena, la culpa y, sobre todo, la reparación.

El resultado de este visible desacuerdo entre los autores es la confusión para los lectores.

¿Cómo articular entonces esta diversidad de distimias? Pero ¿hasta dónde puede hablarse de diversidad? De la existencia de diferencias en las descripciones no puede deducirse la existencia de diversidad en su naturaleza. Menos aun si cabe, por ejemplo, la posibilidad de establecer una continuidad que sistematice y reúna la diversidad.

Y en efecto, autores como Rycroft consideran que la depresión y la melancolía son ambas formas patológicas del duelo, apuntando claramente a la unidad de las tres.⁽¹⁹⁾ Es que las formas de la distimia presentan un fuerte denominador común: el tono afectivo y que sea motivo es la pérdida de un objeto querido. Esta comunidad es recogida por el DMS, donde figura un gran capítulo nombrado como “Trastornos del estado de ánimo”, clasificados en bipolares y depresivos y entre éstos están la depresión mayor y la distimia, señalando que ambos pueden coincidir. A la vez en la depresión mayor esta obra incluye los episodios de tipo melancólico. También insiste en que “los límites entre la distimia y la depresión mayor no están claros, especialmente en niños y adolescentes”.⁽⁷⁾

Esta familiaridad aparece también cuando el mismo DMS considera las psicosis no orgánicas de tipo depresivo, o psicosis reactivo depresiva, de las que dice que son provocadas “por una tensión emocional entristecedora, tal como la pérdida de un ser querido o una grave decepción o frustración”.

La postulada unidad tendría, según lo planteado hasta aquí, un fundamento fenoménico, pero también puede hablarse un proceso que integra las varias formas de las distimias y establezca formas de continuidad entre ellas, constituyendo una “enfermedad única”.

Un proceso: posiciones

Lo anterior nos lleva a considerar las relaciones internas entre las modalidades de duelo y a entender el duelo como proceso integrado por momentos.

Los momentos deben diferenciarse de las fases o etapas propias de un desarrollo. Se trata de organizaciones (de relaciones de objeto) peculiares, que en su despliegue pueden dar lugar a otras que las reemplazan, pero este reemplazo es peculiar. En la nueva organización la anterior no queda únicamente como previa, en un marco temporal, sino que la nueva cobra sentido por superar a la anterior y la supera integrándola y ello hace que la anterior quede como el antecedente que es la fuente de

sentido a la nueva. De allí que la organización nueva solo pueda entenderse a si misma como desarrollo de aquella anterior, como la que des-encubre lo que la organización primera mantenía encubierto. De allí que surja como rectificación de la anterior y esto anterior integre lo posterior y ambas sean momentos de un único proceso.

La teoría de las posiciones formulada por Melanie Klein⁽¹²⁾ es un ejemplo de este pensamiento en el campo del psicoanálisis. La posición no es un estado, algo en lo que se está. El sujeto no está sino que es actor, lo que hace es tomar posición, tomar partido en la organización del campo de su peripecia. El cómo se organiza este campo puede ser comprendido en los dos grandes modelos propuestos por Melanie Klein, el esquizo paranoide y el depresivo, modelos de relación de objeto (relación con el otro en definitiva), los que su vez se articulan como momentos de un proceso relacional en el que se constituyen tanto el sujeto como el objeto. Ambas posiciones son modelos teóricos y en el interjuego de ambas pueden quedar comprendidas las diferentes instancias que pautan una vida.

A la luz de las posiciones, las varias modalidades de la distimia responden a formas de relación de objeto, por lo que es posible hablar de duelos esquizo paranoides y de duelos depresivos.

Las evidencias de tal vinculación motivaron un trabajo tan rico en ideas y esclarecedor como poco frecuentado, en el que Koolhaas hace una distinción fundamental entre melancolía y lo que allí llamó depresión (nombre que en ese tiempo refería a la posición depresiva). Koolhaas muestra que: *“La queja y la culpa que el melancólico exterioriza no son expresiones de la angustia depresiva. (...) El depresivo reconoce el valor al reconocer la pérdida. En el penar reconoce lo que vale la pena de ser reparado”*. Para terminar: *“Concluyendo: la diferencia entre depresión y melancolía es la diferencia entre gratitud y envidia. La gratitud es el fundamento de la integración depresiva, la envidia el origen de la disociación psicótica de la cual la melancolía es una forma”*.⁽¹³⁾

Desde este punto de vista, la melancolía y la depresión y la posibilidad del llamado “duelo normal” ocurrirían como momentos de toda relación en que la “pérdida” de un objeto entra en la vida de un sujeto.

Los duelos esquizo paranoides

Las definiciones del duelo lo vinculan básicamente con lo que se llama la pérdida, sobre todo bajo la forma de la muerte de un objeto calificado como “ser querido”.

Lo que caracteriza al objeto perdido evidencia que es un objeto interno y no “la persona” real, tal como ella puede haber sido para otros. La relación con este objeto transcurre en un marco de duplicidades y por un lado el sujeto se siente necesitado del objeto, por otro lado y por necesitarlo, sus sentimientos son hostiles. Esta ambivalencia habla de un marco esquizo paranoide, el que caracteriza la pérdida del objeto como antes caracterizó la vida con el objeto. En otros términos, **se duela como se vivió**.

El considerar que se está ante una pérdida se inicia con el entenderse el sujeto como abandonado, separado y privado, prematura o inesperadamente, y siempre contra su voluntad o deseo, de los bienes o valores que el objeto significaba para él. Lo que la definición del duelo hace esperable, es que esa pérdida motive en el sujeto depresión o dolor.

Pero el hablar de una pérdida también abre el camino a que el sujeto se considere dañado o perjudicado por tal pérdida e identifique a quien le provoca ese daño como un perseguidor y a si mismo como víctima; o bien que considere la pérdida como un triunfo sobre el objeto, o bien que solo la considere como un suceso natural que lo deja indiferente. De cualquiera de estas formas queda desterrado todo dolor, es decir, serían formas de negación del duelo.

En efecto, no es una sorpresa para nadie hallar que ante una muerte o pérdida se instale una atmósfera de reproches, de queja, y en no pocas ocasiones, también de querrela (a los médicos tratantes, por ejemplo). De todo ello son ejemplos la lista de los daños sufridos por el sujeto, las demandas contra los servicios médicos y los exagerados autorreproches que en algunos casos formulan los deudos.

Es decir, la persecución ocupa el lugar del dolor y el sujeto ocupa el lugar del objeto y a la vez lucha (identificación proyectiva mediante) para lograr que otro objeto tome el lugar del objeto perdido y en definitiva acusado. Este momento del duelo finalmente es duelo del sujeto por si mismo y las costumbres facilitan que el sujeto tome el lugar del muerto, de quien debe ser el compadecido (deudo).

En este fondo pueden inscribirse las formas melancólicas y las depresivas que, finalmente, no serían sino duelos esquizo paranoides. En este sentido, cuando Sélíka

Acevedo caracteriza las elecciones de objeto en lo que llama la estructura depresiva, la descripción que hace de ellas las emparenta fuertemente con la conceptualización kleiniana y así, por ejemplo, señala que “lo que caracteriza la estructura depresiva son los clivajes correspondientes del objeto y del self que condicionan divisiones en el funcionamiento”.⁽¹⁾

Puede entenderse entonces que entre las varias distimias, las de la depresión melancólica y la de la depresión del duelo “normal” marcada por la tristeza y la pena, hay la misma distancia que entre posición esquizo paranoide y la depresiva y que ellas forman parte de un sistema que las integra en una unidad.

Melancolía

Freud relacionó la melancolía y el duelo y sostuvo que mientras el segundo muestra dolor ante las evidencias de la pérdida, en la melancolía aparecería una mayor complejidad, con identificaciones del sujeto con el objeto perdido y sentimientos también complejos tales como agresión hacia el objeto disfrazada como autoagresión del sujeto.

Lo central sería entonces la identificación con el objeto vivido en tanto objeto perseguidor, de modo que en la melancolía el sujeto está en ambos lugares, es el objeto del castigo y es el que castiga implacablemente con sus auto inculpaciones y auto denigraciones. La pérdida del objeto elude así la posibilidad de des-encubrir esa involucración, el sujeto toma decididamente partido y no hay permeabilidad alguna hacia la relación real que está escindida, vive en el ámbito de la relación fantaseada en la que el objeto ha sido un perseguidor y la relación se cristaliza en esos términos.

Lo que ha perdido el sujeto es ese amparo de un telón que escondía su agresión al objeto. Manteniendo que es un perseguido, el sujeto espera poner un freno a la temida posibilidad de la venganza del objeto, pero por si mismo el sujeto ejecuta luego esa venganza en la melancolía. Si bien ella toma la apariencia de una venganza sobre el objeto, en definitiva hace real lo que el sujeto esperaba y temía que el objeto le hiciera si no lo frenaba. Es decir, lo escindido del objeto no es ya su vida propia, sus valores, el ser independiente del sujeto, sino su venganza efectiva y realizada sobre el sujeto.

La pérdida del objeto motiva también otra forma de consecuencia de la ambivalencia frente al objeto perdido, expresada en la paralizadora cuerda obsesiva desde que la

ocasión de la muerte de otro estimula la puesta en marcha de un ritual particular, propio de cada sujeto y es así que las fechas o las palabras o los números son ritualizados y escrutados como portadores de variados mensajes.

Episodio maníaco

En este contexto, los episodios maníacos en tanto variante de las distimias, aparecen asociados a los depresivos. El DSM los define como un ánimo eufórico (con autoestima excesiva o grandiosidad), expansible, lábil: tan pronto e insólitamente optimista y falto de autocrítica, con cualidad contagiosa para los demás, como es irritable (lo que da lugar a quejas y reproches) sobre todo cuando se contraría al sujeto, quien además está inclinado a exponerse a daños o hacerlos sufrir a otros.⁽⁷⁾

La negación que le es propia escinde y aleja todo dolor por la pérdida del objeto y en su lugar se instala la denigración y el triunfo sobre el objeto, que ha perdido todo valor. De este modo no queda resquicio por el cual pueda reconocerse que la pérdida del objeto haya significado alguna forma de fuente de dolor para el sujeto.

Quizá deba verse una negación al duelo en ciertas formas “objetivas” de reacción a la pérdida de un objeto en las cuales el sujeto presenta ostensiblemente la pérdida meramente como un hecho real: se trata del cumplimiento de un destino, o de un ciclo vital, de lo inevitable. Allí aparecerían como negadas las formas en que pérdida implica al sujeto.

Depresión

El DSM caracteriza la depresión mayor como “un estado de ánimo deprimido o pérdida de placer o interés en casi todas las actividades”, en el que se manifiestan sentimientos “malestar, desesperanza y desánimo, como si estuviese en un pozo”. Para el sujeto “ya nada importa” o siente “una dolorosa incapacidad para experimentar placer”. Finalmente “El sentimiento de inutilidad oscila desde los sentimientos de incapacidad hasta la evaluación irreal y negativa de la propia dignidad. El sujeto exagera sus fracasos y se reprocha a si mismo los pequeños errores, buscando en su entorno motivos que le confirmen su negativa autoevaluación” (...). El sentimiento de inutilidad o culpa

puede tener proporciones delirantes.” y “con frecuencia, existe la convicción de que tanto el paciente como los demás, estarían mejor muertos”.⁽⁷⁾

El sustento de la depresión sería una relación de objeto idealizada, en que un objeto ideal es objeto de una relación ideal por parte de un sujeto ideal, o mejor dicho, una parte escindida del otro es tomada como objeto ideal por una parte del sujeto, un yo ideal, en el marco de una relación que por parcial puede ser tenida por ideal. Lo ideal en todos estos casos se asienta en las escisiones, por un lado escisión en el sujeto, que deja de lado toda otra vida en beneficio de la que dedica a la relación con el objeto; por otro lado escisión en el objeto, de quien el sujeto espera reciprocidad bajo la forma de constantes pruebas de que privilegia al sujeto, sujeto que es un adorador tan completo y que se ofrece como tan entregado y dócil objeto parcial del objeto, privilegiándolo y en apariencia renunciando a toda relación con otros.

La pérdida de este objeto o de esta relación privilegiada, supone una pérdida de sustento para la idealidad del yo, quien entonces pasa al lugar de los excluidos de esa idealidad, pasa al lugar de los que carecen de todo valor. Estaríamos ante una implosión del yo, por lo cual a menudo se considera que la depresión está asociada a lesiones narcisísticas, a una pérdida de la autoestima en la cual puede verse un duelo persecutorio por el yo ideal.

No es extraño entonces que ese yo del sujeto quede colapsado y expuesto a las mortificaciones (rabias, envidias) a las que el sujeto, dada su unión ideal con lo idealizado, fantaseaba haber expuesto a los privados de ese privilegio que lo distinguía. En esas condiciones, el sujeto querría morir, querer que enfatiza su tono acusatorio derivado de la faceta melancólica, pues muriendo rechaza esta vida que no quiere y que es la que, en su fantasía, es la vida a la que anteriormente había condenado a los demás.

De modo que en los duelos esquizo paranoides (melancólicos, depresivos) se trata más bien de la culpa que denuncia, de la queja paranoide, melancólica o depresiva, paralizada en el inventario de lo sufrido –por el sujeto o por el objeto, tanto da– y en definitiva no es sino la depresión en el sentido de presión hacia abajo que uno ejerce sobre el otro exigiendo una expiación sin fin. Esta culpa, ¿cuánto se diferencia del regodeo melancólico que eterniza las cosas tal cual están y que se instala en el umbral de la culpa persecutoria?

Duelo y posición depresiva

Para Freud el duelo tiene un carácter puntual, se desencadena por la pérdida de un objeto y lo entiende como el trabajo de recomposición subsiguiente. El proceso del duelo para Freud va de la pérdida al desinvertimiento del objeto y al reinvertimiento de otro objeto; cambiando de persona, busca al mismo objeto. Las identificaciones ocurren o bien en el duelo normal (el sujeto se ve llevado a seguir el destino del muerto y a abandonar él también la vida) o se identifica con el objeto en tanto muerto en la forma melancólica de duelo.

En cambio Klein aprecia en el duelo lo que tiene de proceso que conmociona toda la vida del sujeto, sosteniendo que no se trata de admitir la pérdida, sino de hacer lugar a la pregunta por la vida del objeto y por la involucración del sujeto en ella, es decir, por la vida del sujeto entonces. Ello abre a la revisión de toda la relación entre sujeto y objeto, un re-conocimiento del objeto y del propio sujeto con la identificación del sujeto tanto con lo mortificado como con lo vivo del objeto. Es decir, un proceso en el que ambos, sujeto y objeto, se modifican.

El punto crucial lo representa el momento en el que es posible que el sujeto abandone la certidumbre esquizo paranoide y tolere la tensión que nace de la incertidumbre derivada de que el objeto aparezca como teniendo a la vez, lo bueno y lo malo, sin desplazar una de las figuraciones y sin ser convertido por ello en lo ideal o en lo persecutorio o denigrado.

Por esta vía el yo se des-encubre involucrado en la mortificación del objeto, la que no se refiere a daños concretos y enumerables, sino que ella está ya en el haber esperado que su vida se redujera a ser puntualmente el objeto que el sujeto necesitaba (funcionario, que cumple la función que le ha asignado en el cuadro de la vida del sujeto, eliminado en el otro toda otra vida posible o apetencia propia).

El sujeto pena y se duele por la vida que el objeto no vivió, lo que el objeto perdió, que es tanto la vida que no vivió a partir de que murió y la vida que en vida no pudo vivir porque el sujeto se lo impidió, o no le alentó o no le consintió vivir. A la luz de estos sentimientos, en la posición esquizo paranoide la vida del objeto fue la de un vivo-muerto inmortal.⁽¹⁹⁾ La evidencia de la escisión es fuente de dolor, pena, tristeza y se une al des-encubrimiento de la propia capacidad de daño y de la condición mortal, o

para decirlo en palabras de Sélíka Acevedo, “La pérdida del objeto necesario para la vida mental remite al enfrentamiento con la falta de plenitud y la propia finitud”.⁽¹⁾

El sujeto pasa de ser quien debe cuidarse del objeto, a ser aquél de quien el objeto debería cuidarse y el objeto es quien debe ser cuidado por el sujeto. Este cuidado va tanto por el lado de proteger al objeto, como por buscar su vivificación, directamente en el objeto o en otros que lo simbolizan. Y uno de los que pueden simbolizar al objeto dañado es el propio sujeto, a través de la identificación con el objeto que puede llevar a dar vida (encarnando él mismo) a las continuidades con el objeto que estaban escindidas (gustos, ideas, posturas, gestos, hasta ropa).

Esto implica una nueva forma de unión con el objeto y a la asunción del objeto muerto en tanto perdido y la unión con el objeto en tanto lo vivo de él que perdura. Con ello ambos se modifican y la reparación que ocurre comprende a ambos actores.

Por la reparación, de algún modo el objeto recupera la vida, esa que en su fantasía el sujeto contribuyó a que no tenga.

Pero reparación no es borramiento o desaparición del pasado y la pena es aquí el equivalente del principio de realidad: es el reconocimiento de que no hay reparación que borre el daño y que esto no se debe a una especial maldad del objeto ni a una impotencia del sujeto. Es este monto de daño que se conserva siquiera como recuerdo a la vez que se lo supera lo que hace la cicatriz, la marca de la experiencia, los mojones de un itinerario que enseña sobre el sujeto, sobre el objeto, sobre lo real.

La reparación

La reparación es una equívoca tarea que conoce variantes en las que se desdibuja y se pierde. Una, la simple y llana negación. “¿Daño?, ¿qué daño?, ¿a quién? Se hizo lo que era pertinente hacer tratándose de...”. Negada la dignidad del objeto, éste sólo ha recibido su merecido. Otra, el más o menos prolijo remiendo que limpia las tazas del daño. Para reponer cuanto antes al objeto en la línea de servicio, para que siga sirviendo.

Otra reparación es ante todo *des-agravio* y llega por el re-cuento del cuento. ¿Cuál agravio, cuál cuento?

El enfermo cuenta, cuenta las “razones” que explican la sinrazón de sus acusaciones al objeto y que buscan la solidaridad hacia su queja: que no recibió lo que el objeto tenía y se guardó, o que no tenía pero debía haber tenido.

En este cuento hay una tesis central, la de que el objeto es más que nada, *obstáculo*. Y la posición esquizo paranoide se hace la interminable tarea de demostración de la justeza de esta tesis.

La reparación, el des-agravio, parte de asumir cómo el mismo sujeto ha participado de este cuento como organizador de su ocurrencia, que ella le pertenece, al modo como le pertenece el sueño: mostrado como *ya-realizados* sus deseos.

La reparación ocurre en el sujeto y en el objeto y en la historia contada de la relación entre ambos y con el tercero. Propiamente hablando, es ahora, al salir del *molde* que crea el petrificado sistema de confirmaciones propio de la identificación proyectiva,⁽¹⁹⁾ recién ahora que hay una historia, con un pasado –al que se refiere la culpa–, un presente –de pena– y un futuro de reparación y espera, de esperanza. Koolhaas señaló que es así y en este punto que se abren los éxtasis del tiempo.⁽¹³⁾

La gratitud puede ser ahora la atmósfera, el que el objeto es reconocido como quien entregó al sujeto sus bienes gratuitamente –es que ellos son dones– sin tener una razón que lo obligue a ello, sin ser el sujeto el merecedor de ellos más que por razón del azar, lo que hace presente la contingencia a una nueva luz.

El proceso interno de la posición esquizo paranoide lleva a la conformación del objeto malo –por perseguidor o por denigrado– como *cura* a la angustia.

El objeto es malo y el sujeto, como corresponde, se queja por ello, manifestando con su queja su lamento porque no es bueno y hasta su exigencia de que lo sea. El proceso interno de la posición depresiva lleva a la relación buena con el objeto cuya bondad se vuelve *visible*, es decir, afirmada por el sujeto por el reconocimiento, el uso que hace de ellas y el crédito que da a esas bondades y a los límites de las mismas (en lugar de ser atacadas envidiosamente).

Un reconocimiento que no se da como mero conocimiento, sino *en acto*, por el *uso* que hace el sujeto de esas bondades, uso que es el testimonio de las mismas. Después de todo, lo que más le gusta al pecho es ser chupado; que para eso está, y lo que más quiere es que la leche que entrega sea alimento que fecunda y nutre. Por lo que el despliegue

de las propias bondades del sujeto se vuelve el testimonio de las bondades recibidas. Testimonio en acto, en acto de reparación.

Deudo, deudor

Del sujeto deudo al sujeto deudor. Se dice que del duelo supone deudos, lo que equivale a deudores, que deben saldar la cuenta que tienen pendiente con el muerto, pagar la pena que han merecido. Como si se reconociera en la muerte la realización de los vanos y complejos deseos que nutrieron la relación con el muerto y no es en vano –sino reconociendo este hecho– que se dice al deudo, como consuelo, en son de disculparlo, que él hizo todo lo posible por el muerto. Por ello es que la muerte no es un hecho natural, sino uno en el que sus deudos se sienten involucrados a través de reconocerse apenados por la muerte y ello implica cierta conciencia (fantasía) acerca de una velada complicidad con todo lo que en la vida mortificó al muerto, con lo no vivido o con la vida que no le dejaron vivir. El origen de esta culpa es el propio amor hacia el muerto, que hace que el deudo se dirija reproches por haber tenido *también* sentimientos y deseos hostiles hacia objeto perdido, pero no solo a la vez que sentimiento amorosos, sino que en su amor estaba implicado lo que ahora aprecia como hostil para el objeto.

Ese dolor resultante requiere ser mitigado y el duelo es precisamente el nombre de los variados intentos de re-conocer y des-conocer cierta culpa y cierta pena y por eludirlas o por buscar una mitigación por la reparación.

La muerte entonces inculpa y con la culpa adviene la posibilidad de revisar el pasado. Así es que el presente de pena se ve acompañado de un pasado de culpa y abre a un futuro de esperanza, de diferencia. En ciertos casos el proceso se cristaliza y la autoinculpación pasa a ser el signo distintivo del melancólico, ejemplo de lo que podemos considerar como una de las varias formas patológicas de realización del trabajo del duelo

El doliente pasa a encarnar, usándolas, esas continuidades por los dones, y de esa forma encarna una sobrevivencia del muerto que se confunde con la vida del propio sujeto. De este modo también, a la vez que ambos “mejoran”, el sujeto se abre al futuro en cuanto lo visualiza como posibilidad de reparar, de rectificar el pasado de queja e inculpación.

La pena es una alegría, contradiciendo su apariencia. Es la alegría de la reconciliación con el objeto, del reconocimiento de su valer, de compartir la pena del propio objeto por el daño o muerte sufrida. Habla de una solidaridad, de un acompañamiento y si bien el objeto ha sufrido un gran daño, el sujeto siente como propio ese daño y a la vez, se identifica con el dañante. Y es también a la vez dolor por lo perdido y disposición para que no se pierda.

El duelo es considerado como un trabajo, es decir, una obra (lo que supone esfuerzo y de allí, penuria, pena, algo penoso a lo que se está condenado, como el esclavo al trabajo) o faena que requiere el concurso del sujeto y que no se lleva a cabo “natural” o espontáneamente. Lo cual significa que podemos rehusarle a ese concurso en mayor o menor medida y que ese trabajo, por eso mismo, puede no alcanzar plenamente su objetivo.

Pero ¿qué se puede oponer a ese trabajo del duelo? Pues lo mismo que traba el despliegue de una relación menos conflictiva con la alteridad, lo que es decir, con la propia contingencia y finitud.

Un duelo es muchos duelos

A la luz de lo expuesto, ¿qué duelo es el “duelo normal”? Habría que responder que es el duelo en el cual ocurre el proceso que lleva de las formas esquizo paranoides del duelo a las propias de la posición depresiva, proceso que supone una modificación tanto del objeto como del sujeto. Y habría que decir, siguiendo en esto a Allouch⁽²⁾ que el duelo de que habla Freud tiene bien poco de duelo y que su fin adaptativo más bien lo acercaría a esa forma de negación del duelo representada por lo que en este trabajo se caracterizó como la actitud objetivante.

Las relaciones esquizo paranoides tiñen la vida cotidiana y ellas representarían la forma “espontánea” de significar la pérdida de un objeto parcial querido. Pero las pérdidas hacen estallar lo parcial de la relación, traen una intrusión de lo escindido: el ser para sí del objeto que fue desconocido y no consentido por el sujeto.

En la medida en que estos momentos de integración son sostenidos (lo que tiene como base una cierta *toma de posición* de parte del sujeto), se afirma la posición depresiva, es decir, la evidencia (tomar conciencia) de las escisiones en el objeto y en el sujeto. No es el contenido de estas incipientes nuevas relaciones de objeto lo que las

hace diferentes a lo que era la posición esquizo paranoide, lo diferente es que el sujeto permanece permeable a las revisiones y los cuestionamientos de si mismo a que lo invitan las nuevas evidencias.

El proceso de duelo no es una experiencia homogénea ni tiene un curso único y predeterminado. Más bien cada duelo incluye una variedad de duelos y su forma resulta tener una notable incoherencia. Ello supone que en el proceso del duelo se suceden –o están presentes a la vez– diversas modalidades de duelo y esta pluralidad es el sostén de la posibilidad de elaboración, la posibilidad de realización de un *trabajo de duelo*.

Pero el proceso puede llevar también hacia otra meta posible, la cristalización de la relación, el reafirmarse en la escisión que pone a-parte aquellas evidencias que invitaban al sujeto a ponerse en cuestión a si mismo.

Resumen

La teoría psicoanalítica acerca del duelo parece seguir dos modelos.

Uno considera al duelo como un trabajo de adaptación a la realidad, aceptando la pérdida del objeto y la posibilidad de reemplazarlo. Como por la ambivalencia es fuerte el compromiso del deudo con la muerte, el objeto perdido toma visos de perseguidor y la identificación con él daría cuenta de las salidas patológicas (depresión, melancolía)

El otro toma al duelo como proceso que integra formas normales y patológicas de duelo dentro del duelo “normal” y abre a la comprensión de la transformación del sujeto y de la recreación del objeto perdido. Esta ocurre por la integración de lo escindido, con el pasaje de la relación de objeto parcial a la relación de objeto total, una de las formas en que el otro es vislumbrado como alteridad, sobre la base de la reparación. En este proceso se articulan los éxtasis del tiempo: culpa por lo pasado, pena por el presente y esperanza por el futuro. Por lo que no habría “un” duelo, sino que cada deudo hace “su” duelo y duela según vivió la relación con el objeto perdido.

**Descriptores: DUELO / DEPRESIÓN / NOSOLOGÍA / MELANCOLÍA /
POSICIÓN DEPRESIVA / POSICIÓN ESQUIZOPARANOIDE / REPARACIÓN
/ CULTURA**

Bibliografía

1. ACEVEDO de MENDILAHARSU S. “Estados de ánimo depresivos”. Rev. Relaciones, 191; 1998; pp 7-9.
2. ALLOUCH J. Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca. Buenos Aires, Edelp, 1996.
3. ARIES Ph. El hombre ante la muerte. Madrid, Taurus, 1983.
4. BOWLBYJ. “Process of mourning”, Int. J: Psycho-Anal. 1961, 42, pp 408-423.
5. COROMINAS J. Diccionario etimológico de la lengua castellana. Madrid, Ed. Gredos, 1973.
6. HINSHELWOOD RD. Diccionario del pensamiento kleiniano. Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 1992.
7. DSM-III-R. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales. Barcelona, Masson, 1988.
8. ENYCLOPÉDIE ALPHABÉTIQUE LAROUSSE. París, 1977.
9. FREUD S. “Duelo y Melancolía”. En Sigmund Freud, Obras Completas, tomo VI. Madrid, Bibl. Nueva.
10. KLEIN M. “Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco depresivos”. En “Contribuciones al psicoanálisis”, Buenos Aires, Edic, Hormé, 1964.
11. _____ “El duelo y su relación con los estados maníaco depresivos”. En “Contribuciones al psicoanálisis”, Buenos Aires, Edic. Hormé, 1064.
12. _____ “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé”. En “Desarrollos en psicoanálisis”, Buenos Aires, Edic Hormé, 1967.
13. KOOLHAAS G. “Melancolía no es depresión”. Rev. de Psicoanálisis.
14. LAPLANCHE J, PONTALIS JB. Vocabulaire de la Psychanalyse. Paris, PUF, 1973.

15. PACIUK S. "Actuar, hablar, identificar". Rev. Urug. de Psicoan. N° 56, 1977, pp 51-89.
16. _____ "De melancolía a posición depresiva". Rev. Imago, N° 19. 1990, pp 63-78.
17. _____ "El tiempo congelado del muerto-vivo". Rev. Relaciones, N° 5, 1984, pp 20-21.
18. _____ "Psicosis y transferencia". En "Psicosis de transferencia". Saúl Paciuk comp., Montevideo, Ed. Roca Viva, 1996.
19. RYCROFT Ch. Dicionário Crítico de Psicanálise. Río de Janeiro, Imago Editora, 1975.

Fragmentos sobre TIEMPO, DUELO Y ANGUSTIA (en el fin del milenio)

*Javier García*¹

Introducción

Pensar los efectos epocales sobre nuestros pensamientos, ideales, ideologías, fantasías, etc., tiene tanto de desafío apasionante como de tarea, en última instancia, imposible. Las influencias en juego son múltiples: históricas, sociales, políticas, económicas, culturales, en variadas vertientes, y esa dimensión más íntima, de la vida afectiva, a la que nos dedicamos los psicoanalistas. El psicoanálisis, precisamente, se ha encargado de investigar los determinantes inconcientes de nuestros pensamientos, ideales, actos y afectos. Tarea que, aunque se desarrolla en el ambiente intimista del consultorio y en la escucha específica del deseo inconciente, se abre a la importancia de los otros, de la cultura, para la construcción del psiquismo. Es en este contexto que ciertos rasgos de nuestra época se nos ofrecen para ser interrogados y pensados en relación con conocimientos del funcionamiento psíquico que nos permite el abordaje psicoanalítico, aunque no menos, repensar estos conocimientos a la luz de las circunstancias actuales. Siempre son intentos fragmentarios.

La zona sobre la que me propongo reflexionar es sobre **la acción recíproca de distintas temporalidades**: históricas, culturales, naturales y psíquicas. No estoy muy convencido como caracterizarlas, porque la idea de tiempo no queda necesariamente determinada por los referentes múltiples que la provocan. Sin embargo, ellos delimitan matices y complejidades, que nos autorizan a pluralizar. De la misma forma que hoy preferimos hablar de “historias”, “teorías”, etc., en lugar de referirnos a categorías: “lo histórico” o “lo teórico”, hablaré entonces de **temporalidades**.

Otro punto de partida epocal que tomaré, también referido al tiempo, es nuestra ubicación en **el fin del segundo milenio**. **¿Qué efectos tiene sobre nuestros afectos,**

1. Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
Bvard. J.G.Artigas 2654. Montevideo, 1600, Uruguay. E-mail gp@adinet.com.uy

pensamientos e ideologías? Todos sabemos que nada pasará realmente allí, sin embargo, también sabemos que no solo los acontecimientos tienen efectividad sobre el funcionamiento humano.

Milenarismos y cultura actual

Actualidad de los milenarismos

“... en este fin de milenio volvemos a ser milenaristas”.² “... la proximidad del año 2000 parece despertar (...) temores irracionales y una propensión notable a las crisis místicas o, al menos, a un desarrollo anormal de formas no ortodoxas de la religiosidad”.³

La idea del fin del mundo y la de un nuevo reino, un nuevo Milenio, destrucción y nueva fundación, pérdida y encuentro (o re-encuentro) con Satanás o con un reino divino, regreso de Dios, son solidarias y se encuentran presentes bajo distintas versiones en la cultura occidental. Ellas han causado al mismo tiempo fascinación y terror, esperanza y miedo enloquecedor. Curiosamente su persistencia ha ido en contra de todas las evidencias reales, pues cada vez los acontecimientos mostraban su carácter de construcciones fantasiosas. Pero esta misma persistencia, este reciclaje en distintas versiones, nos habla de una efectividad, al menos de producciones imaginarias y quizás otras.

La idea del gobierno milenario de Cristo, esencial en el cristianismo primitivo, proviene de una vieja tradición judaica que aparece en el Antiguo Testamento (Jeremías, Ezequiel, Daniel y los Salmos). Se trata de la idea de un gobierno mesiánico de duración ilimitada. Según el Apocalipsis de Ezra y el Talmud la duración del reino mesiánico sería de cuatrocientos años.⁴

El Apocalipsis de Juan (testimonio de la pervivencia del pensamiento judío entre los cristianos) afirma que el reino mesiánico debe durar mil años, luego de los cuales aparecerá y será destruido Satanás, tras lo cual los muertos saldrán de sus tumbas para ser juzgados y los elegidos vivirán en un reino de gloria.⁵ *“Luego vi a un Ángel que bajaba del cielo y tenía en su mano la llave del Abismo y una gran cadena... Dominó al Dragón, la serpiente antigua –que es el Diablo y Satanás– y lo encadenó por mil años.*

2. J. Baudrillard. “La ilusión del fin”. Ed. Anagrama, Barcelona, 1993, p.137.

3. Ibid, p. 278.

4. H. Focillon, “El año mil”, Alianza Editorial, 1966; pp. 59-60.

Lo arrojó al Abismo, lo encerró y puso encima los sellos, para que no seduzca más a las naciones hasta que se cumplan los mil años. Después tiene que ser soltado por un tiempo".⁶ "Cuando se terminen los mil años, será Satanás soltado de su prisión y saldrá a seducir a las naciones de los cuatro extremos de la tierra..."⁷

A pesar del sentido de "catástrofe" que se vincula a "apocalipsis", su uso en la Biblia procede del griego y significa "revelación". Dice allí: "*todo apocalipsis supone, pues, una revelación hecha por Dios a los hombres de cosas ocultas y sólo por él conocidas, en especial de cosas referentes al futuro*"⁸ (Subrayado JG). Lo no conocido, quizás lo incognoscible para el hombre, cosas de las que sólo Dios sabe, se anuncia como encuentro en un tiempo lejano (mil años). Lo revelado, esperanzador de un Reino Divino, pero también de un juicio, anuncia regresos, encuentros (con Satanás y con Dios) que evocan el sentido terrorífico y enloquecedor a los que envía también lo apocalíptico. Eso debe estar encadenado, arrojado y, en su lugar, tapando: los sellos.

Durante la Edad Media se afirmó la idea de la historia como una semana cuyos siete días representarían las siete edades del mundo, la última de las cuales será el gobierno mesiánico que duraría un milenio, un día de Dios.⁹ Esta creencia en un reinado terreno del Mesías con una duración de mil años ("*mille annorum*") es lo que se llama en Teología "*milenario*".

Las referencias a la significación del milenio se intensifican hacia el siglo X.¹⁰

5. Ibid, p. 60.

6. Biblia de Jerusalem, Apocalipsis Juan, cap. 20-8; p. 1785; "El reino de mil años".

7. Ibid. "El segundo combate escatológico".

8. Biblia de Jerusalem, Apocalipsis, Introducción, p. 1765.

9. H. Focillon, "El año mil", pp. 60-61.

10. Cronología tomada de Henri Focillon, "El año mil", Alianza Editorial, 1966; pp.70-81. 909: El Concilio de Trosy alertaba a los obispos sobre la necesidad de dar cuenta de sus actos pues el día del juicio estaba próximo. 940-950: Aparecen en numerosas cartas las frases hechas sobre el fin del mundo. "*Mundi terminun ruinis crescentibus appropinquantem indicia certa manifestant...*" (Señales evidentes anuncian la proximidad del fin del mundo; se multiplican las ruinas.) 954: a pedido de la reina Gergeba, esposa de Luis de Ultramar (Francia 921-954), Adso compuso su Libellus de Antechristo donde, afirmando que no había que temer el fin del mundo hasta que no se disgregase completamente el Imperio Romano, unía la doctrina de la Iglesia a una idea política. 960: El eremita Bernardo de Turingia comparece ante una junta de barones para anunciarles que Dios le había revelado la proximidad del último día (según la crónica de Jean de Trithème, siglo XVI). 998: Abbon de Fleury cuenta en su apología que en su juventud oyó en París a un predicador que anunciaba el fin del mundo para el año 1000. En fechas posteriores al año 1000 siguen apareciendo las referencias al fin del mundo, mostrando la supervivencia de las creencias contra las que la Iglesia luchaba. Según el relato del monje Guillermo Lemosin (1009-1010) mucha gente creyó que llegaba el fin del mundo al ocurrir la toma de Jerusalén.

El último día del 999, dice Augusto Strindberg,¹¹ *“la vida se paralizó: no se trabajaba ni comerciaba, se llenaron las iglesias, se perdonaban las deudas, se manumitían los esclavos, se reconciliaban los enemigos. El papa Silvestre II ofició en Roma una misa solemne y luego... no pasó nada.”* Raoul Glaber afirmó que al cumplirse los mil años Satanás sería desencadenado y relataba haber observado la aparición de un meteoro: *“Apareció en el mes de setiembre, al filo de la noche, permaneció visible cerca de tres meses. Su resplandor era tal que parecía llenar la mayor parte del cielo, hasta que desapareció al sonar el canto del gallo... Lo que parece más probado es que este fenómeno no se manifiesta jamás a los hombres, en el universo, sin anunciar con certeza algún acontecimiento misterioso y terrible.”*¹² (Subrayado JG). Mil años después, Henri Kubnick en “La grande peur de l’an 2000”, citado por M. Morales,¹³ sostiene la colisión de la Tierra con un cuerpo astral errante que podrá modificar la órbita del planeta, provocando gigantescos maremotos, erupciones volcánicas continentales, etc., o una explosión de toda la corteza terrestre.

Ambas creaciones imaginarias, que distan un milenio entre sí, reaparecen con curiosa similitud en los dos recientes estrenos fílmicos: “Impacto profundo” (EEUU, 1998, Mimi Leder) y “Armageddon” (EEUU, Michael Bay, 1998). Producciones cinematográficas que representan y desarrollan las fantasías apocalípticas de los milenarismos. Ambas se arman en torno a la idea-catástrofe, de una amenaza que, en un caso un gran meteorito, en otro un asteroide, se estrelle contra la Tierra y acabe con la vida. También en ambas la alternativa salvadora es una misión espacial que deberá colocar bombas atómicas en el cuerpo enemigo. En “Impacto profundo” la misión recibe el nombre de “Mesías”. Es necesaria una acción humana sobre ese objeto extraño para que no sea destructivo y pueda ser “metabolizado”.

Las señales actuales que apuntan a una idea (fantasía) de catástrofe son múltiples. Ralph E. Lapp en su libro “The New Priesthood”¹⁴ sostiene que *“el mundo ha sobrepasado ya todas las señales de peligro y se encamina hacia un fin catastrófico: el desborde de la tecnología y la automatización estarían destinados a desequilibrar las condiciones que hicieron posible la aparición de la vida sobre la Tierra”*. Paul R. Ehrlich, especialista en planificación familiar, sostuvo que para el año 2000 la Tierra

11. “Reino Milenario”, citado por Pablo Luna en “Sobre el miedo al Milenio”, revista “Casi Nada”, N. 10, enero, 97.

12. Toda la cronología citada, ibid, pp. 70-81.

13. “Milenarismo...”, p. 19.

tendrá catorce mil millones de habitantes, sometidos al hambre, a las guerras de conquista y pronosticó importantes desequilibrios psíquicos de los individuos producto del hacinamiento.¹⁵ El terror a una guerra atómica que se apoderó especialmente de EEUU y Europa, preveía una destrucción masiva de la civilización. El fin de la guerra fría y la desaparición de la URSS no terminaron con el peligro de guerra nuclear. La inestabilidad de los nuevos estados post-soviéticos así como el ejercicio absoluto del poder de los EEUU, generan nuevos riesgos. El avance de la ciencia y la tecnología al servicio de la construcción de armas superdestructivas ha colocado en este siglo por primera vez a la realidad humana en paridad con las peores fantasías apocalípticas. El SIDA y la pobreza aparecen también como dos grandes amenazas de catástrofe mundial. El SIDA como la versión actual de las grandes pestes. La pobreza enrostrándonos la incapacidad de resolver uno de los más terribles males de las estructuras político-sociales. Y también podríamos citar otro ejemplo en la catástrofe informática esperada para el año 2000, donde son las máquinas las que, curiosamente, no lo reconocerán.

Nada hace pensar que estemos en peores condiciones que a principios de siglo o que en épocas anteriores, solo que las expectativas de progreso y la visión salvadora que mostraban las ideologías, así como la ciencia y la tecnología de este siglo, no menos ideológicas, han mostrado sus limitaciones en resolver los principales problemas del hombre y quizás un mayor éxito en la construcción de formas violentas del poder económico, político y militar.

Los ejemplos citados no son homogéneos pero muestran, en mayor o menor medida, rasgos apocalípticos. Como toda construcción imaginaria toman elementos de la realidad para su armado, de modo que aunque reconozcamos en ellas una vez más su carácter de fantasías podemos hallar en sus contenidos los grandes temas que preocupan a la humanidad. Tanto por los límites de nuestros conocimientos y capacidad de transformar las condiciones de vida, como por las grandes evidencias de nuestras capacidades destructivas. Ambos rasgos de la condición humana tan difíciles de asumir.

No podemos concluir que todas las producciones fantasmáticas apocalípticas y catastróficas queden vinculadas a efectos temporales como los fines de siglo y milenio. Por el contrario, estamos en condiciones de ver en ellas las manifestaciones de distintos

14. M. Morales, "Milenarismo...", p. 19.

15. Ibid.

aspectos de la vida psíquica, que exceden su relación con fenómenos temporales. No obstante esto, se nos ofrece una relación con el tiempo que dispara e intensifica estas vivencias y que nos mueve a interrogarla. Se hace presente una intensa fantasía de fin catastrófico de la humanidad, de pérdida y muerte, a la vez que, en algunos casos, otra de re-encuentro o encuentro con algo de otro orden: divino, demoníaco o la nada posterior a la muerte. Ambas coinciden, como en el choque de ese “cuerpo extraño” (asteroide, meteorito). El encuentro es impacto catastrófico. La angustia se torna la vivencia más intensa.

Las temporalidades también parecen sufrir efectos culturales, o podemos pensarlas a ellas mismas constituyendo esos cambios. Desde distintos lugares se insiste en la pérdida de fuerza de una dimensión histórica así como del recordar y sus espacios íntimos (hogar, familia, amigos, compañeros del pasado, etc.) y la expansión de la dimensión de lo actual. Tal parece que se hubiera producido un aplastamiento del tiempo, donde la disponibilidad del pasado histórico y la proyección hacia el futuro pierden espacio a favor de la actualidad. Si es posible pensarlo así: actualidades en estructura de “collage”, como presencia de múltiples imágenes caleidoscópicas, en multiplicación de lo instantáneo. La llamada “cultura del zapping” parece hacer coexistir la secuencia, en un instante fragmentado y multiplicado. Como si lo secuencial se aplastara, telescópicamente, en un instante fugaz. La vida en “flashes”, la aceleración del tiempo tanto en la vida social como en la íntima y en la propia impresión subjetiva del tiempo, se suman a la invasión de fronteras de espacios-tiempos privados por esa bomba aceleradora de imágenes que es el uso actual de la televisión y de los ordenadores navegando por Internet.

La mitología depresiva que suele apoderarse del ánimo en los fines de siglo-milenio ha cobrado otra forma de expresión en nuestra cultura: fin de la historia, fin de las ideologías, fin de la ilusión, fin del sujeto, ... En el Psicoanálisis parece tomar la forma de fin de la neurosis, fin de la sexualidad, ... y, con el fin del sujeto el fin del Psicoanálisis.

*“El fin de las ideologías, el fin de la historia –dice J. Baudrillard–, constituyen ellos mismos una catástrofe, ... la gestión delfín se confunde con la gestión de las catástrofes”.*¹⁶ La variante es anticipadora. El fin fantasmáticamente temido ya se ha producido. Más aun, se lo ha decretado. Sobrevivimos a la muerte, como quien asiste a

su propio velorio. La ganancia imaginaria es una ilusión de inmortalidad. Dice J. Baudrillard: “...en este fin de milenio volvemos a ser milenaristas; queremos la perpetuidad inmediata de la existencia, exactamente como los medievales querían el paraíso en el tiempo real, el Reino de Dios en la Tierra”.¹⁷ “...queremos esta inmortalidad *hic et nunc*, aquí y ahora, este más allá del fin en tiempo real, sin haber resuelto el problema del fin (...sencillamente porque el problema es insoluble). Pues no hay fin en el tiempo real, no hay tiempo real de la muerte. Eso es un absurdo. El fin siempre se vive en diferido, en su operación simbólica (..). No hay ningún fin concebible, ni siquiera el de la historia, con lo que no nos queda más remedio que manipular el más allá del fin, la inmortalidad técnica, sin haber pasado por la muerte, por la operación simbólica del fin”.¹⁸

El fin de los objetos naturales, de los logros de la cultura, pero también el de los ideales humanos que creíamos ya logrados y permanentes, remite al duelo “*por la pérdida de algo que hemos amado o admirado*”.¹⁹ Pienso que no estamos realmente enfrentados al fin de esos ideales, ni de muchos núcleos de las ideologías que los reúnen, pero sí al fracaso de lo que ellos portaban de *idealizaciones*, que en muchos casos fue predominante.

Tiempo y duelo

La noción de tiempo²⁰ ha aparecido desde sus comienzos vinculada a la duración de la vida y, con ella, a la muerte. La palabra latina “*saeculum*” era a menudo ligada por los romanos a la idea de una generación humana.²¹ La idea de “tiempo” es inseparable de la idea de transitoriedad. “*La distinción entre pasado y presente –dice J. Le Goff– es un elemento esencial de la concepción del tiempo*”.²² El ordenamiento temporal en sus diversas representaciones fija puntos, referencias, dentro de un ordenamiento simbólico. Luz y sombra, el día, célula mínima del tiempo del calendario. Trabajo y tiempo libre, la semana, “gran invención humana en el calendario, al parecer de los hebreos, ligada a

16. “La ilusión...”, p. 104.

17. Ibid, p. 137.

18. Ibid, pp. 137-9.

19. S. Freud; “La transitoriedad”, p. 310.

20. Ferrater Mora, “Diccionario de Filosofía”.

21. Ibid, p. 221.

22. J. Le Goff, “Pensar...”, p. 174.

los conocimientos astronómicos²³ y de la cual se tiene testimonio en el Antiguo Testamento con los siete días de la Creación en el Génesis”.²⁴ Calor y frío, las estaciones, que quedan luego también vinculadas a la actividad agrícola. Son oposiciones ordenadoras que mantienen un lazo cercano con la experiencia en el mundo.

Es posible situar un pasado y con él una dimensión histórica. Es posible intentar anticipar el futuro, preverlo, organizado. Las fechas de cumpleaños, de aniversarios significativos de cada historia individual así como de la colectiva, las marcas que fija la propia ordenación temporal, como el fin de año, el siglo, el milenio, señalan ciclos enmarcados entre un comienzo y un fin, secuencias ordenadoras de una continuidad. La continuidad apunta a lo completo y eterno. Lo percedero indica ciclos, fin, pérdidas, a la vez que efracciones y mojones.

Pero hay nociones más encarnadas del tiempo, sin las cuales su función simbólica no sería la misma. Aparición y reaparición de las necesidades corporales, calor y frío, luz y oscuridad, ciclo vigilia-sueño, crecimiento, envejecimiento, ciclo de una gestación, etc. Estas nos permiten apreciar los enclaves corporales como antes mencioné los del mundo, de nociones eminentemente simbólicas. Como ordenador está en la base de otros grandes ordenadores como el lenguaje y, a su vez, inextricablemente unido a él. Si es que la temporalidad permite el lenguaje o éste último instala la dimensión temporal son en realidad opciones causales que embretan el pensamiento. Lo cierto es que ambos son consustanciales.

Sobre estas encarnaduras corporales y de las referencias del mundo referidas es que se construye un orden complejo y sus nociones más abstractas o desencarnadas. Así la idea de dividir el tiempo histórico en períodos de cien años aparece recién en el siglo XVI y se aplicó verdaderamente por los historiadores en el siglo XVIII. *“Todo debía entonces colarse en este molde artificial, como si los siglos estuvieran dotados de una existencia, tuvieran una unidad, como si las cosas cambiaran de un siglo a otro”*.²⁵ De pronto esa creación humana, “resultado de un diálogo complejo entre naturaleza y cultura”,²⁶ tiene efectos sobre los sujetos y sus aconteceres. El calendario y la historia,

23. J. Le Goff, “El orden...”, p. 212.

24. Ibid.

25. Ferrater Mora, “Diccionario de Filosofía”.

26. Ibid.

individual y colectiva, tienen una relación interdependiente. Hay una acción de la historia sobre el calendario y una acción del calendario sobre el hombre.

Las nociones de siglo y más lejos la de milenio mantienen nexos con los anclajes referidos para poder tener esta efectividad simbólica entre tiempo e historia individual y colectiva. Pero estas nociones son más abstractas y mantienen un vínculo más laxo tal como Freud lo planteaba en el lenguaje para el filosofar abstracto con respecto a la “representación-cosa”. A diferencia de lo no simbólico, como el pensamiento psicótico, conserva nexos que lo enraízan. En estos nexos podemos ver las afectaciones que producen estas marcas temporales (los fines de año, los aniversarios significativos y, en una mayor escala, los fines de siglo y milenios). Estas marcas en sí mismas no implican ningún final ni pérdidas, pero remiten a las raíces de la noción vivencial de tiempo y a los registros de vivencias significativas, ellas sí vinculadas a pérdidas.

No es novedad para quienes estamos vinculados a la salud mental que en torno a los fines de año aumentan las consultas e internaciones por síndromes depresivos en sus distintas expresiones y las manifestaciones maníacas o maniformes. Tampoco es socialmente novedoso que en ese entorno las tristezas refloten o aumenten, reviviendo pérdidas ya ocurridas. Por otra parte, lo festivo, crea un clima maníaco observable en múltiples desaforos grupales y personales. En una dimensión individual, también los aniversarios de distintos tipos son evocadores de pérdidas. Hay allí establecida, a “grosso modo”, una relación entre marcas temporales y duelo, que se hace necesario pensar más allá de este acercamiento descriptivo.

La transitoriedad de la vida, la “inevitable caducidad”, como señaló S. Freud,²⁷ puede llevar a dos estados afectivos: “al dolorido hastío del mundo” y “a la revuelta contra esa facticidad aseverada” (ibid, p.309). En el primero ya nada tiene valor, la creación y recreación no encuentra estímulo frente a la magnitud de lo perdido o lo perdible, lo nuevo nunca será como lo viejo así como la esperanza sucumbe a la añoranza. En la “revuelta” contra la caducidad coexisten creencias negadoras de las pérdidas: nada se ha perdido, o bien, lo perdido volverá, o bien, nada existió y por tanto no se perdió. *“Empero –dice Freud–, esta exigencia de eternidad deja traslucir demasiado que es un producto de nuestra vida desiderativa como para reclamar un*

27. S. Freud; “La transitoriedad”, 1915.

valor de realidad".²⁸ *Vemos así la versión depresiva y la maníaca frente a la pérdida o la amenaza de pérdida y su relación con lo transitorio, ligado a la idea de tiempo.*

La referencia temporal a un fin (de siglo, de milenio) nos remite al paso del tiempo, su inexorabilidad e irreversibilidad. Es una vivencia de pérdida. Tanto en lo individual como en lo colectivo los fines de ciclos nos interrogan por el estado de satisfacción o no de las expectativas que lo habitaron. La misma instancia que Freud asignó a la autopercepción del tiempo cronológico, el "ideal del yo", es quien señaló las metas aspiradas y quien procede en esta evaluación de logros. Parece claro que no podemos esperar más benevolencia de su juicio que el grandor narcisista de sus propias aspiraciones. Comprobar los límites humanos de estos ideales es inseparable de la vivencia de pérdida y, en consecuencia, del duelo. Nada se perdió o todo se perdió pero no tenía valor o ya hemos trascendido el fin, parecen ubicarse como desvíos respecto al duelo. La vivencia apocalíptica, en su dimensión de catástrofe-muerte, parece personificar la "sombra" de los objetos idealizados perdidos, en el "Yo". El reconocimiento de los límites de nuestra capacidad constructiva así como de la existencia de una fuerte capacidad destructiva, no está exento de dolor.

Nada pasará efectivamente esa noche, una noche más. Quizás unos pocos hombres o unos cuantos se suiciden, acto donde el fantasma apocalíptico sucumbe en lo real en un estallido simbólico. Pero la anécdota de estos casos, aunque pueda tener un sentido inmolador para la humanidad, no dará cuenta de toda la efectividad que esa marca simbólica en el calendario ejerce anticipadamente. Es, como las hojas caducas en el otoño, signo de la transitoriedad generadora del "pregusto del duelo".

Tiempo cronológico y psicoanálisis

En psicoanálisis el tema del tiempo tiene su centro de gravedad en la noción de "après-coup", que expresa innovadoramente la complejidad de la intersección de la temporalidad cronológica del Prc-Cc y la atemporalidad del Ice, en un mecanismo complejo que nos permite pensar el funcionamiento psíquico de la significación-resignificación. La noción de tiempo cronológico, aunque no fue extensamente trabajada por Freud, tuvo sus menciones y evocaciones. Cuando Freud formula sus ideas sobre el origen del pensamiento, en "Los dos principios del suceder psíquico"

28. Ibid, p. 310.

como soporte de la “*tensión de estímulo elevado durante el aplazamiento de la descarga*” (p. 226), evoca en mi opinión el tema del tiempo cronológico y su origen. El pensar, dice allí Freud, es “*una acción tentativa con desplazamientos de cantidades más pequeñas de investidura, que se cumple con menor expendio (descarga) de éstas*” (ibid). Permite diferir la descarga, generando una espera, en cuya amplitud se despliega un espesor de actividades psíquicas simbólicas: representaciones, lenguaje, pensamiento. Aplazar alude a un “plazo”, a una referencia temporal que, para el psiquismo, parece instalarse en ese acto de postergación y espera. El pensamiento que allí se instala permite los desplazamientos de pequeñas cantidades de investidura, finalmente la disponibilidad del lenguaje, a la vez permite y se desarrollan en ese aplazamiento y se organizan temporalmente.²⁹

Memoria, pensamiento, lenguaje y tiempo, son nociones que en su funcionamiento psíquico quedan estrechamente vinculadas. En “Notas sobre la pizarra mágica” (S. Freud, 1924) la conciencia depende de una discontinuidad de las investiduras del sistema P-Cc. **Es en el momento de la investidura del sistema que es posible la conciencia de las percepciones** y ésta se extingue cuando se retiran. El Ice es quién envía “golpes periódicos rápidos” (subrayado JG) hacia el sistema P-Cc, como si “*extendiera al encuentro del mundo exterior unas antenas que retirará rápidamente después que éstas tomaron muestras de sus excitaciones*” (p. 247). Este movimiento periódico de las investiduras funciona, para Freud, como el movimiento que en la pizarra mágica separa periódicamente la hoja de cubierta de la tablilla de cera. Es ese momento de separación el que permite que la superficie quede “*exenta de escritura, receptiva de nuevo*” (p.246), al mismo tiempo que el registro queda atrás como huellas duraderas (memoria).

Si bien el Icc “golpea” desde una atemporalidad, su impacto “periódico” en la P-Cc parece introducir un ritmo organizador en sus efectos. Así muy brevemente S. Freud concluye ese artículo diciendo que “en este modo de trabajo discontinuo del sistema P-Cc se basa la génesis de la representación del tiempo” (p.247) (subrayado JG).

29. La inhibición a la proclividad a la descarga del Ice, es una característica del Prc, tal como S. Freud lo describe en “Lo inconciente” (1914; T. XIV, p. 185) y es consecuente con la existencia de representaciones investidas. “Cuando el proceso traspasa de una representación a otra –dice ahí S. Freud–, la primera retiene una parte de su investidura y sólo una pequeña proporción experimenta el desplazamiento” (ibid, p. 185). Seguidamente atribuye el Prc. el ordenamiento temporal de las representaciones.

En “Más allá del principio de placer” (19; T. XVIII, p. 27/8), trabajando al igual que en “Notas sobre la pizarra mágica” la barrera protección antiestímulo, Freud dice que los procesos psíquicos Icc son atemporales y que *nuestra “representación abstracta del tiempo parece más bien estar enteramente tomada del modo de trabajo del sistema P-Cc. y corresponde a una autopercepción de este”* (p. 28) (subrayado JG).

En “Introducción del narcisismo” (1914, T. XIV, p.93) atribuye la observación interior a la conciencia moral y vincula a pie de página esta función con la memoria subjetiva y con la temporalización. Luego quedará vinculada al “Ideal del Yo”.

Hasta aquí se trata de un movimiento pulsional, rítmico y endógeno, pero no menos importante para la noción de tiempo es la función del objeto en su oscilación presencia-ausencia y en su investidura de deseo (el objeto es deseante). Al mismo tiempo que establece una oposición organizadora, con la ausencia dispara el movimiento del deseo hacia huellas como punto de partida de una cadena de desplazamientos (alucinación, fantasías, pensamientos).

En la concepción freudiana la representación depende de la percepción, de la que es su consecuencia (su registro). También es cierto que la representación tiene sentido por la fugacidad de la conciencia perceptiva, por su intermitencia, que no necesariamente se corresponde con la ausencia del objeto real del mundo. Es en esa ausencia de conciencia perceptiva donde adquiere realidad psíquica la huella, donde se realiza el movimiento del deseo. Presencia-ausencia del objeto para el sujeto queda así vinculada a percepción-representación o percepto-huella. Aunque esto apunta a pensar que el aparato se arma para evitar la ausencia del objeto, igualmente cierto es decir que el aparato es testigo de la fugacidad de la presencia y por tanto de la ausencia como causa.

El ritmo que genera la alternancia del objeto se relaciona con el ritmo de investidura que ejerce lo Ice sobre el sistema P-Cc, pues es durante el estado investido de la P-Cc (atención) que puede tenerse conciencia de su percepción.

¿Qué derivaciones conceptuales tiene esta concordancia rítmica impresa por lo Ice y el objeto del mundo? En primer lugar parece claro que se puede hablar de concordancia solo en el momento de la conciencia perceptiva, pues puede haber investidura de lo Ice sobre la P-Cc en ausencia de objeto y puede estar el objeto en momentos que la P-Cc no esté investida. La primera de estas alternativas deriva la investidura a las huellas y genera efectos psíquicos del movimiento del deseo: fantasías, pensamientos, etc. La

segunda da cuenta de la barrera antiestímulo que preserva al sistema de los estímulos externos. La primera puede derivar a trastornos perceptivos como la alucinación; la segunda en su extremo, al autismo. Una derivación conceptual de esta concordancia entre investidura de lo Ice y presencia del objeto es la impronta psíquica que deja: una **huella investida**. El origen a la vez “endógeno” y “exógeno” respecto al psiquismo de la huella relativiza las separaciones radicales “adentro-afuera”, situando toda impronta como el resultado de la investidura pulsional del sujeto en cuestión y el estímulo que proviene de mociones de deseo del objeto. Pero ¿acaso estas dos “causas” sexuales (pulsión del sujeto y estímulo-pulsión del objeto) deben ser consideradas separadamente? ¿Es el empuje y ritmo pulsional independiente del deseo del objeto y viceversa? Los efectos en el psiquismo del niño de padres depresivos que invisten escasamente y los efectos en el deseo de los padres de un hijo autista, nos hablan de esta interdependencia.

La complejidad descrita sería la que se plasma **en huellas que inauguran un “espacio-tiempo” que, teniendo sus relaciones con los ritmos biológicos y con los ritmos del mundo (natural y cultural), se constituye psíquicamente con particularidades propias.**

La temporalidad psíquica (cronológica) la ubicamos así como **complejidad** donde intervienen los ritmos biológicos, los tiempos de la cultura, las mociones pulsionales y los objetos de deseo. Cualquiera de los factores intervinientes puede modificarla y actuar, a su vez, sobre los otros. Tenemos ejemplos de ello en las modificaciones de ritmos biológicos (cardíaco, respiratorio, circadiano, de aparición de las necesidades, etc.) por causas psíquicas y viceversa, así como lo que me planteo para pensar: las modificaciones del funcionamiento psíquico por efecto de la cultura y viceversa. Podemos formular una noción de **construcción psíquica de la(s) idea(s) de tiempo**, a través de las experiencias subjetivas con los objetos en las distintas fases del desarrollo libidinal. Ritmos orales, anales y fállicos van conformando una experiencia corporal-erógena de temporalidades.³⁰

30. En la investigación de las experiencias de privación sensorial, donde no se disponen de referentes externos tanto naturales como culturales de la temporalidad, los referentes internos pasan a tener un papel vital para sostener el funcionamiento psíquico. Aunque en un primer momento nos parece descubrir en ellos los ritmos biológicos, las singularidades en que éstos se arman nos permiten concebirlos como ritmos del **“cuerpo-erógeno”**.

Cuando Freud se refería a que la autopercepción del funcionamiento del sistema P-Ce es lo que nos permite la idea de cronología temporal, no creo que nos alcance con una observación del propio funcionamiento perceptivo y sus ritmos. El ritmo que impone la investidura Icc sobre la P-Cc, es inseparable de las características de la pulsión, en especial de su empuje. **En psicoanálisis debemos afirmar que un acto perceptivo es un acto pulsional en principio. La ritmicidad de investiduras pulsionales parece habilitarnos a pensar la pulsión en un estado de positividad y otro de negativización. La idea de “empuje” parece solidaria de la de negativización, ya que es difícil pensar un empuje permanente, sin ritmo.**

No menos nos importa la necesidad de objetos para la pulsión: **el empuje lo es hacia un objeto.** La transitoriedad de la presencia del objeto hace a la dimensión transicional del tiempo y es un aspecto más de todo lo que la pulsión busca y no encuentra, de una satisfacción con resto, de una apropiación imposible que hace que la pulsión contornee y zafe del objeto para volver a su fuente, reciclando rítmicamente su empuje. Parece revelársenos allí el carácter pulsante, rítmico de la temporalidad.³¹ El recorrido entre la fuente y el objeto, entre el empuje y su satisfacción parcial, se corresponde gráficamente con la curva que describe la tensión de acuerdo al principio de displacer-placer, que se constituye también en esa autopercepción del tiempo.

La intención de situar el problema de la temporalidad cronológica en psicoanálisis, centrándola en los conceptos: percepción-representación, pulsión-objeto, y justamente en los guiones que separan esos pares (en el funcionamiento y espesor entre ellos), es para introducir la idea de los efectos que tiene su **aplastamiento por la cultura** (aceleración, disminución de los aplazamientos, tendencia a lo instantáneo, etc.). La **complejidad** descrita involucra tanto a la **pulsión** como al objeto (en su dimensión de deseante y de representante de la cultura), al **“ideal del yo”** y a las **temporalidades epocales**. La investigación de la estructura del “ideal del yo” (sus componentes narcisistas o su relación con aspectos de “yo ideal”) en la cultura actual, se constituye en un verdadero desafío para el psicoanálisis.

Tiempo y angustia

En Freud la angustia al principio de su obra es por abstinencia (neurosis de angustia del Manuscrito E) y angustia por represión (angustia de las psiconeurosis, angustia fóbica).

Tienen en su base una acumulación de tensión sexual. La angustia es expresión de tensión o, incluso podríamos decir: es tensión.

Su reformulación de la teoría del trauma coincide con la re-visión de la angustia. Aparece así la angustia automática consecuencia de una situación traumática. Pero el trauma queda ahora vinculado tanto a peligros internos como externos en relación a un “yo” desamparado. La referencia al “trauma del nacimiento”, descrito en esa época por Otto Rank y que Freud toma en parte como suya, ubica una situación traumática paradigmática a la vez que inaugural. No se trata allí de angustia por conflicto psíquico, angustia de castración regulada por un principio de displacer-placer, sino de una angustia “automática”, que no se juega en circuitos representacionales, temporales. Por el contrario, se da en el acto, actual (antes: neurosis actuales) de la experiencia corporal del nacimiento. Para Freud a diferencia de Rank, esta angustia automática primera dará paso a un mecanismo psíquico que permitirá regularla, mediante un sistema de señales (angustia señal) que permite la actitud defensiva del “yo” frente a la amenaza. El carácter de “señal” habla ya de un campo semiótico, al igual que el mecanismo del principio de displacer-placer habla de un sistema regulatorio, ordenador. Pero su antecedente y causa, “la cosa” que es, ese acto en sí mismo no más que tensión, parece situarse “**más allá**” de todo principio ordenador. Lo que podemos decir sobre ese acto siempre es irremediabilmente a posteriori y desde el espesor de un sistema simbólico que se hizo en consecuencia. Constricción del cuerpo, irritación de piel y mucosas, dolor, llanto y primera respiración, estímulos lumínicos, etc., son ya palabras, metáforas que se arman en fantasías cuya estructura ya se ha organizado por el lenguaje y por el “Complejo de Edipo y castración”. La angustia ya se encuentra en un sistema organizado, no es una neurosis actual sino la actualización a mínima, como señal, de una tensión, dentro de la complejidad de una psiconeurosis. Pero el afecto como tal, lo que afecta y mueve, lo que efectivamente es y provoca movimiento, se conecta con ese acto-actual que se llamó “trauma del nacimiento”, esa pura tensión que se hace señal de un conflicto, desencadenante de la represión.

Las menciones a la angustia se han referido siempre a **amenazas de pérdidas** de la unión corporal con la madre, del destete, de la pérdida de heces y de pene. Freud realizó una fina distinción entre **angustia, dolor y tristeza**, quedando la angustia definida como

31. Jean Schneider, “Irreversibilidad, temporalidad y pulsión”. En: “El tiempo y el devenir”, Ilya Prigogine et alli, Ed. Gedisa, Barcelona, 1996, pp 345-352.

sentimiento frente a la amenaza de una pérdida, el dolor frente a la pérdida misma y la tristeza como añoranza por lo perdido. No podemos desconocer esa dimensión de amenaza de pérdida en la angustia. Pero también nos podemos preguntar qué significa ese objeto y su pérdida, a qué deja librado su ausencia. Todos los objetos cumplen una función para el procesamiento de una tensión innombrable que antecede. Que la satisfacción nunca sea total y el objeto permita un aplazamiento con derivaciones capitales para el desarrollo de funciones elaborativas, nos señala que su pérdida amenaza con el retorno del acto de una pura tensión, proceda ésta de donde proceda.

Todos los objetos a los que nos referíamos al hablar de pérdida de objeto son sustitutos simbólicos (metáforas). Es discutible hablar de un primer objeto que da lugar a todas esas sustituciones, pero también parece hacerse necesario ubicarlo como “objeto materno”, parcial, pecho, etc.³² Y éste parece ubicarse en la oposición más radical a ese estado de derilección del infans. Es el **cuerpo** en tensiones múltiples, en excitaciones varias que se traducen en movimientos corporales, gritos, etc.³³ Y es el objeto (acto materno), el que calma ese estado de múltiple excitación, en una respuesta organizada necesaria que reúne en acto el cuerpo, el afecto, el deseo y la cultura. Hay un vestigio de este afecto de angustia en toda angustia posterior, dice Freud en I.S. y A. Podemos pensar allí un núcleo de experiencia con lo real, lo irrepresentable, en el núcleo de toda angustia. El riesgo en la pérdida de objeto es, en esta línea, el retorno de esta vivencia de angustia ante lo real o “lo real de la angustia” (ang. Traumática, automática).

Quizás lo más cercano que tengamos como ejemplo es una crisis de pánico. Ella no está en lugar de otra cosa, como un síntoma. Ella es más bien la falta de otra cosa en su lugar. A lo que nos libran los objetos con su falta. Pero esta pérdida, esta ausencia del objeto, y esto es lo importante, no angustia por la separación en sí misma, sino por el terror de quedar librado al encuentro real con una tensión-cosa innombrable en un acto traumático.

32. Los objetos, como se pregunta Serge Leclair (“Desenmascarar lo real”, Bs. As., 1982, pp 59-60) “¿son una forma de recuperar o de nombrar la presencia perdida misma o, por el contrario, son las especies o apariencias que los psicoanalistas pueden adoptar para conjurar psicoanalíticamente la insistencia amenazadora de lo que ha sido perdido?”.

33. No me refiero al cuerpo biológico que ya es una lectura organizada, efectivamente simbólica, del cuerpo. Me refiero al cuerpo como materialidad, como “cosa-causa” de los distintos cuerpos que disponemos (anatómico, fisiológico, erógeno, ritual, etc.). Este “cuerpo real”, que es también “lo real de la pulsión” así como la pulsión desde los otros, tiene carácter de “cuerpo extraño” al psiquismo, extraterritorial a su funcionamiento simbólico. Es sexual en el sentido que lo es el empuje pulsional, tanto desde el sujeto de la pulsión como desde la pulsión en los otros.

Lo siniestro puede dar cuenta también de esta vivencia. Tanto la formulación del miedo a ser enterrado vivo o la de deseo de retorno al vientre materno, ya tienen una fuerte organización metafórica. Hay allí palabras, pensamientos, fantasías y un orden que fácilmente vinculamos al “Complejo de Edipo y castración”. Decir que la proximidad con el objeto de deseo provoca angustia, eso que es a su vez: familiar, propio y desconocido, da cuenta sintéticamente de lo que allí opera. Pero el objeto del deseo (tal como diseñó Freud el movimiento inaugural del deseo a partir de la recarga de la huella de la experiencia primaria de satisfacción), procesó una tensión en acto anterior.

¿Finalmente...?

Una perspectiva psicoanalítica puede aportar desde su conocimiento íntimo del funcionamiento del psiquismo humano, en este caso, respecto de las experiencias de encuentro traumático y pérdidas: la angustia y el duelo. Duelo siempre en alguna medida a trámite inconcluso, por el inevitable resto que deja toda posible elaboración. En última instancia la Muerte, palabra de lo irrepresentable. Castración, vacío, ausencia, nada, “real”, ... tratan de dar cuenta de lo que siempre excede a toda representación y desborda su inclusión en un orden simbólico, aunque todo él se arme para tratar de dar cuenta en algo de ello. Se trata del **desborde de la muerte en el signo**. El espesor psíquico que van generando fantasías, pensamientos, simbolizaciones, genera la posibilidad de esperar y diferir. La religión, al posponer el juicio y el reino de Dios mil años, situaba un período suficientemente extenso para que ningún mortal se sintiera acuciado por ese encuentro, al tiempo que mantenía la esperanza en él. Generaba un gran espacio-tiempo que sostenía la esperanza y lo situaba imposible. Cuando ese espacio-tiempo parece desaparecer, ese abismo entre la expectativa y lo real, el imaginario da cuenta de lo apocalíptico. La temporalización genera la ilusión y la espera, mientras que la idea del fin del tiempo, tanto por su supuesta llegada como por una aceleración vertiginosa de los acontecimientos (información, globalización, inmediatez: política, sexual, vincular, etc.) parece disminuir, hasta el riesgo de desaparición, el espesor mediador del pensamiento simbólico entre lo real de la pulsión y el objeto. La vivencia es de angustia. La posibilidad de ese encuentro parece generar el movimiento vertiginosamente acelerado que quiere adelantar el fin, traspasarlo, que es hacerlo pasado en lugar de expectativa angustiosa.

Quiero finalizar estas aproximaciones a complejidades que me exceden, con una confrontación de evocaciones a partir de tres producciones cinematográficas vinculadas al fin del milenio: las ya referidas “Impacto profundo” y “Armageddon” y “2001 odisea del espacio” (Stanley Kubrick, Inglaterra, 1968). En ésta última, a diferencia del cuerpo extraño que impactará y destruirá, tenemos otro objeto: el **“monolito”**, que insiste en su aparición en cuatro momentos de esa odisea. El “monolito” aparece como un referente desprovisto de todo sentido, como un rasgo, un trazo ahí en el mundo. Está allí en un estado de máxima pureza, en su volumen, su superficie pulida, su forma y sonido. Despojando de todo lo que pueda marcar una diferencia en el propio cuerpo, se arma como máxima diferencia con el resto. Un significante así, en el mundo, trazo único, traza un “uno” (2001) que abre la cuenta (del nuevo milenio) y nos lanza (como el objeto uno-hueso-nave) a la aventura de contar, sustituir objetos, hablar, penetrando en dimensiones espaciales y temporales desconocidas.

“Impacto profundo” y “Armageddon” figuran el horror del encuentro catastrófico con “lo real del objeto”, su estado antes de la intervención humana, su lado imposible, mientras “2001...” abre a la aventura significativa que, desde la pureza de un sin-sentido interrogante, lanza a un viaje a través de objetos metafóricos hacia lo desconocido. La aventura humana, eso posible, que puede ser llamado “odisea”.

En “Impacto profundo” y “Armageddon” el tiempo está jaqueado por el encuentro real con ese objeto. El plazo se acorta cada vez más y la vivencia es de pánico. La angustia aparece frente a la inminencia de ese encuentro. Es imperioso provocar en él una acción humana. En cambio “2001...” recorre el tiempo del hombre, desde sus orígenes hasta el futuro, y lo hace con calma, en escenas lentas, movidas por la búsqueda a partir de enigmas, penetrando finalmente en dimensiones espaciales y temporales desconocidas donde coexisten el verse en el espejo, el verse viejo, el verse muriendo y, desde allí, nuevamente enfrentado frontalmente al “monolito”, atravesándolo, el embrión en el espacio... relanza la odisea.

Resumen

Las características de la cultura actual llevan al autor a preguntarse por los efectos recíprocos entre ella y el funcionamiento psíquico. Las fantasías apocalípticas de fin y encuentro de los milenarismos, el aplastamiento de las nociones de tiempo por su

aceleración son interrogados en relación a los conceptos psicoanalíticos de “duelo” y “angustia”. Las marcas temporales como el fin de siglo-milenio parecen ejercer un efecto anticipado que remite al duelo por aspectos idealizados de los ideales que habitaron el siglo y, también, otro de angustia vinculado a una fantasía de fin del tiempo que se correspondería con una disminución del espesor simbólico del psiquismo. Se intenta plantear, más que respuestas a las preguntas que se abren, una complejidad evocadora de interrelaciones.

Summary

The present culture features lead the author to ask himself about the reciprocal effects between it and psychic functioning. The apocalyptic fantasies of end and the doctrine of millenarism meeting, the smashing of time notions by its acceleration, are questioned in relation with psychoanalytic concepts of “mourning” and “affliction”. The temporal marks as the end of the century-millennium seem to create an anticipated effect which refers to mourning by idealized aspects of the ideals which inhabited the century, and to affliction vinculated to an end of time fantasy that would correspond to a decrease of the symbolic thickness of psychism. What is being raised, more than answers to the questions asked, is an evocative complexity of interrelations.

Descriptores: TIEMPO / DUELO / ANGUSTIA / TRAUMA

La violencia social en la escuela

Efectos traumáticos en la mente de los niños
en un contexto de pobreza crónica¹

*Maren Ulriksen de Viñar**

I. Introducción

El desarrollo de la experiencia de campo en Apex-Cerro, en el subprograma “Aprendizaje y Conducta en Niños Escolares” durante los años 1993 al 96, permitió, entre otros, la elaboración de este trabajo. Por esto deseo iniciarlo con el reconocimiento explícito a aquellos con quienes ¡compartimos una tarea apasionante y enriquecedora, cuyo desafío fue posible llevar adelante gracias al compromiso sostenido, inteligente y esforzado de todo el equipo. Logramos, a partir de la tarea compartida, crear un conocimiento básico de hipótesis compartidas, formularnos objetivos comunes, mantener una reflexión periódica, sostener en condiciones difíciles la presencia en las escuelas para trabajar con las maestras |a compleja problemática de los niños escolares en situación de pobreza. La solidaridad del grupo habilitó la construcción de vínculos profundos y duraderos en el equipo, conformado por las Maestras Directoras Sonia Viera y Mirtha Pertz, Maestra Coordinadora Rosario Iurrimendi, Maestras Nilda Barcos, Miriam Magallanes, Marta Fernández, Lucy Litvinenko y Nelson Fernández; los docentes universitarios Prof. Adj. Lic. Susana Martínez, Psicomotricista Carmen Cal, Fonoaudióloga Rosario Gutiérrez y sus estudiantes; mis colegas Dras. Irene Porteiro, Nora Rodríguez y Sara Sadovnik. A ellos, y al Prof. Dr. Pablo Carlevaro, gestor y Director del Proyecto APEX, mi gratitud y reconocimiento.

1. Trabajo presentado en la 8 IPA Research Conference en London University College, Londres, marzo 1998. Agradezco la discusión del trabajo a Daniel Widlöcher.

* Miembro Titular de Asociación Psicoanalítica del Uruguay
J. Núñez 2946. CP 11.300. E-mail: maren@chasque.apc.org

II. Antecedentes

Muchos abordajes sobre “la violencia” en el campo de la salud mental, la psiquiatría y el psicoanálisis lo hacen tomando el **síntoma Trastornos de Conducta** y en particular las expresiones conductuales de **agresividad** como equivalentes de “la violencia” en el ámbito educativo, centrando en esa operación la problemática **en el sujeto**, niño o adolescente, en su psicopatología incluyéndolo en una categoría clasificatoria, (por ej. ciertos usos del DSM TV), agregando, para ser coherentes con la multifactoriedad, “factores” familiares, sociales, culturales. Este procedimiento que pretende tomar en cuenta diferentes ejes del problema puede llegar a concluir que la violencia es mayor en los individuos pertenecientes a los sectores “bajos” pobres de la sociedad, tomando estos resultados por una verdad a secas, un hecho (a fact).² (Por ejemplo. “...los adolescentes, de sectores pobres, marginales”. “...es de tal barrio”, son una nominación, funcionan como un carnet de identidad, una identificación).

También los psicoanalistas que pretenden desentrañar los misterios del psiquismo singular, con su objeto y modos específicos de reconocerlo, pueden, a pesar de teorizar la falta como central en la estructuración psíquica, tomar sus hallazgos por verdades totalizantes, dejando a la disciplina encerrada en sí misma, obturando y desmintiendo los vacíos y las incertidumbres de su práctica y de su teoría.

El camino metodológico frente a un problema complejo como es la conducta humana, un síntoma, por ejemplo, es partir del reconocimiento de la carencia de respuestas y la formulación de preguntas desde el propio campo, y a partir de ahí arriesgar la apertura y el diálogo con otras disciplinas.³

Insistamos, **el abordaje desde una disciplina no logra sortear el desafío que significa acercarse, distinguir y reunir, re-ligar y contextualizar problemas complejos como es la violencia en sus diferentes manifestaciones.** Pensando desde una sola disciplina sólo logramos fragmentar y reducir el conocimiento, y crear zonas de exclusión y de poder. Lograr abrir las fronteras de nuestra disciplina al entrecruzamiento con otros saberes es tal vez la tarea más difícil y apasionante de esta época de globalización y a la vez de fragmentación y especialización. Y en cuanto a saberes me

2. D. Widlöcher, “Un cas n’est pas un fait” in *l’inactuel, Intérêts de la psychanalyse*, n° 3, p. 87-103 (1995).

3. E. Morin, “Problemática de la Complejidad”, notas personales de la Conferencia del Paraninfo de la Universidad de la República, 23 Abril 1998, Montevideo.

refiero no solo al equipo interdisciplinario, sino al diálogo con disciplinas en los márgenes de la nuestra, como la historia, la sociología, la filosofía política entre otras.

Estas cuestiones, se presentaron de modo confuso y hasta violento, en forma de conflictos y polémicas insolubles para elegir “el mejor abordaje”, cuando en el año 93 se nos solicitó desde la Facultad de Medicina “atender” el problema prioritario de salud en el Cerro, área de pobreza, marginalidad y violencia de Montevideo: **los trastornos de conducta y el fracaso en el aprendizaje en niños escolares**, alcanzaban desde el **22 al 45% de la población escolar**. Estas cifras nos llevaron a preguntarnos si la escuela pública y la psiquiatría de niños al nombrar y marcar como “fracaso” y patología a los niños con dos años de retardo en la progresión escolar no estaba oficializando la exclusión de los mismos, omitiendo la exploración de sus propias falencias y manteniendo el desconocimiento de esos niños y su entorno.

Estas prácticas de lenguaje y categorización, en las que fácilmente podemos deslizarnos, parecen corresponder a una sociedad que actualmente funciona como un montaje perverso, y que se denomina democrática, pero mantiene en su seno grandes espacios de ejercicio de violencia hacia otros humanos, donde proliferan procedimientos antidemocráticos, exclusiones, cercamientos, ausencia de respeto a los derechos humanos fundamentales. “El montaje perverso captura a los sujetos en su trama, sin dejar posibilidad alguna de cambiar de lugar, salvo el reproducir su propio orden de goce” escribe Jurandir Freire-Costa.⁴ Este montaje “priva al sujeto de enunciados propios sin los cuales no puede tener una imagen del propio cuerpo ni del yo” constituyéndose en objeto del goce sádico tanto del discurso como de la mirada de aquel que detenta el poder. Además de los ejemplos de racismo que señala este autor, podemos pensar que el mismo fenómeno ocurre con la nominación que excluye y separa grupos o categorías, tales como “niño en fracaso escolar, menor infractor, delincuente juvenil, niño de la calle”, etc.

H. Arendt analiza la ideología que coloca como un hecho, como dato inmediato de los sentidos o de la conciencia, la supuesta realidad de la división “natural” de los seres humanos, en pobres y ricos, en negros y blancos, en más o menos inteligentes, reprimiendo o desmintiendo el lugar de los intereses históricos y económicos en juego. Así el racismo, la segregación del pobre, del menor infractor, hace creer que la imagen

4. J. Freire-Costa, “Du désarroi narcissique au désespoir. Incidences de la désagrégation sociale sur l'économiepsychique” in *Psychanalyses, Violence et subjectivation*, n° 45, p. 219-226, (1992).

del cuerpo o la conducta, marcados por las huellas de su sistema clasificador está fundado por la percepción de una diferencia natural, “inocente de todo deseo”.⁵ Pero sabemos que no hay percepción pre-semiótica. Toda familia natural de objetos que se ordenan según grupos discretos en el espacio perceptivo, es **culturalmente arbitraria**. Sabemos también que la adjudicación de un valor menor a otro ser humano o a un grupo de ellos constituye uno de los gérmenes de la ideología nacional-socialista, ideología de exclusión y supresión del otro diferente. (Herman Langbein, Coloquio “Campo de concentración y normalidad”, Dachau, 1995). (Es en este sentido que vemos la violencia de la clasificación, de la nominación de la pobreza, omitiendo la desigualdad y las carencias sociales y económicas).

Desde estas advertencias generales que nos hacíamos a nosotros mismos en el año 93, pensamos que **la tarea principal era acercarnos a conocer a ese niño real que era presentado en “fracaso”** y con problemas de conducta. Haciendo uso de la memoria de nuestra filiación tomamos como modelo la formación interdisciplinaria con los Profesores Dres. Mendilaharsu, ambos Neurólogos, Afasiólogos y Psicoanalistas, y logramos conformar un equipo de trabajo con los maestros de la zona, condecentes y alumnos universitarios para desarrollar, desde 1994 al 96, un **Proyecto de Investigación-Acción con el objetivo de reconocer desde distintas miradas quién es, cómo piensa, siente, juega y sufre ese niño que no aprende, que es inquieto, no respeta reglas ni reconoce límites, y que vive y va a la escuela en ese barrio de Montevideo**.

El alto índice de repetición y de fracaso escolar, y su prevalencia en las clases trabajadoras son hoy uno de los problemas mayores de la infancia en Uruguay. Este constituye un desafío para la implementación de políticas sociales, educativas y de salud que pretenden disminuir la brecha de la desigualdad social, económica y cultural, sin modificarlas políticas neoliberales en boga. Nos preguntamos: 1º, si se logrará una voluntad política decidida hacia la inversión en políticas sociales, y 2º si esta lograrán mejorar radicalmente la situación actual sin una modificación de la política económica, política que conlleva también un cambio en las mentalidades deslizándonos de la producción de personas ciudadanos, sujetos de derecho, hacia la figura del consumidor,

5. Op. cit.

que no ocupa un espacio político, (conceptos de H. Arendt y del historiador argentino I. Lewkowicz).⁶

En 1989 el análisis estadístico de una amplia muestra de población pone en evidencia que el 23% de todas las familias están bajo la línea de pobreza, y que alrededor del 41% de los niños uruguayos, nacen y crecen en la pobreza. En 1996 un análisis cualitativo de esta muestra hace surgir un perfil de crianza que representa potencialmente un riesgo de falla en el desarrollo del niño: madre deprimida (padre ausente), familia sin soporte interno y/o violencia doméstica, y soporte social inefectivo. **Esta situación opera como un mundo desbordante, acumulando experiencias traumáticas en el niño y su entorno.**⁷

Estos datos nos permitieron manejar hipótesis acerca de los factores que inciden en el desarrollo del niño previo al ingreso escolar y que determinarían las dificultades de aprendizaje y conducta.

III. Desarrollo de la Investigación-Acción

Para esta presentación tomaremos solo dos puntos del amplio proyecto, centrándonos en las manifestaciones de la violencia traumática de la pobreza.

6. I. Lewkowicz y D. Busola, "Historia sin memoria o las nuevas funciones del discurso histórico" in *Lo interdisciplinario: Memoria, historia, narrativa*, V Coloquio Interinstitucional de la Asociación Argentina de Epistemología del Psicoanálisis, Buenos Aires (1997).

7. En 1989 se publica en Uruguay la investigación pionera "*Creciendo en condiciones de riesgo. Niños pobres del Uruguay*", realizada por Juan Pablo Terra y colaboradores (UNICEF-CLAEH). Del análisis de una muestra de 858 familias y 1.224 niños de menos de 5 años de edad, se concluye que las familias situadas bajo la línea de pobreza representan un 23% del total, y que aproximadamente 41% de los niños uruguayos nacen y se crían en situación de pobreza.

En 1993 disponíamos de algunos resultados del estudio pormenorizado de esta muestra, realizado por el Grupo Interdisciplinario de Estudios Psicosociales (G.I.E.P.) dirigido por nuestro colega, Prof. Dr. Ricardo Bernardi. El estudio auspiciado por UNICEF, tenía como objetivo "comprender mejor la naturaleza del daño causado por la pobreza en nuestra niñez, en la evaluación del desarrollo psicomotor, los trastornos emocionales y del comportamiento" y "mejorar el conocimiento de los factores de riesgo". Estos autores, Bernardi R., Schwartzmann L. y cols, en su estudio "*Cuidando el potencial del futuro. El desarrollo de niños preescolares en familias pobres del Uruguay*", (Departamento de Psicología Médica, Facultad de Medicina, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1996) construyen un perfil de crianza que potencia el riesgo de fracaso en el desarrollo del niño: madre deprimida, familia sin sostén interior y/o violencia doméstica y soporte social inoperante.

1º Análisis de la demanda

En una primera etapa, el equipo universitario trabajó en Talleres conjuntos con un amplio **grupo de maestros** de la zona del Cerro evaluando la conjunción de factores que llevan a un **profundo malestar en los actores naturales de la escuela**. Entre ellos:

Los niños, según la visión de padres y maestros, en alto porcentaje no alcanzan un compromiso exitoso y placentero con la propuesta escolar. A pesar de impresionar como niños inteligentes y deseosos de concurrir a la escuela, no aprenden, no respetan reglas, se pelean violentamente, o permanecen aislados, retraídos.

Los maestros, presentaban frecuentes interrupciones del trabajo por enfermedades diversas y banales, en particular los maestros más jóvenes, llegando en algunos casos al “burnout”⁸ del equipo. Se expresó un profundo sentimiento de frustración, de impotencia, rabia y desborde ante la dificultad o imposibilidad de cumplir en forma eficiente su rol de enseñante con los niños. Se quejaron de bajos salarios, de las malas condiciones del local, poca formación y falta de herramientas teórico-técnicas para trabajar con las dificultades de aprendizaje y para manejar la violencia y los límites en la escuela, de falta de apoyo técnico en salud mental y trabajo social, de falta de tiempo de reflexión para programar cambios pedagógicos, para pensar y estudiar, falta de interlocutores, etc. Las quejas por importantes carencias vividas muy intensamente por los maestros, nos llevó a ratificarla necesidad de un trabajo conjunto, y a delimitar muy claramente con ellos los objetivos, el alcance y los límites de la investigación-acción. La observación de nuestro equipo en la escuela, nos confirmó la dificultad relacional cotidiana en la confrontación entre maestros y niños. El malestar de los maestros, con frecuencia descargado a los niños a través de gritos y verbalizaciones violentas, incrementaba el desborde y las peleas, volviendo imposible la contención, haciendo fracasar la figura de autoridad.

Nuestra impresión era que la escuela estaba mimetizada (¿identificada?) con el barrio, funcionando como las familias pobres, de modo descontrolado, violento, autoritario e incoherente. A esto se agregaba el desánimo, el retiro de algunos maestros del compromiso afectivo con la tarea y con los niños, y el sentimiento de impotencia ante la repetición de estas situaciones. Los talleres permitieron trabajar en parte el

8. Cherniss, C: “Staff burnout: Job stress in the human services”. Sage Publications Inc., Beverly Hills, 1980.

malestar, y producir relatos desde posiciones diferentes, apareciendo una gama de posibilidades de acción.

Las familias, participan muy poco en las actividades de la escuela, desconfiando del rol de la educación formal, culpando a la escuela del fracaso de los hijos. Se logró realizar algunos talleres con madres, quienes expresaron su preocupación por la violencia en el seno de la escuela, por las múltiples carencias socioeconómicas así como la desconfianza, aislamiento e inseguridad en que vivían (robos, violencia). Las madres (y algunos padres y abuelas) que participaron fueron aquellos más presentes en las actividades de la escuela, comprometidas con la educación de sus hijos.

A través de este breve análisis aparecen los actores atrapados en el contexto más amplio de la pobreza, marcando las relaciones de la vida cotidiana con vivencias amenazantes intolerables, de inseguridad, desconfianza, y carencias múltiples.

2° Estudio descriptivo de 38 niños de primer año de la Escuela Pública B. de un área de requerimientos prioritarios, Cerro

El objetivo principal fue **crear conocimientos acerca del niño real y su entorno**, en el momento de su ingreso escolar.

Para este trabajo se conformó un equipo formado por maestros de la escuela y especializados, docentes universitarios (y estudiantes) psiquiatras de niños y adolescentes, psicoanalista, psicólogo clínico, fonoaudiólogo, psicomotricista, que trabajó dos años en la escuela. El estudio fue completado con un examen pediátrico y nutricional de los niños.

El equipo interdisciplinario configuró una metodología e instrumentos para evaluar diferentes aspectos: neuropsicológica, emocional, psicopatológica, familiar, pautas de crianza, socioeconómicas y culturales.

Desde una perspectiva psicoanalítica realizamos entrevistas de juego individuales que nos permitieron disponer de un material vivido del funcionamiento y de los contenidos mentales de los niños, y permitió visualizar detrás de las conductas manifiestas cómo usan su mente y cuáles son sus intereses principales.⁹

9. P. Kernberg y E. Brenner, "*Project Small House*", New York Hospital, Cornell Medical Center, New York, 1998. (Manuscrito recibido de la Dra. Kernberg)

La evaluación neuropsicológica de los 38 niños muestra los siguientes resultados:

El Diagnóstico Psicológico,¹⁰ incluyó el diagnóstico de inteligencia por el test de WISC. De acuerdo al coeficiente intelectual (CI) total, 42,1% de los niños se colocan debajo del nivel normal. La comparación entre los cocientes de inteligencia verbal y ejecutivo muestran que 26,3% de los niños **presentan un rendimiento heterogéneo**, por lo tanto **un funcionamiento disarmónico**. El análisis detallado de los resultados sugiere que tienen una capacidad adecuada de razonamiento (semejanzas, aritmética y capacidad operatoria) pero que esta capacidad no es utilizable debido a fallas a nivel del lenguaje y de las habilidades gnósopráxicas. Las peores performances aparecen en las tareas que requieren competencias verbales (información, comprensión y vocabulario) y ordenamiento secuencial (dígitos y claves), más vulnerables a la incidencia de la fatiga y de las fallas atencionales

En el área **Psicomotriz**¹¹ aparecen esencialmente dos tipos de dificultades: Atencionales (distractibilidad, dificultades en fijar la atención, baja adaptabilidad al cambio de tarea) y Perceptivas (visual, viso-motor, viso-espacial). El 39% de los niños presenta inmadurez y el 10,5% dispraxia constructiva.

Estas observaciones se confirman en los resultados del **Estudio Pedagógico**,¹² aparecen dificultades en la noción de número, orden, series y agrupamientos en matemáticas, así como discriminación de color y forma en los cuerpos geométricos. **La secuencialidad y la temporalidad están alteradas en el 70% de los niños**. En el estudio del manejo de las primeras hipótesis de lecto-escritura la mayoría no había accedido al nivel simbólico.

Los estudios del **Lenguaje**¹³ señalaron baja competencia lingüística. Las dificultades más importantes se encontraron en la estructuración fonológica, en la programación de la palabra. Los trastornos de esta área tienen un impacto significativo en la adquisición de la lecto-escritura. Desde el punto de vista del vocabulario y la morfosintaxis no se encontraron reducciones importantes. Los resultados son significativamente bajos cuando los niños enfrentan una situación de comunicación en una estructura

10. Evaluación realizada por la Prof. Adj., Facultad de Psicología Lic. Susana Martínez, en el marco de su actividad docente.

11. Evaluación realizada por la Docente de Psicomotricidad, Escuela de Tecnología Médica, Facultad de Medicina, Psicomot. Carmen Cal, en el marco de su actividad docente.

12. Evaluación planificada y realizada por las maestras con la participación de las psiquiatras de niños.

13. Evaluación realizada por la Docente de Fonoaudiología, Escuela de Tecnología Médica, Facultad de Medicina, Fonadg. Rosario Gutiérrez, en el marco de su actividad docente.

morfosintáctica y de vocabulario que diferente a las de su contexto lingüístico (es el caso del lenguaje propuesto por los programas escolares).

Cuando estudiamos los **problemas de conducta y agresividad** en la escuela, encontramos que estaban presentes en **sólo 30%** de los niños; entre aquellos con “buena conducta” aparecía una **marcada inhibición**, dificultades en la comunicación verbal y gestual, y no defensa de sus propiedades **en más del 40%** del total de los niños.

En los **resultados** destacamos que un **40% de los niños estudiados presenta dificultades importantes**, en los cuales los rasgos prevalentes configuran claros factores de riesgo, coincidentes con otros estudios de escuelas de áreas carenciadas, entre los que destacamos la baja disponibilidad materna. Se pone en evidencia que la mayoría de estos niños tienen una **capacidad inteligente potencial normal** y que las **mayores dificultades** se sitúan en la **baja competencia lingüística**, la alta frecuencia de **alteraciones en la secuencialidad y la temporalidad**, y más importante que los problemas de conducta y agresividad es la **marcada inhibición presente en casi la mitad de los niños**. Estas características no constituyen una buena base para los procesos de aprendizaje escolar.

El estudio de la historia personal revela que esta dificultad no está ligada a causas pre o perinatales. Las dificultades parecen estar vinculadas principalmente a factores sociales y familiares.¹⁴

14. Las otras actividades del programa permitieron complementar el estudio de evaluación y diagnóstico con acciones tendientes a llevar adelante experiencias en la escuela tendientes a modificar la situación de los niños, y en particular, a crear nuevos conocimientos en el cuerpo docente. Estas actividades comprendieron:

– Desarrollo de algunas actividades compensatorias en la Escuela B.: 1. Talleres de intercambio con maestros y equipo técnico. 2. Trabajo psicomotriz usando los espacios físicos de la escuela, como el patio de recreo, utilizando el juego para revertir la situación de ignorancia de nociones básicas tales como espacio, tiempo, número. 3. Talleres de títeres que motivaron en los niños su creatividad y habilidades, descubriendo a través de la comunicación aspectos afectivos y variadas expresiones emocionales. 4. Granja escolar, nuevo lugar de aprendizaje a través de una “producción” grupal, y relaciones con la economía doméstica. 5. Embellecimiento y cuidado del local. 6. Talleres interactivos de aula. 7. Talleres con padres.

– Desarrollo de herramientas específicas en diagnóstico neuropsicológico y psicosocial para un diagnóstico integral de salud del niño escolar. A partir de los resultados del segundo objetivo, en el tercer año de trabajo se realizó el estudio de una prueba piloto del Carnet de Salud Escolar, con el fin de diseñar un instrumento para el examen integral del niño al ingreso escolar.

– Mejorar el conocimiento y adiestrar a los Maestros y Trabajadores de la Salud, en particular de Salud Mental, acerca del complejo problema de las Dificultades de Aprendizaje y de Conducta en los niños. Desde 1995, a partir de los primeros resultados se ha realizado una actividad sostenida de Talleres de Formación Docente, Seminarios en el ámbito universitario y de enseñanza primaria, intervenciones en actividades científicas, etc. Las autoridades de la Educación Pública han solicitado el apoyo técnico del equipo de investigación. Desde 1996 la Federación Uruguaya de Magisterio,

A pesar del panorama inicial desalentador pensamos que medidas destinadas a mejorar el malestar en la escuela y a conocer mejor las condiciones mentales de los niños de los sectores de pobreza, puede permitir un profundo cambio en la aproximación pedagógica. Podemos así lograr que estos niños participen activamente en su proceso de aprendizaje para intentar revertir muchas o algunas de las dificultades encontradas.

IV. Algunas hipótesis acerca del funcionamiento mental de los escolares en un contexto de pobreza crónica

Considerando la amplitud del tema, trataré de examinar uno de sus ejes; la idea surgió desde la experiencia de campo en la escuela, de observar algunos de estos niños por medio de entrevistas de juego. El objetivo era aprender acerca del uso de representaciones implicando la producción de un relato personal, alentar la narrativa personal del niño, inmerso en una red trans-subjetiva que lo sostiene y lo significa. En la última parte del trabajo comento una entrevista de juego.

Apoyándome en la experiencia clínica psicoanalítica, así como en publicaciones previas, propongo algunas reflexiones sobre las formas de procesamiento psíquico del trauma originado en situación de pobreza.

Podemos partir de la constatación que no hay humanidad sin violencia, y esto concierne las **violencias inevitables que marcan al individuo como ser hablante y como sujeto de deseo**. Esta se juega en su sexualización y su humanización a través de su encuentro con el lenguaje, con el sistema de parentesco donde tomará un lugar, con los afectos y representaciones de aquellos con los que establece dependencias, alianzas y oposiciones, con relación a quienes adviene como sujeto. **Se trata de una violencia simbólica**. Podemos distinguir otra forma, **la violencia letal**, con una potencialidad destructiva que amenaza la posibilidad misma de vida psíquica. Ya sean individuales – sexuales y mortíferas–, o colectivas –sociales, políticas y culturales–, ellas operan como

solicita al equipo la organización regular de seminarios y talleres de formación para grupos de 50 maestros. Se ha participado en talleres de formación organizados por el MECAEP-FAS.

– Dar a conocer los resultados de la investigación alas autoridades de la Educación Nacional, y promover una amplia discusión del tema. En 1996 las autoridades de Educación organizaron un primer encuentro con los directores de las escuelas en zonas de requerimientos prioritarios. Actualmente varios integrantes del equipo hemos sido llamados para la asesoría de aspectos específicos de la reforma de la enseñanza primaria, en particular la propuesta pedagógica para las Escuelas a Tiempo Completo, destinadas a las zonas de mayor pobreza.

circunstancias no elaborables y constituyen siempre para los protagonistas traumatismos psíquicos de efectos perdurables. Estas violencias, el incesto, el crimen, el terror y las masacres políticas e ideológicas, **la aculturación, la pobreza crónica y su correlato de marginación, desamparo y exclusión,** atentan contra el cuerpo y la subjetividad, trastocan los valores, alteran profundamente la transmisión de los mitos y las prohibiciones, invierten la relación a los orígenes, desordenan, mezclan, confunden el orden de las generaciones y coagulan la posibilidad de elaboración de la experiencia íntima en una suerte de objetivación no-pensable.¹⁵

Son traumatismos que ponen en jaque la capacidad de memorizar, de imaginar y de simbolizar, medios por los cuales cada uno negocia su pertenencia a la sociedad y su devenir singular. Concebido el traumatismo como efracción extensa de los límites del yo, como amenaza a la integridad del sujeto, lo coloca “más allá del principio del placer”, en el fracaso de los mecanismos de ligazón del yo, y ante la obligación de recurrir a otras formas de ligazón, que incorporan la excitación al deseo inconsciente y a la disposición fantasmática inconsciente, dejando al yo sometido a la compulsión a la repetición, y amputando el trabajo de representación del preconscious.¹⁶

Me interesa destacar la **figura traumática** sugerida ya por Freud en 1882,¹⁷ cuando a propósito del retorno de la vivencia causante del estallido histérico, agrega: “por regla general, el gran trauma único es sustituido aquí por **una serie de traumas más pequeños que forman un todo coherente por su semejanza o por ser piezas de una historia de padecimientos.**” Más allá de los momentos formadores del paradigma de la neurosis-trauma precoz-defensa-latencia-estallido del síntoma-retorno parcial de lo reprimido, la repetición cotidiana, y sostenida de ese trauma del primer tiempo, deja de ser experiencia inaugural que abre a una resignificación posible, para transformarse en huella que insiste ante cada nuevo traumatismo para consolidarse en un daño precoz del yo, en heridas narcisistas. Esta acumulación de traumatismos parciales, para Masud Khan¹⁸ se inscribiría por vínculos de parecidos “simbólicos” o de “contigüidad”.

Esta perspectiva no implica necesariamente acontecimientos materiales de gran violencia, sino acontecimientos que adquieren un valor traumático interno al ser vividos

15. M. Ulriksen-Viñar, “La transmission de l’horreur” in *Violence d’État et psychanalyse*, J. Puget, R. Kaes et als., Dunod, 1989, París.

16. M. y M. Viñar, “Fracturas de memoria”, Trilce, 1993, Montevideo.

17. S. Freud, “On the theory of hysterical attacks” in *Sketches for the ‘Preliminary Communication’ of 1893, (1940-41) [1982] SE, 1, P. 154.*

18. M. Khan, “Le concept de traumatisme cumulatif” in *Le sol caché*. Gallimard, París, 1974.

y acogidos como agujeros o como fenómenos disruptivos en una historia marcada desde el inicio por la acumulación de fallas en el apuntalamiento de la experiencia de desamparo. Esta suerte **de inercia psíquica del conjunto niño-entorno**, expresado en los defectos de contención y de elaboración psíquica (fallas por ejemplo en la función de revivir de la madre), adquiere un valor traumático, incrementando el desamparo y las vivencias de muerte y desintegración. En situaciones de pobreza con gran frecuencia existen en la madre falencias en sus capacidades de crianza, vinculadas a la depresión, a la sobrecarga en sus tareas, a la necesidad de vivir y resolver cada día la supervivencia, etc. Son formas de trastorno y sufrimiento del vínculo con el niño, siendo el afecto violento o la angustia de desmoronamiento de la madre evacuados a través de la proyección en el niño.

Estas distorsiones alteran el despliegue de **“la locura materna”**, como aspecto normal humano de la función materna, tal como lo describe André Green,¹⁹ obstruyendo el establecimiento de una dependencia de confianza con la madre, indispensable para la construcción de la subjetividad. Fracasa la apertura, el desplazamiento y la sustitución pulsional por el lenguaje o el juego, por lo cual también fracasa la puesta en funcionamiento plena de la capacidad de planear, anticipar o crear una otra perspectiva. Quedan los protagonistas encerrados en un círculo maligno, repetitivo, de inercia y de fallas en el juego intersubjetivo que no permite la tramitación pulsional, ni el advenimiento de la subjetividad. La experiencia traumática no logra ser transformada por la experiencia del sueño ni por el trabajo de simbolización, no siendo posible la creación de un relato para recordar, contar y compartir que de cuenta del sentimiento de sí.

Llegamos aquí al meollo de problemas teóricos de complejo desarrollo, que tienen que ver con los límites del yo, con la diferenciación de los procesos conscientes y los del inconsciente, con la construcción del deseo, con los destinos de las pulsiones y el lugar del otro fundante del psiquismo. Lugar del otro mítico, pero también, y de modo determinante **el otro de los padres reales, y el otro social que los determina**.

Aunque cronológicamente partamos del hecho de la realidad traumática externa, con su cualidad disruptiva y desorganizante del psiquismo, que marca un destino, es fundamentalmente la manera cómo estos eventos violentos, traumáticos, serán transformados e incorporados en los procesos inconscientes, en diferentes niveles de las

estructuraciones fundamentales inconscientes, por ejemplo el complejo de Edipo, **lo que determinará una tendencia, un modo de interpretación, una intencionalidad en la lectura de los sucesivos encuentros con el entorno, armándose una direccionalidad en la estructuración subjetiva y en sus expresiones conductuales.**

A veces el trauma abre un intenso proceso fantasmático. Otras, la experiencia límite de ruptura interna, por falla del soporte del entorno, de la contención y la confianza, constituyen una experiencia catastrófica que moviliza mecanismos mayores de defensa, el retraimiento de la realidad conflictiva vivida como amenazante, la parálisis psíquica y la incapacidad o dificultad en el examen de la realidad (del mundo interno y externo).²⁰

En los ejemplos singulares queda abierta la difícil pregunta de **las relaciones entre la historia individual y la historia colectiva, y la marca en el sujeto singular del trauma, del exceso o de las carencias, mostrándose en una heterogeneidad de expresiones psíquicas y corporales.**

V. La entrevista de juego

La entrevista de juego, instrumento privilegiado del psicoanálisis de niños, resulta también de gran interés como instrumento exploratorio de la actividad mental del niño fuera del contexto clásico de la cura. Como me señaló Widlöcher en su comentario en Londres, el mayor interés técnico de la metodología radica en el uso a través de la entrevista de “dos modos diferentes de contacto relacional” con el niño, estimulando al mismo tiempo dos tipos de funcionamiento mental. Uno, la actividad de juego que permite el despliegue de la creatividad, la fantasía y la regresión formal, la otra, el diálogo verbal con el adulto requiriendo sentido de realidad, ajuste al punto de vista del otro, y capacidades narrativas. El manejo de estos dos niveles de funcionamiento facilitaría la comunicación interpersonal.

A su vez estos dos niveles se intrincan y no desconocemos que la regresión formal que promueve el encuadre de la entrevista puede producir efectos regresivos y tal vez desorganizantes en el relato (narrativas).

19. A. Green, “Destins et passions” in *La folie privée*; p. 182, Gallimard, París, 1990.

20. M. Ulriksen de Viñar. “Children affected by organized violence in South America” in *Children, War and Permission*. (Proceedings of the Congress Hamburg, 1993), p. 134-142, Sdfung für Kinder, Onnasbrück 1995.

Los niños concurren a la entrevista con interés, deseando comunicarse con nosotros, participando con fuerte compromiso emocional. Nos llamaron la atención algunas formas de comunicación, y contenidos, que se repetían más allá de la constelación de personalidad del niño, poniendo en evidencia la baja competencia lingüística, el uso preferencial del lenguaje de acción y las dificultades en la temporalización y secuencialización, es **decir las dificultades en la construcción de las categorías de tiempo, espacio y causalidad**. Estos están a nuestro entender, fuertemente vinculados a las distorsiones del funcionamiento interno familiar y a las dificultades de elaboración psíquica, por el niño y su familia, de las condiciones de violencia, desamparo y carencia.

¿Qué observamos?

1° Por medio del **lenguaje** los niños dan cuenta de una serie de acciones concretas muy vividas, donde los vínculos lógicos se encuentran alterados, omitiendo las referencias de espacio y de tiempo, mezclando episodios de diferentes contextos. Cuando tratamos de esclarecer estas situaciones y preguntamos, con frecuencia se muestran perturbados y contestan “no sé” o “mi mamá sabe”. El interlocutor no logra formarse una idea clara acerca de lo que el niño está relatando, **falla el diálogo, falla el espacio intermediario entre el niño y el otro**. Es sorprendente constatar que cuando me habla, el niño parece no darse cuenta que yo soy otro, con una mente y un cuerpo diferentes, y que no estaba ahí cuando la acción ocurrió. Es como si una operación de inclusión del interlocutor en la mente del niño estuviera funcionando. Podríamos postular que en estos niños existe una falla de la teoría de la mente no logrando tomar en consideración lo que el otro tiene en la mente (Peter Fonagy).

En esta situación nos sentimos empujados a hacer un trabajo de “llenado” tratando de establecer conexiones con el fin de crear una situación de diálogo, intentando compensar y superar la **falta de contextualización**.

Por otro lado se muestran muy agudos, muy sensibles para **percibir algunos estados emocionales del adulto**, especialmente el malestar, el enojo, el aburrimiento o la falta de interés, en cuyo caso se retraen o muestran un cambio en su conducta. Widlöcher destacó también la aguda y fina percepción, la receptividad a los estados emocionales del interlocutor, contrastando con la dificultad para representar lo que el interlocutor

conoce de su experiencia subjetiva. Esta disociación, así como otras que observamos, en las representaciones por ejemplo, parecen mostrar efectos de clivajes en distintos planos del funcionamiento mental.

Mayores dificultades en la comunicación verbal aparecen cuando el niño presenta fallas en la adquisición del lenguaje, mediador del diálogo interactivo.

2° Nos sorprendemos encontrando una coincidencia entre el tipo de descripción de “factores de riesgo” hecha por los epidemiólogos, y los principales contenidos que constituyen el **núcleo de los relatos de los niños**, por lo tanto contenidos de sus intereses personales. Algunos refieren a lo que podemos observar en todos los niños: conflictos, peleas, problemas de límites, preocupaciones por su lugar entre los pares, etc., pero más allá, todos los relatos hacen referencia continua al comer y a los alimentos, al dinero, a lo que pueden o no pueden comprar; a las enfermedades, la muerte, la violencia entre los personajes, la violación de los límites.

Entre los niños que presentaron mayores problemas en el aprendizaje y bajos resultados en el estudio de la inteligencia y la psicomotricidad, algunos que mostraron una rica fantasmática, luego de estar inmersos en el juego cambiaban bruscamente sus contenidos instalando un juego de acción con representaciones de situaciones sociales transgresoras: robos, confrontaciones violentas, maltratos, asesinato y abuso sexual. Los ataques eran dirigidos con escasa discriminación tanto hacia sus compañeros como hacia aquellos “con mucho dinero” (la palabra “millonario” aparece muy frecuentemente). Los conflictos nunca terminaban, no había final y ninguna negociación parecía posible.

3° Observamos que la mayoría de los niños tienen conocimientos acerca de los principios éticos y morales y las reglas que organizan la sociedad; en su juego ellos dan cuenta de familias organizadas y felices donde el rol de cada uno es claro, y la prohibición del incesto y del maltrato funciona. Pero esta situación de juego no dura, como si fuera vulnerable e inestable; un cambio brusco en todo el clima de la entrevista se produce y el estado mental organizado y placentero es roto por la irrupción de contenidos violentos y excitantes. Entonces otra “escena” ocupa el lugar principal en el juego, el niño está profundamente comprometido en el relato-juego de episodios de tono

dramático, muy violentos y crudos; se desmoronan los valores y la estructura edípica, se confunden las generaciones, se desdibuja la filiación; estos relatos muy vividos culminan en un fin catastrófico, de muerte, enfermedad, prisión, golpes, insultos, abandono, etc.

Estas **dos escenas** mentales, dos escenarios y dos guiones, la representación de una familia “normal” y una representación más realística de la experiencia personal caótica del niño, **funcionan de un modo disociado, clivado**, sin entrar en conflicto, como si existieran dos tipos de inscripción y dos formas de memoria diferentes y separadas. La paradoja se expresa sin contradicción.

4° En algunos niños de 8 años que cursan tercer grado, con buena adaptación y buen rendimiento, notamos dificultades para elaborar situaciones traumáticas corrientes (“banales”): pérdida de pertenencias, robo o rotura de pequeños objetos como útiles escolares, broche del pelo, cintila, pulsera tejida, etc. El conflicto ocurrido en el ámbito escolar, que la maestra no logra resolver o darle recepción (probablemente por su carácter de detalle, nimio para ella), es relatado con angustia y rabia, como queja reivindicativa que le da un carácter de acontecimiento traumático actual aunque halla ocurrido un año atrás. Las experiencias traumáticas previas acumuladas no resignificadas impregnan cada nuevo traumatismo con el peso de una reminiscencia traumática que obtura el espacio para la construcción de otras memorias, memorias del aprendizaje escolar, por ejemplo. La angustia está centrada en la imposibilidad de elaborar la pérdida.

Fragmentos de una Entrevista de Juego

María que en algunas semanas cumplirá 8 años, presenta un desarrollo normal, esta iniciando su tercer año de escuela, se adapta bien y su rendimiento en años anteriores ha sido bueno. La evaluación psicológica muestra una inteligencia normal y armónica.

Esta primera entrevista se desarrolla en una salita de la escuela, como observadoras están presentes dos posgrados de Psiquiatría de Niños que conocen a los niños ya que concurren regularmente a diferentes actividades del programa. Utilizamos la caja de juego de Esther Bick y material de dibujo.

María es tranquila, agradable. Acepta de buena gana la propuesta de la entrevista de juego.

Toma algunos juguetes, y los dispone en fila, nombrándolos. *Un caballito, un auto, una mujer, un niño. No entra el hombre* (al tratar de subirlo al caballo).

Arma una puerta grande con cilindros, se le cae, vuelve a armar.

Una puerta como la que hay en la Ciudad Vieja... Fuimos dos veces. En primero y segundo, para ver el teatro y una torre.

Arma una torre al lado de la puerta. Recuerda que fueron dos veces al teatro, y al zoológico.

A – ¿Ah, sí?

Unos hombres que revoleaban trapos rojos y azules y cambiaban de colores.

A – ¿Cómo magos?

(Evidentemente trato de suplir con mis intervenciones la falta de contextualización en sus enunciados, y pienso que me está hablando del teatro. En toda la entrevista hago un trabajo “supletorio”, para poder ubicarme en una posición de diálogo con ella. Me llama también la atención que en este modo de dirigirse a mí, no reconoce que yo soy otro, que no estaba con ella en sus visitas al teatro y al zoológico).

Sí... y en la segunda parte trajeron un baúl grandote. Al hombre los pusieron atrás del escenario y después apareció en el baúl. Pero un compañero Jonny se escapó de la maestra al baño y dijo que era mentira. Anda sin permiso, se quedó sin recreo... y después pasó una brujita en una escoba y dijo ¡todo es verdad! Los de segundo agarraron a la brujita y la rompieron toda.

A – Y tú ¿qué piensas de eso?

Que todo era verdad y después aparece una imagen grandota que hacían una obra de un gaucho... Y ese día nosotros, ese día, habíamos traído plata para cuando saliéramos del coso, y nos alcanzó para comer un pancho cada uno y una Coca pudimos compartir con todos.

A – ¿Y tú vas al teatro?

Capaz este año voy con mi familia. No he ido. No hay suficiente plata porque somos ocho.

A – ¿Y a pasear?

Salimos a pasear a una playita, hay un teatro, la entrada sale barata, dos pesos, era un carnaval.

A – ¿Ese teatro era una murga?

Sí, me gusto un señor que decía cualquier palabrota, le decía ¿tenés pelito? no, no, nada!!

A – ¿Cómo es eso? cuéntame. No sé.

Construye con maderas otros “edificios”. Entre tanto me va diciendo: Tenemos dos bebes en la casa, de un año y medio y cinco meses. (Agrega) Los niños de cuatro a cinco años no pagaban.

(Nuevamente ella omite el contexto y no sigue una secuencia temporal realista en su discurso. Infiero que se trata del pago de la entrada al carnaval).

Le pregunto por sus hermanos.

Mi hermano Miguel de once años está en la escuela.

La mayor es mi hermana de trece años, se crió con mi abuela, está en Artigas. Viene todos los meses, ella es enferma, no puede comer ni fideos ni pan, nada... nada con harina.

Arma una fila: auto, papá, mamá.

Y cuando fuimos al teatro vimos los huesitos de Artigas. Nos mostraron pero no dejaron agarrar, había policía.

A – ¿Y te gustaron estos paseos?

A lo primero era muy aburrido, siempre nos mostraban las maestras lo mismo, lo mismo... las puertas de la Ciudad Vieja, nos quedamos como dos horas.

A – ¿Y por qué?

Porque a ella le gusta (a la maestra)

A – ¿Cómo?

Lo que a ellas le gusta lo muestran. Y había un edificio bien grandote de vidrios de colores.

(Me cuenta todo esto con fastidio y desgano como si el paseo la hubiera cansado mucho.)

A – Y ¿cómo fueron, en ómnibus?

Íbamos a pata. El primero lo perdimos, porque los gurises de mi clase estaban de relajo... y todavía que se ponían de empujones y uno lo tiro para la calle, y casi lo pisa un auto.

(Recuerdo que ella se ha quejado a una colega que le pegan en la escuela).

A – Y ¿cómo andan las cosas en la escuela?

Mi papá me esta mirando del cuartel. Las maestras no los cuidan. Algunos niños se escapan. Si me escapo me va a matar a palos.

A. ¿Cómo si te escapas?

Y me pierdo y ellos no me encuentran más. Las mamas después culpan a las maestras porque los niños se escapan. A. Y ¿tienen la culpa las maestras? No, los niños porque se escapan.

(Escaparse y perderse, están usados como sinónimos, no distinguiendo las posiciones activa y pasiva. Hace depender del cuidado de las maestras el control que ella no puede sostener).

A. Y a ti ¿te lastimaron alguna vez?

El año pasado me tiraron un cascote a la rodilla, de dos niños que se estaban pegando. Atrás de la escuela

A. ¿Atrás?

Que es adentro, se pegan. Cuando la Directora lo ve lo suspende –yo no voy, juego acá (señala hacia el patio de entrada). Las maestras dijeron que no vayamos porque te pegan. Capaz cuando estemos en sexto podemos ir.

(Adentro, en el patio de la escuela hay lugares seguros, en el frente, y otros no, atrás, donde quedan sin ser vistos por las maestras durante el recreo).

A – Cuéntame algo más de esos paseos que hiciste con la escuela. ¿Te gustaron?

También me gustó cuando fui al zoológico en primero, en segundo fui otra vez, pero no me gusta porque una compañera mía me cinchó la colita y la tiro a la jirafa; era el último colero que tenía.

La maestra dijo: deja! Deja! que mañana traes otro. Pero ella no lo compra. Me decía que no me preocupara. Yo quería sacarlo por la reja –pero la maestra no me dejó...

Esa colita costaba 5.50. Mi madre se enojó con la maestra porque decía que yo viniera con otra colita.

A – ¿Así es que tu madre no está siempre de acuerdo con la maestra?

Algunas veces me decía que la maestra tiene razón, a veces no.

A – ¿Cómo es eso?

Que no le haga caso a lo que se me pierde porque después se arma lío en la escuela. Porque yo le dije a mi compañera que me traiga la plata, sino se la voy a pedir a su casa... Nunca me la trajo... Después no le di importancia

Me cuenta todo esto en un tono emotivo intenso, reivindicativo, para ella era muy importante recuperar la colita, tolerando muy mal su pérdida. Este episodio que ocurrió hace dos años, es contado como una actualidad traumática.

No trae como recuerdos del paseo al zoológico lo que pudo ser una experiencia agradable y formadora de nuevos conocimientos, sino que por el contrario se muestra adherida a un momento traumático de sustracción y pérdida, destacando con rabia que la maestra no la escuchó. Un episodio traumático cotidiano, que podemos considerar menor, se configura como principal recuerdo, indicando que es a partir de una intencionalidad marcada por las experiencias traumáticas previas acumuladas, que se construye una forma de interpretación y de registro, transformando la propuesta escolar de apertura al mundo en una repetición de su propia historia. El registro de la pérdida y la queja hacia la maestra que no pudo escuchar-contener marca la totalidad de la experiencia de un signo negativo.

A partir de nuestra experiencia pensamos que la entrevista de juego realizada dentro del marco de la observación clínica psicoanalítica, puede ser utilizada como un instrumento de gran valor cualitativo en talleres con maestros, permitiendo a través de la presentación y trabajo con del material de la entrevista, sentir y pensar acerca de los

estados afectivos, cognitivos e imaginarios en la mente de los niños, estados latentes que sustentan las conductas manifiestas.

Resumen

A partir de nuestra experiencia en el proyecto universitario Apex-Cerro de trabajo en la comunidad y la coordinación académica de un equipo multidisciplinario desarrollamos diversas actividades sostenidas teóricamente por nuestra formación y experiencia clínica psicoanalítica.

Durante cuatro años desarrollamos una investigación-acción en los problemas de dificultades de aprendizaje y conducta en niños escolares en la comuna del Cerro, Montevideo. Destacamos entre las actividades realizadas que la utilización por el psicoanalista de la entrevista de juego individual resulta un instrumento privilegiado para la observación y expresión de los contenidos mentales del niño. La entrevista de juego promueve dos formas de contacto relacional y de funcionamiento mental, por un lado, a través del juego crea una situación regresiva que permite la expresión de las fantasías, y por otro, establece un diálogo con el adulto que estimula el ajuste al punto de vista del otro y la simbolización verbal.

Se presentan los resultados globales del estudio descriptivo de una población de primer año escolar de una escuela pública. Estos resultados identifican las dificultades de los niños en la baja competencia lingüística, en las alteraciones en el ordenamiento de la temporalidad y de la secuencialidad, y en los altos índices de inhibición. Muestran globalmente una capacidad de inteligencia potencial normal. Estos resultados aparecen fuertemente vinculados a factores sociales de pobreza y a distorsiones y vulnerabilidad del grupo familiar.

Se plantea que la pobreza crónica constituye un conjunto de acontecimientos traumáticos acumulativos que desbordan la capacidad de elaboración del psiquismo tanto más cuanto el niño y la familia están insertos en una sociedad que lleva a la exclusión y marginación de estos sectores.

A partir de las observaciones se señalan algunos aspectos particulares del funcionamiento y los contenidos mentales de los niños en situación de pobreza crónica.

Summary

In the frame of the university community work project “Apex-Cerro” and our practice in the academic coordination of a multidisciplinary team, we designed several activities with children theoretically supported on previous psychoanalytical training and clinical experience.

During four years we developed a research into the area of learning and conduct troubles in school children living in the commune Cerro, at Montevideo. Among the activities carried on we underline that the employment by the psychoanalyst of the play interview operates as a powerful instrument in the observation of the state of mind of the child. The play interview promotes two ways of relational contact and mental functioning; in one hand the play activity creates a regressive situation which allows phantasy expression, and on the other it establishes a dialogue with the adult that stimulates the adjustment to the other’s point of view and the effort of verbal symbolization.

Global results of a descriptive study of a first year state school population are presented. These results identify the main children’s difficulties such as low linguistic competence, troubles in the order of temporality and in the arrangement of sequence, and high levels of inhibition. They show a normal and global intelligence potential. This results appear to be strongly linked to social factors in poverty and to disturbed and vulnerable family group.

We suggest that chronic poverty enacts accumulative traumatic events which overwhelm the mental capacity of working through, particularly when the child and the family are living in a society that yields exclusion and marginalization of this social group.

Based on these observations we point out some particular lines of mental functioning and psychic contents in children living in a context of chronic poverty.

**Descriptores: VIOLENCIA / NIÑO / INVESTIGACIÓN / ENTORNO /
ENTREVISTA / MATERIAL CLÍNICO**

Encuentro con el Dr. Luis E. Prego Silva¹

Pregunta: Durante el Congreso Internacional de Psiquiatría de Niños y adolescentes y Profesionales Afines que se realizó en Estocolmo, la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Psiquiatría Infantil, Adolescencia y Familia (FLAPIA) organizó un simposio especial en honor del Prof. Prego como homenaje a las décadas de contribución a la psiquiatría de niños y adolescentes en América Latina, y a su historia de liderazgo en la Asociación Internacional de Psiquiatría y Profesionales Afines de Niños y Adolescentes (IACAPAP). El motivo de este encuentro es a raíz de este premio, de este reconocimiento que Ud. ha recibido.

Luis Enrique Prego: Bueno, es como cuando a uno le dan una constancia porque estuvo en un congreso. (Risas) Donald Cohen, presidente de IACAPAP convocó a un grupo de participantes en dicho congreso para una ceremonia que esa Institución realizaría. La ceremonia fue en el Foro Nobel, con intervención de Donald Cohen y de Salvador Celia, asesor de la Presidencia. No supe el significado de esa ceremonia hasta poco tiempo antes. Tampoco la supuse así. Los latinos no estamos acostumbrados en estos países a tales formalidades.

Pregunta: Nosotros nos planteábamos que este reconocimiento le ha venido del lado de la psiquiatría.

Luis Enrique Prego: Yo lo sentí como una gran conquista para América Latina porque se destacó mi función como líder en esta disciplina. Tanto Cherro, como Natalia Trenchi, Vida y Salvador Celia pensaron lo mismo.

Pregunta: Vinculamos esto con el hecho de que Ud. ha introducido el psicoanálisis en la Universidad a través de su actividad en la formación de Psiquiatras de Niños.

1. Entrevista realizada el 26 de setiembre de 1998 por Mireya Frioni de Ortega, Abel Fernández y José Barreiro.

Luis Enrique Prego: Muchas veces se dan coincidencias que adquieren un significado diferente si se conocen los antecedentes. Siendo muy joven, estando aún en Preparatorio de Medicina y al haber descubierto allí a Freud (con *e u*) sentí la fascinación y junto con el propósito de ser médico psiquiatra me imaginé adquiriendo una formación psicoanalítica. Fue entonces que se juntaron ambos intereses.

Cuando comencé mis primeros pasos en psiquiatría infantil, no sabía de lo uno ni de lo otro (ni psicoanálisis ni psiquiatría). De Estados Unidos vine con conocimientos de lo primero, lo segundo comenzó a concretarse a partir del análisis con Agorio, que luego seguí con Madeleine Baranger y finalmente con Garbarino. Mi trabajo en la clínica psiquiátrica del Visca me dio la posibilidad de unir psiquiatría médica (aprendida fundamentalmente con Kanner) con conceptos dinámicos a los que había quedado “prendido” desde mucho tiempo atrás y que se fueron elaborando como consecuencia del psicoanálisis personal y del contacto con pacientes, con colegas y con estudiantes.

El hecho de que la psiquiatría infantil no estuviera reconocida como especialidad por la Facultad de Medicina pero sí admitida y valorada en diferentes ambientes médicos y no médicos contribuyó, probablemente, a que fueran incorporándose a la Clínica del Visca cada vez mayor número de estudiantes de Medicina y de médicos que se interesaban en esa disciplina, así como psicólogos con iguales intereses. El que en la Escuela de Auxiliares de Médico se hubiera creado un curso de formación de psicólogos de niños, propiciado desde la Clínica Psiquiátrica del Visca y con sede allí, aumentó aún más el flujo de psicólogos que entraron a participar en grupos de estudio, en asistencia regularmente supervisada y en terapia analítica de grupo. Muchos de éstos luego ingresaron a la APU y esto dio lugar a un hecho interesante. En un momento nuestra Asociación Psicoanalítica tuvo un altísimo número de analistas de niños, la mayoría de ellos provenientes del Visca.

Pregunta: ¿Cree Ud. que en la APU el psicoanálisis infantil mantuvo la importancia o el lugar, que en aquel momento tuvo?

Luis Enrique Prego: Es una pregunta difícil, porque a mi modo de ver se juegan muchas cosas, que para analizarlas se requeriría mucho más tiempo y un ámbito de reflexión más adecuado que el que ofrece éste, que está destinado a una entrevista circunstancial. No obstante, puedo atreverme a adelantar lo que he pensado desde hace años: existe una convicción de que una cosa es psiquiatría y otra es psicoanálisis y que

ambas constituyen no sólo disciplinas diferentes sino que determinan un modo de pensar distinto.

He oído decir, desde hace muchos años y siempre reiteradamente: *éste no tiene pensamiento analítico, por eso no podrá ser psicoanalista*. ¿Qué será el pensamiento psicoanalítico? ¿de dónde surge el concepto? ¿cuáles son los parámetros desde los que se reconoce su existencia o su no existencia? ¿quiénes son los que seguramente lo tienen para usarlo como recurso para evaluar a otros?

Siempre he temido a todo grupo humano reunido por una convicción tan fuerte que determina la creación de un estado casi agorafóbico por el cual, el que está afuera, si es tomado en cuenta, es objeto de una valoración diferente.

Alguna vez, en broma (y todos sabemos lo que son las bromas) he dicho: los nobles abren los jardines de sus palacios para que el pueblo los visite, pero el pueblo no entra al palacio. Las aperturas de algunos grupos tienen alguna semejanza con aquella conducta “democratizante”. Durante los primeros años del desarrollo de la psiquiatría de niños le dediqué todas mis fuerzas. Lograr su crecimiento, el reconocimiento oficial por la Facultad de Medicina, tuvo el carácter de una pasión que me hizo menospreciar los riesgos a que estábamos expuestos durante la dictadura. Para el primer Congreso de Psiquiatría Infantil, realizado en 1969 (no había todavía una situación de dictadura, pero el clima estaba difícil), no hicimos ninguna comunicación a autoridades del Gobierno ni los invitamos. Solamente estuvieron presentes los Decanos de Medicina, de Humanidades y el Rector de la Universidad... La elección del hotel San Rafael se debió a que era el local con suficientes comodidades y sin conexión con ningún organismo oficial, como hubiera sido el Municipio o el Parque Hotel. Entre los extranjeros presentes estaba Ajuriaguerra, vasco, separatista y antifranquista. Le pusimos la bandera vasca y no la de España porque era la de una dictadura.

Esas “pasiones” quizás hayan perjudicado mi “pensamiento psicoanalítico” o pudieron crear esa imagen.

Pregunta: ¿Y usted permaneció en la frontera?

Luis Enrique Prego: Sinceramente no lo sentí así. Pero sí, siempre me he sentido más cerca de la frontera porque desde allí se respiran más variados aires.

Esos “aires” han ido modelando, dando formas diferentes, a mi modo de pensar y de actuar como psicoanalista.

El tiempo, la vida, la experiencia y Winnicott, a quien leo y estudio con enorme interés pero sin devoción desde hace muchos años, me han llevado a formular la siguiente concepción de la situación analítica. Yo digo: el paciente no tiene por qué bajarse en la estación en que está el analista. Este debe subir al tren en el que aquél viene, para que desde entonces juntos vayan descubriendo paisajes que ninguno de los dos conocen, ni el enfermo desde sus conflictos, ni el analista desde sus teorías. El paisaje tendrá los matices que vienen de los colores con que se tino la historia del paciente (y también con los que tiñeron la historia del analista). ¿Transferencia? Pero adquirirá nuevos colores, nuevos aromas y resonarán nuevas melodías que sólo podrán reconocer y disfrutar ambos cuando hayan logrado el estado de una “unidad dual”. Esa “unidad dual”, al decir de Winnicott, no se construye con conocimientos sino con la capacidad de sentir al otro como una parte de un todo. Ese todo se alcanza a través del trabajo con el verdadero *self* y no con el falso *self*.

Entrevista con Roy Schafer¹

RP – Dando inicio a esta entrevista queremos agradecerle su presencia, y decirle que consideramos muy interesante su pensamiento psicoanalítico. Nos gustaría que nos contase alguna cosa sobre su vida como psicoanalista, su formación y sus principales influencias teóricas.

RS – Con gusto. Mi vida como psicoanalista comenzó en la facultad. No pensaba dedicarme a la psicología pero, después de leer “Conferencias de introducción al psicoanálisis” de Freud en una materia en la que era un requisito obligatorio, supe que cualquier cosa que hiciese en mi vida tendría que relacionarse con el psicoanálisis. Era mi vocación; esa lectura fue una “de aquellas” experiencias. Antes de eso era un adolescente que tenía buenas notas, pero no sabía que haría en el futuro. Me concentré, entonces en psicología. Había en curso un proyecto de investigación de la clínica Menninger. Estaban seleccionando asistentes de investigación. La Segunda Guerra mundial estaba en curso, pero, como todavía no había sido llamado por el ejército, fui contratado. Fue una gran posibilidad en mi vida porque mi mentor David Rappaport, se tornó un teórico muy conocido en psicoanálisis. En aquella época él estaba no solo encargado de los tests en la clínica Menninger sino también de las investigaciones que todavía no habían sido desarrolladas y que pronto se transformarían en buenos instrumentos clínicos. Había interés en tests para medir la inteligencia. Ya había uno, el Rorschach, así como algunos otros, pero nada que pudiera ser aplicado sistemáticamente en los pacientes. El trabajo que él realizó y en el que yo lo auxilié, se tornó en la base de la moderna psicología clínica.

Bien, trabajé con él, en la clínica Menninger durante tres años, hasta ser convocado. Terminamos el proyecto y, cuando salí del ejército retorné a la misma actividad. Fui encargado de los tests, siempre en constante colaboración con él. Nos mudamos entonces, al Centro Western Riggs, en Massachussets. En ese período leíamos a Freud y a la Psicología del Yo.

1. Entrevista realizada en Barcelona con Mauro Gus, Anette Blaya Luz, Jussara Dal Zoo, Raúl Hartke y Ruggero Levy. Estaban presentes también: Ida Gus, Paulo Favalli y Sergio Lewkowicz. Publicada en la Revista de Psicanálise dela Sp de PP, Vol. 4, Nº 3, Diciembre. Traducción del portugués: Laura Verissimo de Posadas (traducción no revisada por el entrevistador ni el entrevistado).

En aquella época los psicólogos no hacíamos psicoterapia porque la Asociación Psicoanalítica Americana no autorizaba la formación a los no médicos. De modo que yo tenía una base muy amplia en teoría psicoanalítica y la usaba en los tests. Escribí varios libros que influyeron en el uso de las ideas psicoanalíticas en los tests psicológicos.

Pude, entonces, hacer una formación psicoanalítica porque abrieron una ventanita (risas) llamada “Psicólogos de Investigación”. Fui el primero, o de los primeros, en entrar. Así, hice mi formación psicoanalítica, en el recién creado Western New England Psychoanalytic Institute y ahí me diplomé. En realidad, Rappaport estaba dando los seminarios teóricos sobre Freud, pero, como él quería enseñar otros temas, incluso antes de terminar mi formación, me nombraron para el cuerpo docente porque yo sabía mucha teoría, aunque todavía fuera candidato, una situación extraña (risas). Me transformé en miembro de la Sociedad, y con el pasar del tiempo, en su Presidente, a mediados de la década de 1960.

Entonces, durante muchos años de mi formación psicoanalítica, fui; un férreo defensor de la Psicología del Yo de Freud, incluso uno de mis supervisores, en realidad el primero, fue Hans Lowenstein, cuyo trabajo quizás ustedes conozcan. El ya estaba adoptando un punto de vista más próximo a las teorías de las relaciones objétales, pero nunca hablaba abiertamente de ello, entonces utilizaba siempre conceptos antiguos para enseñar ideas nuevas. También se interesaba mucho por el existencialismo que había estudiado en Alemania. Creo que había mucho de existencialismo en su forma de pensar. Para mí, él era un freudiano muy comprometido con la psicología del yo. Esa fue mi orientación; fuimos adoctrinados a pensar que cualquier cosa kleiniana era demoníaca (risas) una de las palabras entonces empleadas era análisis salvaje, locura, fantasías de una mujer extraña (risas)..., de modo que teníamos opiniones sin conocimiento, pues no nos ofrecían nada para leer.

Ahora bien, a lo largo de mis estudios, comencé a darme cuenta que había grandes lagunas en la teoría; algunos de mis alumnos más inteligentes me cuestionaban. En realidad, esas lagunas tenían que ver con el desarrollo precoz y la agresión precoz, aspectos que no estaban siendo enfatizados en la psicología del yo. Todo comenzaba con el Complejo de Edipo, tal como había dicho Freud. Yo sé que Freud dijo muchas cosas, y sé, también, que hay varios medios para encontrar pensamientos que se hayan relacionados con la teoría de las relaciones objétales, pero eso no era así para los psicólogos del yo, tales como Hartmann, Kris Lowenstein y Rappaport. Incluso en

trabajos como “El Yo y el Ello”; “Inhibición Síntoma y Angustia”, y otros posteriores, siempre enfocaban los aspectos que se referían a las estructuras psíquicas y a las energías, aspectos conocidos como metapsicología freudiana. Por eso, al fin de la década del 60 publiqué un libro llamado: “Aspects of internalization”.

Era una revisión, pero también contenía alguna crítica a las versiones más avanzadas de la metapsicología freudiana. Yo conocía, y pienso que todavía conozco muy bien, a Hartmann, Kris, Lowenstein, Rappaport, por dentro y por fuera. Muchas personas en los Estados Unidos, todavía sienten que deben una gran fidelidad a aquella versión, sin embargo, la citan erróneamente. En cuanto a mí, solo expreso opiniones cuando domino completamente un tema, lo que significa que soy un tanto limitado, pero mucha gente no se da cuenta de eso. No consigo concentrarme en todo. Como escribo bastante, no me sobra mucho tiempo para lecturas.

Bueno, volviendo a mi experiencia de entonces, me di cuenta que había problemas en la teoría de Freud sobre las mujeres, sobre el desarrollo infantil, sobre la agresión y comencé a escribir al respecto. Dirigí mis primeros trabajos sobre la teoría clínica de los afectos, sobre el superyó y la empatía y sobre problemas que no eran discutidos en la literatura de la psicología del yo. Juzgaba que estaba perfeccionando la psicología del yo, pero fue el inicio de mi desvío hacia algo diferente: me di cuenta, finalmente, de que estaba abandonando la metapsicología de Freud. Presenté trabajos y las personas decían: “son buenas críticas, pero es todo lo que tenemos”. Así, tomé eso como un desafío y decidí: “veamos como hacerlo de manera diferente” y lo hice. En ese entonces no tenía una preparación formal en filosofía, leí mucho sobre interpretación dentro de la filosofía y de la crítica literaria. Para mí eso es lo que es el psicoanálisis: interpretación. En un test psicológico, ustedes tienen números, tienen respuestas, pero ¿qué significan?. Es necesario encontrar un significado. Y eso es interpretación.

Me di cuenta que mi manera de hacerlo no era como la Freud: comenzar con un modelo del tipo “¿qué pensamientos son necesarios para hacer del psicoanálisis una ciencia respetable?” él dice eso en cartas y escritos, pues se comprometió con hacer del psicoanálisis una ciencia tan digna como las ciencias físicas y químicas de su época. Pienso que aquella era una hipótesis errada y, en el pensamiento moderno, también sería una hipótesis equivocada. La hipótesis correcta sería: “¿Qué estamos haciendo? ¿Qué tipo de hipótesis precisamos para hacerlo? Vamos a desarrollar conceptos apropiados para ello”. De modo que es así que llegué a la idea de un nuevo lenguaje para el

psicoanálisis. Me di cuenta de eso, pero no se constituía en una recomendación para cambiar. Mucha gente me interpretó mal, inclusive Laplanche y Leary. No recomendaba nada diferente de los métodos psicoanalíticos establecidos, pero sí reexaminar los métodos según como los entiendo. Tal vez no todos estén de acuerdo con esto.

De modo que indagaba en qué hipótesis necesitamos, en qué operaciones desarrollamos en relación a los métodos y que afirmaciones, en términos de conocimientos, nos sentimos con derecho de hacer y por qué. Básicamente, estamos ayudando a las personas a entender que construyen su propia experiencia con base en la realidad psíquica, relacionándola con una realidad más o menos objetivamente construida, con fuerte influencia de aquello que es denominado inconciente. Eso realmente significa ayudarlos a tornarse en personas que, en términos kleinianos, están, ahora, en posición depresiva. Pueden reflexionar, pueden asumir responsabilidades, pueden tolerar la ambivalencia y pueden considerarse no como controlando todo en sus vidas, sino con un centro activo en sus vidas, en vez de la manera como tantas de ellas se presentan, como víctimas pasivas de la circunstancias, de otras personas, del país, todo externalizado. No es así como los psicoanalistas trabajan. Los psicoanalistas explicitan que hay de nuevo ahora, que pueda estar contribuyendo en sus síntomas; abordan el carácter y su destino y así en más, y eso lo podemos interpretar.

A propósito, puedo parar en cualquier momento para responder sus preguntas.

Comencé, así, a abordar el lenguaje de acción. Hay una rama de la filosofía denominada filosofía de la acción que discute detalladamente cuestiones relacionadas, en las que basé mucho de mi trabajo. Después, a medida que avanzaba, comencé a desarrollar un aspecto, del punto de vista de ese abordaje, que es el siguiente: un mismo comportamiento, la misma conducta, el mismo modo de pensar pueden ser considerados de diferentes puntos de vista. Por ejemplo, hoy estoy siendo entrevistado por la revista y ustedes pueden decir eso de diferentes modos: que deseo causar una cierta impresión, o que me siento contento de estar acá, porque tuve problemas con mi espalda antes del congreso y ni siquiera estaba seguro de poder venir, de modo que estoy celebrando y así en más. O sea, hay una manera de escoger la descripción que ustedes consideran más apropiada para el contexto, la más relevante para ustedes. Eso también es muy relevante para la teoría de la crítica literaria moderna y para la moderna filosofía como yo la entiendo. También creo que ese aspecto siempre fue importante en el pensamiento de Freud. En eso consiste el trabajo en términos de contexto dinámico, motivacional,

histórico. No se trata de la verdadera historia, sino de cómo la persona la imagina, lo que nos lleva de vuelta a la fantasía inconciente y a algo así como la realidad. No estamos, entonces, en situación de decir que es, absolutamente, eso mismo. Antiguamente, inclusive Freud, se acostumbraba a pensar: “podemos reconstruir el evento real”, como en el Hombre de los Lobos. Las relaciones sexuales ocurrían según ese enfoque, de cierta manera, a cierta hora del día y eso es lo que se encontraba presente en su memoria actual.

Entonces, hoy en día hay toda una rama de la psicología que consiste en el estudio de la memoria y que afirma que no retenemos memorias de registros separados. Lo que retenemos es lo que llaman “scripts”, en forma de narrativas completas o estructuras de historias. Pensando de esta forma, es que puede haber elecciones, que hay diferentes modos de narrar algo, que todo se estructura según una ruta, si se quiere consistente, y entonces comencé a introducir ideas sobre la narrativa de una estructura de historia. Y así escribí otra serie de trabajos, no porque abandonara el lenguaje de acción, sino porque ese era su origen. Escribí, en el inicio de la década de los noventa, un libro recontando una vida según ese tipo de narrativa, incluso en otro libro anterior, *The Analytic Attitude*, ya había comenzado a introducir la misma idea. Casi terminé, no voy a ocupar todo nuestro tiempo con esto.

RP – No... siéntase a gusto...

RS – Como parte de mi exploración crítica de la metapsicología de Freud, comencé a leer Melanie Klein, Fairbairn, y los trabajos ligados a los debates Klein-Freud y publicados como trabajos separados. Fue muy difícil, pero vi que había en ellos algo, no empleado en la psicología del yo que podía ser utilizado. Me interesé de tal forma que, como profesor de mi Instituto, comencé un seminario acerca del pensamiento británico sobre las relaciones objétales y, por un año, un seminario sobre el pensamiento de Klein que desarrollé de la mejor forma posible. Siempre sentí, así como Hartmann y otros, que había algo importante allí. Ellos escribieron un trabajo sobre el superyó y un nuevo trabajo sobre agresión. Intentaban incorporar ideas que realmente venían de Melanie Klein, sin darle ese crédito, e incluirlas en la psicología del yo. Con todo, lo hacían en términos muy formalistas, según su modo de pensar. Por lo tanto, el rico contenido de las fantasías no estaba presente.

Y así fue, hasta el momento que Betty Joseph comenzó a publicar sus trabajos. No los primeros, sino los más recientes como “On Understanding and Not Understanding”, o “Addiction to Near Death” y otros. Quedé simplemente azorado con esos trabajos: no sólo usaba sus raíces kleinianas sino que también realizaba una gran evolución. Esta, en mi opinión consistía en una manera de usar a Klein que no implicaba la reconstrucción psicoanalítica del inicio de la vida de la cual hay pocas comunicaciones del paciente. Se trata de toda una manera de escuchar, de todo un tipo de “tacto” psicoanalítico, de un sentido del momento (timing) y de una atención especial para descubrir si el paciente está en un nivel y en un estado de espíritu capaz de escuchar o de usar lo que usted está diciendo, o, en caso contrario, si el analista (para capacitarlo a escuchar) tiene alguna otra tarea que realizar antes de eso.

Esa idea no es ajena a la psicología freudiana del yo. Ellos también hablan con respecto a preparar el terreno, pero no en el mismo sentido. El tipo de interpretaciones que Betty Joseph hace, o el tipo de concepción de la posición esquizoparanoide que requiere, no está presente en ellos. Así, pasé a juzgarla cada vez más útil en mi trabajo clínico y, gradualmente, comencé a leerla más y más. Todavía no puedo decir que domino el asunto, pero.. .creo que la propia Betty Joseph, muchas veces, aprecia mis trabajos. Presenté, ayer, uno al que ella asistió y le gustó mucho. No les puedo decir cuan feliz quedé con eso. Pienso así y se lo dije: “si pude agradarle, realmente siento que conseguí realizar algo”. Mi esposa tiene una historia semejante en cierto modo. Aunque su formación original ha sido diferente, también se hizo una seguidora de Betty Joseph desde temprano. Nos reunimos y ahora tenemos varios workshops en Nueva York, para formar analistas. Hay un interés creciente en Estados Unidos por cualquier tipo de pensamiento que trabaje las relaciones de objeto. Infelizmente es mucho más fácil asimilar Winnicott que Klein, porque Winnicott permite mucha más libertad personal para ser más poético, más literario. No estamos trabajando dentro de una disciplina conceptual y técnica severa, como hacían los kleinianos modernos.

De hecho ese es un punto interesante que discutí con algunos de ellos. No se puede usar ese método, de modo absoluto y rígido, con la mayoría de los americanos. La cultura americana exige la autorización de que cada uno sea el mismo, para que el análisis sea aceptado. Y usted tiene que darle más tiempo, ser más paciente, etc. Pero trajimos a Joseph y Feldman, Steiner y Spillius para grupos de estudios en Estados Unidos. Tenemos talleres con ellos. Todos causan una impresión maravillosa. Pero hay

gente entrenada para ser estrictamente psicólogo del yo y así encuentran muy interesantes a estos analistas, pero no queda claro que puedan usarlos en su trabajo. Eso es lo difícil. Porque en eso esta envuelta una identidad profesional, incluso el apoyo económico. Si las personas ven que usted va en esa dirección, empiezan a tener grandes reservas en cuanto a derivarles pacientes. Mi esposa y yo sentimos eso, porque somos públicamente identificados como kleinianos. En mi trabajo aprovecho de mi formación en la psicología del yo, que me preparó para pensar más detenidamente sobre las estructuras de las defensas de un modo organizado. En el pensamiento kleiniano... bueno, hablo de cosas que ya saben. El esfuerzo se da en el sentido de abordar todo lo posible en términos de fantasía inconciente, incluso las defensas. Utilizan términos con respecto a las defensas, pero, interpretativamente, todo es siempre comprendido en términos de fantasía inconciente, si fuera posible, lo que pienso que es extremadamente útil en el trabajo clínico. Ayuda a vencer ciertas dificultades en la comunicación con los pacientes, diversamente de lo que ocurre con la psicología del yo. En Estados Unidos hay una decepción creciente con la psicología del yo como técnica. Por eso se están volviendo hacia las teorías de las relaciones objeales. Incluso Heinz Kohut, con su psicología del self. No se si él es conocido en Brasil pero su influencia se está diseminando. Consiste en otra versión de la psicología de las relaciones de objeto, aunque prefieran hablar de objetos del self, en vez de los objetos de la fantasía inconciente; de los diferentes estados del self, en lugar de fantasía inconciente con respecto a un fragmento del self. El no utiliza más la palabra “inconciente”. Muchas personas piensan, en relación al lenguaje de acción, que hay otras cosas dentro del concepto de inconciente. Creo que Laplanche piensa así, pero podemos hablar sobre eso más tarde. De cualquier forma, eso les da una idea de la posición en la que ahora me encuentro. Si dejé afuera muchas cosas, hablé de muchas otras también.

RP – Hemos percibido su aproximación con los kleinianos. Incluso, uno de sus últimos libros es sobre los kleinianos de Londres, hoy. Pero, aparte de esa aproximación, ¿existirían algunos puntos de divergencia?, ¿cuáles son las principales?

RS – Vine preparado (risas).

Mencione una de las diferencias técnicas que no esta sujeta a discordancia, sin embargo, cuando vienen a hacer talleres, muchas veces insisten con los estudiantes para que comiencen a interpretar más rápido, más activamente de lo que nosotros realmente tendemos a hacer. Puedo entender que digan eso: pienso que puede funcionar mejor con

los británicos, pues el paciente británico medio fue criado en una cultura, con muchos más residuos de un sistema social autoritario. Su formación escolar y vida familiar los preparan para aceptar lo que dicen los mayores y funcionar según reglas, aunque es sabido que la vida británica moderna esta cambiando radicalmente.

RP – Ellos tienen una reina.

RS – Sí... ellos no pueden abandonara la reina (risas). Hay muchos síntomas de eso. Los diarios están llenos de noticias sobre la familia real, en su mayoría una banda de idiotas... entonces, pienso que sus ideas exigen, entre nosotros, una introducción más lenta junto a los pacientes. No hay sólo una diferencia cultural. Podríamos decir que, incluso con el paciente británico, mi impresión es que las interpretaciones son, muchas veces, hechas demasiado rápido, en medida excesiva, pudiendo crear un efecto de estructurar el pensamiento del paciente. Pienso que ellos cuentan demasiadas cosas demasiado rápido. De modo que produce un tipo de adhesión inconciente, que, aunque muy sensible, tal vez no capte suficientemente ese aspecto. Se que todos los pacientes comienzan a usar el modo de pensar de su analista y no creo que eso sea terrible, pero si digo que puede ocurrir de forma muy rápida y excesiva. El modo como acostumbran trabajar elimina cierto tipo de ambigüedades con respecto al trabajo analítico. Gran parte de la vida tampoco es tan clara. Sabemos que involucra diferentes cosas pero exactamente el cómo, el cuánto o lo que es más importante es medio difícil de decir. Pero muchas de sus interpretaciones presuponen un conocimiento definitivo que viene de la teoría y no del paciente. Pero otra vez, eso vale para todo el psicoanálisis: no creo en aquellos analistas que dicen que se debe escuchar solo al paciente y utilizar lo que el paciente dice. Eso no es más psicoanálisis, en mi opinión. Consiste en una conversación sensible (risas). Psicoanálisis significa que se usen ciertas ideas y se espera que el paciente, en la medida en que puede asimilarlas auténticamente, comience a ver que es valioso pensar de esa forma, sin mucha variación. Esto en cuanto al aspecto técnico. Desde el punto de vista teórico hay una gran diferencia: pienso que los kleinianos todavía se sienten obligados a expresar fidelidad a conceptos tales como la pulsión de muerte. Hasta inclusive escriben trabajos. Hanna Segal recientemente escribió “The clinical uses of the Death Instinct”. Una vez más, haciendo uso de mi manera de entender el método del psicoanálisis, si usted mira lo que hacen, están interpretando la agresión, agresión contra el self o contra el otro. En fin, diferentes versiones de la agresión, todas las diferentes emociones en ella envuelta: rabia, envidia, omnipotencia.

La identificación proyectiva tiene un lado agresivo. Pienso que psicólogos del yo freudianos, aunque Freud haya introducido la teoría dual de los instintos, rechazaron la pulsión de muerte y dijeron que todavía creen en una pulsión agresiva. No la utilizan de una manera tan rica como los kleinianos, y considero que eso es una ventaja clínica. De los kleinianos uno consigue no solo ver la agresión, sino también darse cuenta de cuánta todavía existe en el camino. Cuando presenté mi trabajo ayer, Jacques Alain Miller, el lacaniano, me criticó diciendo que yo hacía que el paciente pareciera un enemigo. Le respondí: “Hay una parte del paciente que es tu enemigo desde el inicio”. Ellos tienen miedo de cambiar.

RP – Sí, pero Ud dijo que su abordaje era esperar para interpretar, que demora un tiempo hasta interpretar.

RS – Sí, antes de aparecer el auténtico amor y el yo. Y ese es un antiguo principio de la interpretación kleiniana. En realidad, se remonta a Melanie Klein. No es posible llegar a la libido con amor, a no ser que se haya eliminado toda la agresión. Ahora bien, Hartman, inclusive en la psicología del yo, estaba comenzando a entender eso, cuando elaboró la metapsicología de las defensas. Él explicitó que la defensa usa energía agresiva. No tan primitiva como en el ello, pero consiste en energía agresiva. Bien, y en la psicología del yo, el análisis de las defensas tiene siempre prioridad. Eso quiere decir que usted está analizando la agresión. Pero la mayoría de ellos no piensa exactamente de esa forma. Yo intento no decir nunca todo el mundo, porque no creo que eso se ajuste a todo el mundo. Pero la tendencia es de hablar sobre la defensa y no sobre todas las maneras con las cuales el paciente está siendo agresivo contra usted en una situación. Ahí es que el abordaje de la fantasía kleiniana tiene gran utilidad. Sin embargo, ellos todavía ligan eso a la idea de la pulsión de muerte, lo que pienso que es una hipótesis innecesaria (se refiere a la hipótesis de la pulsión de muerte). Se lo puede hacer, pero no creo que agregue alguna cosa a la teoría. Estamos haciendo algo que Freud comenzó y que en mí opinión consiste en un pensamiento filosófico anticuado. Para que discutamos algo, es necesario preguntar: “¿Cómo es posible que esté ahí? ¿Cómo es posible que haya agresión?”. Así pensaba Freud, en una era en que todo el mundo había quedado muy instigado por los instintos. Él dijo, entonces, que había un instinto agresivo o destructivo. Pensó de la misma forma con relación a la libido: “¿Cómo es posible tener deseo sexual?”, debería ser la libido. Hoy es perfectamente permisible, filosóficamente, decir: “las personas manifiestan ciertos tipos de

sentimientos y fantasías en sus comportamientos y determinadas sensaciones, y todo eso puede ser comprendido bajo la idea de que se trata de deseo sexual, excitación sexual.” Todo eso se incluye en aquello que denominamos amor. Abarca todos los aspectos de la vida. También es perfectamente posible hablar sobre agresión. Usted no precisa decir de dónde viene. Usted no precisa decir cuáles son los grandes principios de la vida como el placer y el dolor, o actividad y pasividad. Usted toma los conceptos que necesita para realizar las operaciones que hace. Eso vale inclusive en la física. No soy un gran estudiante de física, pero tenemos diferentes teorías. Está la teoría de las ondas y la teoría de las partículas. Hay dos teorías diferentes en cuanto al modo por el cual es transmitida la luz. Ambas teorías responden por la comprensión de determinados tipos de fenómenos. La idea de que se puede establecer lo que es denominada una teoría local evolucionó a partir de eso. Si usted tiene un conjunto de ideas, y esas funcionan para determinada área de la naturaleza, y si usted pudiera demostrar eso, ¡excelente! Algunas personas piensan que algún día necesitaremos una teoría que abarque todo. Otras personas piensan: “¿Qué importa?”. Tiendo a pensar de esa forma. Tenemos muchas ideas productivas, utilicemos las que tenemos, o, en otras palabras mi actitud ha sido, siempre: “veamos lo que utilizamos, no hagamos oposiciones innecesarias”. Así, no hablo mucho sobre la libido como fuente básica de energía, o respecto a la pulsión de muerte. Creo que se puede analizar con éxito, sin tener que presumir que la agresión está en todas partes, y que la libido o el sexo en sentido general está en todas partes, sea en las formas más primitivas o más avanzadas.

Eso corresponde a las necesidades del psicoanálisis y de muchas cosas de las cuales usted no se da cuenta y no solo con relación a aquellos que quiera desconocer. Si usted quiere llamar a eso el inconciente, ¡excelente! Creo que eso es necesario para nuestro trabajo. Es exactamente lo que dijo Freud: “El funcionamiento mental está lleno de lagunas, discontinuidades, contradicciones. Con todo, de alguna manera, debe hacer sentido.” Si presuponemos que hay una mente inconciente con motivaciones, fantasías e ideas, podemos rellenar las lagunas y resolver las inconsistencias, podemos tornar a la vida psíquica más comprensible. Entonces hagámoslo. Es posible encontrar eso en sus escritos. Más tarde, las personas se volverán a lo que en términos filosóficos, he llamado esencialismo. Esto es piensan que hay un inconciente; o una compulsión a la repetición, mencionada por Laplanche; o, más aún, que hay una libido, una pulsión de muerte. Hoy diríamos que debemos utilizar esos conceptos como axiomas para nuestro

trabajo. No tenemos ninguna validación absoluta para decir: “¡ahí está, no existe otra manera de hablar al respecto!”. Kohut habla de manera diferente, los psicólogos del yo de otra, los analistas interpersonales de otra. Según cómo se enfoquen los conceptos, tenemos un sistema diferente que puede afectar el modo por el cual usted trabaja clínicamente y siente respecto a eso. No estoy diciendo, sin embargo, que son solo maneras diferentes de hablar sobre la misma cosa.

RP – ¿Doctor Schafer, usted piensa como Heins Hartman respecto al concepto de adaptación, cuando habla sobre ese ambiente cultural y la capacidad del yo de relacionarse con el objeto interno y la realidad externa? Le pregunto sobre el concepto esencial de adaptación de Heins Hartman. ¿Usted cree en los conceptos principales de la teoría de ese autor?

RS – ¿Como él lo definió o como los franceses lo hicieron?

RP – Sí, como él lo definió.

RS – Los franceses piensan que se trata de una actitud americana de conformidad y aceptación del orden social establecido. No es eso lo que Hartman quiso decir. Hartman quiso decir qué podría significar dejar eso para atrás, o podía significar cambiar aquello, pero miraba a una persona como estando siempre fuera de sí misma. Tomó la idea de la biología de cómo se desarrollan los organismos. Los estudios modernos de desarrollo del bebe están mostrando eso, por ejemplo a través de videos. Un niño nace ya preparado para comenzar a sintonizar las señales de la madre, lo que usted no puede ver con la percepción normal. Pero, en la televisión, imagen por imagen, usted puede ver todas las señales e influencias en acción. Él se interesaba mucho por eso. Consiste en una teoría de campo sobre el desarrollo, esto es que se está siempre en una relación con el medio. ¿Pero qué tipo de relación? Podría ser de cualquier tipo. Lo que él quería decir era: “Tenemos que pensar respecto a eso”. Lo que también quiso decir fue que en tanto tenemos que pensar sobre lo que acontece con la mente de los bebes, para que se obtenga algún tipo de imagen confiable del mundo a su respecto. Cualquier cosa que pase por objetiva, cualquier cosa que suponga ver a otra persona no como pura figura de fantasía o de sus propias proyecciones y, sí, una figura completa con sus propias diferencias en relación a usted. No es posible llegar a eso a partir solamente de los instintos. Las pulsiones instintivas dominarían la mente por completo. Así tenemos que pensar sobre la mente, tenemos que pensar sobre cómo la mente se desarrolla para

poder, por lo menos, intentar constantemente estar en una relación con un ambiente externo. De modo que pueda haber una ligazón con él. Eso no significa que usted funcione sin fantasía inconciente, sino que él Hartman no quiso permitir un papel importante a la fantasía inconciente, quiso abordar las funciones cognitivas del yo necesarias a la adaptación.

RP – En el sentido primario y secundario.

RS – Sí, en el sentido primario tiene que ver con aquel estado de preparación inicial para relacionarse con el mundo externo de modo que el niño pueda vincularse con su madre.

RP – En un artículo publicado en 1994 en el *Psychoanalytical Quarterly*, Kimberlyn Leary afirma que su descripción del proceso analítico como un proceso narrativo no sería solo una simple revisión de la teoría psicoanalítica, sino, una nueva visión, “implícitamente informada” por la perspectiva postmoderna y hace críticas respecto a eso. ¿Qué es lo que usted piensa sobre esos comentarios y críticas?

RS – Bien, pienso que el trabajo de Kimberlyn Leary está lleno de errores serios. Ella escribió respecto a la teoría postmoderna. Yo no la conozco. Esa es mi idea sobre lo que ella escribió. Encuentro que ella no tiene una buena formación en aquel aspecto de la filosofía o en aquello que se denomina teoría crítica. Pienso que ella leyó mucho al respecto, cita algunos libros. Se preparó, sin embargo no utiliza bien el material. Por ejemplo, en su trabajo, dice que el postmodernismo consiste en una manera de ver la teoría. Eso es incorrecto. En primer lugar, no existe una versión única de postmodernismo. Este consiste en una colección de modos de pensar que se apartan de la idea de la existencia de un fundamento absoluto de la verdad, una única verdad respecto a cualquier cosa. Hay diferentes verdades. Así abordan la cuestión del conocimiento o lo que permita afirmar que se pueda conocer. Hay aquí entonces un abordaje de los métodos usados, de las hipótesis en las cuales los basó, de los valores que influyeron su elección de ese método. En otras palabras, cualquier conjunto de conocimientos puede ser examinado críticamente, porque nadie tiene el derecho de decir: “Esta es la única verdad”. Eso es religión. No lo que nosotros denominaríamos ciencia, ya sea una ciencia humana o una ciencia natural. Así, ella dijo eso y, después dijo, como indica esa pregunta, que se trata de una nueva teoría, una nueva visión de la teoría que estoy proponiendo. Lo que propongo, lo que vengo haciendo desde siempre

es: “Vamos a examinar todos los métodos e hipótesis del psicoanálisis”, por lo menos aquellos que me interesan particularmente, como describí antes, en qué bases usted escoge subrayar esas y no aquellas ideas, en qué bases se puede hacer una crítica de porqué Freud concibió el análisis de la manera que lo hizo, cuando él lo hizo. Él tenía ciertos tipos de valores, se preocupaba respecto a la recepción del psicoanálisis en un ambiente hostil, de modo general católico. Él era judío... ya era sospechoso en Austria, esa fue una de las razones que lo atrajo hacia Carl Jung, ustedes saben eso. En su vida personal estaba muy influenciado por los llamados valores y gustos de la moderna clase media burguesa. Sus ideas respecto del método fueron adoptadas de la ciencia de su época, que no es la ciencia de hoy. Así él pensaba de cierta forma, y las operaciones en las cuales se involucró, que yo considero muy adecuadas al pensamiento moderno, desarrolló un conjunto de conceptos basados en el pensamiento entonces prevalente. Así, el pensamiento y la deconstrucción postmodernos y todas las formas de análisis a las cuales ella se refiere en su artículo son modos de examinar argumentos respecto a aquello que está siendo afirmado aquí, el por qué se llegó a eso. Intenté explicarlo antes. Pienso que aquello que hacen los analistas consiste en describir acciones a partir de ciertos puntos de vista, particularmente sexo y agresión. Describen posiciones de la persona en la vida actual en diferentes versiones, desde de lo más socializado a lo más primitivo. Ahora bien, ese es el tipo de relato que los pacientes nos cuentan, cuyo sentido intentamos ayudarlos a entender. Ellos dicen: “Oh, yo vengo de tal y tal familia y tuve esa experiencia y simplemente detesto a mi esposa y mis padres eran gente horrible” pero al final del análisis, nada de eso permanece como verdad, tenemos una historia diferente. ¿Será esa la verdad absoluta respecto a todo? No podemos decirlo, porque consiste en otra versión de una historia de vida, de su actual posición de vida: posición que en ese ínterin ellos habrán modificado, si fuimos eficaces. Usted no está inventando una historia nueva y sí encontrando una manera mejor y más útil de ayudarlo a pensar sobre su conflicto. No estoy diciendo que es eso lo que los analistas deben hacer pero es lo que siempre han hecho.

RP – Tal vez lo que pueden hacer.

RS – Ellos han hablado sobre diferentes historias. No juzgo que ella entienda eso. Ella piensa que estoy intentando enseñar a los pacientes una nueva manera de pensar que tendría que ver con contar historias. Hay un psicólogo americano, también analista, llamado Donald Spence, que ha venido escribiendo respecto a esto. El escribió un libro

sobre la narrativa en psicoanálisis, porque se interesa mucho por el antiguo punto de vista objetivo, de que hay una única historia verdadera. Los analistas no han hecho investigaciones suficientes al respecto. Todo lo que se ha hecho consiste en inventar cosas, a medida que avanzan, y él critica mucho esto. Yo no, ni siquiera digo que no sea una historia verdadera, sino que acabamos obteniendo una historia mejor, más verídica, sobre nosotros mismos, que aquella del principio.

RP – El propio pasaje desde estado mental esquizoparanoide hacia el depresivo dicta una nueva versión de la historia.

RS – Sí, fíjese cómo usted cuenta su vida a partir de la posición depresiva y cómo la vive de una forma más genuina.

RP – En algunos de sus artículos y libros el profesor Jean Laplanche lo caracteriza y critica como un representante de lo que él denomina la corriente “fenomenológica”, en relación al inconciente o bien, lo considera un representante del punto de vista hermenéutico en el psicoanálisis. El discrepa con su visión del inconciente como un autoengaño del sujeto, afirmando que el inconciente freudiano implicaría la existencia de “otra cosa” dentro de nosotros que funcionaría según modalidades de “causa” y no de “sentido”, ¿qué es lo que usted diría respecto a esas observaciones del profesor Laplanche?

RS – Bien, pienso que palabras como fenomenológico y hermenéutico, definitivamente, se aplican a mi modo de pensar, pero, también siempre se han aplicado al pensamiento psicoanalítico... Toda interpretación, desde el comienzo, tiene que ser hecha solo en un determinado contexto. Si alguien dice sí, usted no sabe si quiere decir sí o si quiere decir no. Freud sabía eso. Según él si alguien dice sí no sabemos si realmente está de acuerdo o no. Podría ser simplemente sumisión. Si dice no, no sabemos si es una verdadera negativa u otra cosa, podría ser resistencia. No se puede tener una autoridad externa absoluta. Se deben entender las cosas en su contexto. Una de mis hijas es historiadora, especializada en historia moderna. Ahora bien, también entre los historiadores hay una gran guerra: hay algunos mucho más interesados en semiótica y hermenéutica, en Foucault, Kristeva y Lacan, en todos los que usan tal abordaje en que se considera quién dijo qué, en qué contexto, en qué circunstancias, en qué punto de su desarrollo. Así usted puede saber mejor lo que algo quiere decir. Freud originariamente pensó: “Tengo que escuchar con cuidado y utilizar algunas de mis

hipótesis básicas ya que mi material está indicando eso”. Era lo que él apreciaba decir. El no fue obligado a usar nada. Eligió lo que hacer, limitado por el lenguaje disponible de su época. Aplicó las ideas disponibles para él, de cierta manera y ¡actuó como si hubiese descubierto la verdad! Pero no se trataba de eso. Él encontró una manera, dadas todas sus hipótesis, métodos y material, de dar sentido a algo de cierto modo muy útil, tanto terapéuticamente como para construir una teoría de la mente. Inclusive hoy en día tenemos más teorías de la mente que esa. La teoría de la mente de Melanie Klein no es exactamente la misma que la de Freud ni la de Kohut, están relacionadas pero también presentan hipótesis bastantes diferentes. No llegué específicamente a Laplanche, pero vean, él toma ideas como el “inconsciente” o la “compulsión de repetición” como hechos absolutos. No se puede explicar nada sin determinada certeza... y esas son certezas. Si usted no las toma en cuenta, usted no estará haciendo psicoanálisis. Digo, sin embargo, que no son certezas sino hipótesis. Esto es ciertamente verdad, por ejemplo, en la cuestión de la repetición. Los pacientes repiten las cosas “ad infinitum”, no importa cuan dolorosa es la vivencia que tuvieron de ellas. Pienso que la práctica real del psicoanálisis siempre ayuda a preguntar por qué se apegan a esa repetición. Debe haber algo peor contra lo cual esa vivencia los protege, obtienen en eso algún placer inconsciente, aunque conscientemente sea doloroso. Pero eso no exige la suposición de que haya una compulsión a la repetición. Esa es mi diferencia en relación a Klein.

RP – Tenemos tres preguntas más. De modo general ¿cuáles, en su opinión, son los principales desafíos del psicoanálisis como profesión y como teoría al acabar el siglo? ¿Cuál es su opinión respecto del psicoanálisis latinoamericano hoy en día?

RS – Pienso, considerando que hay una expansión de la influencia de las teorías de las relaciones objétales de una forma y otra, en todo el mundo, que hay ciertos aspectos que no están siendo debidamente teorizados. Ella no toma en cuenta algunos aspectos que la psicología del yo considera, por ejemplo ¿cómo alguien con tantas fantasías, tantos deseos y sentimientos primitivos se convierte en una persona racional y civilizada en el mundo? ¿Por qué usted no está gobernado por fantasías esquizo-paranoides durante toda su vida? Por eso Melanie Klein dijo explícitamente, y también Hanna Segal, que hay una maduración constitucionalmente garantizada y que la mente desarrolla una mayor capacidad cuyo uso depende de factores emocionales. Creo que esa idea consiste en otra versión de la teoría de los instintos: sucederá normalmente. Si las cosas no fueran muy mal, la madurez instaurará el sentido de realidad. Tómese otro

factor de la vida, no muy discutido, que aparece muchas veces apenas como en una nota al pie y que explica el desarrollo de los niveles avanzados del yo. No hay un abordaje teórico suficiente de eso, usted quiere una teoría de la mente en general. Eso, sin embargo, no es necesario. Se puede tener una teoría suficiente para el trabajo clínico, creo, a lo largo de ciertas líneas y, de modo general, lo que llamo “kleiniano moderno” con algunos aspectos de la psicología del yo. Los kleinianos modernos también hablan mucho sobre las defensas y sobre el desarrollo de un sentido de realidad. Hablan también de cómo el análisis puede encontrar formas de ser continente y del tipo de interpretación cierta para transformar la fantasía inconsciente tolerable para una persona. Antes no era así. Como todos nosotros sabemos hay pacientes que tienen momentos muy difíciles, por lo menos cuando están intensamente regresivos. No importa lo que usted diga, si habla cordialmente, ellos interpretan mal, si habla impersonalmente también, si no habla es peor, es imposible acertar. Ahora bien, inclusive la más sutil de las interpretaciones podría ser interpretada de esa forma por el paciente. Pero en algún lugar se presupone que si usted puede encontrar la manera cierta de abordar el problema, el paciente encontrará la manera de usarla. Ahora bien, eso consiste en una suposición que no está explicitada. Hay algo más que la persona es capaz de hacer, aún en la posición más regresiva.

RP – Encontraremos una manera de comunicar. ¿Y qué más hay? ¿Podría ser la vida y un instinto que hace que el paciente encuentre la manera? Porque él quiere eso.

RS – Sí. Si usted usa la teoría de los instintos entonces debe presuponer la pulsión de vida, pero si no la utiliza lo que está presuponiendo, por lo menos, es que haya algún tipo de funcionamiento primitivo del yo, aún en las peores condiciones. Sin embargo algunos nunca responderán. No estoy hablando respecto a ellos.

RP – ¿Usted consideraría esto como el área libre de conflicto?

RS – Sería un abordaje posible. Tiene que ser totalmente libre de conflictos, o tal vez otro abordaje posible es decir que cualesquiera que sean los conflictos, no están en un nivel tan primitivo de modo que los pacientes tal vez puedan oírlo en un nivel un poco más avanzado. Así, si estuviera pensando en las fases libidinales ellos pueden oírlo en el nivel anal primitivo, en lugar del nivel oral precoz. Todavía hay muchos conflictos, pero usted ya avanzó un poco. No sé cuál es la mejor manera de hacerlo pero ese es uno de los problemas. No estoy hablando respecto de las ideas comunes ahora, de las que

habló, por ejemplo, Wallerstein. Sin embargo hay un problema, no importa qué teoría se use. Y los psicólogos del yo realmente no disponen de una buena manera de acomodar la fantasía inconciente. Tampoco las personas que trabajan a partir de la fantasía inconciente. De modo que ambas teorías precisan desarrollarse todavía más, cada una dentro de su propio marco referencial. Otra cosa que quería decir es que los que proponen cualquiera de las teorías mencionadas, generalmente hablan sobre la misma como un producto más acabado de lo que es. Como si los límites de los conceptos fuesen mucho más claros y también el modo de utilizarlos. No es así. Cuando escribí mi libro "Internalization", todo comenzó como un trabajo sobre identificación. Comencé a leer toda la bibliografía al respecto y cada una de las principales autoridades tenía un abordaje diferente.

RP – Sí.

RS – Estoy de acuerdo con todas ellas. De modo que pienso que es necesario trabajar más en los límites de nuestro concepto y en lo que nos hace iguales y nos hace diferentes. No hay nada establecido, así como gustan decir los pensadores teóricos. Nuestras teorías son más primitivas de lo que muchas veces nos gustaría. Uno de mis amigos, respetado en los Estados Unidos, William Grossman, está muy interesado en eso. No publicó mucho pero es editor de algunos libros. Se interesa por los problemas de límites entre diferentes conceptos y diferentes niveles de desarrollo. Inclusive pensar sobre los límites es muy complicado, tan complicado que queda bloqueado el pensar a su respecto, aún siendo un excelente pensador. Esto es todo lo que voy a hablar sobre este asunto.

En cuanto a lo que tengo que decir sobre el psicoanálisis latinoamericano me siento restringido pero prefiero ser franco. Se trata de un área que no estudio hace algún tiempo, de modo que no me siento en el derecho de tener una opinión al respecto. Sé que mucho del pensamiento latinoamericano ha sido orientado por Klein, entiendo que Lacan está comenzando a tener cierta influencia en América Latina, por lo menos en Argentina. No sé respecto a Kohut. No sé si hay grupos de psicólogos del yo en algún lugar, los había en México, pero ignoro si todavía existen, de modo que dudo en tener una opinión. No leí trabajos latinoamericanos, pero ellos me parecen más próximos de la Melanie Klein original que los británicos. Por eso me concentré en estos últimos. Siento que los británicos modernos son más compatibles con mi pensamiento y que eso, probablemente, se debe a mi formación en psicología del yo. Creo que tuvieron sus

propios problemas con los freudianos de la psicología del yo en Londres, los cuales se están volviendo más kleinianos.

Voy a contarles una historia interesante. Ackly Lafer, una freudiana moderna londinense, debatidora en una reunión en la cual se presentó un trabajo sobre la psicología de las mujeres, en el cual no se mencionó a Melanie Klein, dijo: “¿Cómo pueden hablar al respecto sin mencionar a Melanie Klein?”. Y eso que ella no es kleiniana. Ellos se han aproximado más unos de los otros, lo que juzgo que es más compatible.

RP – ¿Y sobre la demanda de entrenamiento analítico en Estados Unidos?

RS – Se está tornando un problema serio entre la gente con formación médica. Todos los departamentos de psiquiatría, después de la segunda guerra mundial, se inclinaron hacia el psicoanálisis. En los últimos años se apartaron de él: están todos interesados en la neurobiología, en la farmacología. Como motivo presentan el hecho que los departamentos de psiquiatría de las escuelas de medicina, en general, son muy caros. Las universidades no pueden sustentarlos. Insisten en que reciban apoyo para investigación, de modo que deben dirigirse al gobierno y a las compañías farmacéuticas a fin de obtener dinero. Ahora bien, quien tiene el dinero tiene el poder, y ellos tienen el poder ahora. Así la enseñanza, desde el punto de vista dinámico está desapareciendo de las escuelas de medicina, salvo en algunas. En esas, como la de Columbia, que es eminentemente médica, todavía hay también una fuerte orientación dinámica. Mi instituto, el Columbia Institute, recibe candidatos de la Columbia. Ahora bien, lo mismo ocurre entre los psicólogos, pero los estudiantes de psicología no están aceptando eso. Muchos todavía quieren hacerse clínicos. Hay todavía dos otros enemigos: hay demasiados estudiantes recibiendo formación y no hay pacientes suficientes para todos. Todo el mundo está diciendo que hay menos pacientes analíticos, pero no creo que sea posible demostrarlo. Hay diez veces más analistas de los que había y muchos con una formación bastante mediocre, porque actualmente hay muchos institutos. Institutos extraoficiales surgen de repente, todos los años hay uno nuevo.

RP –Tenemos el mismo problema.

RS – Ellos precisan estudiantes, así se hacen analistas didactas y entonces tienen pacientes.

RP – Sí.

RS – Son negocios. Ustedes saben sobre el psicoanálisis. Marx tenía razón. Él dijo que todo está relacionado a la economía (risas). Hay grandes intereses. Hay exceso de analistas ahora y especialmente con mala formación. El otro enemigo consiste en que las compañías farmacéuticas desarrollaron mucha influencia sobre las compañías de seguros y las Organizaciones de Mantención de la Salud (Health Maintenance Organizations HMOs) a las cuales la mayoría de las personas tienen que pertenecer porque el tratamiento médico sale muy caro. Las Organizaciones de Mantención de la Salud no permiten terapia intensiva. ¡Se niegan a pagar!

RP – ¡Cuesta caro!

RS – Todavía hay gente que busca psicoterapia y que busca psicoanálisis, pero esas personas necesitan tener empleos que paguen muy bien o una buena renta como los profesionales liberales, médicos o abogados, periodistas exitosos, o escritores exitosos, o ser personas de recursos económicos. Sin son jóvenes tienen que tener padres con recursos económicos. Así, hay un segmento menor de la población que aparece para análisis. Hay muchos pacientes todavía. Analistas y terapeutas de renombre todavía consiguen pacientes. Pero difícil es conseguir pacientes que vengan cinco veces por semana o inclusive tres. Muchos aceptan tres. En parte se trata de resistencias, pero en la vida moderna, por lo menos en los Estados Unidos, es difícil encontrar tiempo diariamente para ir al analista. No era así antiguamente.

RP – Las personas cambian de ciudad frecuentemente.

RS – Se mudan. Aquellos que vienen, como los abogados, por ejemplo, nunca saben cuándo terminarán el trabajo, apenas pueden vernos a cierta hora de la mañana antes del horario de apertura de los tribunales. Las personas en el mundo de las finanzas, inician sus reuniones de trabajo a las ocho horas, de modo que muchos analistas comienzan a atender pacientes a las siete. Otros tienen que viajar, todos nos acostumbramos a pacientes que pasan afuera dos o un día por semana o una semana entera. No hay nada que hacer al respecto. Así es cada vez más difícil practicar el psicoanálisis de la manera como fue desarrollado. Pero todavía hay mucha gente que puede hacerlo y lo hace. Es necesario, sin embargo, que se queden en una localización favorable.

RP – OK., doctor Roy, yo voy a hablar en portugués y le explico por qué: nos gustaría que usted comenzase a acostumbrarse a nuestra lengua. Queremos invitarlo para ir a Porto Alegre a nuestra sociedad para una serie de conferencias y supervisiones.

Ciertamente nuestra sociedad quedará tan encantada como nosotros con su entrevista. Si ya nos sentíamos así, ahora quedaremos mucho más. Sus ideas sobre el psicoanálisis, expuestas por usted en una síntesis muy didáctica, son extremadamente importantes, actuales y modernas. Actualmente en el movimiento psicoanalítico precisamos mucho de personas como usted. Muchas gracias.

RS – Si me permite responder, fue un placer y una honra mantener una discusión con todos ustedes, descubrir que encontraron que valió la pena es gratificante. Muchas gracias.

La noción de narrativa en el psicoanálisis actual*

Adela S. Leibovich de Duarte**

Considero que para encarar el tema de la narrativa en el Psicoanálisis contemporáneo es conveniente ubicarse en el contexto de la aparición, a comienzos de los años 70, de los trabajos de George Klein (1976) que contribuyeron de manera contundente a que se produzca un giro hermenéutico en Psicoanálisis. Con la pregunta “¿Dos teorías o una?”, título de uno de sus trabajos, Klein (1970) deja formulada una cuestión polémica aún no cerrada: metapsicología versus teoría clínica.

La metapsicología, basada en proposiciones propias de las ciencias naturales y que maneja nociones tales como energía, fuerza o estructura, es considerada incapaz de dar sustento explicativo a los datos clínicos, incapaz de explicar los significados del comportamiento humano. La teoría clínica, en cambio, basada precisamente en datos clínicos, se centra en la pregunta acerca de los significados e intenciones.

En ese contexto se desarrolla la tradición hermenéutico-narrativa en Psicoanálisis que es caracterizada, desde esta perspectiva, como la disciplina que se ocupa de los significados y experiencias subjetivas y sus interpretaciones. Donald Spence (1982a, 1982b, 1987 1990, 1993, 1994), Roy Schafer (1980, 1983, 1992, 1996), Merton Gilí (1992, 1994) son los autores contemporáneos más relevantes en esta tradición de cuyos aportes nos ocuparemos en este trabajo.

Que el Psicoanálisis trabaja sobre las narrativas o relatos de los pacientes, es un hecho indiscutible. Esta versión narrativa está presente para Freud desde el comienzo de su obra al caracterizar los historiales psicoanalíticos. Así, ya en el Historial de Elisabeth von R. (1895), Freud plantea:

* Trabajo presentado en el Segundo Coloquio de Colonia, Fundación Colonia del Sacramento, R.O. del Uruguay, octubre, 1996. Este trabajo se inscribe en el Proyecto de investigación: *Estudios sobre la inferencia clínica en el proceso psicoterapéutico* que cuenta con el Subsidio UBAC y T PS 049.

** Profesora Titular de Psicoanálisis: Psicología del Yo. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
Av. Independencia 3065 3° piso, 1225, Buenos Aires. Argentina. E-mail: aduarte@psi.uba.ar

“(…) Me resulta singular que los historiales clínicos por mí escritos se lean como unas novelas breves, y de ellos esté ausente, por así decir, el sello de seriedad que lleva estampado lo científico. Por eso me tengo que consolar diciendo que la responsable de ese resultado es la naturaleza misma del asunto (…) [ya que] una exposición en profundidad de los procesos anímicos como la que estamos habituados a recibir del poeta me permite, mediando la aplicación de unas pocas fórmulas psicológicas, obtener una suerte de intelección sobre la marcha de una histeria. Tales historiales clínicos pretenden que se los aprecie como psiquiátricos, pero en una cosa aventajan a éstos: el íntimo vínculo entre historia de padecimiento y síntomas patológicos (…)”, (P. 174)

En la misma línea se sitúa el comentario que Freud (1905) formula en las Palabras preliminares a la presentación de Dora:

“Sé que hay –al menos en esta ciudad– muchos médicos que (cosa bastante repugnante) querrán leer un caso clínico de esta índole como una novela con clave (…) y no como una contribución a la psicopatología de las neurosis. (p.8)

Al respecto de la concepción narrativa implícita en Freud, Spence (1982a) plantea:

“Freud nos hace percatar del poder persuasivo de una narrativa coherente, y en particular, de la manera en la cual una reconstrucción correctamente elegida puede llenar el vacío entre dos eventos aparentemente no relacionados y, en el proceso, producir sentido del no sentido. No parece haber dudas de que un relato bien construido posee una clase de verdad la narrativa que es real e inmediata y que conlleva una importancia significativa para el proceso de cambio terapéutico.” (p. 21)

Es recién en las últimas décadas que el proceso psicoanalítico es concebido por algunos autores, entre los que se encuentran Spence, Schafer y Gill, como un proceso dialógico narrativo.

En el desarrollo de este proceso dialógico-narrativo, ambos, paciente y analista cooperan en establecer conexiones, en organizar las experiencias subjetivas del paciente, en decodificar sus producciones no-verbales y en encontrar significados. En ese tiempo narrativo en el que transcurren las sesiones, paciente y analista se convierten en coautores de un texto, de un relato que van construyendo y cuyo punto de partida es la historia personal del paciente, en tanto historia subjetiva que se despliega y resignifica en el proceso psicoanalítico.

Schafer (1983) caracteriza al Psicoanálisis desde esta perspectiva hermenéutico-narrativa en la que se ubica, en los siguientes términos:

“En esta versión [hermenéutica], el Psicoanálisis es una disciplina interpretativa antes que una ciencia natural. Tiene que ver con el lenguaje y con equivalentes del lenguaje. Las interpretaciones son redescpciones o renarraciones de acciones siguiendo líneas correspondientes al interés psicoanalítico. (...) El analista examina las presuposiciones y las metas de las narrativas del analizando, es decir, las reglas que el analizando está siguiendo en su libre asociación o al resistir la libre asociación. Pero el analista al definir estas reglas no está ni libre de teoría ni libre de método. Una concepción positivista simplista del trabajo analítico resulta inadecuada, porque no hay una ruptura tajante entre sujeto y objeto. Los hechos son lo que el analista hace que sean; ellos existen en función de las preguntas específicamente psicoanalíticas que guían el proyecto narrativo, y estas preguntas implementan las estrategias narrativas favorecidas por las presuposiciones propias del analista, por poco sistematizadas que ellas puedan ser.

Al decir, como prueba final de verdad, que no existe una realidad simple conocible, uno establece las bases para caracterizar al Psicoanálisis como un método narrativo con el que construir una segunda realidad. Esta segunda realidad está organizada, en gran parte, en los términos de lo que Freud denominó procesos mentales inconscientes, a los que describió como atemporales, concretos, mágicos, tolerantes a las contradicciones, etc. El analista habla, en este sentido, de realidad psíquica o de fantasía inconsciente. Pero en la medida en que se apliquen de manera sistemática los criterios apropiados de descripción, esta realidad resulta tan real como cualquier otra realidad. Aunque esta segunda realidad algunas veces solapa la realidad ordinaria, consciente, racional o pragmática de la vida cotidiana, no es necesario que lo haga –y en aspectos cruciales no lo hace. La segunda realidad del Psicoanálisis es, de diversas maneras, más afín con la realidad construida en la poesía y en los relatos, en las artes visuales y en los mitos. Ella suplementa y compite con la realidad pragmática convencionalizada. Ambos tipos de realidad son construcciones. Cada construcción tiene su uso.” (p. 255-256).

En Psicoanálisis la narrativa alude a la historización de un pasado, en la que los hechos narrados reflejan una significación particular que se re-significa según los contextos. Esta historización remite a los diferentes modos de organizar y dar sentido a

la experiencia, de concebir la reconstrucción clínica como una narrativa plasmada en el interior del aquí y ahora de la relación analítica.

¿Cómo se configura una narrativa? Aquí el Psicoanálisis convoca a la teoría literaria, que caracteriza a la narrativa como un relato configurado y organizado alrededor de un eje que involucra una secuencia temporal.

Quizás, el pensamiento postmoderno tenga una influencia indirecta en estas concepciones hermenéutico-narrativas del Psicoanálisis desafiando ideas absolutas, relativizando las nociones de verdad objetiva, de observador no contaminado ni contaminante.

La inclusión de la noción de narrativa aplicada a la historia del sujeto implica un cambio de perspectiva en la consideración del pasado como dimensión relevante, en tanto reservorio de hechos históricos que explican situaciones del presente. Es así que se cuestiona el objetivo del análisis tal como fue expuesto por Freud (1937) en “Construcciones...”: lograr una imagen de los años olvidados que sea a la vez verdadera y completa.

Spence (1982 a y b) plantea que los datos psicoanalíticos no son evidentes por sí mismos, ni tienen una significación unívoca ni permanente.

Una concepción similar a la de Spence es formulada por Schafer (1983, 1992) quien plantea que toda narración en sesión es siempre una *nueva narración (retelling)*. En esta nueva narración se sintetizan diversas operaciones: se redescrive algo, se realiza una revisión temática, se reinterpreta, se recontextualiza, se evalúa. Toda descripción supone una reducción de significado a los términos de otra narrativa. Así, en Psicoanálisis, se reducen diferentes formas manifiestas de una acción a situaciones prototípicas de la infancia. Al interpretar, el analista sigue determinadas formulaciones argumentales distintivas de su enfoque teórico, de su *narrativa dominante (master story)*, como denomina Schafer (1992) a los lineamientos de las diferentes escuelas psicoanalíticas.

En la sesión psicoanalítica los relatos verbales o actuados del paciente devienen hechos analíticos sólo luego que analista y paciente los han re-formulado. Spence coincide con Viderman (1979) al plantear que una interpretación es siempre un acto creativo que surge en el *espacio analítico*. Todas las interpretaciones remiten a una verdad histórica indeterminada. Es decir, las interpretaciones son construcciones con diferentes e inciertos niveles de sustento en acontecimientos históricos. De esta manera,

los relatos que se construyen en el diálogo psicoanalítico adquieren fuerza de “verdad narrativa”.

Para Spence (1982b) en el análisis se elaboran construcciones, *proposiciones creativas*, se construyen correspondencias. En realidad, la reconstrucción que se supone desentierra hechos específicos del pasado, concluye siendo una construcción en la que en una narración significativa y coherente incluimos un elemento de la realidad, un elemento del pasado del paciente. Es en este punto donde Spence formula su planteo más contundente. En Psicoanálisis nos ocupamos de *verdades narrativas* y no de verdades históricas. El psicoanalista construye un relato histórico que adquiere continuidad y coherencia para el paciente, en el que las piezas de su recuerdo encajan; construye un relato convincente y verosímil que a Spence le resulta problemático pensar que sea verídico; es decir, que tenga valor de verdad histórica.

Esta nueva realidad, esta construcción, al adquirir verdad narrativa, se convierte en una parte significativa de la cura psicoanalítica. La construcción no sólo da forma al pasado sino que se convierte en pasado. En este proceso incide lo que Spence (1982a) denomina *presión hermenéutica*. Una vez que un hecho aislado ingresó a un relato significativo para el paciente, este relato impone una presión hermenéutica de modo tal que ese hecho aislado queda incorporado, consolidado, en dicho relato.

Como señala Morris (1993), Freud tenía una fe persistente en la posibilidad e importancia de descubrir los hechos del pasado olvidado, de acceder a esas verdades históricas que estaban a la espera de ser develadas.

Spence (1982) denomina *arqueología del recuerdo* a la propuesta reconstructiva en Psicoanálisis, aquella que siempre está dispuesta a encontrar el *grano de verdad* en los acontecimientos recuperados del pasado, ante los cuales –enfatisa– no hay evidencias disconfirmatorias por lo cual muchas interpretaciones dependen más de su poder persuasivo, o de sus características lingüísticas, que del hecho de representar o no una verdad histórica.

Spence (1987) critica el modelo arqueológico reconstructivo de Freud, presente en su obra desde el comienzo hasta el fin, porque considera que supone contenidos fijos y únicos que llevan a que el analista se proponga formular la interpretación correcta basándose en el *axioma de la solución singular*.

Al encarar el problema desde el modelo constructivo, en cambio, se establece la posibilidad de soluciones alternativas, de explicaciones diversas según los contextos que las resignifican y les otorgan verdad narrativa. Esto hace que en la sesión no se descubran pautas de funcionamiento sino que se las configure.

Schafer formula consideraciones similares a las de Spence. Para él todo relato del pasado es una reconstrucción de una construcción previa. (1983) Es decir, cada relato del pasado es una reconstrucción en el presente que está controlada por una estrategia narrativa que interviene en su elaboración siguiendo criterios de relevancia que pueden diferir según el contexto, que pueden transformarse.

De acuerdo con Schafer (1992), el relato conscientemente presentado por el paciente es sometido, durante el trabajo analítico, a un proceso de *desestabilización*, de *deconstrucción* y *desfamiliarización*. Es decir, que el analista durante el proceso analítico trabaja en la desestabilización de las defensas que sostienen la narrativa del paciente, así como en la deconstrucción de esa narrativa –que conlleva el análisis de sus incoherencias, contradicciones o recurrencias internas– y en la desfamiliarización de ese material que supone aquellas revisiones, que desde el insight, posibilitan al paciente una nueva construcción, una nueva narración seguramente más sólida y satisfactoria.

Para Schafer, la interpretación psicoanalítica se centra en los significados personales que el analizado inconscientemente adscribe a acontecimientos y acciones del pasado y del presente y que usualmente están organizados de manera repetitiva alrededor de conflictos infantiles, de fantasías y de modos de pensar y sentir.

Si bien, como señala Reed (1995), es necesario distinguir entre narración y suceso narrado, es importante enfatizar que, para estos autores, la narrativa no es una alternativa a la noción de realidad o de verdad. Se trata del modo en que la realidad y la verdad se presentan. Sólo tenemos versiones de la realidad y de la verdad, nos dicen. Nuestro acceso a ellas está mediado por la narrativa.

Un importante supuesto implícito en el abordaje hermenéutico-narrativo es que en la verosimilitud y persuasividad de las narrativas reside su efectividad terapéutica.

Los modos narrativos inciden en la manera en que el pasado es entendido, ya que, en tanto la historia es el producto de un proceso constructivo, nuestra comprensión de lo acontecido se modifica, se enriquece o se altera. Los relatos del pasado no son, pues, su réplica. Como observa Gill (1994):

“Las narrativas en análisis son múltiples. Los relatos cambian a medida que el tratamiento progresa, no sólo porque diferentes temas conducen a diferentes relatos sino porque también el presente siempre cambiante influye en cómo se recuerda el pasado”. (p. 122)

Es así que, para la concepción hermenéutico-narrativa, “cada análisis termina siendo, finalmente, una nueva narración de vida”. (Schafer, 1992)

Descriptores: HISTORIZACIÓN / CONSTRUCCIONES / INTERPRETACIÓN

Bibliografía

1. FREUD, S. (1896): **“Estudio sobre la Histeria”**. O.C. Buenos Aires: Amorrortu Editores. T. II.
2. _____ (1905): **“Fragmentos de Análisis de un Caso de Histeria”**. O.C. Buenos Aires: Amorrortu Editores. T. VII
3. _____ (1937): **“Construcciones en el Análisis.”**, O.C. Buenos Aires: Amorrortu Editores, T. XIII.
4. GILL MM. (1991): “Merton Gill speaks his mind”. **American Psychoanalyst**, 25,17-21.
5. _____ (1994): **Psychoanalysis in Transition. A Personal View**. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
6. KLEIN G. (1970): “¿Dos Teorías o Una?” **Rev. de Psicoanálisis**, 27, 553-594.
7. _____ (1976): **Psychoanalytic Theory. An Exploration of Essentials**, New York, I.U.P.Inc.
8. MORRIS H. (1993): “Narrative representation, narrative enactment, and the psychoanalytic construction of history”. **Int. J. Psycho-Anal**, 74, 33-53.
9. REED GS. (1995): “Clinical truth and contemporary relativism: Meaning and narration in Psychoanalytic situation”. **JAPA**, 43, 713-739.
10. SCHAFFER R. (1983): **The Analytic Attitude**. New York: Basic Books.

11. _____ (1992): *Retelling a Life*. New York: Basic Books.
12. _____ (1996): "Authority, evidence, and knowledge in the psychoanalytic relationship". **Psychoanalytic Quarterly**, LXV, 236-253.
13. SPENCE D. (1981): "Psychoanalytic competence". **Int. J. of Psycho-Anal.**, 62, 113-124.
14. _____ (1982a): *Narrative Truth and Historical Truth*. New York: Norton.
15. _____ (1982b): "Narrative truth and theoretical truth". **Psychoanalytic Quarterly**, 43-69.
16. _____ (1987): **The Freudian Metaphor**. New York: Norton.
17. _____ (1990): "The rhetorical voice of psychoanalysis". **JAPA**, 38, 579-603.
18. _____ (1993): "The hermeneutic turn: Soft science or loyal opposition?". **Psychoanalytic Dialogues**, 3 (1) 1-10.
19. VIDERMAN S. (1980): "El espacio analítico: significado y problemas". **Psicoanálisis**, 11(2): 1013-1063.

La Interdisciplina

*Memoria, Historia, Narrativa.
Reflexiones desde el psicoanálisis*

*Sélika Acevedo de Mendilaharsu**

I. Memoria, Historia, Narrativa, por su particular relación con el lenguaje, ofrecen al psicoanalista una vía privilegiada de abordaje de la interdisciplina en la cultura.

El término cultura, limitado en sus comienzos a las artes del trivio y del quatrivio, engloba actualmente el conjunto de modos de vida de un grupo humano, creados y transmitidos por vía generacional entre los miembros de cada sociedad particular. Y el hecho cultural por excelencia es el lenguaje: lengua, sociedad y cultura son solidarias.

El lugar atribuido al lenguaje es central en muchas corrientes del pensamiento filosófico del continente europeo: existencialista, fenomenológico, ontológico o hermenéutico, pero también lo es en la corriente filosófica analítica anglosajona de orientación pragmática y neopositivista. En esta última, Wittgenstein⁽¹⁷⁾ considera que la cultura remite al orden reglamentado de las relaciones interhumanas inmersas en un común universo de lenguaje. Y, agrega, los límites de mi mundo son los límites de mi lenguaje.¹

Para la tradición filosófica germánica que se extiende de Humboldt a Cassirer y Heidegger y que es adoptada en psicoanálisis por Lacan, el lenguaje construye las estructuras del mundo y lo que es conocido es sólo por el lenguaje. Las cosas del mundo son cosas de un universo estructurado en palabras: el lenguaje y los procesos simbólicos dominan y gobiernan todo.

* Miembro Titular de APU Colonia 1611. 11.200, Montevideo.

1. Con respecto al origen del lenguaje, es más bien el lenguaje que habría creado al hombre que el hombre al lenguaje, especula Monod⁽¹²⁾ a propósito del lenguaje, encarado en los medios de comunicación, transformación y reproducción que la organización biológica pone al servicio de la especie.

El pensamiento alemán del siglo XIX donde era corriente la distinción entre ciencias del espíritu y la cultura, que comprenden sin explicar de manera causal y ciencias de la naturaleza, que explican, ha sido revisado desde distintos campos. Ya Jaspers en 1913 decía que ambos métodos no son incompatibles, que pueden coincidir a veces y sostenerse mutuamente. Pero en el curso del siglo XX algunas voces adquieren tonos más fuertes. La dicotomía de las dos culturas, ciencias humanísticas y letras por un lado y ciencias exactas, por otro, puede ser superada en una nueva ola, dice desde la física Prigogine.⁽¹⁴⁾ El saber científico en la perspectiva de reconciliación de las dos culturas, deviene una audición poética de la naturaleza. El modelo de la naturaleza en nuestra época sería tal vez una obra de arte, imagen que ya usaba Platón.

S. Hawking⁽⁹⁾ en sus reflexiones sobre las ideas científicas sobre el cosmos, pone el acento en las limitaciones del conocimiento humano y relativiza el poder explicativo de las teorías, que como conjunto de reglas y ecuaciones sólo existe en nuestra mente. Concluye recordando a Wingenstein, para quien la única tarea que le queda a la filosofía es el análisis del lenguaje.

Es quizás un truismo recordar que la ciencia por más fáctica que sea, no es un montón de hechos sino un sistema de ideas. Y los sistemas ideológicos son ficciones sostenidas por un habla social.² Las ciencias particulares trazan en cada sector su campo de trabajo donde difieren por su objeto de estudio y su metodología. Pero el profundo deseo de conocimiento que orienta al hombre, está limitado por enigmas, contradicciones y paradojas que ninguna teoría unificada puede llenar.

Niels Bohr⁽⁶⁾ desde la física atómica estableció una estrecha analogía entre el análisis de los fenómenos atómicos y el problema de la observación en psicología humana. Puso de manifiesto un argumento epistemológico común de complementariedad que permite aceptar dos concepciones opuestas y contradictorias en el mismo campo. La existencia de paradojas insolubles refleja una cualidad intrínseca del espíritu humano.

En la misma línea se pueden ordenar las ideas de E. Morin⁽¹³⁾ sobre aquellos conceptos que obligan a asociar nociones antagónicas y para los cuales el paradigma que rige nuestro pensamiento y concepciones según los principios de disyunción, separación y reducción, resulta inapropiado.

2. Y Barthes⁽⁵⁾ sostiene “esta encuentra una clase sacerdotal (oficiantes, intelectuales, artistas) para hablarlo comúnmente... y difundirlo... que combate por su hegemonía y cuando obtiene el poder se extiende en lo corriente y cotidiano volviéndose doxa...”

II. Hasta este momento el interés estuvo en desdibujar los límites tradicionalmente admitidos, para poder dirigir la mirada, en forma más libre, a los procesos que llevan los nombres de Memoria, Historia, Narrativa. Cada uno de ellos, una vez delimitados son objeto y tema de múltiples disciplinas. Nuevamente siguiendo a Wingenstein a propósito de los juegos de lenguaje, la tarea ahora es considerar, mirar, encontrar, qué semejanzas, parentescos y, agregamos, diferencias, tienen entre sí, en una suerte que permita prescindir de definir los términos. Por el hecho de su inclusión en el discurso psicoanalítico entran a formar parte de una nueva “estrategia textual” capaz de establecer nuevas conclusiones semánticas. E importa entonces, considerarlos en sí mismos en lo que tienen de originales por el hecho de esta inclusión.

Parafraseando a Mircea Eliade⁽⁸⁾ se puede decir que un fenómeno psicoanalítico sólo se revela como tal, a condición de ser aprehendido en su propia modalidad, es decir a escala psicoanalítica.

Se ha dicho y repetido con razón que el acto analítico es esencialmente un hecho de lenguaje, pero el problema de escucha e interpretación no es simplemente codificar y decodificar mensajes (nuestros pacientes nos hablan y nosotros les hablamos), sino que es introducirnos en las complejidades, trampas y enigmas que implica su uso en relación con la situación transferencial, la intersubjetividad y los afectos. Y es precisamente la transferencia, uno de los pilares del método psicoanalítico, que está en la fuente de los problemas en relación con la memoria y la historia.

La exposición de los acontecimientos pasados, el estudio del pasado del que se ocupa la Historia, después de los tiempos de Herodoto, constituye para el hombre una vía de autoconocimiento. Desde el presente el historiador busca las raíces de los acontecimientos y en esa búsqueda se aproxima al psicoanalista. La crisis del positivismo histórico y de la historiografía ideológica y radicalizada, ha dado paso a la búsqueda de nuevos objetos correlativos de nuevos enfoques (Nora, Le Goff, Hobsbawm, etc.). El retorno del acontecimiento renovado, la declaración de que es el historiador que desde su presente da la coherencia significativa del pasado, aproxima aún más nuestras disciplinas. Pero en esta búsqueda la metodología que se impone al historiador es enteramente racional y en todo caso la introducción de la subjetividad es

la de la conciencia. En psicoanálisis el lugar que ocupa la otra escena, “der anderer Schauplatz” introduce otras particularidades.³

La transferencia abre el pasado, el camino regresivo a los orígenes, pero la historia que se construye está lejos de ser una reconstrucción ordenada y coherente del mismo. Resurgen los conflictos infantiles, ahora renovados, donde juegan intensos afectos que colapsan el tiempo transcurrido, lo telescopan, lo anulan. El pasado, lo infantil es un ahora que se impone con violencia. Se dan transposiciones tópicas por efecto del aquí y ahora transferencial, influencias retrógradas ligadas a construcciones de sentido en las que participan el analizando y el analista. Las reconstrucciones no son reconstrucciones de una realidad fáctica ni de eventos “puros” objetivos del pasado, sino una verdadera elaboración significativa que permitirá la reorganización de fragmentos de historia.

El sentido progresivo del tiempo cronológico llevaría a pensar la historia que se construye en el espacio analítico en una forma unitaria propia de una memoria archivo. Por lo contrario no hay unificación sino pluralismo. El tiempo ya no es el tiempo lineal, secuencial, de la lógica de la conciencia, sino que adquiere presencia otro tiempo interno sobre el fondo de la ausencia de aquel: es el tiempo ligado a la memoria y al recuerdo donde rigen paradójicamente la atemporalidad freudiana con el tiempo del *après-coup*, de las resignificaciones y de la posibilidad de historización.⁽³⁾ Esto entronca con el hecho más general que en la época actual se jerarquiza en la cultura el papel del desorden, de la no linealidad, no como caos sino como información compleja. La oposición compulsión de repetición, ligada a la atemporalidad del inconsciente, en un sistema cerrado, y rememorización e historización, implicando un tiempo irreversible, encuentran su posibilidad de resolución –desde luego siempre parcial– en el lugar del analista, que por su función en la transferencia autoriza encuentros, confluencias y anudamientos múltiples, transitorios y más o menos puntuales de estas temporalidades.

Se ubican aquí distintas interrogantes y en primer lugar las relaciones de la memoria y el lenguaje con el problema de lo preverbal en psicoanálisis. Si bien el nivel verbal simbólico es de primera importancia, no hay que olvidar el lugar que ocupan los hechos estéticos en el trabajo analítico. El discurso del paciente adquiere en ciertos momentos características propias del discurso estético sin correspondencias verbales rigurosas y donde los sentimientos afloran en su inmediatez proporcionando una emoción que otros tipos de discurso eluden. Musicalidad, ritmo sintonía, juegan en esta primacía de lo

3. Se trata aquí de la historia *en* psicoanálisis y no de la historia *del* psicoanálisis.

poético. Pero en estos movimientos regresivos privilegiados también se presentifican mensajes que nos hablan de recuerdos-memoria actualizados en el aquí y ahora transferencial, que están más acá del campo verbal, como patrones motores y sensaciones que tienen toda su historia corporal primitiva.

En las conceptualizaciones iniciales sobre el inconsciente y en la primera teoría del aparato psíquico, Freud privilegia la inscripción del recuerdo, la huella mnémica. La huella mnémica introduce todo el problema de la sucesión temporal y de la causalidad psíquica. No deja de ser cierto que hubo un principio pero ese principio, como todo lo relacionado con los orígenes, es mítico y como tal ha llevado a extremos en el cuerpo teórico psicoanalítico, que oponen determinismo y causalidad lineal a creación y construcción en el aquí y ahora transferencial.

Las fantasías originarias, el valor creciente atribuido a los acontecimientos vividos en la transferencia, si bien no disminuyen la importancia del recuerdo, desplazan su interés de la inscripción misma. El elemento que ocupa ahora el primer plano es el retorno, la vuelta, la repetición, el núcleo duro de nuestra realidad psíquica.^(1, 2) En la experiencia analítica, lugar del innegable retorno, se actualizan en la transferencia, estructuras arcaicas infantiles organizadas alrededor de un centro constituido por la pérdida y la ausencia. Podemos en los casos en que surgen recuerdos, enfatizar un primer “hecho original” que se reactivaría en ocasión de todas las nuevas pérdidas. Lo que toma todas las veces el carácter de violento, traumático e inaceptable es la pérdida misma, ya sea que se hable de la pérdida del objeto, de la falta, de la separación, del encuentro con la finitud y la muerte, etc. Los procesos disruptivos (nuevos traumas) en el curso de la existencia, se amalgaman y condensan, pero al no integrarse en un contexto de sentido, agravan la situación inicial. También es posible, como efecto de eventos favorables, que ocurran reorganizaciones, pero que estas no logren transformaciones más radicales. Es sólo el espacio analítico, que permitirá, gracias a la movilización que implica en la diada analista-analizando, trabajar sobre ellas y sobre el sistema defensivo correlativo (represiones, renegaciones, clivajes, identificaciones, no simbolizaciones, etc.). En este trabajo lo conservativo, ligado a la pulsión de muerte, que disuelve los nuevos nexos o destruye los existentes, reinstala la pérdida. La rememoración, conectada con la pulsión de vida, crea escenarios múltiples y complejos donde se actualizan estas organizaciones, sometidas hasta ahora a la repetición, permitiendo un verdadero trabajo de desbloqueo de la memoria semejante a un trabajo de duelo que abre las puertas a un tiempo futuro.

Queda finalmente por ubicar el lugar de la Narrativa en el discurso analítico y sus particularidades. Si bien el texto, el discurso narrativo, es tenido en cuenta por todos aquellos que abordan el material de las sesiones, hay toda una corriente teórica actual que pone fuertemente el acento en el mismo. Dentro del campo hermenéutico y resumiendo las posiciones de Sherwood, Spence, Sharpe y otros, la búsqueda del encaje narrativo sería la tarea esencial de psicoanálisis, sintetiza Wallerstein⁽¹⁶⁾ en 1986. El psicoanálisis se convierte así en el relato repetido de historias de una vida particular hasta que analista y paciente llegan a un consenso con respecto a una historia mejor o a la última historia posible, que dé cuenta del conjunto de síntomas, conductas y disfunciones con que el paciente se presentó al iniciar el tratamiento. El analista sería más un poeta y un esteta que un científico historicista.

A su vez Ricoeur,⁽¹⁵⁾ como investigador de los problemas de la prueba en los escritos psicoanalíticos de Freud, habla de lo que denomina inteligibilidad narrativa como cuarto criterio para una buena explicación. Menciona el carácter narrativo de la experiencia analítica como uno de los hechos pertinentes en psicoanálisis que este filósofo considera equivalentes a los datos que la epistemología del empirismo lógico llama datos de observación.

Una concepción puramente narrativa de la experiencia psicoanalítica es, desde luego, insuficiente: no jerarquiza el hecho que el sujeto dividido, descentrado, es el núcleo central de la misma, con la consiguiente trivialización de la interpretación y del factor económico de la reestructuración de energías en el manejo defensivo, necesarios para el cambio psíquico.

Dentro de la teoría de la narrativa de la semiótica literaria de U. Eco, hay una visión que aproxima más nuestras disciplinas, dando de algún modo, lugar al sujeto dividido. U. Eco⁽⁷⁾ habla de una epifanía de la narratividad donde hay tres personas en la trinidad narrativa: autor, narrador y lector. Los conceptos de lector modelo y de autor modelo (para el que sugiere un Es alemán y un Ello español) tiene puntos de contacto con lo que se podría llamar “trinidad narrativa” en el marco de la sesión psicoanalítica. Se consideraría en ésta: el texto narrado, el analista lector del texto, y el autor modelo, voz

tercera que correspondería al sujeto de la enunciación, distinto del sujeto de los múltiples enunciados que constituyen su discurso narrativo.⁴

Por último es importante marcar aquello que está más allá de la posibilidad de producir historias, el resto no narrable, el real que resiste a la significación (“le vreél”, telescopaje de vrai y reél⁽¹¹⁾) límite absoluto de toda historización, y que es necesario distinguir de los silencios que siguen al estupor de las catástrofes, que bloquean la memoria, pero que están abiertos a un posible rescate con la recuperación de la capacidad de pensar transitoriamente violada.

Ha llegado el momento de concluir. Si bien es innegable el hecho que las monodisciplinas, con su rigor metodológico y su lenguaje específico, han desempeñado y desempeñan un papel de jerarquía en el desarrollo científico, este no puede llevar a aislamientos ni encierros dogmáticos que significarían desconocer la imprescindible concurrencia de múltiples saberes para interrogar problemas complejos. Es sabido que la especialización en la intersección de especialidades monodisciplinarias, universalmente reconocidas en el momento actual por su valor heurístico, se movieron inicialmente como transgresiones a las fronteras tradicionales. La interdisciplina nos enriquece, en particular la intertextualidad, el encuentro con otros modelos, han proporcionado herramientas de valor al psicoanálisis. Pero voy a insistir aquí en conceptos que expresé anteriormente⁽⁴⁾ y es que los teóricos no pueden, en esta extraterritorialidad, olvidar las diferencias de discurso (algo que he tratado de transmitir en las líneas anteriores con respecto a Memoria, Historia, Narrativa). No se trata de levantar nuevos muros sino de sostener las diferencias necesarias para que nuestras disciplinas no diluyan su identidad con el borramiento de los límites necesarios de cada una de ellas.

**Descriptores: CIENCIA / LENGUAJE / TIEMPO / PSICOANÁLISIS /
HISTORIZACIÓN**

4. Sólo se trata aquí del interés que tiene la narrativa para el psicoanálisis y no de la importancia del psicoanálisis para los estudiosos de la crítica literaria de las narrativas.

Bibliografía

1. ACEVEDO DE MENDILAHARSU S. (1993). Neurosis hoy: problemas de límites. En: **La Neurosis Hoy**. VII Jornadas Científicas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay / A.P.U. Comisión de Publicaciones. Montevideo: APU, 1995.
2. _____ (1994). Interpretación y conocimiento en psicoanálisis. En: **Interpretar, conocer, crear...** / Bernardi, R. y otros. Trilce. Montevideo.
3. _____ (1995). Subjetividad y Tiempo en el espacio analítico. En: **Lo arcaico, temporalidad e historización**. IX Jornadas Psicoanalíticas en conmemoración de su 40° Aniversario / A.P.U. Comisión de Publicaciones. Montevideo: APU, 1995.
4. _____ (1996). Hechos en psicoanálisis. 2° Coloquio de la Fundación Colonia del Sacramento. En: **Temas de Psicoanálisis**, n° 24, 1996.
5. BARTHES R. (1973). **El placer del texto**. México, Siglo XXI, 1980.
6. BOHRN. (1958). Light and life. En: Atomic Physics and Human Knowledge. New York, Wiley and Sons, 1958.
7. ECO U. (1992-1993). **Seis paseos por los bosques narrativos**. Lumen, Barcelona, 1996.
8. ELIADE M. (1964). **Tratado de Historia de las Religiones**. Era, Méjico, 1964.
9. HAWKING SW. (1988). **Historia del tiempo**. Crítica, Buenos Aires, 1988.
10. KRISTEVA J. (1970). **El texto de la novela**. Lumen, Barcelona, 1974.
11. _____ (1979). **Folie vérité**, París, Seuil, 1979.
12. MONOD J. (1967). **La leçon inaugurale au Collège de France**. Notes de lecture. Scilicetn” 1, 1968.
13. MORIN E. (1994). **La noción de sujeto**. En: Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad. / Fried Schnitman, D. (comp.). Buenos Aires, Paidós, 1994.
14. PRIGOGINE J. (1988). **El nacimiento del tiempo**. Barcelona, Tusquet, 1991.
15. RICOEUR P. (1977). El problema de la prueba en los escritos psicoanalíticos de Freud. En: **Revista de Psicoanálisis**. Tomo 40, n° 5-6,1983.

16. WALLERSTEIN RS. (1986). El psicoanálisis como ciencia: una respuesta a las nuevas críticas. En: **Revista de Psicoanálisis**, tomo XLIV, n° 1, 1987.
17. WITTGENSTEIN L. (1953). **Philosophical Investigations**. Oxford, Blackwell, 1953.

La noción de narrativa en psicoanálisis¹

*Beatriz de León de Bernardi**

La noción de narrativa ha ocupado un lugar relevante en el desarrollo del psicoanálisis de las dos últimas décadas. Esto se explica en parte como reacción frente a un uso abstracto y esquemático de las teorías sobre el inconsciente en la interpretación psicoanalítica. Me referiré en este trabajo a algunos de los cuestionamientos actuales que acompañan el uso de la noción de narrativa (o relato, usaré ambos como equivalentes en este trabajo). En un segundo momento consideraré estos problemas desde la perspectiva de la tradición del pensamiento psicoanalítico rioplatense para mostrar que allí podemos encontrar un punto de apoyo para avanzar frente a los interrogantes actuales.

En el Río de la Plata la noción de narrativa surge integrada al estudio del diálogo analítico, sirviendo de pivot en una reflexión en la que se integran naturalmente preocupaciones clínicas y desarrollos teóricos –en especial de la corriente kleiniana. En el pensamiento norteamericano, en cambio, el rígido marco conceptual planteado por la psicología del yo y la teoría estructural se ve conmovida por posturas como las de D. Spence y R. Schafer. Estos, en el marco de la reflexión hermenéutica, desarrollan más recientemente ideas que representan un movimiento de ruptura y fuerte cuestionamiento. En estos autores la noción de narrativa tiene un lugar significativo en la manera como se concibe la teoría psicoanalítica, en los procesos de comprensión del analista y en la consideración de las formas de expresión del paciente.

D. Spence (1987), cercano en sus posturas a G. Klein, despoja a los pilares del edificio metapsicológico de toda realidad sustancial. En su visión, nuestras verdades sobre el inconsciente pueden convertirse fácilmente en falacias que den más cuenta del estado subjetivo del analista que del paciente. Sólo se vivifican si pueden ser concebidas

1. Trabajo presentado para el panel 'Narrativa', del Primer Coloquio Interinstitucional de la Asociación Argentina de Epistemología del Psicoanálisis: "Lo interdisciplinario: memoria, historia, narrativa". Buenos Aires, 10-12 de octubre de 1997.

* Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
Santiago Vázquez 1144, 11300 Montevideo. E-mail: bernardi@chasque.apc.org

como narrativas, modelos abiertos de valor operativo provisorio, metáforas del mundo interno del paciente. En una dirección similar se ubica R. Schafer cuando plantea que los enfoques teóricos constituyen en primer término narrativas dominantes en la escucha del analista. (Lebovich de Duarte 1996).

El cuestionamiento al uso de la metapsicología como instrumento clínico da paso a poner el acento en los modos específicos en los cuales se va desplegando el decir del paciente. Schafer (1992) buscará inferir la estructura central de las narrativas del analizando a través de los superpuestos relatos de su vida, “storylines”, o en las múltiples “narrativas del self”. Desde su punto de vista el trabajo analítico presenta una linealidad circular más que retrospectiva (Schafer, 1983), en la cual la reconstrucción del pasado infantil y el presente transferencial son interdependientes. Presente y pasado se reconstruyen según el modo narrativo y se influyen recíprocamente.

Spence explora las dificultades y paradojas de los procesos de escucha en el analista, en la medida en que implican movimientos de empatía y proyección activa, al mismo tiempo que una actitud de neutralidad y distancia. Da mayor importancia a los procesos de construcción ocurridos en la transferencia.

En estas posturas los criterios de verdad quedan inherentemente referidos a la coherencia del discurso construido en la actualidad del encuentro analítico. La noción de verdad narrativa deja de lado los modelos hipotético-deductivos como forma de aproximarnos a los fenómenos clínicos, para jerarquizar los procesos –incluyendo el insight y la respuesta emocional del paciente– ocurridos en el setting de la sesión. Si bien este cambio de perspectiva en la consideración de los hechos clínicos puede en primera instancia resultar banal, estas posturas generan una viva discusión en torno a diferentes problemas referidos especialmente al papel del analista y del lenguaje en la interpretación y a la significación del determinismo inconciente en la conformación del fenómeno transferencial.

Así, J. Ahumada (1994) señala cómo la hipervaloración del papel del lenguaje y del analista en los procesos de construcción de la interpretación pueden desembocar en un creacionismo verbal que desconoce la necesidad de transformación de la experiencia emocional del paciente. Asimismo, la sustitución de la noción de verdad como concordancia, sostenida por Freud y por los científicos en general, por la noción de

verdad referida a la coherencia interna del discurso analítico podría llevar al psicoanálisis a posturas idealistas.

Por otro lado J. Laplanche (1992) responde a la idea de la interpretación como construcción de Viderman, y a las críticas al modelo arqueológico de la propuesta hermenéutica, con la defensa del determinismo inconciente presente en la repetición y reconstrucción de la escena infantil pasada en la situación transferencial. En esta determinación inconciente jerarquiza –en detrimento de los eventos históricos puros– el papel de la represión original y los mensajes enigmáticos del Otro infantil reencontrado en la vivencia transferencial. Si siguiéramos la polémica podríamos, sin duda, escuchar respuestas válidas a estos planteos. Sin embargo, la extensión del uso del término narrativa en psicoanálisis excede ampliamente las coordenadas de las posturas hermenéuticas para indicar, en mi visión, una tendencia y una necesidad del psicoanálisis actual de describir y explicar más precisamente el dinamismo de los hechos clínicos y los factores de transformación intrapsíquica del paciente, partiendo de las formas concretas en que se establece el diálogo y la interacción analítica. En un CD-ROM reciente que reúne los trabajos psicoanalíticos publicados en revistas de habla inglesa desde 1920 hasta 1994 encuentro 1160 publicaciones, de autores que provienen de diferentes escuelas teóricas, que se refieren al término narrativa, incluyendo algún desarrollo sobre el mismo.

Algunas de las cuestiones planteadas anteriormente no nos resultan novedosas vistas desde nuestra tradición rioplatense. La noción de proceso en espiral de Pichon-Rivière, por ejemplo, recoge –anticipadamente– el guante de la controversia actual sobre la temporalidad –presente y pasado– en el proceso transferencial. Para Liberman (1976) la verbalización del paciente tiene las características de una narrativa organizada en secuencias temporales, además de las características que adjudica específicamente al estilo narrativo.

Si bien en la producción del Río de la Plata de los años 60 y 70 existió un interés en los desarrollos metapsicológicos, la preocupación por el estudio de las características de la situación analítica y del diálogo establecido entre paciente y analista aparece como objeto central de la tarea analítica (Winograd, 1986). El énfasis en el estudio de los fenómenos bipersonales y de la contratransferencia signa los trabajos de este período y centra en la actualidad de la sesión el punto de partida de reflexiones teóricas y clínicas.

Pero, además, estos enfoques nos permiten aproximarnos a algunas de las características de la comunicación analítica. La noción de ambigüedad radical del campo analítico (W. y M. Baranger, 1969), fundamentada en las concepciones kleinianas de la fantasía inconciente y de los procesos de simbolización concebidos como ecuaciones simbólicas, descubre la densidad del diálogo analítico y permite inferir diferentes dimensiones de la expresión verbal. Para Álvarez de Toledo (1954), en los modos de intercambio verbal se escenifican fantasías de relaciones de objeto primitivas. La palabra puede ser así objeto intermediario –que se regala, destruye o repara– imagen, emoción. Liberman amplía este marco de referencias con el desarrollo de un enfoque semiótico. La atención a los aspectos sintácticos y pragmáticos de la comunicación con el analista permite inferir más certeramente las significaciones inconcientes. Este proceso de atribuir significados inconcientes a las verbalizaciones o a las acciones implicadas en el decir del paciente constituye lo propio de la actividad semántica y de la actividad interpretativa del analista.

Estas concepciones pusieron especialmente a luz los múltiples registros implicados en la comunicación analítica. No sólo se trata de que estos desarrollos integran y teorizan en la comunicación el papel de los aspectos no verbales (Arbiser, 1993), sino que la misma expresión verbal aparece cargada de contenidos emocionales e implicando representaciones inconcientes de vivencias primitivas de contacto corporal.

Recientemente aportes de la investigación empírica (Stern, 1991) han descubierto en la comunicación del infante con su madre fenómenos de comunicación amodal (en los cuales se intercambian indistintamente diferentes registros sensoriales de comunicación) que podrían considerarse semejantes a los ocurridos en la comunicación terapéutica y que parecen corroborar desarrollos teóricos anteriores. También aportes desde la psicología cognitiva corroboran procesos descritos en relación con el papel de la interpretación en psicoanálisis. Wilma Bucci (1985) muestra cómo códigos simbólicos (del registro verbal y del registro discreto de la imagen) y subsimbólicos (múltiples experiencias sensoriales) son conectados en la comunicación analítica por el proceso interpretativo.

Pero el término narrativa, equiparable al de relato y vinculado al de estilo, queda referido en la teoría y la práctica analítica: a la búsqueda más precisa y auténtica del sentido inconciente del decir de paciente y analista; al modo como se van estableciendo

los procesos interpretativos y a las formas en que se van constituyendo los fenómenos transferenciales y contratransferenciales en el proceso de análisis.

Autores pertenecientes a diferentes escuelas de pensamiento buscan el sentido inconsciente de las expresiones del paciente, y destacan los aspectos defensivos puestos en juego en el armado del relato manifiesto del paciente y buscan conmoerlo, descubriendo una “segunda realidad” (Schafer, 1983), o las narrativas que se entrevén en las sombras (Makari y Shapiro, 1993), o atienden al surgimiento de resignificaciones (Lacan, 1953) en momentos de ruptura o deconstrucción, o a las colusiones entre la estructura del diálogo manifiesto y la estructura intersubjetiva latente (M. Baranger, 1993).

Desde mi punto de vista, la noción de relato resulta útil, además, en el estudio de los procesos interpretativos y en la comprensión de las posibilidades instrumentales del analista. Así, por ejemplo, los procesos explicativos presentes en nuestras interpretaciones y en nuestras elaboraciones teóricas sobre la tarea clínica, suponen implícitamente formas de relato surgidas espontáneamente en la mente del analista. Estas narrativas implican enlaces que proporcionan continuidad y organización a fenómenos heterogéneos surgidos en la comunicación analítica. Fenómenos dispares – ocurridos simultáneamente o en diferentes momentos del proceso de análisis– como la cualidad de un afecto, la hipernitidez de una imagen, la intensidad de una expresión verbal, o el contenido representacional de la misma, se unen en el analista en un relato significativo. Si bien son el resultado de una compleja tarea en la que queda implicado todo el funcionamiento mental del analista corresponde a la atención flotante y a la actividad preconsciente del analista establecer una “red de enlace” (de León, 1995), que será la base del proceso interpretativo. Estos relatos reciben su fuente de aspectos centrales de la actividad proyectiva del paciente, pero implican al analista activamente en los procesos de decodificación, transformación y reconstrucción del material recibido y cuestionan permanentemente su papel neutral.

Este primer nivel del relato incluye cierto grado de teorización. Los modos en que las teorías han sido vivenciadas por el analista –en sus experiencias de análisis en primer lugar–, contribuyen a generar primeros niveles de organización y de relato entendido como secuencia de fenómenos interconectados entre sí que adquieren un nuevo sentido. Nociones como las de “fantasía teoría”, (Nieto, 1982), teorización flotante (Aulagnier,

1975) o teorías implícitas (Sandler, 1988) dan cuenta de estos primeros niveles de organización de la experiencia analítica.

Sin embargo, la noción de relato o narrativa vinculada a la expresión verbal supone en sí misma cierto movimiento de distancia y de reflexión frente al material del paciente. En mi visión momentos claves en el proceso analítico escapan a la delimitación y organización de la expresión verbal. La representación verbal, operando dialécticamente, tiene entonces un carácter articulador y mediador frente a momentos descritos como de simbiosis o indiscriminación en el proceso analítico. Conceptualizados tradicionalmente como momentos de identificación proyectiva y de contraidentificación proyectiva, dan cuenta de procesos de comunicación inconciente inmediata en los cuales aspectos emocionales primitivos y la actividad fantasmática juegan un primer papel. Sólo en una segunda instancia el movimiento reflexivo del analista permite generar representaciones del vínculo intersubjetivo que pueden ser sometidas al proceso de análisis (de León, 1996). Estos momentos resultan especialmente fecundos y significativos en relación con la posibilidad de inferir la problemática infantil inconciente del paciente en la relación transferencial.

Múltiples desarrollos sobre el carácter de la transferencia y de la contratransferencia dan cuenta de estos aspectos. Así para Renik (1993) el analista es llevado inevitablemente a actuar en su contratransferencia. Betty Joseph muestra el carácter coercitivo de la transferencia sobre el analista como principal camino en el descubrimiento de las representaciones inconcientes implícitas.

Pero no sólo en este sentido es que se puede plantear los límites de la noción de narrativa aplicada al psicoanálisis. La concepción de la situación analítica como campo dinámico implicó considerarla como situación que va más allá de la organización significativa que puedan eventualmente adjudicarle el paciente y el analista.

Liberman (1970) diferenció la base empírica de la sesión, que incluirá todos los fenómenos ocurridos en el marco de la sesión analítica, de lo que podemos captar o inferir de la misma que, siempre será restringido. G. Klimovsky (1981) distinguirá, a su vez, la base empírica epistemológica, que no incluye teoría alguna, de la base empírica metodológica que ya supone cierto grado de aproximación teórica al material clínico. J. Puget reformula recientemente estas diferenciaciones al precisar que “sólo algo de lo que sucede (en el transcurso de la sesión) adquiere el status de material clínico o sea

algo capaz de ser pensado psicoanalíticamente ahora o después y producir transformaciones en el campo analítico.” (Puget, 1988: 447). Muchos fenómenos ocurridos en la sesión quedarán como la “roca dura” de la misma a la espera de poder ser conceptualizados.

No creo conveniente reducir la noción de verdad en psicoanálisis a la coherencia interna de nuestros relatos. Esto puede conducirnos a posturas solipsistas y a un discurso que se autoabastezca, aspecto que las mismas posturas hermenéuticas cuestionaron a los desarrollos teóricos demasiado independientes de una auténtica confrontación en el contacto clínico.

Pienso necesario mantener la idea de que la situación analítica y el proceso implican en sí mismos una realidad potencial no descubierta, que va más allá de nuestras narrativas y vivencias implicadas en el diálogo analítico, aunque estos aspectos sean centrales en el proceso de análisis. El que el analista tenga presente el referente de esta realidad potencial de los hechos, mas allá de sus posibilidades instrumentales de nombrarlos, en relación con la captación de la realidad psíquica del paciente, de la propia realidad o de las formas de la interacción establecida entre ambos –tanto en sus aspectos perceptibles como en sus aspectos latentes– favorece procesos de evaluación y contrastación de nuestras hipótesis interpretativas en el interior del proceso analítico. Permite visualizar con más nitidez nuestros problemas clínicos –por ejemplo como trabajamos hoy la transferencia y las teorías sexuales infantiles (entre otros)– (de León, 1997) y poder, a su vez, considerarlos en el contexto de nuestra realidad contemporánea.

En suma, la noción de narrativa ha permitido en otras culturas psicoanalíticas romper con la rigidez de la aplicación de ciertas concepciones teóricas. Esto permitió reformular conceptos psicoanalíticos en un nivel más próximo a la inmediatez de la experiencia clínica. Pero la tradición del pensamiento latinoamericano no es joven en este sentido.

La concepción de la situación analítica como campo de investigación en el cual se articulan en el presente de la sesión el nivel vivencial del diálogo analítico con concepciones psicoanalíticas fundamentales, que se inició en el Río de la Plata a fines de la década del 40, desarrollándose durante un período que se extendió durante casi 30 años, guarda aún un rico potencial de desarrollo tanto en relación con la investigación teórico-clínica, como en lo que se refiere a la investigación empírica.

Descriptores: DISCURSO / HERMENÉUTICA / VERDAD / INTERPRETACIÓN

Bibliografía

1. AHUMADA J. (1994): Interpretation and Creationism. **Int. J. of Psycho-Anal.** (1994) 75,4 (695-709).
2. ÁLVAREZ DE TOLEDO L. (1954): El análisis del “asociar”, del “interpretar” y de “las palabras”. **Rev. de Psicoanálisis**, Tomo XI, n° 111:269-275.
3. ARBISER S. (1993): Cambio psíquico y cambio en el enfoque de la psicopatología. **Rev. de Psicoanálisis de Madrid**, 17:99-114.
4. AULAGNIER P. (1975): **La violencia de la interpretación**. Del pictograma al enunciado. Buenos Aires: Amorrortu, 1977.
5. BARANGER W, BARANGER M. (1969): La situación analítica como campo dinámico. **Problemas del campo psicoanalítico**. Buenos Aires: Ed. Kargieman.
6. BARANGER M. (1993): La mente del analista: de la escucha a la interpretación. **Rev. de Psicoanálisis**. 49:223-236.
7. BUCCI WILMA. (1985): Dual coding: A cognitive model for psychoanalytic research. **J. Amer. Psychoanal. Assn.**, 33:571
8. DE LEÓN B. (1995): El pasado en las asociaciones preconcientes del analista. (Presentado al IV Congreso Peruano de Psicoanálisis: “100 años de psicoanálisis: Estudios sobre la histeria hoy”. Soc. Peruana de Psicoanálisis. Universidad de Lima, 6-8 de octubre, 1996).
9. _____ (1996): Problemas del campo de la transferencia-contratransferencia: perspectiva actual y vigencia de nuestras raíces. (Relato oficial al XXI Congreso de FEPAL) **Rev. Uruguay de Psicoanálisis** 84/85 (1997):179-199.
10. _____ (1997): Sexualidad y sexualidad infantil. (Presentado a las Jornadas Internas de A.P.U.: “¿Cómo trabajamos la conflictiva sexual hoy?”

11. LACAN J. (1953): Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. **Escritos I**. México: Ed. Siglo XXI, 1971.
12. LAPLANCHE J. (1992): **Entre el determinismo y la hermenéutica**. (Libro Anual, 1992).
13. LEIBOVICH DE DUARTE. (1996): La noción de narrativa en el psicoanálisis actual. [Trabajo presentado en el Segundo Coloquio de Colonia; Colonia, Uruguay, octubre de 1996].
14. LIBERMAN D. (1970): **Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico**. Buenos Aires. Ed. Galerna, 1971.
15. _____ (1976): Changes in the Theory and Practice of Psychoanalysis. **Int. J. Psycho-Anal.** (1976), 57:101-107.
16. MAKARI G, SHAPIRO T. (1993): On Psychoanalytic Listening: Language and Unconscious Communication. **J. Amer. Psychoanal. Assn.**, 41:991-1020.
17. NIETO M, BERNARDIR. (1984): La investigación en psicoanálisis. **Rev. Uruguay de Psicoanálisis**. 83 (1996):122-135.
18. THE PEP ARCHIVE 1. (1929-1994) **CD ROM**: Psychoanalytic Electronic Publishing.
19. PUGET J. (1988): ¿Qué es material clínico para el psicoanalista? “Los espacios psíquicos”. **Psicoanálisis**, X:445-454.
20. RENIK O. (1993): Analytic interaction: conceptualizing technique in light of the analyst's irreducible subjectivity. **Psychoanal. Quart.**, 62:553-571.
21. SANDLER J. (1988): Técnica psicoanalítica y “análisis terminable e interminable”. **Libro Anual de Psicoanálisis 1988. Journal of Psycho-Analysis**. Londres-Lima: Ediciones Psicoanalíticas Imago.
22. SCHAFERR. (1983): **The Analytic Attitude**. New York: Basic Books.
23. _____ (1992): **Retelling a Life**. New York: Basic Books.
24. SPENCE D.P. (1987): **The Freudian Metaphor**. New York: Norton.
25. STERN D.N. (1991): **El mundo interpersonal del infante. Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva**. Buenos Aires: Paidós.

26. WINOGRAD B. (1986): Los aportes de David Liberman al psicoanálisis. **Rev Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados**, 12:99-123.

Terceras Jornadas Clínicas sobre Adolescencia*

18 al 19 de setiembre de 1998

“La depresión y sus máscaras”

El Laboratorio de Adolescencia de A.P.U. ha realizado sus Terceras Jornadas Clínicas. Las mismas se han llevado a cabo en el marco de la Institución contando con la participación de colegas de las sociedades psicoanalíticas de Porto Alegre, Buenos Aires y Córdoba.

En esta ocasión se ha trabajado con la misma modalidad que años anteriores, esto es discutiendo sobre material clínico de pacientes adolescentes en tratamiento psicoanalítico, en grupos pequeños con una sesión plenaria final. Dichos encuentros pretenden ser un estímulo que permita compartir y discutir acerca de una tarea que nos llena de inquietudes y que muchas veces se nos hace difícil poder compartirla. Los materiales clínicos fueron presentados por psicoanalistas de Porto Alegre, de A.P.A y A.P.U.

El título de las jornadas en sí resultó polémico, en el sentido de que nos permitió la discusión acerca de la polisemia del término depresión. Si bien éste se vislumbra en el discurso analítico, muchas veces y paradójicamente nos pasa desapercibido cuando se trata del paciente adolescente. Como ya es sabido el adolescente transita por distintos duelos, el afecto que acompaña al duelo es un afecto depresivo y sin embargo, esto no es lo común en aquellos pacientes que consultan, probablemente se deba a que son otras las vías a las que accede el paciente adolescente para expresar su dolor.

* Estas jornadas contaron con la presencia de la Dra. Elfriede S. Lustig de Ferrer, delegada por COCAP. Los grupos de trabajo estuvieron coordinados por Mercedes F. de Garbarino, Irene Maggi, Carmen Médici, Marlene Araújo, Álvaro Nin, Clara Uriarte, Carlos Rozentoch, Gonzalo Varela, Elsa Garzoli, Virginia Ungar, Gerardo Rubinstein y Rodolfo Urribarri. Los sintetizadores fueron Paulina Costanzo, Amelia Mas, Miriam Martinovich, Hebert Tenenbaum, Julia Ojeda de Prego, Carmen Rama, Silvia Flechner, Zulli O'Neill, Fedora Espinal de Carbajal, Susana Balparda.

Así el acto, las conductas adictivas, las defensas maníacas, los intentos de suicidio, la anorexia o la bulimia pueden estar en lugar del afecto depresivo. Pero, ¿se puede hablar en este caso de máscaras?

En este siglo que es el siglo de las máscaras, vemos que éstas podrán ir cambiando, pero lo esencial es el dolor mental y las posibilidades que encuentra el paciente de tramitarlo. Parecería ser que la ilusión de nuestro tiempo es que fuera posible no perder (sea la juventud, etc.), se discutieron aspectos que vinculan el impacto del adolescente en el entramado del contexto social y cultural; de aquí surgieron planteos polémicos acerca de una sociedad adolentizada.

Los tres materiales clínicos mostraban coincidentemente adolescentes intentando lidiar con sus pérdidas haciéndose llamativa la ausencia de sentimientos depresivos. ¿Puede considerarse una característica de pacientes adolescentes?

Se habló acerca de la importancia de distinguir depresión de dolor psíquico, se resaltaron además los aspectos relacionados al sentimiento de desvalimiento. Fue destacada la instancia del superyo vinculándose al sentimiento de culpabilidad.

En todos los materiales discutidos se hizo presente la necesidad de poner en juego lo transgeneracional. El secreto generacional hace síntoma en la adolescencia cuando el paciente trata de encontrar su ubicación dentro de dicha trama.

Se discutió sobre la peculiaridad del tratamiento con pacientes adolescentes, es entonces que nos preguntamos ¿cómo se maneja el par transferencia-contratransferencia en el tratamiento?, surgieron también interrogantes acerca de cuál es el momento propicio para interpretar “en” transferencia o “la” transferencia en dichos pacientes.

El análisis se hace mucho más complejo cuando la dificultad para elaborar estos duelos se encuentra anclada en trastornos arcaicos que han perturbado el proceso identificador. Uno de los puntos de discusión fue entonces, la relación con el objeto primitivo y su pérdida que podrá dejar lugar a la vulnerabilidad depresiva anudada a los acontecimientos traumáticos que se irán dando en el devenir del sujeto.

*Síntesis realizada por: Irene Maggi,¹
Gonzalo Varela,² Silvia Flechner³*

-
1. Coordinadora de las Jornadas de Adolescencia.
 2. Miembro del Laboratorio de Adolescencia.
 3. Coordinadora del Laboratorio de Adolescencia.

Reseñas

¿Semejante o enemigo?

Daniel Gil, Edmundo Gómez Mango, Jacques Hassoun, Carmen Felicitas Lent,

Claudio Scazzocchio, Marcelo N. Viñar, Radmila Zyggouris.

Marcelo N. Viñar, Compilador

Ediciones TRILCE. Colección Impertinencias Impertenencias.

Entre la tolerancia y la exclusión.

Pertinencia del tema

Sería de mi parte obvio y poco educado predicar la bondad del libro. Puedo sí afirmar la pertinencia y vigencia del tema, su permanencia como problema ineludible y su candente actualidad, para el que cada lugar y tiempo de la historia debe buscar respuestas nuevas y originales, buenas o malas.

Tema siempre bipolar o bifronte: íntimo y colectivo.

En su polo íntimo de cogitación interior, allí donde lo subjetivo, lo propiamente singular, lo más íntimo y privado, se recorta como relieve o contraste de las categorías del conjunto. Esa paradoja de que soy un hombre como todos y también distinto a todos (único, singular, irrepitible); cogitación que nos ocupa siempre. Y para poder hurgar o buscar quién soy, tengo que apoyarme en quién es el otro, como una encuesta en boomerang.

Y en la esfera pública, política, imprescindible para la vida democrática y para el debate cultural del reconocimiento de las diferencias, de la legitimación de la alteridad, del acceso y la conquista de la pluralidad, como topos (o lugar) donde la heterogeneidad es fuente de crecimiento y de riqueza.

Ese carácter bifronte, bipolar: íntimo y público, barre la frontera entre lo intrapsíquico y lo transpersonal. Lo interior y lo exterior son permeables. Como sostiene Bajtin, conciencia y cultura se dialectizan y se influyen mutuamente.

Por un largo camino de lecturas, de reflexión y de vida nos fuimos dando cuenta de que esas preguntas que nos acompañan o nos persiguen desde la infancia: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? (pregunta en singular o en plural sobre la identidad), es indisociable

de la pregunta de quién es el otro (“der Andere”), quién es el prójimo, que será siempre “modelo o rival, socio o adversario”, como dice Freud.

Por elección, o pregnancia del quehacer profesional (mandato del oficio) –los marxistas decían que la vida hace a la conciencia y que la fórmula no es reversible–, los psicoanalistas siempre buscamos un horizonte de infancia como origen de las cosas. Allí, en la infancia, nos construimos mientras construimos nuestro mundo. Concomitantemente. Por consiguiente, los primeros bocetos de inteligibilidad del quién soy, son coextensivos a una lectura comprensiva del mundo que me rodea.

Conciencia y cultura se hacen simultáneamente, pero en los comienzos (¿o siempre?) el mundo que me rodea como algo inmediato no es un mundo inerte, ni una naturaleza, sino un mundo humano, poblado de seres humanos, de prójimos, de semejantes. Por lo menos en una aprehensión animista, prerracional. En esa etapa inicial, no hay alteridad: el otro que amo u odio, es con un amor en la anexión, la gemelaridad y el unísono.

No es sólo que los hombres vivan en sociedad, sino que necesitan o fabrican lo social para poder vivir. Hay un nosotros, un alma colectiva, antes que individual. Nacemos en una matriz grupal, de lenguaje, de mensajes, nítidos u opacos. Es ese baño sonoro, de sentidos más o menos comprensibles, que nos va haciendo humanos. Hay que acabar con el mito del individuo aislado, clamaba mi maestro José Bleger. En los humanos, la individuación es lo último, está al final de un largo camino de discernimiento y discriminaciones sucesivas. Tener un pensamiento y opiniones propias es un logro tardío y siempre parcial o parcialmente fracasado. Y no son tantos los humanos que logran ese grado excelso de individuación, que es un logro, sin duda, pero que siempre se paga con dolor, sufrimiento y soledad. Siempre los otros nos influyen, nos mandatan, siempre vivimos inmersos en un cierto grado de sugestión e hipnosis.

Es por esta génesis, en muy apretada síntesis, que sostengo que el otro, semejante o enemigo, es parte constituyente de mi ser, de mi identidad. Que el sí mismo se recorta en contrapunto dialéctico, en contraste con los otros que están allí, como iguales o distintos, como semejantes o diferentes, o ambos términos en una compleja, contradictoria, a veces bizarra combinación.

¡Qué cerca y qué lejos está el prójimo! Qué idénticas u opuestas sus reacciones, sus percepciones frente a los mismos estímulos y situaciones. ¡Escándalo de las diferencias!

Experiencia de la vida íntima y de la vida pública: la pareja o el amigo que escogí, el hijo que engendré, los padres o maestros que me educaron ¡tan cercanos y opuestos!

Lo diferente rompe el equilibrio de la serie, se convierte en lo inesperado, lo que descoloca o descentra.

Para poder pensar se requiere la estabilidad de sentidos y significaciones compartidas. Somos hijos o productos de códigos interpretativos del grupo. Sin referentes todo es desorden, anarquía interior y del mundo (esto es lo que les pasa a los niños de la calle y maltratados).

El co-pensar de esa etapa inicial crea y concibe un prójimo a quien amar y someterse, por temor o indefensión. Por eso Todorov dice que las relaciones al otro inmediato son inicialmente de amor, odio u sometimiento, y solo después, mucho después, viene un pensamiento discriminado que puede conocer y valorar.

No se trata de suturar el abismo inmenso que existe entre la subjetividad y el espacio ciudadano de convivencia política; pero debemos y podemos atisbar pequeñas secuencias o itinerarios donde esos espacios heterogéneos interactúan y se dialectizan. No con una pretensión causal explicativa y determinista como buscaron los métodos del positivismo y la ciencia natural, sino admitiendo el conocimiento fragmentario y parcial que admiten los paradigmas de la complejidad.

Porque la barbarie está siempre allí, al acecho, virtual o explosiva y no podemos resignar de buscar pequeños fragmentos de comprensión y racionalidad.

No podemos desmoralizarnos por el fracaso de teorías políticas que parten de una concepción sustancialista de la naturaleza humana.

Arendt nos invita a partir de lo inmediato y accesible, la actualidad del acontecimiento y recorrer allí las formas de convivencia que apuntan a la destrucción o eliminación del otro, de aquellas, siempre llenas de incertidumbre, que reconocen la posibilidad de la existencia del alter, del legitimar su status y concebir un espacio de co-pertenencia, de negociación de la diferencia y de la enemistad. Trabajo interminable y penoso al que no podemos renunciar. La publicación de esta compilación es una contribución modesta pero cierta a este problema que siempre escapa a nuestra pretensión de abarcarlo.

Presentación de los autores

Los autores practican el Psicoanálisis, y piensan desde la experiencia y teorización que éste les brinda. Decir más simplemente que son psicoanalistas, daría una ilusión de homogeneidad a lo que no es unificable en una categoría profesional, cuando sus referencias teóricas y lealtades institucionales son diversas y heterogéneas, tal vez marginales a las ortodoxias dominantes hoy día.

También son diferentes sus países de origen y de residencia, destino a veces elegido, otras impuesto por las violencias de la historia. Sólo Claudio S. viene de la Biología Fundamental.

Radmila, Jacques, Edmundo y Claudio viven en París desde hace varias décadas, aunque uno nació en Yugoslavia, otro en Egipto, el tercero en Uruguay y el último en Italia. Carmen vive en Río de Janeiro, aunque nació en la Argentina y vivió varios años en USA. Sólo Daniel y Marcelo residen en este país, a veces llamado –quien sabe por qué– el Paisito. El primero es maragato, el último sanducero, exilados en Montevideo.

Sin duda estas errancias gravitan en la elección del tema sobre el cual reflexionan y escriben, aunque no sea tan obvio ni lineal establecer el nexo entre un curso de vida y el contenido de una reflexión.

Esta dispersión de “orígenes” y horizontes culturales es uno de los puntos de interés del libro.

En contrapunto a estas diferencias algo parece ser común o convergente a los diversos autores reunidos. Por lo menos a los ojos del compilador, el rasgo que se me hace más relevante para esta presentación es que no hacen un divorcio demasiado grande entre su práctica profesional y científica y su condición ciudadana y política. Lo que implica soportar una cierta dosis de opacidades e incertidumbres y “pensar en la perspectiva, no de lo que sabemos, sino de lo que querríamos saber. Lo que coincide con los propósitos explícitos de esta Colección.

Por ello, que el libro sea de autores múltiples no es un accidente sino una opción.

Marcelo N. Viñar

Jugando con la realidad I y II

P. Fonagy y M. Target

Estos son los dos primeros de tres trabajos que tratan acerca del desarrollo de la realidad psíquica y de su fracaso en los pacientes fronterizos. Fueron publicados en el IJPA en 1996 y en el Libro de Psicoanálisis de ese mismo año.

“Jugando con la realidad psíquica I”

Los autores sugieren que la definición de realidad psíquica propuesta por Freud no da cuenta del desarrollo subyacente a la evolución de la realidad psíquica en el sentido de cómo funcionan nuestras mentes y como la experiencia subjetiva de la realidad psíquica del niño difiere de la del adulto.

En el primer trabajo, los autores proponen un modelo que sitúa la noción de Freud de la realidad psíquica desde una perspectiva desarrollista. Esto significa que nuestra comprensión del mundo mental es radicalmente diferente en el niño pequeño y que depende de la interacción con otras personas suficientemente benignas y reflexivas.

Describen así que la realidad psíquica del niño muy pequeño posee un carácter dual. El niño opera generalmente en una modalidad de “equivalente psíquico” (lo que para Freud sería la realidad psíquica) donde las ideas son réplicas directas de la realidad y por lo tanto siempre verdaderas. Sin embargo, en otros momentos el niño utiliza una modalidad “aparente” donde las ideas se sienten como representacionales, aunque su correspondencia con la realidad no se examina. Existen evidencias que el afecto tiene un desarrollo anterior a lo cognitivo de manera tal que hay una comprensión de las emociones y de los deseos antes de la realización de la posibilidad de creencias diferentes.

Alrededor del cuarto y quinto año estas dos modalidades se van integrando cada vez más, estableciéndose una realidad psíquica reflexiva o mentalizadora, es decir que el niño adquiere la comprensión de que su propio comportamiento y el de su objeto tienen sentido en términos de estados mentales y además reconoce que estos estados son representacionales. En este sentido es de crucial importancia que un adulto o un niño mayor “juegue con él”, de manera que el niño vea su fantasía o su idea representada en

la mente del adulto, la reintroyecte y la utilice como una representación de su propio pensar.

Para ejemplificar en forma más clara este proceso los autores traen el caso de una niña de 4 años con el diagnóstico de frontera con múltiples síntomas (pesadillas recurrentes, terrores diurnos asociados en su mayoría a la separación, hiperactividad, agresividad y temor a la soledad y a la muerte).

Durante el tratamiento que duró unos años, el comportamiento de la paciente era totalmente simbólico, pudiendo hablar acerca de sus sentimientos, sueños, fantasías y distinguirlas de la realidad física. Sin embargo, su capacidad de mentalizar fallaba en algunos aspectos importantes y ciertos cambios que tuvieron lugar en el curso de la terapia resultaron similares a los descritos por los autores en los niños de 3 a 5 años.

El análisis de Rebeca, estaba dominado al inicio por la modalidad del equivalente psíquico, no habiendo un “espacio potencial” donde la experiencia de la paciente acerca del analista como padre podía ser comprendida. Sólo jugando con la realidad, permitiendo a Rebeca observar la representación mental del analista en el juego, pudo desarrollar una imagen de sus propios deseos de tener un padre, verlos como deseos, como parte de fantasías más formando parte del mundo real. Los autores sugieren que Rebeca no podía “jugar” a que tenía un padre por la reacción catastrófica de la madre a esta fantasía de la niña,

El niño pequeño, al intentar pasar de una modalidad dual a una modalidad integrada de la realidad psíquica se encuentra en un estado de mucha vulnerabilidad. La integración de la modalidad aparente (donde el niño cliva el pensamiento y el sentimiento de la realidad de todos los días) y la modalidad del equivalente psíquico (donde hay una ecuación de la realidad interna y de la externa) enfrenta al niño con dificultades cuando un pensamiento, que se siente que se vuelve real, produce una señal de peligro. Sólo cuando la modalidad aparente se integra gradualmente con la experiencia de la realidad psíquica correspondiente a la realidad externa, cuando los pensamientos de pronto se vuelven reales, surgen conflictos terroríficos. La resolución de este dilema surge por medio de la restricción radical de estas fantasías peligrosas primero, en la modalidad aparente y luego en un modo inconciente de pensamiento, a través del establecimiento de la barrera de la represión. En el caso de Rebeca la creencia de que su cariñoso abuelo era el padre había adquirido las cualidades de un hecho, transformando su muerte en un trauma de mucha mayor intensidad del que hubiera sido en otras circunstancias. En tanto en la transferencia, cuando el analista le mostró que

podía ser su analista o su padre, llamándole la atención sobre la realidad dual de que parecía un papá, pero que en realidad era el terapeuta, Rebeca hizo a su padre más real describiéndolo físicamente como alguien que había conocido y que se parecía al analista. Por eso fue muy importante que el analista jugara con las ideas de Rebeca y reconociera que formaba parte de su mundo interno y no de la realidad externa. Pudo llegar así a integrar la representación del analista-padre, como una experiencia subjetiva, sabiendo que era sólo una idea, que sus pensamientos y sus sentimientos eran representaciones más que una réplica de la realidad exterior.

En el juego de Rebeca lo que era importante no era simplemente jugar con la idea de un padre ausente, sino establecer una estructura donde los pensamientos y los sentimientos de cada persona podían imaginarse y ser considerados.

El trasfondo de los problemas de esta paciente era un estado de confusión e ignorancia acerca de las circunstancias actuales de su familia. La ausencia de un adulto en la casa que pudiera ayudarla a cerrar el espacio entre lo externo y lo interno la llevaba a necesitar de otro adulto, el analista, para proporcionarle el marco necesario para jugar y para reflexionar.

De esta forma el juego del analista con el niño tiene una función de valorizar el desarrollo dándole al niño la oportunidad de obtener una mejor comprensión de sus estados mentales.

El aspecto reflexivo del proceso analítico es comprender y no simplemente la empatía para hacer avanzar al niño de la modalidad del equivalente psíquico a la modalidad aparente y finalmente a la de mentalizar. No se trata de “copiar” el estado mental del niño, sino que tiene que ir más allá, ofreciendo una representación diferente pero experimentalmente apropiada. La mente del analista actuaría como un andamio para valorizar el desarrollo de la representación de la realidad psíquica del niño. El analista sólo gradualmente le irá mostrando al niño a través del contacto con su experiencia mental que es un conjunto de representaciones que pueden ser compartidas, jugadas y cambiadas.

“Jugando con la realidad psíquica II”

En este trabajo los autores hacen un breve resumen del trabajo anterior. Vuelven a enfatizar sobre la capacidad de reflexionar o de mentalizar sobre los sentimientos y los pensamientos que se construye a través de un proceso intersubjetivo entre el bebe y su madre o padre, el niño y el adulto, el niño y el hermano.

En este sentido su posición está reñida con la mayoría de los psicólogos desarrollistas en tanto que las teorías psicológicas actuales insisten en los precursores cognitivos de la teoría de la mente. El niño es visto como un procesador aislado de información, implicado en la construcción de una teoría de la mente desde principios básicos, acumulando las representaciones del mundo a través de la observación. Del punto de vista psicoanalítico esto constituye una imagen estéril que ignora el rol central de la relación emocional del niño con sus padres u otros cuidadores para fomentar la capacidad de comprender las interacciones en términos de estados mentales.

Target y Fonagy asumen, como la mayoría de los cognitivistas que trabajan en esta área, que el desarrollo de una teoría de la mente se canaliza o se prepara, pero que este canal no lo realiza la biología sino la interacción bebé-madre/padre. El desarrollo de los estados mentales de sí mismo y de los otros depende del sentido de la realidad psíquica del que tiene a su cargo el niño. Es la capacidad del niño de describir los estados mentales simbólicamente que le permite construir el mundo de la subjetividad, en la cual los sentimientos y los pensamientos pueden ser reales al mismo tiempo que no corresponden exactamente a la realidad externa o a las versiones de las otras personas de la misma.

La mentalización permite al niño ver las acciones de las personas como significativas a través de la atribución de los pensamientos y de los sentimientos. El niño de 4 o 5 años frecuentemente puede comprender lo que está haciendo al madre y por qué lo hace permitiéndoles a ambos una mayor independencia mental y física. La independencia emocional parcial marca un camino importante en las reacciones de los niños de 3 años, quienes generalmente necesitan un compromiso mucho más activo por parte de un subrogado paterno (niñera, maestra de preescolares o guardería). Otros niños más temerosos se sienten abrumados frente a la separación, al comenzar la escuela, porque no pueden experimentar su realidad psíquica de esta manera.

En segundo lugar, la mentalización permite una distinción entre verdad interna y externa, porque el niño ahora dispone de una función atenuadora para poder experimentar la realidad psíquica, en el sentido de poder manipular las representaciones mentales, defensivamente excluyendo o modificando las percepciones de la realidad. Si el niño puede atribuir el comportamiento aparentemente rechazante de una madre distante y desconforme a su propio estado emocional más que a él como malo, puede protegerse de una herida duradera respecto a la visión de sí mismo.

En tercer lugar, sin una clara representación del estado mental del otro, la comunicación queda profundamente limitada. En una conversación el locutor eficaz tiene que tener en cuenta constantemente el punto de vista de la otra persona.

Finalmente, la mentalización ayuda al individuo a lograr un nivel más alto de intersubjetividad, en términos de experiencias más profundas con los otros y una vida experimentada en forma más significativa.

En el resto del trabajo los autores examinan cómo su modelo se relaciona con las observaciones empíricas y formulaciones psicoanalíticas anteriores.

Con respecto al primer punto traen una serie de ejemplos de cómo se comportan los niños pequeños frente a sus propias creencias y pensamientos, en tanto la mente del otro no puede ser representada como una entidad separada.

En general los niños tienen éxito en tareas diseñadas para evaluar la comprensión de diferentes deseos o sentimientos un año antes del que pueden aprobar exámenes paralelos respecto a diferentes creencias. Estos hallazgos son consistentes con lo que estos autores han comprobado del punto de vista psicoanalítico del avance del desarrollo de las emociones y deseos en relación a las creencias.

Estudios experimentales con niños de 4 y 5 años demostraron que su razonamiento silogístico era superior cuando la tarea de razonamiento implicaba un planeta extraño en oposición al planeta tierra y a personajes de fantasía, más que a los padres del niño. Es en el mundo del juego que los niños pueden liberar parcialmente las representaciones de sus referentes y permitir que estas representaciones liberadas se modifiquen, creando una modalidad de pensamiento más flexible que permita emerger estructuras mentales latentes. De esta manera jugar o aparentar por momentos revela capacidades sorprendentes, mientras que en otros momentos ofrece oportunidades para la regresión y la expresión de inquietudes inconcientes.

Los autores vuelven a enfatizar sobre la influencia de un adulto o de hermanos para aceptar las dos modalidades de funcionamiento señalando que los niños con hermanos mayores y familias grandes adquieren una comprensión de las creencias falsas antes que los hijos únicos o aquellos con familias pequeñas. También se ha demostrado que el juego en el encuadre familiar predice la temprana adquisición de una capacidad para reflexionar sobre los sentimientos y las actitudes propias o ajenas, y por último, se encontró que la seguridad del apego se relaciona con la capacidad de mentalizar. Los niños cuya capacidad de apego es respondida libremente, se sienten libres para explorar

las mentes de los que los cuidan teniendo una doble ventaja del punto de vista del desarrollo.

Finalmente, los factores emocionales pueden impedir la disponibilidad de esta capacidad en áreas específicas (ejemplo de Rebeca) así como en el caso de niños con experiencias severas de deprivación puede que esta capacidad no se logre adecuadamente.

En cuanto al segundo punto del trabajo que se relaciona con teorías psicoanalíticas anteriores, traen en primer lugar a Winnicott. Ya este autor nos advertía que las influencias que actúan sobre el desarrollo del sí mismo del niño tienen una cualidad diferente al comienzo que en etapas posteriores y sólo si es ayudado por la madre u otro cuidador a aceptarse, a aceptar sus deseos, su agresión, su espontaneidad, podrá enfrentar en forma auténtica las demandas del mundo exterior, anulando la omnipotencia infantil. Esto lo describe con el concepto de falso self que sería un sí mismo desconectado con los estados emocionales y otros estados mentales.

Otro modelo que traen los autores es el de Matte-Blanco, quien describe diferentes formas de lógica que subyacen al pensamiento y un modelo estratificado de pensamiento que incorpora cinco capas desde el más racional al nivel más inconsciente, donde las características descritas por Freud pueden verse en su forma más pura. También describe dos modalidades de pensamiento, la modalidad heterogénica donde prevalece la lógica racional clásica y la modalidad indivisible donde la simetría impone su propia lógica.

Ninguno de los estratos descritos por Matte-Blanco corresponde precisamente a las dos modalidades de pensamiento descritos por Fonagy y Target en los niños pequeños aunque tienen un parecido a los estratos segundo y tercero respectivamente. En realidad la temprana estructura bimodal de estos últimos puede servir de fundamento para las formas estratificadas de pensamiento y las capacidades para la diferenciación e integración que Matte-Blanco ha elaborado.

En los escritos kleinianos, H. Segal en su contribución de las vicisitudes del desarrollo de la formación y de símbolos, al señalar que el niño pequeño trata la realidad interna como si tuviera una correspondencia necesaria con el mundo exterior, estos autores no se refieren a lo que Segal describió como ecuación simbólica. Lo que proponen Fonagy y Target es que los niños menores de 4 años, que se desarrollan normalmente, pueden simbolizar, es decir, ver algo que representa otra cosa. Lo que no tienen son símbolos para sus pensamientos. Todavía no tratan sus pensamientos como

simbólicos, representando, más que reflejando directamente la realidad objetiva. Un símbolo sería así una representación de una representación mental.

De acuerdo con estos autores la distinción que proponen estaría parcialmente relacionada con las representaciones-cosa y las representaciones-palabra. La primera es un correlato de la cosa en su totalidad y en la segunda la experiencia se halla acompañada de la palabra que le pertenece. Para ellos estas dos formas de presentación evolucionarían en forma diferente para las cosas de la realidad concreta y las cosas que forman parte del mundo mental.

Bion afirmó que el pensamiento tiene que existir para manejarse con los pensamientos, refiriéndose a la formación de los conceptos más tempranos y a la forma en que el bebe aprende a procesarlos. Estos autores sugieren que una experiencia similar se aplicaría al próximo paso cognitivo en la experiencia de la realidad psíquica. Alrededor de los 4 años el niño comienza a pensar sobre el pensamiento y en los sentimientos para comprender por qué las personas que él quiere actúan como lo hacen y de esta manera crear la posibilidad de mantener un vínculo psicológico a través de la separación física. Esto implica desarrollar un nuevo proceso cognitivo para dar sentido y manejar las experiencias mentales y para esto se lo estimula con un afecto no abrumador.

El psicoanálisis crea una única oportunidad para el cambio psíquico al ofrecer una situación donde el individuo pueda re-experimentar lo concreto de la modalidad del equivalente psíquico con respecto a su vida emocional, junto a la libertad imaginativa y la clara separación de la realidad exterior que ofrece la modalidad de funcionamiento aparente. A partir de esto puede surgir una nueva integración de la experiencia psíquica.

Britton ha aclarado la relación entre el desarrollo del pensamiento, especialmente la distinción entre creencia y conocimiento, y la realidad psíquica desde una perspectiva kleiniana. Describe la mentalización madura a la que denomina actitud epistémica, donde el paciente puede creer pero sabe que no sabe contraponiéndola a una forma mental más psicótica.

El niño muy pequeño, que aún no tiene la capacidad de mentalizar, está forzado a creer en sus pensamientos y sus sentimientos como si vinieran de afuera, se ve forzado a creer que sus pensamientos y sus creencias espejan correctamente el mundo real.

Otro aspecto del trabajo de Britton nos recuerda que las creencias tienen consecuencias (1995). Él describe cómo las implicaciones dolorosas de las creencias pueden defender a los adultos de una variedad de estrategias. Afirma que para los

adultos, hacen que el mundo interno se sienta real, así como la percepción nos hace real el mundo externo. Los autores señalan que para el niño pequeño que experimenta el mundo en términos de equivalente psíquico, la realidad psíquica es sentida no sólo a través de la creencia sino también a través de la percepción. De esta forma, la conciencia general del mundo físico puede ser superimpuesta a la realidad interna, distorsionando la memoria y el razonamiento del niño para encajar lo que ve a su alrededor. El niño, así, está más bajo el dominio de sus creencias y de sus consecuencias. Es probable que esto lo empuje hacia la modalidad del aparentar y el jugar, ayudándole el clivaje entre creencias y consecuencias hasta que mirando al adulto gradualmente podrá ir cerrando el clivaje respecto a la experiencia de sí mismo.

Fonagy y Target ya habían mencionado que los niños pequeños pueden encontrar un grave obstáculo cuando las fantasías tales como los deseos edípicos se convierten en representaciones que se oponen a la realidad exterior. Algunas representaciones aparentes pueden ser activadas intensamente de manera que invaden el mundo mental en su modalidad actual, antes que el niño esté pronto del punto de vista del desarrollo. Esto fue ilustrado en el caso de Rebeca cuando las ideas excitantes se volvieron peligrosas debido a la ecuación pensamiento realidad.

Steiner (1992) ha investigado las defensas que operan en diferentes niveles de las dos posiciones básicas kleinianas. Los autores sostienen que el clivaje “normal” que se describe en la posición depresiva a nivel del “miedo a la pérdida del objeto”, pueden extenderse por lo menos en el niño pequeño a utilizar una modalidad dual de la realidad psíquica. La modalidad del equivalente psíquico podría entenderse como operando a través de la relativamente benigna identificación proyectiva que Steiner describe como mecanismo clave para reducir este miedo a la pérdida. Los autores especulan que, en el desarrollo normal, aceptar la pérdida de una ilusión de posesión exclusiva y permitir la emergencia de una situación triangular puede ser un punto importante que ofrece la oportunidad de funcionar en un nivel más alto dentro de la posición depresiva y que esto está conectado en forma crucial, que las ideas son meramente ideas.

No es entonces una coincidencia que el niño logre o fracase al hacer esta transición cognitiva en el momento tradicionalmente asociado al conflicto edípico. Muchos autores han observado recientemente que la exitosa elaboración de la situación edípica implica una especie de apertura del pensamiento a un espacio triangular que puede ocurrir a través de jugar con la realidad. De esta manera Ogden basado en los trabajos de Segal y de Bion, concibe el modo aparente de funcionamiento desarrollándose de la

triangularidad del símbolo, lo simbolizado y el sujeto que interpreta. Es decir que el pensador generando sus propios pensamientos e interpretando sus propios símbolos. Britton no sólo argumenta la aceptación de las relaciones triangulares internas proporcionan el espacio para pensar y la posibilidad de mirar las relaciones diádicas desde la perspectiva de un tercero, sino que consolida la posición depresiva y proporciona una estructura estabilizadora.

En cuanto al desarrollo del sí mismo, la concepción de Freud de que en la temprana niñez los otros del mundo exterior eran extensiones del sí mismo, si bien es una descripción precisa del punto de vista fenomenológico, Target y Fonagy ven al sí mismo como originariamente una extensión de la experiencia del otro.

Kohut (1971, 1977, 1984) observó que la frustración óptima o que las fallas inevitables de los cuidados maternos proporcionan la fuerza impulsora para retirar la investidura del objeto y volver a dirigir estas fuerzas motivacionales a la formación de la estructura psíquica. Su concepto de internalización trasmutadora describe el proceso por el cual el niño aprendía gradualmente a llevar a cabo las funciones psicológicas que anteriormente eran realizadas por el objeto.

Hoy día se ha confirmado (Stern 1985) que el bebe es sensible desde el principio a la separación física del sí mismo y del objeto. La separación mental, sin embargo, es un logro más del desarrollo. Para que se desarrollen las representaciones de los estados mentales (modalidad mentalizadora de la realidad psíquica), el niño necesita ser sensible a la naturaleza inexacta de la reflexión del que lo cuida, para percibir su experiencia psicológica en la cara y en las acciones de esa persona, mientras que se da cuenta que éstas no son las propias experiencias actuales. Esto lleva al niño pequeño a tratar la reflexión de los padres como una representación, que prepara la base del pensamiento simbólico (representacional) de los estados mentales.

El énfasis de la psicología del self sobre el rol del objeto-self de sostener al sí mismo y mantener la autoestima puede también amoldarse al esquema referencial de Fonagy y Target. Para ellos la baja autoestima sería una consecuencia del fracaso del que cuida al niño de darle el significado a las acciones de éste, llevando a un empobrecimiento de su mundo interno. El comportamiento empático de los objetos self aumentan la autoestima a través de la facilitación de un sentido de intervención mental que el niño experimenta como derivando directamente de sus propios estados mentales.

La capacidad del cuidador para extender una visión del niño que siente y que piensa lo ayuda a pensar acerca de las experiencias mentales. Con los desafíos internos y

externos de cada etapa del desarrollo, es necesario re-encontrar una integración mentalizadora de la realidad psíquica. Todas las etapas de maduración del sí mismo psicológico es crítica para determinar la capacidad individual para adaptarse a los desafíos del desarrollo interno y externo. El individuo tiene que lograr una perspectiva global en la que los sentimientos creados por los acontecimientos sean reconocidos como representaciones mentales pudiendo encontrar una perspectiva más flexible para jugar con la realidad para poder vivir de manera más cómoda en ella.

Raquel Morato de Neme

Duelo: revisión y reconsideración

George Hagman. International Journal of Psycho-Analysis,

Oct. 1995 Volume 76 Part 5

“Ya no hay razones para esperar que todos los pacientes tristes constituyen un grupo homogéneo, así como no las hay para esperar que todos los pacientes con fiebre lo constituyan. Los mismos síntomas, incluso el mismo grupo de síntomas, pueden tener diferentes causas en diferentes pacientes. .. Y para empeorar las cosas, las mismas causas subyacentes pueden producir diferentes síntomas en diferentes pacientes, o aún diferentes síntomas en un mismo paciente, en diferentes momentos.”

C. Brenner (1974).

- Se cuestiona el modelo psicoanalítico clásico del duelo normal, reacción a la pérdida de un ser querido u objeto significativo, como un proceso doloroso conducente a una nueva identificación, desinvestidura y reinvestidura y se propondrá un modelo alternativo que deja la propuesta freudiana como una de las posibles formas de duelo.
- Ubica la propuesta de Freud sobre el duelo en el contexto de su estudio del narcisismo en un determinado entorno socio-histórico-cultural.
- Se revisan los conceptos de identificación y ambivalencia de Freud en relación al tema.
- Toma algunas manifestaciones aparentemente “normales” aportadas por Abraham que cuestionan las hipótesis tradicionales como por ejemplo la sensación de alivio ante la muerte de un ser querido o la de alguien que “no descatectiza” a la persona perdida.
- Se relata el caso de una paciente citada por Fleming & Altschul (1989) que había perdido a sus padres en la infancia y que el proceso de análisis la lleva no sólo a la aceptación de la muerte (de aquellos), sino a poder pensar en ellos con “sentimientos profundos”, lo que le permitió restablecerlos como objetos internos constantes así como disminuir su angustia con relación a sus propias fantasías destructivas, y de esta forma mejorar el vínculo transferencial con su analista.

- Propone la posibilidad de que en el duelo: 1) en lugar de la descatectización del objeto perdido se produzca una estructuración estable de la relación con éste; 2) en vez de hallarse siempre un nuevo objeto como sustituto del perdido, se produzca una recatexis del objeto perdido en nuevos lugares o funciones; 3) un proceso en el que se continente y acompañe empáticamente al paciente en análisis en el que no tiene porque producirse un alejamiento del mundo o incapacidad (transitoria) de amar.
- Efectúa un correlato con los hallazgos psicológicos no psicoanalíticos y transculturales dado que los procesos de duelo tal como han sido descritos tienen un componente consciente y comportamental explícitos. Basándose, fundamentalmente, en el estudio realizado por Wortman & Silver (1989) arriba a las siguientes conclusiones respecto del duelo normal: 1) La angustia y los sentimientos depresivos no son inevitables. 2) La angustia no es necesaria y su ausencia no es un indicador patológico. 3) El proceso de elaboración puede efectuarse en forma silenciosa, con ausencia de dolor intenso, e incluso de forma inconsciente. 4) La expectativa de un funcionamiento similar al existente antes de la pérdida no es una constante. 5) No siempre se alcanza una situación de desenlace como la descrita tradicionalmente en psicoanálisis; el mismo Freud en carta a Binswanger le escribe “Sabemos que el intenso dolor que se siente después de una pérdida llegará a su fin, sin embargo permaneceremos inconsolables y el objeto jamás hallará sustituto”.
- Se aborda el duelo desde la perspectiva histórica y cultural considerándose que la estructura de aquél está condicionada por estas últimas, al menos en parte, sin olvidar la complejidad y oscuridad de la articulación entre conductas e inconsciente. Se ejemplifica con un estudio de P. Aries (1974, 1981) sobre la cotidianeidad de la muerte en la Edad Media con ostensibles manifestaciones de dolor y los cambios en los siglos XIX y XX con los efectos de la *medicalización* de la cultura (la muerte como una falla médica y las expresiones “exageradas” de dolor como debilidad y pérdida del control). Se citan algunos estudios transculturales como por ejemplo el de Oppku (1989) sobre muchas sociedades africanas cuya actitud hacia la muerte y el muerto es comprensiva e integradora. El muerto se transforma en el ancestro que se mantiene como miembro de la tribu, reverenciado y vivo, con el que se mantiene comunicación espiritual.
- Las investigaciones de Wortman y Silver (1989) citadas por Hagman indican que sólo una minoría alcanza la resolución del duelo propuesta por Freud. Por otro lado,

los resultados de varios estudios longitudinales sobre el duelo apoyan estas conclusiones (Wortman y Silver, 1994) por lo que se propone un cambio referencial teórico.

- Finalmente propone que el proceso de duelo exitoso incluye una serie de respuestas adaptativas con relación a demandas concretas que surgen de la pérdida. Este modelo del duelo normal incluye una serie de elementos que dependen de factores psicodinámicos, sociales e histórico-culturales:
 1. Aceptación y comprensión de la realidad de la pérdida.
 2. Posibilidad de expresar y ligar el dolor (relación con la experiencia primaria de desamparo y capacidad de simbolización).
 3. Armonización con el entorno cultural y social.
 4. Transformación de la relación psíquica con el objeto perdido.
 5. Restauración interna del self y de los vínculos con el medio social.

Abel Fernández Ferman

Avances en psicoterapia psicoanalítica: hacia una técnica de intervenciones específicas

Hugo Bleichmar

Hugo Bleichmar en su libro **Avances en psicoterapia psicoanalítica**, *Hacia una técnica de intervenciones específicas*, (1997) nos muestra su gran experiencia clínica, un profundo conocimiento de Freud y de otros importantes pensadores psicoanalíticos. Se percibe una sólida formación teórica con profundas raíces en la reflexión sobre su propio trabajo y el de otros psicoanalistas, desde allí desarrolla ideas novedosas. Estas son rigurosamente coherentes con sus propuestas para ajustar intervenciones en la práctica psicoterapéutica.

La depresión un estudio psicoanalítico, (1976) es un importante antecedente. En dicha obra, percibimos un psicoanalista que hacía años estaba interesado y trabajaba mucho en torno de las depresiones. Pero Bleichmar no solamente se destaca en dicha área, también ha ido desarrollando un modelo modular transformacional de la psiquis con el que propone una psicopatología psicoanalítica general. Con su modelo general como guía, él configura una forma original de psicoterapia psicoanalítica, pensando y trabajando discriminadamente según los diversos tipos y subtipos psicopatológicos predominantes en sus pacientes.

Su propuesta modular-transformacional para enfocar las depresiones, en 1996 obtuvo un lugar en el *International Journal of Psychoanalysis*. Se publicaron algunas de sus ideas bajo el título: “*Some subtypes of depression and their implications for psychoanalytic therapy*”. Dicho artículo es un antecedente básico de lo que aparece al año siguiente como libro titulado *Avances en psicoterapia psicoanalítica*; allí verdaderamente despliega su modelo modular transformacional como una teorización general del funcionamiento de la psiquis.

Avances en psicoterapia psicoanalítica, nos motiva a una reflexión crítica minuciosa, nos impulsa a trabajar no sólo a partir del texto en sí; además nos promueve a volver “sobre” Freud (como Laplanche) y a estudiar la bibliografía que se recomienda. Se trata de una bibliografía extensa, actual y sobre todo muy pertinente.

Para abundar sobre algunos valores de este polémico libro quiero agregar que en él, aún los problemas más teóricos se plantean en un ambiente clínico. La atmósfera clínica

favorece la integración reflexiva de aspectos emocionales puesto que los vamos contrastando vivencialmente con nuestra propia experiencia de trabajo. Por ejemplo: la pregunta “¿Cómo está inscrita la intencionalidad agresiva en el inconsciente?”, nos enfrenta a una temática absolutamente abstracta. Bleichmar responde, desarrollando puntos de vista teóricos ya conocidos, pero que no le satisfacen, y cuando va a exponer el suyo nos propone: “Empecemos por lo que nos enseña la clínica, que aunque no tenga el carácter de verdad autoevidente no deja de proveernos de una orientación sobre la dirección en que van las cosas.” Luego, continúa planteando sus propias respuestas alternativas y lo hace manejando un pensamiento diádico interactivo que se explicita lúcidamente complejizado en su modelo modular-transformacional.

El constructo hipotético de Bleichmar, es una metáfora teórica que plantea la psiquis en forma de sistemas motivacionales (redimensionando la sexualidad, el narcisismo, el apego y la autoconservación), cada uno de ellos con una génesis y una actividad propia suficiente como para considerarlos módulos discriminados entre sí. El autor propone varios sistemas motivacionales, varios módulos, que siendo relativamente independientes, al mismo tiempo están muy interrelacionados entre sí, constituyendo una compleja red serial y en paralelo. Aún así, indica que en la sesión, en la estructura del encuentro con cada paciente, la interacción siempre se produce con un sistema motivacional predominante. Destaca que este predominio puede cambiar aún durante una sesión y especialmente mientras se construye la historia terapéutica, lo señala por la necesidad de hacer las intervenciones ajustadas para el módulo sobresaliente.

Bleichmar entiende que en el pensamiento de Freud ya está un modelo modular de la psiquis, dice: “Freud optó decididamente por la concepción de la medularidad. Por ejemplo: el sistema inconsciente es diferente e independiente del sistema de la conciencia, cada uno regido por sus propias leyes de organización y funcionamiento, pero articulados. También en la clínica, en el análisis que hace del “Hombre de las ratas”, donde muestra la convergencia y articulación para la producción del síntoma de un número muy grande de dimensiones: deseos de diversos tipos, angustias, defensas múltiples, erotismo anal, regresión, juego del significante, papel del significado inconsciente de ciertas fantasías, experiencias vividas, etc. Dimensiones que tienen, cada una de ellas, su propio origen y línea de desarrollo.”

El autor nos impulsa a seguir trabajando su modelo teórico general para integrarlo con los conocimientos específicos que surgiendo de nuestra práctica la hacen psicoterapéutica y alejan la posibilidad de iatrogenia. Es decir, impulsa a que el saber

(que puede ser el no pensado) en parte integrado y en parte creado en la sesión (y en la sucesión de sesiones) vuelva en las intervenciones (y en el intercambio inconsciente) promoviendo el cambio psicoterapéutico de cada paciente concreto. Además, nos alienta a una confrontación reflexiva, honesta y minuciosa con nuestras teorías psicopatológicas generales –propias o asumidas.

De esta obra, se desprende que la pragmática de la comunicación es necesaria para teorizar los efectos de la interacción discursiva en la construcción (diádica) de las transferencias recíprocas durante la sesión psicoanalítica. En relación a lo antes dicho están los aspectos más polémicos de la propuesta de este autor, sobre todo en relación a las características de la intervención del analista en los que se suelen llamar pacientes con “patología por déficit”. Las preguntas giran en torno a lo no constituido en el paciente y sus respuestas respecto al carácter constituyente de la situación psicoanalítica especialmente de las intervenciones del psicoanalista son las más controvertidas. De todos modos las preguntas están muy bien planteadas y las dificultades que podamos ver en las respuestas lejos de invalidarlas nos lanzan el desafío de hacer nuestro intento de responder en la teoría y en la práctica. En “Avances en psicoterapia psicoanalítica”, Bleichmar nos orienta por caminos de experiencia-abstracción, de deconstrucción-construcción, y en los acuerdos y desacuerdos nos vamos transformando, nos vamos formando.

Alfredo Vares

Normas de Publicación de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis

Los artículos publicados en la RUP deberán ajustarse a los siguientes requisitos:

1. Los artículos serán sobre un tema psicoanalítico u ofrecer interés especial para el psicoanálisis.
2. La extensión tendrá un máximo de 42.000 caracteres y un resumen final en español y otro en inglés de no más de 950 caracteres cada uno. Al final del artículo se deberá incluir el número de caracteres total del trabajo (se extrae con el programa de procesador de texto) más el resumen.
3. En la primera hoja, debajo del título constará el nombre del autor (sin grados académicos). A pie de página deberán constar los siguientes datos del autor: institución a la que pertenece, sociedad o grupo de estudio, país, dirección, teléfono y su e-mail (si lo tiene).
4. Las referencias bibliográficas se colocarán al final del trabajo, ordenadas alfabéticamente y las obras de un mismo autor se ordenarán cronológicamente agregándose las letras a. b. c. etc. si hubiese varias obras publicadas en un mismo año. Los criterios generales deberán ajustarse a las normas internacionales de publicación:

- En el caso de citar **libros**: nombre del autor o autores en letras mayúsculas, seguidos por las iniciales del nombre de pila; título del libro completo en negrita; edición; ciudad de edición; editorial; fecha. Si el libro es publicado por una institución, se la considera como su autor.

Ejemplo:

McDOUGALL, J. **Teatros de la mente**. Madrid, Tecnipublicaciones, 1987.

- Si se cita un **capítulo de un libro** luego del nombre del autor se pone el nombre del capítulo seguido de “En” título del libro, etc.
- Si se cita un **trabajo presentado y publicado en un Congreso**: autor o autores; título del trabajo. “En” título del Congreso; número del mismo; lugar de realización; fecha; lugar de edición; número de páginas.

Ejemplo:

En: Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, 19, Montevideo ago., 1-7, 1992.

- Si se cita un **artículo de revista** se pone autor o autores en letras mayúsculas; título del artículo; nombre de la revista abreviado en negrita (en caso de duda, citar el nombre completo); volumen (número); año; páginas.

Ejemplo:

BICK, E. “La experiencia de la piel en las relaciones de objeto tempranas”. Rev. Psicoanálisis, 28 (1); 1970; p...

- Si un autor es *citado más de una vez* en la bibliografía, no se repetirá el nombre del mismo. En su lugar se pondrá una línea y el nombre del libro o artículo con los datos completos del mismo según lo expuesto anteriormente.
 - Las *referencias hechas en el transcurso del texto* se harán citando entre paréntesis el nombre del autor seguido por el año de publicación de la obra.
5. Las notas a pie de página se enumerarán consecutivamente intentando, en lo posible, que sean pocas. No serán destinadas a remisiones bibliográficas.
 6. Los trabajos deberán ser enviados en un disquete (protegido y en Word) acompañado por cuatro copias (una para su archivo y tres para los lectores de la Comisión) firmadas por el o los autores.
 7. La entrega de los trabajos se hará en sobre cerrado dirigido a la Comisión de Publicaciones de la APU (Canelones 1571, Montevideo 11200, Uruguay).
 8. Los descriptores de los artículos serán adjudicados por la Comisión de Indización mediante el uso del Tesauro de Psicoanálisis.

Al enviar su trabajo el autor acepta que:

- El trabajo podrá ser aceptado o no para su publicación.
- Una vez que el trabajo sea aceptado por la Comisión será decisión de ésta el momento en que se publicará.
- Los trabajos podrán ser enviados a un corrector de estilo que con la aprobación posterior de la Comisión, podrá resultar en modificaciones formales del original.
- La Comisión de Publicaciones no se obliga a realizar devoluciones orales ni escritas sobre los trabajos recibidos, ni a devolver los artículos no publicados, como tampoco a enviar separatas por los publicados.

- Las tesis expuestas serán responsabilidad de sus autores y no comprometen la opinión del comité editor de la RUP.

